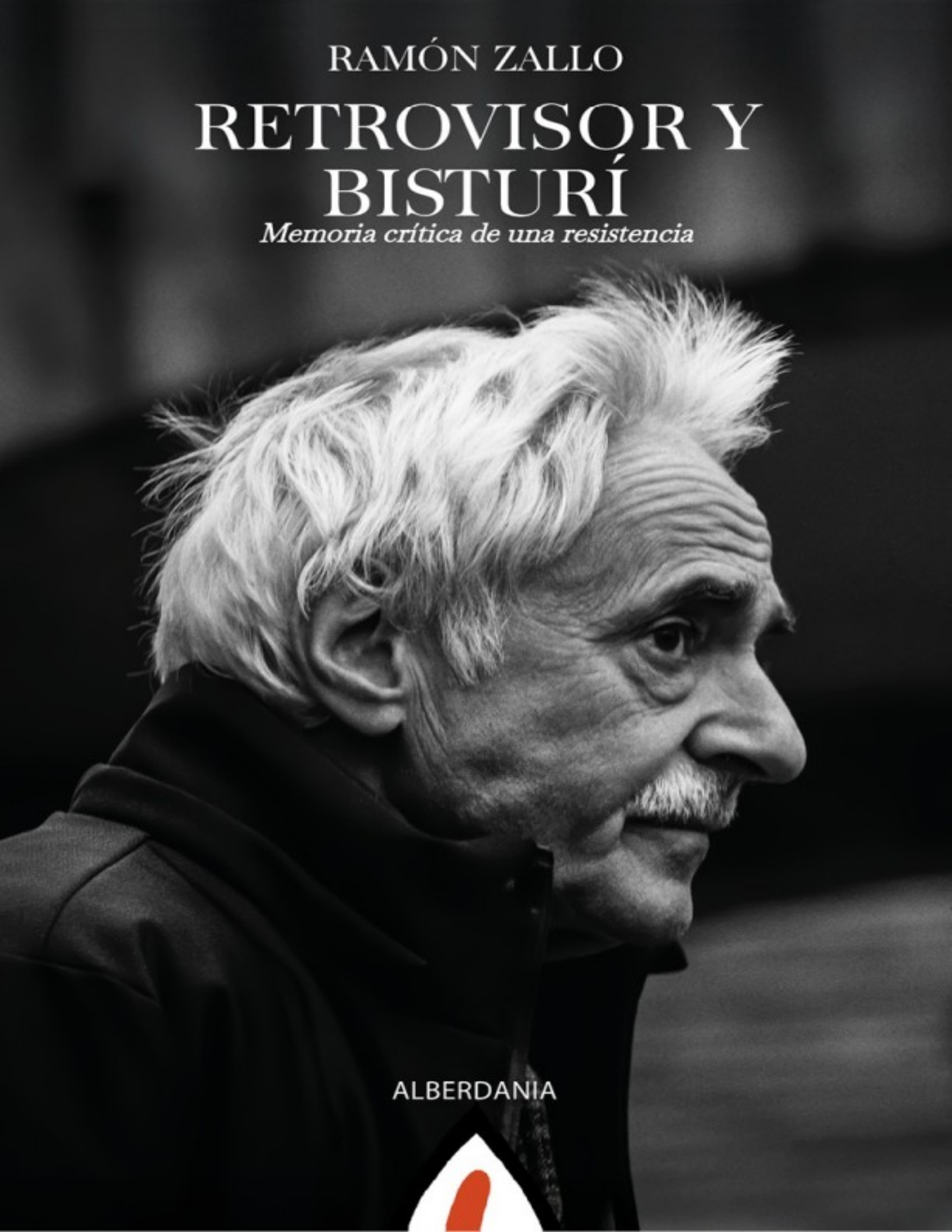
RAMÓN ZALLO

RETROVISOR Y BISTURÍ

Memoria crítica de una resistencia



ALBERDANIA

RETROVISOR Y BISTURÍ

MEMORIA CRÍTICA DE UNA RESISTENCIA

La edición de este libro ha recibido una ayuda del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.
1ª EDICIÓN: noviembre de 2025

© 2025, Ramón Zallo Elgezabal

© De la presente edición: 2025, ALBERDANIA, SL
Istillaga, 2, bajo - 20304 Irun
Tel.: 943 63 28 14
alberdania@alberdania.net
www.alberdania.net

Portada: composición a partir de una fotografía de Aitor Arana Arruti

Impreso en Ulzama (Uharte, Navarra)

ISBN: 978-84-9868-942-6

Depósito legal: D-647-2025



RETROVISOR Y BISTURÍ

MEMORIA CRÍTICA DE UNA RESISTENCIA

RAMÓN ZALLO ELGEZABAL

ALBERDANIA
ensayo

A nuestra vida (Maite, Doltza y yo), a la que ha sido

A María y Jesús, mis aitas, con agradecimiento

A la gente resistente

INTRODUCCIÓN

Esta no es una biografía al uso, ni una historia del país ni de sus movimientos, sino solo una experiencia personal, con muchos retazos cruzados de experiencia colectiva, que cabalga sobre algunas temáticas comentadas de la historia que hemos vivido, sufrido y gozado. Pretende valorar algunos acontecimientos, épocas y posiciones, con la cámara de fotos del presente, el retrovisor hacia el pasado, la reflexión autocrítica del bisturí y el foco de la esperanza —ensombrecida por el ascenso del neofascismo—.

Dibuja, también, distintas coordenadas de vida: comunidades cristianas de base, ETA, izquierda radical, movimientos sociales, Universidad, proceso de paz, movimiento de derecho a decidir, proteger Busturialdea y Urdaibai… Y todas ellas tejidas por relatos, análisis interpretativos, valores, proyectos alternativos…

Es más una microhistoria de empeños en erradicar infiernos de nuestras vidas, que una esperanza de asalto de los cielos, en un mundo y en un sistema capitalista y de poder tan complejo, poderoso y absurdo en sus fundamentos clasistas, machistas y xenófobos, que solo nos dejó el margen de hacerlo más soportable, atacándolo por los flancos más dañinos. Quizás el impulso de escribirla nazca de la idea de Pablo Neruda, de aquel «confieso que he vivido» que puede surgir en la edad tardía, si tienes algo que quieres, puedes y debes contar. Tuve la fortuna de poder hacerme oír y disponer del empuje para hacerlo, a pesar de la incomodidad y de las horas robadas a otros menesteres más placenteros como el tiempo en familia. En mis centenares de artículos para prensa y revistas, o en libros, no siempre acerté en la pedagogía, aunque intentaba maridar el rigor político y académico con la transmisión. ¡Cuántas veces me dijeron «lo he tenido que leer tres veces y al final lo he pillado»! Con la edad la escritura se ha convertido en menos creativa, imaginativa y asociativa, pero más sopesada sobre sus significados y su transmisión.

Se trataría menos de una pretenciosa entrega de un legado, que de un

testimonio hecho desde una interpretación del mundo en cada etapa que vivimos y que no quiero que se pierda. Fui una voz representativa de un sector comprometido; para otros era una voz a leer o escuchar a distancia; y, para otros, fui simplemente insoportable. Y no siempre fueron los mismos sectores. Se trata, por lo tanto, menos de una perduración inmaterial, que de señalar un rastro interpretable y que no se diluya una experiencia, en parte colectiva, de esas etapas de nuestra pequeña historia dentro de la historia universal. Pretende ser un relato en clave racional, más que el destilado de las emociones y pulsiones que lo acompañaron. Casi siempre asociaba mis críticas o apoyos a alternativas en positivo que pudieran ser plausibles.

En esta ocasión no tengo más remedio que escribir en primera persona —rara vez lo he hecho— al tratarse de algo parecido a unas notas biográficas, aunque referidas casi solo a mi experiencia sociopolítica, trufada de valoraciones sobre la política, la sociedad o sus agentes a lo largo del relato y con más detenimiento en la segunda parte.

No tenía ninguna intención de escribir esta minibiografía comentada, siguiendo el hilo de las posiciones ante cada acontecimiento o coyuntura a lo largo de 60 años. Pero el hecho de que he sido requerido por tres agentes sociales distintos —Paz con Dignidad para el Foro Social Permanente, Ahoa[1] e Iratzar Fundazioa—, en estos cinco últimos años para explicar oralmente mis experiencias, como agente socio-político y cultural para sendas grabaciones memorialísticas a archivar, me llevaron a preparar esas grabaciones con notas que tengo por costumbre redactar con cierto detalle. O sea, al tener el trabajo medio hecho, no he conseguido vencer la tentación de continuarlo dándole profundidad, en lugar de tirar páginas y páginas a la papelera y al silencio de los archivos sonoros, siempre a la espera de que alguien se interese. Supongo que mi estado de salud actual también ha influido en ello.

Toda la parte académica y de investigación social, cultural y económica no referida a Euskal Herria y que ha absorbido mis mayores afanes y dedicaciones —pero no mis pasiones más profundas— con un currículum

amplio durante 47 años —desde 1978 a 2025— y que aún continúa, se asoma solo un poco en esta memoria. Me pasa como a Indiana Jones. Lo universitario palidece ante la aventura... de la política militante. De todos modos, aún continúo en el campo de la comunicación. No hace tanto (2022) analizaba la Ley General de Comunicación Audiovisual y pensaba sobre la «sociedad conectada pos-pandémica», periodizaba la evolución del tratamiento comunicativo de la violencia en el Estado Español (2023), asesoraba sobre la normativa de cambio del Consejo de Administración de RTVE (2024), o hacía, más que obituarios, unas crónicas de vida intelectual de algunas personas muy cercanas y vinculadas a la comunicación.

Hijo de mi(s) tiempo(s), no pude sino ser inconformista. Nos tocó imaginar mundos mejores desde parámetros distintos a los que vivíamos. Para hacerlo, había que conocer bien la tozuda realidad, distinguir los deseos sólidos de las quimeras o las creencias —lo que no era fácil y a veces nos equivocamos—, ser una fábrica de argumentos discursivos y tener la generosidad y entrega para acompañarlos de acciones. Una parte de mi generación tuvo un alto y performativo concepto de la política, como sinónimo de cambio, sobre los anclajes del conocimiento.

Volviendo la mirada atrás, desde estos oscuros tiempos actuales en los que han irrumpido líderes mundiales gamberros, sin reglas y genocidas; sin comunidad internacional con funciones arbitrales o disuasorias; sin normas respetadas de comercio internacional; con un rearme generalizado y guerras en activo; con un ascenso del neofascismo con base de masas, envalentonado en las calles y electoralmente en muchos países centrales… se agolpan las preguntas sin respuestas. La pregunta ya no es si se ha ido en claves de progreso, lo que tiene una respuesta negativa obvia, sino qué nos ha pasado para que exista un desconcierto tan generalizado, con la desesperanza de poder revertir la situación salvo en el largo plazo, con pérdida de confianza en la eficacia de la lucha y el asomo de una resignación ante fuerzas telúricas tan enormes y tan poco gestionables. Como si el mundo y su futuro ya no estuvieran en nuestras manos.

Antaño, en el franquismo, la situación era aún más dura para nosotros y nosotras, pero teníamos la confianza de que, antes o después, a base de sacrificio y estrategia, lo derribaríamos para inaugurar un mundo nuevo. Íbamos en la dirección de la historia que, ahora, ya no sabemos adónde va, aunque habrá que pelearla. La rebeldía con sentido anida en la condición humana.

Esta foto general actual no es igual en todas partes. Hay lugares y lugares. La que vivimos en Euskal Herria se sale del marco global que, de todas formas, no deja de afectarnos. Nosotros ya vivimos tiempos oscuros y traumáticos y podemos enorgullecernos, miles y miles, de haber facilitado su superación y que las fuerzas de progreso y de convicción democrática sean muy mayoritarias y los valores sociales sanos y firmes. A la sociedad vasco-navarra le toca no bajar la guardia, ser modélica y resistir los ataques que vendrán —más desde fuera que desde dentro— a nuestras libertades y autogestión. No podremos ser un oasis, pero sí un baluarte frente al neofascismo.

Mi implicación en los temas y procesos del país data de 1965 —con 17 años— y forma parte de mi bagaje para enfocar las cosas. Son 60 años de compromiso. Ya en la dictadura era sensible a circunstancias derivadas del lugar donde nací, Gernika (1948), que tenía huellas visibles del pasado en forma de restos del bombardeo de 1937. Pero luego, viviendo en Bilbao desde los 9 años, también vi —pasados los años— toda aquella inmigración de nuevos trabajadores viviendo en chabolas. Así, se casaban en mí dos sensibilidades, unas identitarias, culturales y nacionales, por un lado y, otras, sociales, que han fraguado una forma cruzada de mirar.

Con el tiempo pude ir generando un pensamiento propio que me llevó a una militancia activa en ETA contra el franquismo y que, luego, continuó sobre otras temáticas y desde otros enfoques hasta hoy. Esa implicación hace que tenga una mirada poliédrica por haber vivido un pasado fundacional de lucha y riesgo, y luego un presente, donde ya —con más madurez— he intentado entender la acción de los distintos agentes, y ayudar —en los análisis— a situarlos en perspectivas positivas

para las mayorías sociales. El haber escrito sobre ello te da, asimismo, una cierta obligación pública y pedagógica para intentar explicar lo que nos ha pasado a la sociedad vasca durante estos años.

Casi nadie es profeta en su tierra. En el ámbito del análisis político, con centro en Euskal Herria, he sido reconocido en mi país y esa labor se desconoce, por razones obvias, en el exterior. En cambio, en el ámbito de la comunicación y la cultura he sido reconocido en España y en América Latina, pero no en mi país. Ni reconocimientos, ni menciones ni premios. Soy incómodo, según qué, para unos, otros o los de más allá. Creo que en ello interfiere mi biografía política —la que narraré aquí—, fiel a si misma, mi bandería particular, insobornable, y de la que estoy orgulloso. Ha sido un peaje a pagar. ¡Qué le vamos a hacer!

Quizás he sido tan libre —tanto en comunicación como en política— que no termino de hacerme fiable para las distintas corrientes y bandos —oficiales o tribales— y espacios afines, que prefieren gente más acomodaticia, o estándar, o simplemente, de su tribu. He tenido que trabajar el doble para que se me reconozca la mitad y volcarme en calidad en cada pieza para renovar la consideración —por eso entiendo perfectamente la situación que padecen las mujeres en el ámbito laboral —. Y ello a pesar de que suelo ser habitual compañero de viaje y llego a acuerdos. Es más, los facilito, pero siempre con mi zurrón de experiencias y de libertad preservadas. O sea, soy molesto pero, asimismo, previsible porque mis líneas de pensamiento han sido públicas, diáfanas y continuas y, necesariamente, evolucionables por filosofía de la praxis.

Recientemente he trabajado sobre la economía política de Busturialdea-Urdaibai con dos libros: *El declive económico de Busturialdea Urdaibai. Dilemas y propuestas* (2021) y *Desarrollo económico y ecosocial para Busturialdea-Urdaibai. Documento de trabajo para un plan de choque y un plan estratégico (2024-2034)* (2024), así como en un documento más práctico, en parte extraído de esos libros y en parte fruto del contraste con la sociedad civil de Busturialdea, en sendas reuniones organizadas por Gernika Gogoratuz y Gernikatik Mundura. Han querido ser una muestra

de agradecimiento a mis convecinos por acogerme en mi jubilación. El resultado fue una *Propuesta de plan económico y ecosocial estratégico para Busturialdea-Urdaibai desde la sociedad civil* (web de Gernika Gogoratuz), que ha pretendido influir en el Plan Estratégico Comarcal de las instituciones de julio de 2025. Asimismo, he colaborado en la redacción de la «*Carta Ecológica de Busturialdea*» (junio 2025) propuesta por Gernika Gogoratuz.

En la actualidad estoy ultimando un libro con el título provisional de *Tiempos inciertos, sistema cultural y nuevo estatus político*, a editar en 2026 por Alberdania, que trata sobre el nuevo orden geoeconómico, la periodización de la historia reciente de Euskal Herria, la problemática de la cultura vasca, los medios de comunicación y la violencia, el derecho a decidir y el nuevo estatus político a discusión y la complejidad de cuatro procesos coetáneos en curso: la paz, la construcción nacional, el proceso decisionista y el modelo económico y ecosocial.

Y casi todo gratis. Alguna gente piensa que con mi hiperactividad pública durante decenios, me he forrado. No es el caso. Ni artículos en prensa o revistas, ni charlas ni conferencias, ni la mayoría de ponencias de congresos he monetizado. Vivía de un sueldo público y con una función socialmente educadora. O sea, iba en el sueldo, salvo en los raros casos de conferencias pagadas para todos los intervinientes o en las tertulias en Radio Euskadi y ETB. En ese caso no renunciaba, y menos si era una institución o fundación o entidad privada con vías de financiación. No cobraba a las organizaciones de la sociedad civil.

Estas notas biográficas referidas a la acción política creo que espantarán a algunos de mis colegas universitarios de otras partes del Estado y América Latina que desconocen mi pasado militante que, en cambio, a mí me enorgullece. Tuve el empuje de darlo casi todo, en lugar de estar a verlas venir. Fui agente de la acción colectiva por un proyecto de país libre y de sociedad igualitaria, y no un mero sujeto pasivo. Adelanto que no me arrepiento de casi nada —de alguna cosa sí y que comentaré— de esa historia militante que, sin embargo, me ha traído más

sinsabores que alegrías. No es una contradicción, puesto que mi trayectoria se guió por una idea de país y por unos imperativos morales, con sus meandros de adaptación a los contextos cambiantes.

Desde la Transición, mi posición ha sido la del *tercer espacio* —paz con negociación—, y mi ideología, autodeterminista-soberanista y de izquierda. O sea, de izquierda y abertzale. Abertzale de nación dependiente, que es lo opuesto al patriotismo de gran nación. Si fuéramos una nación con Estado, mi patriotismo sería comedido, evitando que ese sentimiento se utilizara para otros fines, como ha ocurrido en buena parte de las desgracias europeas con los nacionalismos de gran nación.

No he renunciado nunca a esa posición de tercer espacio. Ahora mismo seguimos muchos ejerciendo en esa posición, intentando casar tradiciones políticas, sabiendo que ya hay, felizmente, cambios importantes en las formas de hacer política con posibilidades inéditas de acuerdos de país. No creo en una «resolución», pero sí en procesos de cambio, incluso cualitativos. Felizmente, hay una reflexión general en el terreno político, sin una violencia que lo condicionaba todo y ponía patas arriba a la comunidad un día sí y otro también. Ahora cabe ir pensando en acuerdos y alianzas, en generar encuentros con una expectativa a medio plazo interesante, de avances cualitativos en lo político y lo social.

Aborrecido por la derecha posfranquista, denostado por el socialismo centralista, visto siempre con recelo por el PNV y criticado, hasta hace no tanto, por la Izquierda Abertzale por mi posición respecto a ETA, algo no he debido hacer bien. O sí. Toda mi vida hasta hoy, he sido un militante de causas perdidas que nunca están perdidas del todo, y muchas veces han sido reconducidas por las instituciones.

Algunas sí se ganaron —junto a otros muchos agentes—, como la democracia en su día, el cierre de Lemoiz, la apertura de procesos de paz, popularizar el derecho a decidir o el Plan Vasco de Cultura. La penúltima ha sido haber empujado, junto con otro profesorado senior y menos senior, el apoyo público motivado al candidato Joxerra Bengoetxea para hacerse cargo del rectorado de la EHU en 2025. Las últimas, haber

defendido Urdaibai —junto a otros agentes como Guggenheim Urdaibai Stop o Urdaibai Dezagun— del expolio natural y turístico, o evidenciado —con Gernika Gogoratuz, notablemente— el declive económico de Busturialdea, ayudando a una posición social casi unánime de defensa de la marisma frente al proyecto Guggenheim Urdaibai; y a haber influido a las instituciones para invertir 78 millones para el desarrollo comarcal en el quinquenio, aunque casi todo vaya a ir a infraestructuras.

Procuro no hacer demasiada sangre en el libro con personas que me hicieron daño. Solo menciono a personajes públicos, y preservo parte de lo más estrictamente personal. Tampoco destapo lo que pueda saber de quién hizo qué en la clandestinidad, por un pacto implícito de silencio entre todos los que vivimos intensa y arriesgadamente aquella época.

En ocasión de las despedidas de compañeros y compañeras fallecidas se suele percibir un hilo de hermanad, de estar en el secreto de un espíritu compartido por el que se dio todo en militancia y que fluye entre los asistentes. Así fue con Jon Echave, Sabin Arana, Bilbao Barrena (Baldu), Chato Galante, Txomin Ziluaga, Mikel Aldasoro, Xabier Armendariz, Joseba Macías, Germán Rodríguez, Arantza Arruti… Incluso en los casos en que no se terminó compartiendo enfoques al final de los respectivos caminos.

Notas:

---

1 AHOA Archivo de la Memoria https://www.ahoaweb.org/

1. DE GERNIKA A GIPUZKOA PASANDO POR BILBAO Y PARIS

Infancia en Gernika

Mi infancia fue bastante feliz. Al ser el benjamín, el *txikiena*, era el mimado de mi familia, de clase media. Era un crío inquieto, movido, ingenuo y buen chico, según me dicen. Mi ama, María, era gernikarra, la menor de una familia de cinco hermanos y hermanas, ama de casa e hija de industrial cantero —mi *aitite* Romualdo era de Errigoiti-Olabarri, de una familia de 12 hermanos y hermanas— que lo perdió todo en el bombardeo de Gernika en 1937.

Mi aita, Jesús, de Muxika, hijo de carpintero, era marino, al igual que varios de sus hermanos. Fue jefe de máquinas en la marina mercante. Trabajaba en la Naviera Pinillos en la ruta platanera Barcelona-Canarias.

Mundo rural y urbano se mezclan en mis orígenes, y todos ellos oriundos de Busturialdea-Urdaibai en todas las generaciones de las que hay registro diocesano hasta el siglo XVII, tanto en mi primer como en mi segundo apellido. Muxika, Errigoiti y Arratzu son los que más se repiten. De hecho, mi primer apellido real es Zallo-Etxebarria, pero aitite Lorenzo lo simplificó con un hachazo en el Registro hace más de un siglo. Un primo mío, Agustín, ha rescatado el original. Con una biografía pública y una bibliografía bastante extensa, me hubiera complicado las cosas cambiarlo a estas alturas, así que sigo con el amputado.

A pesar de que Gernika era un pueblo en el que la huella de la guerra era evidente, se trataba de una pequeña urbe viva, industrial y comercial, que para los años 50 ya estaba reconstruida casi por entero. Estábamos en la calle todo el día cuando no estábamos en el Colegio de los Corazonistas o haciendo deberes.

Jugábamos de niños, en la calle Don Tello, sobre un terreno con rastros de escombros de un chalet —de Arizpe- que quedó destruido, y que llamábamos «la basurera». No era un basurero. Los y las *baserritarrak* que venían de los caseríos a vender los lunes a la plaza —la primera «Plaza

Nueva» de la posguerra— los famosos lunes de Gernika, ataban los burros allí y nosotros jugábamos junto a ellos.

Jugábamos según las épocas, a canicas, a chapas («iturris»), al aro, al hinque (el clavo), a la garza (sacar chapas), a la trompa y sus modalidades, al pañuelito, con *goitiberak*, pasear en bici, a guardias y ladrones, al escondite, a la comba, a intercambiar cromos, a «vales y esconder» o «vi a lo vi» (esconderse en portales y altos de escaleras), a txorro—morro-piko —tallo-ké, al burro, al truquemé (rayuela), a pelota, a futbol; hacíamos arcos y flechas con varillas de paraguas; perseguíamos gatos y mimábamos a los gatitos; y desesperábamos a un empleado de una empresa de material de construcción al que llamábamos «Kagantxo», sustrayéndole algún material necesario para hacer casetas... Hasta un ring montamos, haciendo de contendientes, en una ocasión, Jon Larrinaga (Jontxu)[2] y yo, que éramos íntimos amigos, y seguimos siéndolo.

Mi *ama* era una mujer fuerte, digna hija de su padre, y abnegada hasta decir basta; siempre respetando la voluntad de Romualdo y asegurando el cuidado de su prole. Era madre y padre al mismo tiempo. *Aita* —como marino casi siempre ausente— era la figura a distancia, a la que *ama* tenía al día y consultaba. Mi *aita* tenía permisos esporádicos. Una vida dura para la pareja.

Si alguna madre iba donde María con quejas de que alguno de nosotros se había pegado con su criatura, la echaba con cajas destempladas, con el comodín de «las cosas de niños las arreglan los niños».

Mis hermanos me «vacilaban» mucho. Como no me gustaba que me tacharan de «mimo», uno me decía «mi» y el otro «mo», para hacerme rabiar. Mi hermana mayor siempre me defendía. Era muy ingenuo. Una vez que me resistí a acompañar a *ama* a hacer un recado, y yendo con ella a regañadientes, me caí y me dí un golpe encima del labio superior con el bordillo de la acera. Sangré lo suyo y me dejó una cicatriz de por vida, que nadie ha podido ver por mi nutrido bigote desde la juventud. Mis hermanos, los vacilones, me hicieron creer durante años que era un castigo de dios por desobedecer.

Era bastante ahorrador e ingenuo hasta las cachas. Y mis hermanos ya empezaban a tener gastos, por ejemplo, fumar. Me saqueaban vendiéndome y revendiéndome una y otra vez sus tebeos cuando no tenían dinero. El truco consistía en decirme que solo me habían vendido «algunos» cuentos en cada ocasión, pero que esa vez iban a ser «todos». Y lo mismo la siguiente vez. Yo caía en la trampa. Con los años he aprendido a tener más filtros mentales.

Era tradicional celebrar los cumpleaños familiares con una quina o anís y una galleta antes de ir a la escuela. Íbamos contentos. Una vez, en casa y por mi cuenta, le dí un largo lingotazo a una botella de vino y al verme haciendo eses por el pasillo mis hermanos, divertidos, casi me ahogan en la bañera hasta que vomité todo. Me acostaron completamente mareado. Durante un año me tomaron el pelo diciendo —aunque el espejo no lo corroboraba— que tenía aún la lengua morada.

«La basurera» también fue el escenario de una foto de familia con nieve, en ocasión de una de las visitas de *aita*. Yo tendría 6 años. La foto —hecha con una cámara plegable de rollo comprada en Canarias— la conservo. Tiene la pequeña historia de que fue la última de ese día, porque la bola de nieve que sostenía en la mano salió disparada con tal tino que dí en la cámara y hubo que llevarla a arreglar. Empecé a aprender que la alegría de acertar no siempre es un acierto por sus consecuencias.

Lo corroboré cuatro años después, ya viviendo en Bilbao, cuando le aticé a un gorrión en la Plaza de Albia con un *tiragomas* comprado en la calle Zabala. La pequeña cuadrilla tuvimos tal disgusto ante la primera evidencia de una desgracia por responsabilidad propia, que hicimos al pobre gorrión un funeral de Estado, para el que hubo que ponerse de acuerdo si con cruz o sin cruz. El mausoleo está en las rampas de Uribitarte.

Romualdo y Emeteria

Mi familia era más bien nacionalista, pero mi *aitite* (Errigoiti 1879-1965) era republicano, de los de Manuel Azaña y admirador de Indalecio

Prieto, además de agnóstico. Era un industrial, progresista en ideas, que vestía muy *pintxo*: chaleco, *txapela* amplia, reloj colgante y recogido en un bolsillito, trajeado, de pantalón planchado y zapatos lustrosos. Todo gracias a mi *ama*. Ello no obstaba para que todas las mañanas se pusiera traje de faena y en bici, con pinzas en los bajos del pantalón, se desplazara desde Don Tello a dirigir su cantera de Forua —a 2 kms de Gernika— donde trabajaban sus tres hijos varones: Tomás —padre de Joserra que era de la cuadrilla—, Agustín, padre de Inaxio Elgezabal, *Txiki* —también de la cuadrilla— y Santiago —padre de Javier, Miren y Anamari—. Mis primos. Todos vivíamos en el mismo edificio de Don Tello 12 [3]. Una pequeña tribu: «los de Romualdo» como nos conocían.

La casa se terminó en 1947 con piedra de la cantera de Romualdo y siendo Periko Idoiaga —padre de Petxo Idoiaga— el contratista. *Aitite* repartió pisos y lonjas entre hijos e hijas, con preferencia para los varones. Nací allí y no en Txorroburu, como mis hermanos. La oficina, archivo, recepción de visitas y teléfono —de los primeros de Gernika, el nº 115— lo gestionaba *aitite* y estaba en una habitación a la entrada de nuestro piso en el que hoy viven *Txiki* e Itziar Basterretxea.

Fue un hombre que se hizo a si mismo, autodidacta, que no sabía castellano cuando fue a la mili a Madrid, y como eso le hizo sufrir, entendió la cosa al revés y se revolvió contra el euskera. Lo veía como un obstáculo cultural. Nunca nos habló en euskera y sí en su mal castellano. De joven trabajó de estibador y también de palero en un carguero. Cuando ya tenía el propósito de «hacer las Américas», conoció a Emeteria Monasterio, que regentaba con su tía —la dueña—, la fonda-taberna que estaba en la parte izquierda del Pasileku. Hasta entonces solo existía a la derecha la «Escuela Nacional», años después denominada como Escuela Pública. En la parte izquierda, en los años 1910 y 1920, estaba el frontón abierto de Gernika, con espectadores en la parte trasera y lateral y, cosa curiosa, también en los altos del *frontis* al que se accedía desde la calle de la Casa de Juntas, actual Karmelo Etxegarai Kalea. Hay fotos en Gernikazarra que lo atestiguan. En ese tiempo, la taberna que estaba a la

derecha del frontón servía también para las apuestas de los partidos de pelota.

Cuando Romualdo se casó con Emeteria, que había heredado la fonda de su tía, pasó a llevar las apuestas del frontón, y ya empezaba en el negocio de las canteras. La primera concesión de cantera la tuvo donde hoy está el Garbigune de Gernika, en la carretera de Errigoiti. Era de ofita-caliza verde, como las canteras de Errigoiti.

Para construir la escuela de niñas, aprobada por el Ayuntamiento, se eliminó el Frontón. Solo quedó un pequeño frontón de *arkupe*. Cerrada la taberna, la familia pasó a vivir en alquiler en un piso de los Irazabal, justo en frente, en la calle Calzada, al lado de la segunda tienda de la pastelería Bidaguren, piso que quedó destrozado en el bombardeo. Su esqueleto —con un gran derrumbe en uve— está inmortalizado en una de las fotos expuestas al aire libre por el ayuntamiento en Foru Plaza. El nuevo frontón de la preguerra se construyó en la actual calle Industria, que se reutilizaría ya sin techumbre después del Bombardeo —hasta que el privado Gerestu Jai Alai lo sustituyó— y la piqueta destinó especulativamente su solar a torre de viviendas.

Es seguro que Romualdo nos hubiera trasmitido ideas de interés. Estuvo embebido del *higienismo* de principios del pasado siglo. Solía escaparse todos los años al Balneario de Zestoa y se limpiaba los dientes con esmero —con cepillo y sin dentífrico— después de cada comida. Conservó toda su dentadura —cosa rara en la época— hasta su muerte con 86 años. Aunque en el panteón familiar del cementerio de Zallo en Gernika hay una estrella masona esculpida —Txato Etxaniz, gran observador, me lo advirtió— ignoramos si Romualdo era masón. De serlo, lo llevó de forma muy secreta pues nadie, ni mi *ama*, que hubiera cuidado de una hipotética indumentaria protocolaria, tuvo referencias o, al menos, nunca nos las transmitió. También pudo ser cosa de un marmolista juguetón, precursor de grafiteros en piedra y continuador de los canteros firmantes de la Edad Media.

Aitite —tan presente en mi niñez— era un referente, a caballo entre el

patriarca y el huésped eterno y *bon vivant*. Siempre vivió con su hija María y con nosotros, en Gernika (Txorroburu y Don Tello) y Bilbao.

De Emeteria no tengo más recuerdos que las de las fotos familiares, pero de su fallecimiento en nuestra casa, en 1951, tengo un vago acuerdo, por lo que me impactó. Yo tenía tres años. Cuando se le hizo el velatorio a Emeteria, se llenó la casa de gente para despedirla y comer un ágape en el comedor, justo donde estaba colgado un cuadro —como en tantas otras casas— de latón estampado y gris ennegrecido con la Última Cena de Jesús. Supongo que al agnóstico de mi *aitite* no le hacía gracia. Se ve que interpreté —era bastante imaginativo— que aquellas personas se habían descolgado de la Última Cena y que mi casa se había llenado de Apóstoles. Corrí espantado y llorando hasta la calle, de donde me recogieron animándome con algún caramelo y, supongo, confirmándome que los Apóstoles seguían en su sitio.

Esta otra anécdota me la contó *ama*. A su hermana mayor, Marcela, le rondaba uno de los Atano, pelotari, que paraba mucho por la fonda en la que, como empresa familiar, también trabajaba con su madre Emeteria. Como los parroquianos se desplazaban a ver partidos de Gernika a Markina, uno de ellos, Manuel Leguineche, *Caraculo*[4] —padre de armas tomar de Manu Leguineche— advirtió a Marcela que Atano andaba con otra en Markina. Marcela rompió con el pelotari, posiblemente para su bien, aunque perdimos la oportunidad de enlazar con una famosa saga de pelotaris. Se casó, pasado el tiempo, con el lemoarra Pedro Zarate, el constructor-contratista que iba a demoler la fonda familiar y un modo de vida —cosas del destino, que diría mi amigo Dioni Oleagoitia— y construiría la escuela para chicas, finalizada en 1927, como reza todavía en el frontispicio del Pasileku. Será la próxima Biblioteca Municipal de Gernika. Marcela, además de nuestra tía, fue la *amuma* de los López de Larruzea (Andima, Amaia, Amagoia y Aitor), todos con A.

Tras la Guerra Civil, Romualdo tenía vetado por mi madre que nos adoctrinara en casa o que nos hablara de aquel pasado. *Aita* navegaba y apenas si podía venir a casa un mes al año o cada dos años, según. El caso

es que el silencio sobre ese tema fue lo habitual. El aprendizaje que hicimos fue a base de hilar circunstancias, palabras caídas y preguntas mal contestadas. Realmente hasta la adolescencia no nos enteramos muy bien de lo que había pasado en Gernika y, en mi caso, fue ya prácticamente viviendo en Bilbao.

No conocí a los padres de *aita*. Lorenzo y *Silibistra* (Silvestra). Murieron antes de que yo naciera. Sé que Julián Torrealdai, carpintero, que luego sería mi suegro, hizo algunos meses de aprendizaje en el taller de Lorenzo en Muxika, hoy en día solo vivienda, una casa cuadrada y solitaria de piedra y a cuatro aguas, junto a la carretera sita enfrente de la cervecera de Muxika. Me transmitieron de él tres cosas: que no tenía buen carácter; que es quien recortó sus apellidos: Zallo-Echebarria y Maguna-Aurrecoechea, dejándolos en unos escuálidos Zallo —que el tolosarra y escolapio Justo Mokoroa me tradujo como pastizales o pradales— y Maguna; y que, de sus numerosos hijos, hubo una rama nacionalista y otra *carlistona*. Mi *aita*, el menor, fue de la primera.

El bombardeo de 1937

El bombardeo del 26 de abril del 1937 pilló a mi *ama* —22 años— haciendo sus labores. Tras las intensas campanadas y sirenas, se desplazó a uno de los refugios del Pasileku, donde vivió la larga tarde del bombardeo con sus oleadas, espantada por el ruido y el temor a las consecuencias. Cuando salió del refugio lo primero que vio en frente fue su casa ardiendo por todos los costados, con la preocupación por su hermano Agustín, que se había quedado en casa durmiendo. Era miliciano. Supo después que se había marchado a tiempo hacia el monte, con un colchón al hombro. Quizás por salvar algo, quizás para protegerse de las ametralladoras aéreas. Muchos años después, *ama*, ya muy anciana, rechazó testificar ante una cámara su experiencia del bombardeo. Le duraba el espanto.

La familia Elgezabal, tras quedarse sin nada, marchó andando a Arratzu, pernoctando en la escuela. De allí, se desplazaron andando y en camión a Bermeo en los días siguientes, donde demoraron tres años hasta

reinstalarse en Txorroburu (Gernika). A pesar de que Romualdo había sido concejal republicano en Gernika durante un corto tiempo y era bastante activo en el círculo republicano de Gernika y de Forua no le encarcelaron, pero tuvo que ir varias veces a la Guardia Civil.

El silencio

Cuando era crío, las huellas de la guerra aún estaban allí, pero las naturalizábamos. Sobre los escombros se fue reconstruyendo la villa y, también, nuestra memoria de hijos de derrotados. A todo niño gernikarra le constaba que los escombros venían de la guerra, y sabíamos quién había sido, pero en casa no se hablaba de ello. El miedo llevaba a que fuera un tema tabú en la mayoría de hogares y como mucho había insinuaciones. Era el silencio.

Pasados unos meses del Bombardeo mi *ama* tuvo un encontronazo con unos soldados nacionales que iban comentando en el tren cómo los rojos habían incendiado Gernika. No pudo aguantarse y les dijo que había sido la Legión Condor, que ella vio y sufrió los aviones. La mandaron callar con amenazas.

El miedo era tal que, al igual que otras muchas familias —y a diferencia de otras que felizmente se arriesgaron—, no nos transmitieron el euskera a pesar de que era la lengua de todos mis progenitores. Un agujero negro para nuestras vidas. Seguro que operaron también valores de cálculo promocional en época de incertidumbre y represión. Tuve que aprenderlo de mayor, aunque no he llegado a tener la destreza que hubiera podido tener si las circunstancias hubieran sido otras.

Miedo y hambre. No fue el caso de mi familia, pero mi *ama* me contó que en la primera posguerra era común el paseo del «*sustantziero*» que, por unos céntimos y unos minutos, introducía un chorizo en las ollas de los más pobres para darle sabor a lo que fuera. De aquella época también le quedó no cocinar conejo para la familia. Había visto en Gernika no ya el «gato por liebre» sino el gato *per se* para matar el hambre. Le venía la imagen. No probé conejo hasta que fui adolescente.

Tributo familiar al mar

Nuestro tributo familiar al mar fue pródigo.

Además de mi aita y buena parte de sus hermanos, mis dos hermanos hicieron Náutica —Juan Luis llegó a ser capitán y Josemari jefe de máquinas en buques petroleros—. Igualmente, mi hermana Marije, tras su larga estancia en Liverpool para aprender inglés —con la familia Glover y la intermediación de Rosita Gorriño, niña de la guerra que se quedó allí— hizo, después, secretaría de dirección, empleándose en la compañía aseguradora de buques Lloyds. Para más fijación marina de la familia, Marije se casó con un ingeniero naval cántabro, Pepe Álvarez, inspector del Lloyds Register of Shipping.

Desde crío me lo dejaron claro: «Tú, ni hablar de ir a la mar, que es muy dura».

Escolapios de Bilbao y adolescencia cristiana

Si bien cursé dos años en el represivo Colegio de los Corazonistas de Gernika —luego te enteras que ocurrían abusos sexuales[5]—, tuve la suerte de poder estudiar «Ingreso» en un colegio religioso bastante abierto de Bilbao: Escolapios.

A la sazón había malas comunicaciones entre Gernika y Bilbao. Para estudiar —el Instituto de Gernika no se funda hasta 1963— o ibas interno, o se trasladaba la familia entera, ya fuera para estudiar en un colegio o en el Instituto público bilbaíno. En nuestro caso, mi familia tenía un piso en Bilbao que había estado en renta. Nos mudamos. A raíz de la admisión conjunta de los tres hermanos varones en Escolapios —ni en jesuitas ni en Santiago Apóstol nos admitían a los tres juntos— muchas familias de Gernika empezaron a enviar a sus hijos varones de internos a Escolapios en los años siguientes. Abrimos la espita del flujo gernikarra.

De niño, al ir a vivir a Bilbao, tuve que hacerme a la ciudad. Era como un tránsito del campo a la ciudad. A los bilbaínos les chocaba el acento que teníamos los de los pueblos, y se reían un poco de nosotros. Hacer nuevos amigos me costó poco. Vivía en Indautxu, un sitio privilegiado, e

hice cuadrilla, tanto en el Colegio como en el propio barrio. Mi integración fue buena.

No perdí el contacto ni el vínculo con Gernika y, de hecho, ahora, cuando me he jubilado —lo de jubilado es un decir— me vine a vivir a Gernika, después de más de 55 años fuera, de los que 40 —desde 1980 a 2019— he vivido en la zona de Mungialdea.

De adolescente pasaba 15 días de verano en la casa de la tía Luisa, madre de mi primo Juan Inaxio Elgezabal (*Txiki*). Mi cuadrilla gernikarra era de ambiente abertzale. Así, por ejemplo, en 1964, con 16 años, en una salida al monte de siete chavales se nos ocurrió embadurnar la placa conmemorativa del puesto de operaciones de Franco que había en Bizkaigane. Pensando que nos podía haber visto la Guardia Civil —la ermita está muy expuesta— bajamos por la vertiente de Parexi en lugar de por Metxika, con la mala fortuna de que hubo que atravesar un enorme zarzal que nos dejó llenos de raspaduras. En la foto de esa salida estamos, entre otros, *Txiki*, Jontxu y yo. Premonitorio de militancias posteriores.

Mis amigos de Bilbao, en el Colegio de los Escolapios, no hablaban de temas políticos hasta que, ya con 14 o 15 años, a través de los grupos de reflexión que organizaba el «padre espiritual» del Colegio (Padre Ciaurriz) fuimos tomando conciencia de distintas cuestiones. De ese Colegio salimos con vena militante Txabi Etxebarrieta, Patxo Unzueta, López Irasuegi, Roberto Echevarria, Carmelo Garitaonandia, Anton Borja... Y por el lado cultural, Xabier Kintana —*euskaltzale* que dedicó biografías a Justo Mokoroa y a Federico Krutwig, entre otros— o Javier Viar que, además de crítico de arte fue director del Museo de Bellas Artes de Bilbao y amigo.

Muchos años después, como yo era aficionado a historia del arte, Javier me pidió revisar la sintaxis —escribía unos párrafos larguísimos— de su imprescindible y enciclopédica *Historia del arte vasco: de la Guerra Civil a nuestros días (1936-2016)* que repasábamos en un restaurante que había en Avenida de Zugazarte frente a su casa, en Las Arenas. Me convenció de

que el provincial Museo de Bellas Artes de Bilbao debería ser, por la calidad de sus colecciones, un museo nacional vasco.

No nos hablaban de política, pero se notaba cierta simpatía de algunos curas navarros y guipuzcoanos hacia el mundo del nacionalismo y del euskera, cosa que no ocurría en otros colegios de Bilbao. El Padre Justo Mokoroa resultó ser un sabio al respecto. Nos enseñó, sobre todo, un francés impecable para toda la vida. Entre los escolapios había nacionalistas y carlistas. Entre los nacionalistas, estaba *Semaforito* —por sus lentes verdes de culo de vaso—. Asimismo, me ha sorprendido descubrir que el padre Melchor Valencia tuvo una entrevista con Manuel de Irujo en el verano de 1954 en Miarritze y que se ha guardado en los archivos de Eusko Ikaskuntza. Melchor informa a Irujo que los carlistas en Navarra están captando gente joven, sobre el terreno que van dejando, por abandono y exceso de prudencia, los nacionalistas navarros.

Mientras el prefecto Padre Eusebio, un tipo con aspecto de Obelix, se encargaba de que fuéramos por los pasillos, siempre sobre la cenefa de las baldosas hidráulicas, el Padre Martín, que también se ocupaba de los internos, intentaba que aprendiéramos latín. En el interior de la puerta del Colegio se apostaban una caramelera y un *piñonero*, que te adjuntaba un clavito de punta aplastada para poder abrirlos. En Escolapios estábamos muy orgullosos de que el Águilas de 1ª división de Baloncesto, con el mítico Emiliano a la cabeza, entrenara en el patio de Colegio.

Era un buen estudiante, entre el tercero y séptimo de la clase de los aventajados. Al principio los escolapios —con mal criterio— dividían los tres grupos del curso por niveles de calificación. Entendí que no debía intentar dedicarme a ser el primero, porque había otras cosas que hacer y sería, además, fuente de frustraciones. El Padre Francisco Goñi contó a mi *ama* su teoría de los cántaros. Se conoce que yo no llenaba el cántaro hasta arriba y que podía esforzarme más. Sin embargo, yo disfrutaba con no tener un solo cántaro sino varios, y todos en un buen o suficiente nivel. Siempre he sido perfeccionista, pero no hasta la exasperación; excelencia sí, super-especialización no. Hay un momento para cerrar, y a otra cosa.

El Padre Goñi, profesor de Ciencias Naturales y muy socarrón —de quien tuve ocasión de despedirme junto a Kintana y Madariaga cuando estaba en una residencia para mayores en Gasteiz— quiso, cuando yo era chaval, que le cediera mi colección de minerales extraídos con esfuerzo de las cuevas y minas de Arraiz. Le dije que no. Debí darle la colección, porque años después mi *ama* lo tiró a la basura. También me dio una lección de humildad cuando le llevé ufano un insecto «tropical» que había venido de polizón en la maleta de mi hermano Juan Luis desde América: «Chiquito, esto es una cría de cucaracha».

Pertenecí a los «boy scouts» —en la patrulla de Los Zorros— durante un tiempo. Me enseñaron a admirar la naturaleza, a disfrutar de las salidas montañeras, rudimentos de supervivencia y el trabajo en común y solidario. Con mi pañoleta blanca y azul, cada día una buena acción y el fuerte protege al débil: el dedo gordo sobre el meñique. Era de impronta religiosa. En una de las salidas de acampada para una semana por Zudaire, yendo a atravesar la sierra de Urbasa, nos perdimos. Llegamos al Monasterio de Irantzu exhaustos y con el miedo en el cuerpo.

Hacía ocasionalmente de monaguillo en la capilla de Alameda Recalde los domingos. Se acercaban la hermana de Antón Hernández Zubizarreta —Itziar, con la que tengo una buena amistad desde entonces— y sus primas a misa y comunión. Con los años supe que se divertían cuando les ponía la patena bajo la barbilla, y yo sin enterarme.

Escolapios tenía organizados, asimismo, grupos de trabajo sobre temáticas sociales que se vincularon con la progresista Juventud Estudiantil Católica (JEC) y, desde allí, conecté después con la Juventud Obrera Católica (JOC) en Etxebarri —justo un año después de la Huelga de Bandas de 1966— y en Basauri, aunque no fuera obrero. Me admitieron con cariño. Esas experiencias fueron muy importantes para mí. La sede estaba en Alameda de Mazarredo, casi enfrente de Ibaigane Jauregia, hoy sede del Athletic.

No me tentó en esa época irme de seminarista escolapio. De más niño, en una de mis visitas estivales a Gernika, se acercó *Josetxu* Idoiaga a casa

de Juan Inaxio, *Txiki* —era de nuestra edad y de la cercana calle san Juan —, que estaba en el Seminario de Derio. No nos dio envidia, o solo un poco. Después lo dejó. En otra ocasión, de más adolescente, en uno de los terroríficos «ejercicios espirituales» en Begoña también intentaron echarme el lazo. Mi respuesta fue que me lo pensaría. La di con el silencio.

A través de esas vías emergió mi compromiso social y el rechazo al franquismo y a su ideología. Mis influencias fueron así el contexto, las lecturas pluridisciplinares con curiosidad extrema, la observación y el paso por la iglesia de base y de militante social.

Viviendo en los años 60 en la zona centro de Bilbao**,** no percibías las tensiones de tipo social. Pero si te asomabas al extrarradio observabas cómo se construían los barrios de Ollargan, La Peña, Otxarkoaga o San Antonio de Etxebarri, o cómo se vivía en los tradicionales Errekaldeberri, Sestao, Santurtzi, Lutxana. En la margen izquierda de los años 70 palpabas, más que pobreza, duras condiciones de vida y deterioro.

Asimismo, veías que el euskera era perseguido, que el país era ignorado, que no se podía hablar de ciertos temas, que el franquismo era represivo, que se carecía de libertades, que había mucha policía y poca diversión.

Bizkaia era netamente industrial. Casi todos los días se ponía rojo el cielo. Lo veía desde casa. Era patente la industria, la vorágine de la acción industrial, el crecimiento económico. Eso —vieja tecnología, gran mano de obra barata, energía y materias primas baratas— funcionó hasta la «crisis del petróleo» de 1974 que, llegado el tiempo, me tocó ilustrar en un cuaderno-libro, en forma de crónica de una crisis que cambió las economías del mundo[6]. Todo eso te llevaba a tener una sensibilidad sobre la diferencia entre quiénes trabajaban y quiénes eran propietarios de aquellas inmensas fábricas.

Esa sensibilidad social también venía de la lectura**.** Fui muy lector. Leía ensayos de todo tipo.

Desde crío me entrené leyendo tebeos (gratis) al ir a buscarle a Jon

Larrinaga (Jontxu) en la imprenta y librería «La Imprenta Moderna» de su *aita*, Juanito[7]. Tenía todos los «cuentos» del mundo a mi disposición. Mi deuda con Juanito, un hombre culto, abertzale y democristiano, siempre será impagable. Obviamente siempre llegaba con media hora de antelación a las citas con Jontxu, «para esperarle»… leyendo tebeos.

Ya de adolescente, con 16 años, leía a los deprimentes existencialistas que te producían angustia y poesía pesimista, aparte de crisis religiosa. Algo así le pasó a Txabi Etxebarrieta, cuya poesía —que guardó celosamente su amigo Germán Echevarria, hermano de Roberto— reflejaba sus angustias.

Al terminar Bachillerato y Preu, mi *aita* me regaló un maravilloso viaje de 15 días en verano, en el barco donde trabajaba, el *Duero* de la Naviera Pinillos, que hacía el cabotaje de carga general, y de platanero, a la vuelta de Canarias: Barcelona, Valencia, Málaga, Las Palmas, Tenerife, Melilla, Mallorca y Barcelona. En cada puerto nos esperaba al Alumno de máquinas y a mí un taxi para darnos una vuelta. El barco no estaba ni un día en cada puerto y se navegaba, sobre todo, de noche. Me impresionaron Canarias y Melilla. Fue el rito de paso para iniciar la Universidad, con 17 años. Era 1965.

Iglesia y Periko Solabarria: el cura obrero

Esa parte minoritaria de la iglesia de base en aquel momento fue fermento de politización para distintos grupos y personas. Mucha gente empezó a militar en uno u otro sitio por la influencia y ejemplo de los curas progresistas. Con el tiempo, ya en la Universidad y con solo 18 años, fui muy amigo de Periko Solabarria, parte de su círculo más íntimo. A punto estuvieron de detenerme estando en su casa-sótano, en Santa Teresa, en una visita que le hizo la policía cuando estábamos reunidos. Periko hacía en su sótano misas comunitarias que eran más piscolabis bendecidos y con charla que una misa convencional. Me acuerdo que si era viernes con vigilia —no se «podía» comer carne según la Iglesia— Periko nos retaba: «*Prueba este chorizo ¿a ver si se puede?*».

Años después volvimos a coincidir dos veces. Una, siendo detenidos por dos policías nacionales, bajándonos del kiosko de Santurtzi en el Aberri Eguna de 1976, momento del que hay una foto de EFE que publicó *El País* en un anuario y en la que Periko se tocaba con su clásica *txapela* y yo de pelo negro y largo y delgado como un junco. Otra fue en la manifestación contra el cierre de Kukutza, en 2011. Periko fue eternamente joven y luchador.

Había otra Iglesia, la oficial y represora, que nos aterrorizó sexualmente en la adolescencia, generación tras generación, con la estúpida idea del pecado.

Mi ateísmo fue tardío, con 19 años más o menos, pero siempre me quedaron retazos de la moral cristiana, que podían corregir situacionalmente la ética de «todo por la clase» o «todo por la patria» —que me perdone la guardia civil—, cuando la acción podía deshumanizarse en aras a la utilidad. Nunca perdí de vista la afectación al ser humano concreto o a mis principios, tanto en mis acciones como en las ajenas.

Universidad de Deusto

Mis dos hermanos se habían ido a navegar con 17 años, tras cursar Naútica; Marije, a Liverpool. Yo era el que, como Juan Luis Zallo Garteiz —mi querido y socarrón primo mayor— iba a ir a la universidad para formar parte de la élite de Bizkaia e incluso del Estado español: La Comercial.

El salto a la Universidad supuso empezar a reciclar, conforme a mi mirada, los recursos de conocimiento recibidos. Ya no «te» enseñaban, sino que uno mismo iba forjando su pensamiento con las herramientas que te daban. Fui afortunado al no tener que trabajar para estudiar y dedicarme a tope a ello.

Estudié dos carreras enteras al mismo tiempo, Derecho y Economía, en la Universidad Literaria de Deusto y en la exigente Universidad Comercial de Deusto. No era lo que después fue Derecho Económico. Era

muchísimo trabajo. Además, leía otro tipo de libros que contrastaba, por el lado de la izquierda o del nacionalismo, con lo que me contaban mis profesores —no había aun profesoras— en Derecho y Economía, desde versiones liberales o keynesianas o desde la visión más tradicional del Derecho.

Ya en la Universidad se amplió mi foco leyendo de todas las disciplinas como el análisis teórico o económico-social —Marx, Engels, Gorz, yugoslavos varios, Lenin, Debray, Gramsci, Mumford—; sobre marxismo —Girardi, Rodríguez de Yurre, Althusser, Miliband, Poulantzas—; derecho —Obieta, Bobbio, Habermas—; psicoanálisis —Freud, Fromm, Jung, Reich—, historia —Childe, Tuñón de Lara—, poesía —Ángel González, Celaya, Otero—, historia vasca —Landaburu, Irujo, Krutwig, colección Auñamendi y Biblioteca Ekin, después—, lengua —el Adam Schaff humanista y la relación entre lengua y pensamiento—, economistas —Baran, Sweezy, Dobb, Mandel o latinoamericanos como Faleto, Cardoso, Frank, o los de la CEPAL como Prebisch o Sunkel— o ese mix de mística y cristología cósmica de Teilhard de Chardin.

Llegué a tener una biblioteca importante porque mi generoso *aita* me dio el equivalente a la beca que gané en Deusto y que invertía en la compra de los libros de la trastienda de la librería de Pepe Gorriti en la Plaza Nueva de Bilbao —en su mayoría prohibidos o de difícil acceso— del que fui un magnífico cliente. También, estaba suscrito a *Cuadernos para el Diálogo*, leía *Triunfo…* Los libros los prestaba como una biblioteca ambulante *progre*, registrando los préstamos entre mis compañeros de la Comercial —Koki Almunia, Paco Muñoz, Manolo Villanueva, Pérez Delgado... entre ellos—. Se desperdigó con mi ulterior nomadismo forzoso.

Los profesores que más me impresionaron a lo largo de la carrera, por su capacidad pedagógica para hacer interesantes y asequibles materias áridas y aburridas, fueron para mí, Juan Churruca —Derecho Romano— y Andrés Mañaricúa —Historia del Derecho—. Con Juan —que se secularizó y casó en la edad tardía y llegó a ser Rector y consejero de

Educación en el primer gabinete Ardanza— traté solo un poco. Fuimos al monte con él en un par de ocasiones, una de ellas al Anboto. Mañaricúa fue un sabio de los Estudios Históricos Vascos.

El modelo de profesorado de la Universidad Literaria de Deusto —Adrián Celaya, Pablo Lucas Verdú, José Guerra, Antonio Beristain, Mario Fernández, Ricardo de Ángel, José Antonio Obieta…— era distinto y más investigador que el de Universidad Comercial de Deusto, que tenía más un perfil de *Bussiness School*. En ésta, la plantilla estaba confeccionada con buenos profesionales de la empresa en activo —Alfredo Sáez, José Miguel Rincón, Luzarraga, José Luis Marcaida, José Ignacio Arrieta, Alfredo Gil…—, lo que hoy serían profesores asociados. Unos enseñando su práctica teorizada y, alguno que otro, liado algunas horas a la semana por el Padre Bernaola repitiendo ideas extraídas de un manual. La excepción, en *full time* universitario, fueron unos pocos, unas personas sabias —y de difícil seguimiento— como Enrique Chacón o Fernando de la Puente —*Peseta*— y otros más chocantes, sabedores y cercanos —Bilbao, *el mono*, en la contabilidad práctica—.

En La Comercial se priorizaban las asignaturas técnicas sobre las teóricas y de pensamiento, las destrezas sobre las capacidades. No se ensalzaba ni criticaba el sistema económico; simplemente se reproducían sus mecánicas de gestión. Lo más crítico que oí en esos años fueron las clases de un jesuita, Pedro Uriarte Zamacona —natural de Areatza y sociólogo—, que escribió, entre otros el libro *La dinámica profunda de la vida económico-social* (1968), que fue nuestro manual de curso, y vinculaba la cosmovisión de Theilard de Chardin con la economía social. Él prefería la cogestión al cooperativismo, dentro de los cánones de la doctrina social de la Iglesia.

En una ocasión, el liberal *Peseta,* que era catedrático de Teoría Económica en Sarriko y no tenía despacho en La Comercial, nos citó —a nuestra demanda— a Mikel de la Fuente y a mí, en la antigua Cafetería Toledo sita en la Gran Vía, porque queríamos debatir sobre la economía de mercado. Se divirtió de lo lindo. Tenía discurso, retórica seductora,

fuerza gestual y tonal, y publicaciones. Nos contó maravillas de la economía de mercado en contraste con la economía socialista, con la experiencia yugoslava o con la economía social; teorizó sobre el premio de asumir riesgos; y resaltó las bondades del mercado como asignador de recursos y —ahí pinchó en hueso ante dos jóvenes rojos de 19 años— como distribuidor de roles y clases sociales. Tras asimilar y contrastar sus enseñanzas, Mikel y yo nos quedamos con lo que ya pensábamos, tanto por las fallas del desarrollo capitalista como por lo que bebíamos de otras fuentes teóricas. Siendo aun bastante joven, con 53 años, Fernando de la Puente y Fernández de Ullibarri tuvo un final trágico que lamenté. Se ahogó en una embarcación de recreo en El Abra en 1983.

Creo que acerté con la elección de mis estudios. La Economía te da la perspectiva de lo real, del vivir, de lo material, del esfuerzo humano por el progreso y del egoísmo de las clases dominantes por acumular poder y sojuzgar a otros, con una economía a su servicio. El Derecho te abre dos posibilidades. Un Derecho de clase dominante con sus juristas profesionales que han regulado la sociedad en beneficio de una minoría, forzando la estabilidad mediante punición. Y otro Derecho, que favorece los pasos hacia una sociedad más igualitaria y respetuosa con los derechos humanos y colectivos. Ambos, Economía y Derecho, se complementan como dos visiones de una misma realidad: la que hay y mueve el mundo; la que la protege o podría hacerlo, con otras relaciones de fuerzas. Ser y deber ser.

Pero, en realidad, eran como cuatro carreras al mismo tiempo: Derecho, Economía, contraprogramación —lecturas alternativas— y militancia, primero social, y luego, a partir de tercer curso, en ETA.

La práctica política —y los estudios sobre ella— han sido para mí palancas de cambio en torno a proyectos de libertad y *vida buena*.

Y, por último, el campo en el que me especialicé, la comunicación, tiene que ver con la conciencia, la opinión pública, el nivel cultural, la participación, el pulso social y los flujos de proyectos. Ya solo me hubiera

faltado estudiar sociología, ecología y antropología, hueco que he ido rellenando mediante la lectura y una curiosidad infinita.

Estudiaba mucho. Era un sinvivir en lo que a tiempo se refiere. Me levantaba casi todos los días a las 4:30 de la madrugada tras un café solo doble y ya un cigarrillo para las 5 de la mañana. Fumé —a paquete y medio de Ducados— hasta los 48 años y recaí temporalmente, durante un par de años, cuando tenía alrededor de los 63 años. Las secuelas en salud vinieron después.

Mi lugar de estudio era el comedor de casa que compartí a lo largo de varios años con Manolo Villanueva, compañero de curso, ex seminarista, natural de Peralta (Navarra) y hermano de Javi Villanueva, quien fuera después dirigente del EMK. Manolo estaba de pensión en Deusto y mi casa le ofrecía silencio —unas dobles ventanas aislaban la casa del ruido de la Plaza de Indautxu— que Manolo certificaba parando las manillas del reloj de pared. Mi madre nos preparaba siempre una merienda. A veces yo me escapaba a las 7 u 8 de la tarde a mis reuniones y contactos.

Fueron compañeros en la carrera, además de correligionarios, Mikel de la Fuente —alias *Mannix* y *Keynes*—, Andoni Pérez Ayala —*Belarri*—, que no pudieron acabar sus carreras en La Comercial por la represión —exilio y cárcel respectivamente— y el veto de Bernaola, y finalizaron tardíamente sus carreras de Derecho. Asimismo, *Txibis*, también correligionario en la época, natural de Donostia y que trabajó con posterioridad para la Administración socialista en Madrid. Los compañeros de curso con quienes regresaba a casa y con los que tuve una buena amistad fueron Enrique Gorriño —que trabajaría en Caja Laboral y militaría conmigo ya en los 70 en Arrasate—, Manuel Pérez Delgado —hijo de un obrero, que vivía en Uretamendi y que, cuando fue CEO, nunca se olvidó de sus orígenes de clase— y el simpático Ángel Llamazares a quien durante años señalábamos como el «soltero de oro» de Madrid. Al final, se casó. También fueron compañeros, Fernando Prat, José Mari Gorordo o Luis Beroiz.

Tuve, asimismo, trato con estudiantes de dos cursos inferiores en la

Literaria de Deusto, también antifranquistas, como Juan Infante, Juanjo Llisterri, Javi Villanueva, Antepara, Guerra…

Durante la etapa universitaria, iba mucho a la margen izquierda porque tenía novia allí, Mari Pili González, de Santurtzi. Fuimos muy amigos de los Galdeano, Xabier —asesinado por el GAL en 1985— y Maribe, que vivían en Algorta. Begoña, la madre de Mari Pili era *pescatera* ambulante, y les llevaba el pescado a Algorta. Nos dejaban el coche a la organización para trasladar la propaganda con el compromiso de que, en caso de caída, se tenía que declarar que era robado. También fui vecino, en la misma casa de san Mamés 49, de Mikel Solaun, también de ETA, del grupo de la zona de Indautxu —algunos recados hice para ese *talde*—. Pasados los años, en 1984, Mikel fue asesinado por su propia ex-organización por no prestarse como ingeniero-constructor a una masacre en el cuartel en construcción para la Guardia Civil en Algorta.

El Gran Bilbao rezumaba presencia de la clase trabajadora, con altos niveles de explotación y de reivindicación que eran muy evidentes en una zona industrial. La margen izquierda estaba llena de fábricas y de edificios grises y sucios, pero también de grupos de activistas, con el comienzo de la formación de CCOO, con las iglesias como lugares de reunión en Barakaldo o Sestao. Recuerdo una salida nocturna con propaganda de un centro social de Sestao que parecía vigilado. Seguimos con preocupación la redada de la mina de El Alemán —donde detuvieron a Zabala, un amigo y que fue inmortalizada por Agustín Ibarrola[8] en una de sus reproducciones—. También traté un poco a los líderes de HOAC y USO, los hermanos Palacio, en Larraskitu-Rekaldeberri.

Igualmente frecuenté la OAR (asociación recreativa) de San Ignacio (Margen Derecha) entre 1966 y 1968. Se combinaban las salidas al monte (Pagasarri, Ganekogorta) y las actividades culturales o lo que fueran. Por ejemplo, nos dio una charla de captación Txabi Etxebarrieta. Por allí andaban Sabin Atxalandabaso y Andoni Pérez Ayala.

Aunque yo era de clase media, me movía más bien entre gente trabajadora social y políticamente comprometida y no en los círculos de

universitarios. En mis visitas a Gernika, mi referente era la cuadrilla de la adolescencia que se abrió en esa época, al mismo tiempo que se sesgaba políticamente.

Nuestra preocupación social hizo que en una ocasión (1967) Jesús Omeñaca —también compañero en la Universidad de Deusto— y yo «regáramos» las calles, desde Otxarkoaga (Bilbao) a Santurtzi, con propaganda social —no vinculada a partidos y hecha por nosotros mismos en una Gestetner— desplazándonos en coche con rapidez y pateando fajos de octavillas donde había gente —salidas de misas— o en esquinas con viento. Viví en su piso de Larraskitu un par de meses y en una época salimos juntos con nuestras respectivas novias. Era de Ágreda (Soria) a pesar de su apellido vasco. Una vez que intentamos reunirnos en el Círculo Soriano, que estaba enfrente del Ayuntamiento, nos echaron. Jesús se pagaba los estudios trabajando de pescatero nocturno. Llegaba a la Universidad con un pestazo a pescado que le divertía pasear por los finos olfatos de los «niños bien», entre ellos Mario Conde y el vizconde Fernando Almansa, quien fuera después jefe de la Casa Real. Jesús se hizo experto en Contabilidad, montó una academia y editó un manual de Contabilidad, siempre actualizado, que ha sido referencia en Bilbao.

Me acuerdo cómo en clase de Derecho Penal en la Universidad de Deusto —1967—, con el Padre Antonio Beristain —que fundaría después el Instituto Vasco de Criminología—, nos distribuyó a los estudiantes por preferencias sobre el derecho de propiedad. Aquello fue premonitorio sobre los destinos de cada cual en el futuro. Conde y Almansa lideraron el grupo de defensa a ultranza del derecho de propiedad; Koki Almunia y otros, el sentido de la propiedad social de la Iglesia; y los rojos, Paco Muñoz —*Txibis*—, Mikel de la Fuente y yo, la propiedad pública.

Fueron especialmente emocionantes, por insólitos, tanto el concierto que dio Raimon en un Aula Magna de Deusto a rebosar, como el debate entre Pepón Rodríguez —profesor del Instituto, conocido miembro del PCE-EPK y, con los años, amigo— y el Padre Rafael Belda en el salón de

actos de Sarriko —también hasta la bandera—, con la excusa del diálogo entre marxismo y cristianismo.

ETA

Podías hacer dos cosas en el tardofranquismo. Una avenirte a no molestar, para que no te pasara nada. Y la otra, comprometerte, con los riesgos que ello implicaba. Era el dilema de la época. Yo opté por lo segundo. Pero no era una militancia fácil. En ese momento solo había una ETA. Asumía riesgos y, al mismo tiempo, seguía empeñado en compaginar los estudios y una militancia que era, en mi caso, más de educación y propaganda, reuniones de universidad —fui delegado estudiantil en 1969—, establecer redes, hacer de buzón —contactar unos con otros, escribir pequeños textos sobre cultura, contar la historia del país...—. Dí charlas de cultura e historia vasca en El Karmelo (Santutxu) —allí estuvieron Izaskun Larreategi, Erro Landa…— o en Balmaseda, invitado por el cura Llaguno.

Sin darme cuenta ya estaba en ETA. En mi caso, la militancia era más en el ámbito cultural-político que de otro tipo. Era el Frente Cultural de ETA, complementario y un poco anecdótico respecto a los otros Frentes: Político, Militar y Obrero.

También me quedé estupefacto cuando los de ELA (Askatu) —enfrentados a la ELA oficial— abuchearon a Gabriel Aresti «por españolista y comunista» en el salón de Actos del Colegio de Santiago Apóstol (Lasalle) en Rodríguez Arias. Esa manía persecutoria la heredaron los *bultzagileak*, Hamaikabat, lo más reaccionario que tenemos en el panorama vasquista, nada partidario del soberanismo. Allí donde iban, deshacían. En *Goiz Argi-Aberri Berri* tienen páginas gloriosas de infundios e interpretaciones sesgadas sobre Txema Montero y sobre mí, firmadas sobre todo por Imanol Lizarralde. En una época fuimos sus dianas favoritas.

En esa época traté a Angel Zelaieta, un erudito cariñoso y cercano. Con posterioridad Maite, Doltza y yo tuvimos bastante relación con él y su

familia, Maribel, Ahoztar y Amagoia, en los veranos de Bakio. Asimismo, hablaba con Abel Muniategi, Karmele Rotaetxe…

De todas maneras, con carácter general la cultura siempre se valoró poco en la política del país, y ETA no era una excepción. En la jerarquía de valores se resaltaba, primero la identidad, la vasquidad; después la acción; y, por último, el pensamiento o la cultura material o el saber. Aunque a este respecto también hay que decir que, ya iniciados los años 70, las lecturas estuvieron en la base de la maduración de las líneas de pensamiento —había intensos debates programáticos— y de la formación militante, aspecto este que se cuidó siempre cualitativamente más en ETA-VI que en ETA-V, y más en *polimilis* (ETA político-militar) que en los *milis* (ETA militar).

Aquella ETA incipiente de finales de los 60 era más de captación, propaganda —incluso armada—, de autodefensa y de atentados contra símbolos y aparatos del franquismo —locales de la OJE o Falange, alguna prensa como *Gaceta del Norte* o *El Correo Español-El Pueblo Vasco*) y de algunas *requisas* (Bergara, Metacal…). Se evitaban choques con la *pasma*, y mejor dejarse detener que tener que matar —eso le pasó a Maite Arevalo en el atraco a La Naval— y no tanto por la policía misma, sino por la percepción que pudiera tener la sociedad de ese tipo de encontronazos. Era una violencia acotada y medida, que evitaba los daños colaterales.

Fue también el caso de Josu Ibargutxi, que resultó herido al intentar desactivar una bomba colocada en el local de *El Correo* de Eibar, porque podía afectar a una empleada del turno de limpieza. Con los años hicimos una gran amistad, a través de La Suelta que luego comento. En cambio, nos consternó que Mikel Echebarria, herido y huido en la redada de Artekale de 1969 —en la que habían caído Mario Onaindia, Bittor Arana y Txutxo Abrisketa— matara al taxista Fermín Monasterio al verse en peligro. El periplo de su azarosa huida lo siguió toda la organización.

Txabi, hermano pequeño de José Antonio, el abogado brillante y socarrón, había redactado el documento central de la 2ª parte de la Vª Asamblea de 1967 —«El socialismo vasco y Frente Nacional»— en el que

abogaba por el Frente Nacional —alianza de clases nacionales— y, para otra etapa posterior, el socialismo, a construir ya solo por el Pueblo Trabajador Vasco.

Tres años después, en los documentos para la fracasada primera parte de la VIª Asamblea de 1970 —que acabó con la expulsión de los grupos más polarizados: Células Rojas, de una parte, y el Frente Militar en el exilio, de otra— se apuntaba una orientación imprecisa hacia la izquierda que daba preeminencia al carácter de clase de ETA. Aunque el «proceso de Burgos» de diciembre de ese mismo año, 1970, multiplicó por mil la popularidad de ETA, fue un momento inoportuno de máxima debilidad de estructura —muchos cuadros relevantes estaban encarcelados— y de proyecto, con dinámicas escisionistas en ciernes.

Detenciones

A *Txiki* lo detuvieron en Bilbao el 10 de mayo 1969. Me impactó. Hubo que limpiar la pensión en la que vivía. Y se pasó dos años y medio en la cárcel. Ya antes de 1970, la cuadrilla de Gernika quedó desperdigada por la represión. Una bomba en el pedestal del monumento a Don Tello —con escaso efecto— fue el detonante de la fuga de unos y el temor de otros.

Yo vivía al lado de la comisaría de policía de Bilbao, de Indautxu. Era el nº 49 y ellos «trabajaban» en el nº 41, abarcando igualmente la calle Gordóniz y parte de Uhagón. Como hoy en día.

De hecho, la primera vez que me detuvieron, con 19 años, los policías eran casi mis vecinos, los veía con frecuencia. Era 1967. Me secuestraron en el portal de mi casa a las dos de la tarde, cuando regresaba de la Universidad de Deusto y me llevaron a la comisaria para un interrogatorio con más de 10 policías de la BPS. Me retuvieron, sin registro en el libro de entradas y salidas, durante 7 horas, sin aviso a mi familia que se preocupó mucho, porque no había ido a comer a casa. Estuve esposado con las manos atrás. Apalancaban con fuerza con el pie, lo que me dejó marcas para dos a tres semanas y me dieron algunas hostias. Me liberaron a las 9

de la noche, sin cargo alguno y sin que terminara de entender cuál fue el motivo. También detuvieron a mi amigo Peru Ruiz de Aguirre que pasó un trance parecido al mío. Una detención clandestina, calificable como retención arbitraria, que me dejó un estado de ansiedad y de temor durante tiempo. Quizás, algo tuvo que ver que marcara días antes un número, el 1, con cuyo sonido, se decía, podías saber si tenías el teléfono pinchado o no. No se sabía entonces, que quien se enteraba de que querías saberlo por algún sospechoso motivo, era la policía. Yo hacía de buzón.

Después de eso, al vivir en el vecindario de la comisaría de policía de Indautxu, veía a esos policías frecuentemente y no sabía cuándo eran coincidencias o seguimientos. El miedo no fue tanto como para impedir que siguiera abominando del régimen franquista por cometer tantas tropelías. Esa cercanía sí me afectó puesto que podía ser seguido en cualquier momento. Y, de hecho, a veces ocurría y otras veces no, pero te generaba la «neura» de estar siempre controlado. Mi panóptico de Bentham era la calle misma donde vivía. La persecución y la vigilancia, real o imaginaria, forman también parte de la violencia.

La segunda vez fue una retención de tres horas. Era agosto de 1968 y fiestas de San Roke en Gernika. Tenía 20 años. Habían matado a Txabi Etxebarrieta en junio. La cuadrilla, muy politizada, tenía temporalmente alquilada la taberna de Felipe Atxalandabaso, a modo de recaudatoria txosna de bebidas en Industria Kalea. A las dos o tres de la mañana a alguien —una chica— se le ocurrió que teníamos que manifestarnos por Txabi. Más de 200 personas, algunas un poco eufóricas por las libaciones acumuladas, nos manifestamos por las inmediaciones. Me siguió Manolo, el jefe de los municipales —facha y con buenas migas con la Guardia Civil — que me detuvo y me llevó al calabozo municipal —la *perrera*— sito bajo la Torre del reloj del Ayuntamiento en pleno Artekale. Naturalmente, sostuve por activa y por pasiva que no había estado en esa *mani* espontánea. Me soltó a las 8 de la mañana por presión de una numerosa y

valiente —o al menos desinhibida— concentración que pedía mi libertad. Seguramente, Manolo dio parte después a la Guardia Civil.

Poco tiempo después fue la tercera, el 12 de marzo de 1969[9]. Los estudiantes de Derecho del comité de huelga íbamos a celebrar una reunión junto a la Universidad, en el Bar Gallastegi —sito en la calle Ramón y Cajal de Deusto— cuando policías camuflados en la barra como obreros, se abalanzaron sobre quienes nos habíamos dado cita allí: Juan Carlos Coloma, Agustín Pérez Vidaurrazaga y el que suscribe. Un cuarto estudiante —mi amigo Jesús Omeñaca y también componente del grupo universitario de delegados— fue tiroteado en las calles de Deusto cuando acudía a la reunión. Le hirieron en el glúteo, por lo que fue trasladado al Hospital y no ingresó en la cárcel. La explicación policial fue que le habían confundido con José María Eskubi, un liberado de ETA al que esperaba un despliegue policial. Nunca supe si era cierto. Supongo que no. Se montó un gran follón en Bilbao. Hubo huelgas estudiantiles y los *Jesuitas*, seguramente, presionaron para que liberaran a aquellos jóvenes detenidos por ser delegados de curso —también nos encontraron propaganda política—. No fue el caso.

Era el estado de excepción de 1969, lo que significaba, entre otras muchas cosas, detenciones sin límite temporal antes de pasar por el Juzgado. Nuestros domicilios fueron registrados según supimos después en comisaría, encontrando en el mío, libros entonces prohibidos y ejemplares del primer y único número de la revista *Iraultza,* que incluía el texto «Hacia una estrategia revolucionaria vasca» de K. de Zunbeltz —fue el alias de José Luis Zalbide—.

En la comisaría de Indautxu de la Policía Nacional estuve detenido 6 días. Durante los dos primeros días y con solo dos interrogatorios, fui objeto de malos tratos en los calabozos que daban a Gordoniz kalea: esposas apretadas por detrás y un policía de la Brigada Político Social empujando con el pie sobre ellas —como en la primera detención—, bofetadas, golpes en la cabeza con un listín de teléfonos, esposas cerradas bajo las nalgas haciéndome caminar en cuclillas hasta la extenuación —el

pato—... Intenté arrojarme contra un armario para herirme en la cabeza y ser trasladado al hospital.

El resto de días permanecí en un calabozo insalubre, sin interrogatorio ni noticia alguna. Luego supe que todas las universidades se habían puesto en huelga exigiendo nuestra liberación, lo que debió preocupar a los mandos policiales y decidieron no ir más allá de un límite. Durante esa estancia pude oír gritos continuados de dolor, día y noche.

Denuncié ante el juez los malos tratos, pero hizo caso omiso. Ordenado mi traslado a la cárcel de Basauri, tras el aislamiento, pude volver a ver a mis compañeros. Igualmente, trasladaron a Txomin Ziluaga, a quien conocí entonces y resultó ser una de las personas a las que oí gritar en comisaría. Estuvo casi un mes en la comisaría de Indautxu. Tenía las costillas rotas. Se las vendaron en la cárcel. Como ningún preso político conocía a Txomin —había estudiado en Madrid— estuvo bajo cuarentena militante los primeros días, hasta que llegó a la cárcel la información —a los hermanos Lakunza, también de Escolapios— sobre su militancia.

Sólo estuve nueve días en prisión. Totalicé 15 días de privación de libertad, del 12 al 27 de marzo de 1969. Me excarcelaron a dos semanas de la detención. Poca cosa. A mis compañeros Juan Carlos Coloma y Agustín Pérez Vidaurrazaga tardaron un poco más en liberarles: un mes. Eso no nos libró de un proceso judicial, el sumario 271/1969. Salí en libertad provisional, a la espera de juicio, que se celebró meses después en Madrid, en el Tribunal de Orden Público (TOP), presidido por José Francisco Mateu y como vocales los magistrados Carlos Mª Estrena y José Redondo.

Me defendió el reputado abogado democristiano Isidro Infante —padre de Juan Infante, que era amigo y conmilitón en la época— que evitaba que los juicios se politizasen y pretendía, simplemente, minimizar las penas, cuidando los detalles —alegaciones, aspecto formal, cómo contestar al fiscal…—. Los jueces del TOP le tenían en alta consideración. Me absolvieron en sentencia nº 19 del 27-1-1970, tanto de manifestación no pacífica como de propaganda ilegal. Solo me habían encontrado

material de propaganda en casa —5 ejemplares de *Iraultza*, un folleto-libro—, pero no era suficiente para llegar al límite que era de seis ejemplares, que delimitaba el tránsito de la mera tenencia a la propaganda.

Lamentablemente mis compañeros fueron condenados a un año de prisión. No obstante, no volvieron a la cárcel. Entonces supe que tenían vínculos con el PCE.

Aquellas torturas humillantes fueron un marcaje en mi vida. Y sin embargo, con los años, y después de oir los testimonios de grandes torturados y torturadas a lo largo de décadas, les resté importancia y no quise exponerlas hasta 55 años después, cuando la «Querella criminal contra el franquismo planteada por el Ayuntamiento de Gernika-Lumo» (Querella Argentina) en Gernika a 12 de marzo de 2023, me requirió para añadir mi testimonio en declaración pública.

El famoso Padre Bernaola intentó sonsacarme lo que no dije a la policía. Obviamente no caí en la trampa, sabiendo que me echaría de la universidad. Bernaola fue el *capo* de la Comercial durante muchos años y de él venía la denominación de los estudiantes de la elitista Comercial de la primera época: los «esclavos de Bernaola». Un jesuita de Markina, del régimen, y con hilo directo con todas las élites económicas y políticas.

Después de la detención y ya en libertad, pese a estar más que fichado, seguí estando militantemente activo, pero con más cuidado aún. Tenía la costumbre de desplazarme vestido como un joven y pijo ejecutivo, a veces con corbata incluida, para no despertar sospechas. Al fin y al cabo, lo de la corbata era casi de rigor en la Comercial en la primera época. Prueba de ello es que solo me volvieron a detener —cuarta vez— siete años después de la del 69, el 22 de noviembre de 1976, en la caída masiva de la Asamblea de LCR-ETA-VI en Arantzazu.

Mayo del 68, Txabi Etxebarrieta y Melitón Manzanas

Por generación, además de *boomer* —fruto de la explosión de la natalidad de la posguerra entre 1946 y 1964— soy de la quinta de los

rebeldes del 68**,** aunque lo cierto es que la «revolución del 68», la revuelta de París en especial, el acontecimiento de aceleración y ajuste de la historia europea, la vivimos a distancia —por prensa y testimonios tardíos de quienes lo vivieron o presenciaron—. Eso sí, con mucho interés, como un eco de una realidad distinta; nos influyó, y mucho, pero más pasado algún tiempo. Aquello era una democracia y esto una dictadura, con sus exigencias perentorias en claves de libertades, emancipación nacional e igualdad social.

A diferencia de Paris, nosotros sí queríamos, más que llegar al poder, destruir el poder —de la dictadura— y no solo los modelos de vida, la moral reinante, el principio de autoridad *per se* o los valores, tanto en la esfera privada —con nuestras rebeldías personales respecto a nuestras familias planchadas por el franquismo— como en la esfera pública. Éramos de pulsiones asamblearias, abiertas, unitarias y participativas, con el hedonismo de querer vivir y la experimentación como bandera, y ambas constreñidas por una dictadura y una sociedad tradicional. Llevábamos, así, en la mochila, la revolución social y democrática frente al Poder y el capital, la rebelión nacional vasca y la rebeldía generacional, con otra ristra de valores, frente a la resignación de nuestros padres.

En nuestro caso, mucha rebelión contra la «sociedad del consumo» no se podía dar, aunque el desarrollismo de los 60 había dejado su huella. Nos influyó, paralelamente y quizás más, la Revolución Cubana, la emancipación del Tercer Mundo, la revolución argelina y sus formas de lucha frente al imperialismo, o la ofensiva del Tet en Vietnam. O sea, una cuestión de percepción de mundo. Hay que recordar que Euskadi —no se decía aun Euskal Herria como concepto político, sí como cultural e identitario— era una nación oprimida y sin Estado, doblemente sojuzgada en sus libertades y en su emancipación.

Pero la historia no es lineal ni funciona por etapas. A veces, transcurre todo al mismo tiempo, fuera de los esquemas cartesianos. Nuestro antifranquismo**,** que era prioritario junto a la búsqueda de la revolución social, se tiñó de valores como la libertad sexual —más presente, al final

del tardofranquismo, en las izquierdas *troskas* o libertarias que en otras izquierdas más pacatas, como las corrientes maoístas o del nacionalismo radical—, el feminismo —más de clase—, la lucha por los derechos civiles para lo que teníamos contactos internacionales —pude presentar en un mitin de LKI en Bilbao en 1980 a la líder irlandesa por los derechos civiles y fundadora del *Irish Republican Socialist Party*, Bernadette Devlin—; el antibelicismo —que se expresaba en la denuncia antiimperialista pero también en la reivindicación de la violencia de respuesta contra las dictaduras, ya fuera en América Latina, África, Asia o en la Península Ibérica—; la solidaridad estudiantil con las reivindicaciones obreras... El ecologismo y el antinuclearismo fueron algo más tardíos.

Para la militancia antifranquista, nuestro mayo del 68 tuvo menos *glamour*. Fue más perentoria y cruda. Todo empezó a cambiar con la escapada de Txabi Etxebarrieta —matando al guardia civil José Antonio Pardines (1968)— y su posterior muerte, un 7 de junio de 1968, denunciada con manifestaciones y encierros en muchos lugares de Euskadi. A lo largo de varios días se desarrolló un despertar a la lucha política de una parte de la generación joven, y un caldo de reclutamiento para la oposición antifranquista, y especialmente para aquella ETA poco armada, rebelde y empoderada.

La situación cambió aún más con la ejecución de Melitón Manzanas, el gran torturador, cuya muerte fue objeto de celebración popular ese mismo año, a pesar de que le siguió una gran represión. A partir de los años 70, ETA-V tiraría de ese hilo de empoderamiento militar y ataques a Fuerzas de Seguridad del franquismo, en la idea de la espiral acción-represión-concienciación-extensión social-acción. En cambio, ETA-VI —*Sexta*— concebía la educación y «movilización de masas» desde los propios movimientos y la acción colectiva.

En el *Zutik* nº 53 de setiembre de 1971 se expresó la ruptura con la ideología nacionalista y la inclusión de la «opresión nacional» como parte de la lucha por el socialismo. En ese marco, la lucha armada pasó a un

plano secundario y meramente autodefensivo o de recaudación («requisa»).

La familia

En mi familia se vivió fatal mi última detención. Que un hijo del que se esperaban grandes cosas, porque se le habían dado los «mejores estudios» saliera rebelde y pasara por la cárcel fue un gran disgusto para *aita* —era el benjamín de la familia, el empollón y la expectativa—, y una humillación para mi *ama* que era muy conservadora.

Con *aita* llegué a un acuerdo que nunca cumplí en el sentido literal: que terminaría la carrera y luego me «dedicaría a la política», término con el que malentendía la militancia. Terminé la carrera, pero había seguido dedicándome a la acción militante, con cuidado, porque quería hacer honor, de algún modo, a la palabra que le di una Nochevieja, tomando un brandy Napoleón, pero que nunca pude cumplir en el sentido esperado. Para mí, la lucha era un imperativo moral.

Ciertamente, a nuestros padres y madres les hicimos tragar ruedas de molino con valores y comportamientos que estaban en las antípodas de lo que esperaban de nosotros —simplemente ascenso social y agradecimiento—. Abusamos. No entendimos el choque y decepción que suponía para ellos. Tuvieron tanto aguante como miedo.

No pude asistir a los últimos días de *aita*, aquejado de cáncer. Yo estaba en Paris «preparando la Revolución» y trabajando. Aún me duele. Gran fumador. Trabajó toda su vida, ni dos años jubilado y se muere el 16 de febrero de 1972 a los 65 años. Perra vida. Pude llegar justo al funeral en la Iglesia de El Carmen de Indautxu, tras pasar la frontera por el Puente de Santiago, andando y con corbata, sin saber si estaba detectado. Tenía pasaporte. No pasó nada —tomé medidas por si ocurría algo— y regresé otra vez a Paris dos días después para no perder el trabajo. Se lo debía. *Ama* le sobrevivió 39 años, Falleció a los 97 años, un 28 de noviembre de 2011. Tuvo buena salud toda su vida: una mujer que supo adaptarse, y

mantener unida a la familia. Mi fenotipo procede más de ella, de Elgezabal Monasterio, que de Zallo Undabarrena.

Si en mi familia no se hablaba de la Guerra Civil, de mi militancia se hablaba aún menos. Al mismo tiempo, la ocultaba, entre otras razones para no implicarles. Lo que había de su parte eran buenos consejos, de «pórtate bien, no te metas en líos, ni estés delante ni detrás, en medio»... Era una actitud persuasiva que caía en saco roto. Aquel compromiso fue revelador de su pensamiento y, también, de que yo no podía dar a torcer el mío.

Pensaba hacer la mili dentro de las Milicias Universitarias —te ocupaba solo los veranos y terminabas como sargento o alférez—. Pero a cuenta de mis detenciones tuve que entregar al ejército mi traje militar, recién comprado, a medida, confeccionado en la calle Hernani, sin estrenar, pero pagado por mi familia, porque decían que era un traje propiedad del ejército y no podía estar en manos civiles. Lo requisaron, algún militar depredador se lo quedó. Me suspendieron las prórrogas, me sortearon inmediatamente —me tocó marinería, que era la más larga, 18 meses— y me enviaron a la mili en mayo de 1970 cuando ya estaba en quinto curso, a punto de acabar la parte de Economía de la carrera. Alegué, ya en Ferrol, desgracias varias —miopía, otitis, pies planos...— pero de nada me sirvió.

La mili

Terminé la carrera de hecho en la mili. En Ferrol hice la Instrucción —no llegaba a tres meses— y aprobé la última asignatura de Derecho Civil. Allí coincidí con otros *gernikarrak* amigos de la infancia: Javi Yarza y Juan Carlos Bilbao. Javi permaneció en Ferrol y tuvo como destino panadería; Juan Carlos tuvo más suerte, siendo radiotelegrafista le acortaron la mili.

En Mahón, ya en destino, acabé los estudios de economía, hice la tesina y preparé la Reválida de Derecho que hice justo después de la mili. Era obligatoria si querías oficializar el título de Derecho. Se trataba de un examen sobre un exigente cuestionario de meses de preparación; una

especie de examen final de la Universidad de Valladolid para obtener el título oficial. El título de Economía, en cambio, era solo de Deusto y, aunque se podía convalidar incluyendo el examen en algunas materias, no era obligatorio. Como la mayoría de mis compañeros de carrera, tampoco lo hice. El título de La Comercial tenía valor social y empresarial en si mismo.

En el año 70 y 71, Menorca, Mahón, era un lugar idílico para los turistas, pero para nosotros, vascos fichados, fue un sitio de castigo, aunque en el caso de la estación marítima no fue duro. Otra cosa era el cuartel de La Mola del Ejército de Tierra, decían. En Mahón viví en tenso silencio el Proceso de Burgos, sin dar muestras de nada. Nos vigilaba el Servicio de Investigación Militar (SIM). Éramos entre 3 a 5 los castigados por fichas policiales. Entre ellos Iñaki Homobono, Víctor y Biritxinaga que era de Ereño y que, años después, desaparecería en circunstancias harto sospechosas de asesinato en el barco nórdico en el que trabajaba, y en el que, al parecer, alguien traficaba y no quería testigos.

La estancia en Mahón no fue tan mala para mí. Al principio, recogía basuras malolientes por el calor, cargadas a paladas en el volquete de un camión convencional y sobre el que íbamos de pie, para la posterior descarga en el monte. También pintaba el cuartel. Tuve la suerte de no hacer guardias más que al principio. Cuando llegó mi ficha me prohibieron tocar un fusil, herramienta imprescindible, se conoce, para hacer guardias. Ironías de la vida. Un premio como castigo.

A los tres meses pasé a panadería, cuyo horario de madrugadas alternas de trabajo era ideal para tener todo el día libre y dedicarme al estudio mayormente. Aproveché a tope el tiempo de mili. Se había apiadado de mi un capitán jurídico culto y estudioso de filosofía. Los panaderos vivíamos en una dependencia aparte del cuartel, en un barracón junto al horno. Un octógono de la estación militar naval que se ve desde las balconadas de Mahón sobre el puerto.

Allí se podía pescar, recoger caracolas —que luego cocíamos en el horno de la panadería— y tomar el sol. Los chinches los conteníamos

echando los camastros de hierro al agua durante un día. Aproveché mucho el tiempo. En una ocasión, un suboficial del SIM me registró taquilla y libros por denuncia de un —supuesto— compañero catalán de Tordera. Como no entendía nada de economía lo dejó pasar.

Hice allí la tesina sobre la «teoría de la dependencia» aplicada a la economía de América Latina, teoría entonces casi desconocida en el Estado Español, y la cual conocí mediante libros que no estaban en librerías convencionales ni en bibliotecas. Gorriti me los conseguía. Hasta entonces la economía y las formaciones sociales de América Latina solo se estudiaban desde los ojos de la CEPAL, vinculada a Naciones Unidas. Al profesor de Economía, Padre Demetrio Iparraguirre —raramente ignorante para ser jesuita—, le pareció demasiado heterodoxo. Era 1971, y solo me calificó con un humillante aprobado para una tesina con año y medio de trabajo en exclusiva. Un modo de censura.

En los raros días que nos daba por salir, cada dos semanas, tras atravesar la ría en motora y ascender las bellas y empinadas escaleras del puerto, dábamos una vuelta por la ciudad y tomábamos vino dulce o gin menorquín, que nos encantaba.

Cuando estás en la mili no cabe la militancia. Sin embargo, a la gente de mi entorno en Bizkaia la detuvieron o tuvo que marchar al exilio. Fue la gran caída de ETA-VI en marzo de 1971 en Bilbao y Márgenes de la Ría. Estaba aislado y atrapado, aunque hice alguna gestión con comunidades cristianas de base para poder ocultarme en la isla en caso de que hubiera tenido que escapar del cuartel. Esperé. No paso nada. Tuve suerte. Nadie me «cantó».

Paris

Tras finalizar la mili y superar la Reválida marché ya a Paris, porque allí ya estaba exiliada mi novia de la época, Mari Pili. Nos casamos por lo civil en 1972.

En Paris trabajé de portero un par de meses en la OCDE por recomendación de una pareja que conocí por separado y que,

curiosamente, habían comenzado a salir juntos desde que se encontraron en la casa de mi primo Juan Luis Zallo Garteiz en Barcelona. Ella era la intensa *euskaltzale* Karmele Rotaetxe —con la que coincidí en *movidas* del mundo *euskaltzale* de la clandestinidad— y él, José Miguel Rincón, que fue mi profesor en la Comercial de Deusto —un sabio en Informática y hermano de Luciano Rincón— y que no consiguió que su asignatura fuera mi fuerte.

Acabado el breve contrato pasé a la limpieza nocturna de oficinas en EDF (Électricité de France), a lavaplatos —*plongeur*— en un restaurante vasco en el que el dueño maltrataba a su mujer; y a obrero en una fábrica de ceras depiladoras (Ella Baché) que es donde más tiempo permanecí. En algunos de esos trabajos me sucedieron, Mikel de la Fuente, Gil —*Lezo—,* o José Ramon Castaños, *Troglo*. Ganabas un dinero para poder sobrevivir y hacías muchísimas reuniones, tantas que apenas si vi Paris. Pero, eso sí, el Metro me lo aprendí al dedillo. El exilio era un tráfico de ideas, contactos, problemas, discusiones, vivencias... Y más en tiempo de una escisión en curso. Por cierto, los libreros parisinos —incluido Maspero— temían a los refugiados en general. Se convertían de día en depredadores de libros, tenidos por gratuitos. Tal era su sed de conocimiento que robaban para saciarlo.

También coincidí en los comedores baratos de Dareau con el que luego sería alcalde Bilbao, Iñaki Azkuna. Solo nos saludábamos, sin más. Con los años compartimos urólogo —Astobieta— y chocamos frontal y públicamente con el asunto Kukutza (2011) que él vio, con poco realismo, como una medio-conspiración trotskista, en lugar de ver un problema social de los barrios desatendidos por su propia administración. El día anterior al asalto policial, Joan Subirats —que luego fue ministro por En Comú—, Jordi Borja —urbanista y profesor— y yo dimos una charla de solidaridad en el recinto, invitados por Igor Ahedo.

En Paris se tenía mucha relación con la LCR francesa, pero no con la española. ETA-VI no pertenecía aún a la IVª Internacional, y lo que se

dice *troska*, solo era una pequeña parte de los dirigentes. No se imponía tal condición a nadie.

Gipuzkoa

Después de 10 meses en conjunto en Paris mi entrada en Hegoalde fue legal, con pasaporte. No había orden de busca y captura y, a veces, no prestaban atención en el puente de Santiago (Hendaia). Pero era una entrada con riesgo porque no sabíamos hasta qué punto podía la policía conocer tu situación, ya que estaba en los grupos de ETA-VI, y se supone que en París estábamos detectados. Entramos solo dos por distintas fronteras. Pero al otro compañero, José Antonio Rodríguez, *Kapatxa*, de Orozko, lo detuvieron. Todo ello a la espera de la entrada de algunos miembros de la dirección. Sin embargo, eso se demoró un tiempo y, además, algunos fueron a Madrid y Barcelona, porque tenían busca y captura. Durante meses fui el «jefe», *Javi*.

Estuve «*enchopanado*»[10] en la zona del Lasarte-Oria, en los años 1972 y 1973. En Lasarte estuve atendido, unos meses, por una familia amiga de amigos y que se tornó amiga para toda la vida. Pero cuando me ubicaron en otro piso propiedad de un trabajador de Michelin en Lasarte —para quienes yo era «Patxi»—, me pusieron al mes de patitas en la calle, porque en una conversación con la pareja me confesé marxista. Estaban encantados conmigo, jugaba en el pasillo al balón con su hijo único que me adoraba, pero temieron una mala influencia sobre la criatura. La pareja era más bien del PNV. El chaval se llevó un gran disgusto, como el mío.

El sitio definitivo de resguardo fue en Urnieta durante casi un año. Era una pareja de trabajadores euskaldunes que me atendieron magníficamente. Se marchaban de mañana y no volvían hasta la noche. Creo que el vecindario no se enteró de que yo vivía allí. Estaba todo el día sin hacer ruido ni oír música. Aproveché el tiempo para escribir muchas misivas y textos que recogían quienes eran mis únicos contactos directos y unilaterales: Kerman y Odin. Era, a la sazón, el coordinador principal en

el interior de ETA-VI, y solo salía para ir a reuniones de ejecutiva, al «comité provincial» de Gipuzkoa o, al principio, para ir a debatir con aquellos *taldes* que aun dudaban entre *mayos* y *minos*: Errenteria, Donostia, estudiantes de Bilbao, Margen Izquierda, Arrasate... Lo peor fueron los dolores de muelas —no debía acceder a la seguridad social al estar clandestino— resueltos a base de enjuagues de ginebra para adormecer las encías y Nolotil.

Nuestra misión era organizar, por encargo de la dirección, la rama *mayos* de ETA-VI y llevar el debate con los *minos* a los *talde*s de Gipuzkoa y Bizkaia, y montar un KET (Comité Ejecutivo Táctico) de carácter provisional. La escisión entre *mayos* —mayoritarios de ETA-VI— y *minos* —minoritarios de ETA-VI— se había producido en el Biltzar Ttipia-Comité central de julio de 1972.

En Gipuzkoa di no pocas charlas de «captación» en cuadras y bordas de Errenteria y Valle de Urola a lo largo de 1972 y 1973, con gente con careta desparramada por los pajares. A una de esas charlas asistió Andoni Egaña que, años después, se la comentó a Jon Sarasua en un intercambio de experiencias. Acudía también a «asambleas» —reuniones de militantes y simpatizantes diversos— para acordar acciones conjuntas en los montes de Errenteria y Pasaia, zonas obreras por antonomasia.

Entre 1970 y 1972 *Sexta* tenía bastante más militancia organizada que la parte que se había escindido, y que se conocía como ETA-V, aunque todos firmáramos ETA a secas, revindicando la continuidad histórica. Ese hecho no se correspondía con la sensibilidad de las bases sociales simpatizantes de ETA, profundamente nacionalistas y, más bien, partidarias de la lucha armada. Con el tiempo esas mayorías sociales populares se terminaron de imponer frente a un partido de cuadros o de vanguardia como *Sexta*.

ETA VI-LCR participamos con entusiasmo protagonista en la gran huelga de Gipuzkoa de 11 diciembre de 1974.

Estuve en contacto con mi familia sólo a partir del año 74. Entre 1972 y 1974, al estar clandestino en el interior, se suponía que estaba viviendo en

Paris, y enviaba cartas desde Gipuzkoa a Paris, para que las reenviaran a mi familia en Bilbao, diciendo que todo iba bien. No me prodigué en cartas y lo lamento. Mi labor en el interior fue organizar grupos y, como era tiempo de clandestinidad total para mi, no contactaba físicamente ni con allegados ni conocidos.

En Arrasate, en 1975, *cayó* por propaganda un compañero de piso, Enrique Gorriño, que además de compañero de carrera y amigo, también trabajaba en la División Empresarial de Caja Laboral. Sin embargo, ocultó a la Guardia Civil el lugar de vivienda alegando que iba todos los días a trabajar a Arrasate desde Bilbao. Nosotros —*Txiki*, mi primo, trabajador de informática y yo— desaparecimos varios días, por si acaso.

En Donostia, en la calle Bermingham del barrio de Gros, estuve alojado con un arquitecto y un profesor de instituto que desconocían mis actividades. Tuve algún susto nocturno cuando a pie de portal me cachearon unos *secretas*. Sería en 1976. Pero eran tan recatados que no percibieron que llevaba documentos ocultos en la parte delantera del slip. Es la ventaja en discreción y sujeción del slip —un arma de resistencia— respecto al calzoncillo. No era la primera vez. Otras fueron en Sestao a finales de los 60 y en un control en la carretera de Elgoibar, junto con *Kerman* en 1973.

Cuando mis compañeros de piso percibieron que era militante me rogaron que me marchara. Me visitaba mi novia de entonces, Olga de nombre de guerra. Decidió marcharse de Donostia. La seguían.

Fui de inquilino a Herrera, un barrio alejado de Donostia, junto a Altza, a un piso un poco apartado al lado de la autopista. Los dueños —unos inmigrantes extremeños—eran desconfiados y se reservaron una habitación con muebles, lo que significaba que si no pagabas podían hacerte la vida imposible al tener derecho de acceso a la vivienda, algo que no ocurrió. Aunque no me gustaba el hecho, hubo que pechar con ello. Aprovechamos un gran armario para hacerle un doble fondo en el que ocultar bastante propaganda, con un tablero con imanes. Allí no pasé

exactamente hambre, pero sí necesidad. Ni el IPES ni *Sexta* me pagaban. El hígado de cerdo pasó a incorporarse a mi dieta proteínica. Lo odiaba.

Tras mi entrada al «interior» (Hegoalde) también se hizo el primer contacto —para mutuo conocimiento— con un dirigente de LCR de Madrid (Luis Felipe) en el Aquarium de Donostia, desde donde nos citamos para reuniones cruzadas en Hegoalde y Madrid. Asistí a dos comités centrales de LCR, desplazándome a Madrid. Me asombraron los discursos potentes y bien hilvanados en claves contextuales, políticas y estratégicas de Miguel Romero (*Moro*), Jaime Pastor y Martí Caussa, sus tres líderes. La IVª y sus debates sobre no importa qué conflicto en el mundo, les daba herramientas abiertas para analizar fenómenos complejos, que no se atenían ni a los rasgos del pasado ni a las reglas de los manuales al uso con soluciones mágicas o estándar. A mí me ha servido para siempre.

De todos modos, tuve la sensación extraña de ser de otra cultura personal y política, más enraizada en los tejidos sociales y de acción comunitaria, y de otra nación. Entonces LCR era una organización de composición estudiantil, y *Sexta* era netamente obrera y popular, organizadora desde el interior de las empresas, y no solo de propaganda a pie de fábrica, aunque en Bilbao, Donostia e Iruñea *Sexta* también tenía peso entre estudiantes. Eran dos orígenes distintos que podían tener efectos sinérgicos si se cuidaba la relación con exquisitez. Hay que reseñar que los de la LCR siempre entendieron que debían respetar las decisiones de la organización vasca. La crítica por «sucursalismo» siempre fue gratuita. Doy fe de ello.

También me asombró su respetuosa cultura del debate y el cuidado del colectivo y de sus lazos, de las formas de la discusión tanto oral como mediante texto escrito, sin molestar inútilmente con descalificaciones. Se daba espacio a la minoría circunstancial, incluso con derecho a tendencia, pero con el límite del debate fraccional. A diferencia de lo que dice la leyenda, ese modelo de gestión evitaba escisiones.

Escisión en «Sexta» entre «mayos» y «minos»

La escisión en *Sexta* había despilfarrado aquel capital de influencia. El debate se polarizó sobre una entelequia de futuro: si había necesidad o no de adscripción ideológica de la organización. Eran ecos del gran cambio que se produjo en Europa tras mayo del 68. La propuesta de *minos* era no pronunciarse sobre adscripciones ideológicas (trotskismo, maoísmo, consejismo...) e iniciar una «táctica de transformación» —propuesta de *Peru*, Pako Letamendia— que, también, era un ver venir y construir el pensamiento a base de experiencias e improvisaciones. Visto desde hoy, creo que tuvieron parte de razón. Una adscripción ideológica —trotskismo— podía dar coherencia, pero no era imprescindible y tenía un toque de sobrevaloración de la teoría. Y ello a pesar de que la metodología analítica que nos aportó la tradición de la IVª Internacional fue inmensa, muy útil, poliédrica y rigurosa, algo que marca para siempre, además de ofrecer una pertenencia a algo más grande y a escala internacional.

Sin embargo, la historia no les dio la razón a los *minos.* No encontraron el hilo conductor o el cemento con que fraguar su proyecto de izquierda nacional, mientras que la *Sexta* oficial, *mayos*, hizo su camino y, años después, fusionándose con LCR, entró a formar parte de la IVª Internacional. *Minos*, en cambio, desapareció en unos pocos meses y sus militantes se desperdigaron por otras corrientes, incluida la integración de alguna gente en *mayos*.

Esa ETA-VI, más debilitada, celebraría la 2ª parte de la VIª Asamblea en diciembre de 1972 y sus resoluciones se publicaron en *Zutik* nº 55. Allí se apuntó el acercamiento a LCR que operaba a escala de estado, cosa que ocurrió un año después, en la VIIª Asamblea —con resoluciones publicadas en *Zutik* nº 61 de noviembre de 1973— y con una dirección unificada como ETA (VI)-LCR en enero de 1974. En ese periodo el grupo crecía con celeridad.

Carrero

El atentado contra el almirante Luis Carrero Blanco —20 de diciembre

de 1973— nos pilló con el pie cambiado. Se produjo justo el mismo día que comenzaba el juicio 1001 contra los sindicalistas de CCOO y para el que habíamos preparado algunas respuestas. Le dimos alguna vuelta a la idea de si fue a propósito. Pero la coincidencia en fechas, ni fue para dinamitar esa respuesta obrera, ni pura casualidad, ya que todo el mundo sabía de ese juicio. Fue por agendas distintas, porque el comando —según se relató años después— no podía esperar. El atentado —por su impacto — lo borró todo y se celebró en Euskal Herria en los círculos más politizados. La certidumbre sobre la continuidad del franquismo después de Franco quedaba en entredicho, como se comprobó tras la muerte del dictador con la ulterior parálisis de los gobiernos que le sucedieron. Aquel vuelo por bombazo fue un celebrado hito en la conciencia colectiva.

ETA-VI saludó la acción por sus efectos demoledores para la continuidad del franquismo y por la comprobación de la debilidad y la vulnerabilidad del régimen ante las fuerzas de la oposición. No obstante, no nos privamos de señalar que ése no era el camino a futuro y que eran «las masas» quienes debían tener el protagonismo y no «la violencia minoritaria». Éramos un poco de señalar a todo el mundo «la línea correcta». El comunicado de LCR fue más entusiasta que el de la ejecutiva de ETA-VI en la que yo estaba a la sazón. Aun la reciente fusión LCR-ETA VI no estaba empastada. La posición la decidimos en una reunión dura, de noche entera, en Sestao. Patxo Unzueta fue el más crítico con el atentado. Otros vimos también el lado práctico y simbólico de ese magnicidio.

Años después (2023) me tocó glosar en un artículo crítico que llevaba por título «*Matar al presidente ¿documental o ficción?*»[11], un disparate en forma de serie documental que explicaba un supuesto complot de la CIA y de una parte del *régimen* para dejar matar a Carrero. Ese fue el mensaje de la serie de TV. Lo llamativo es que el PCE en 1973 sostuvo esa misma tesis. No podían aceptar que ETA tuviera esa capacidad logística en Madrid, su feudo, sin que ellos se enterasen.

Txiki y Otaegi

La noche del 27 de septiembre de 1975 en la que Franco fusiló a Jon Paredes Manot *Txiki*, a Angel Otaegi y a tres militantes del FRAP —José Humberto Baena, José Luis Sánchez-Bravo y Ramón García Sanz—, fue una de las noches más tristes de mi vida.

Efectos de la militancia en ETA-VI

La militancia política trajo, paralela, una quiebra social. Por ejemplo, entre 1973 y 1974 en un Gernika en el que no demasiadas personas militaban en la clandestinidad, algunas cuadrillas se fracturaron aun habiendo sido amigos de toda la vida. Los que se consideraban abertzales —amalgama de gentes que en un futuro votarían izquierda abertzale o PNV— dejaron de saludarnos por ser supuestos españolistas, a pesar de que algunos ya habíamos estado en la cárcel. Las cuadrillas, fraguadas en una horquilla corta de edades, se rompieron y pasaron a amalgamarse por perfiles políticos. La nueva cuadrilla ya fue mixta —chicas/chicos—, una novedad. Fue doloroso y traumático. El sectarismo no estuvo en nuestro lado. No llevamos bien que gente que en su vida había arriesgado nada y no hacía militancia cotidiana como sentido de una vida, cogiera la patente del patriotismo con una nueva segmentación social de la esfera pública que tardó décadas en curarse. Un inmenso postureo hipócrita que deja huella.

Normas de clandestinidad

Mantuve unas normas estrictas de clandestinidad en ese periodo. Llegar a las citas con precaución tras otear las cercanías. No permanecer esperando más de 10 minutos, visionando siempre la puerta del local de cita —normalmente un bar—, volver una hora después con iguales precauciones. Y en caso de nueva incomparecencia de quien fuera, avisar a la organización para establecer un cordón sanitario. Me ha quedado de esa época la costumbre de no dar la espalda a la puerta, ni en barra de bar ni en mesa de restaurante. Asimismo, que te pasearan en coche mirando para abajo para que, entre otras cosas, no supieras el pueblo o barrio al que acudías a reunirte. Antes de cada reunión se concertaba una coartada

colectiva a argumentar en caso de irrupción policial, y durante toda la primera época, usábamos caretas en las reuniones y sistemas de intermediación para no ver a tus compañeros o compañeras.

Para conocer si el piso de reunión estaba *limpio* y no vigilado, la familia anfitriona utilizaba varios sistemas de señales visibles desde la calle: ropa colgada de una u otra forma, persianas bajadas o subidas, tiesto en un lugar u otro del balcón o ventana... Así se indicaba si había o no problemas. Para las reuniones de *ejecutiva* en especial —por el mayor impacto de una caída— eran preferibles casas con un gran patio interior y primeros pisos que permitieran, en caso de cerco, una escapada descolgándose por una cuerda de escalada.

Teníamos un manual para el comportamiento en comisaría que era estudiado en todos los *taldes*. Básicamente callar, aguantar, despistar, ganar tiempo para que se diera la voz de alarma, no caer en las trampas de poli bueno y malo, o del ya lo sabemos porque fulanito ya ha cantado, chantajes con la familia… El incumplimiento por *cantada* en comisaría podía acarrear la expulsión. No pocos traumas han generado esos dictámenes sobre buenos militantes que no fueron lo suficientemente resistentes en comisaría.

Caja Laboral e IPES

Así permanecí año y medio hasta que, pareciendo que no estaba detectado por la BPS, me presenté —con permiso de la organización— a un trabajo en Caja Laboral Popular en Arrasate. Me contrataron en el Servicio de Estudios de la División Empresarial, como cooperativista, para hacer análisis de coyuntura sistemáticos para todo el Grupo cooperativo —Caja Laboral y todas las empresas industriales vinculadas—. En el examen psicológico que me hicieron para entrar anotaron: «angustia». Me hice el ofendido. Era el test de Rorschach. Veía buitres donde otros podían ver mariposas. ¿Cómo no tener angustia si había estado encerrado más de un año, saliendo solo a reuniones, casi solo una vez por semana,

mientras ocupaba el tiempo escribiendo cartas, boletines internos y artículos?

Mi jefe fue Antxon Pérez Calleja —un liberal convencido y, al mismo tiempo, defensor del cooperativismo— con el que, a pesar de pensar distinto, tuve una magnífica relación. Íbamos a comer juntos con frecuencia. Yo no le ocultaba mi pensamiento, pero sí mi militancia, por razones obvias.

Mi visión del cooperativismo era bastante abierta y ambivalente. Por un lado, no era una alternativa al capitalismo, pues se veía obligado a operar con reglas de mercado e interiorizarlas. Además, proscribían el sindicalismo interno con la excusa de que los trabajadores eran propietarios de la empresa en la que, obviamente, había jerarquías y una tecnoestructura decisoria. Pero, por otro lado, el cooperativismo, con sus reglas tendentes al igualitarismo, era una demostración palpable de que la existencia del capital es innecesaria y dañina como relación social, y más como centro de la organización de la economía. Incluso para un socialismo democrático y humanista el modelo cooperativo tenía —en mi opinión— ventajas de implicación y flexibilidad respecto al modelo de gran empresa centralizada y planificada. Leí bastante en la época sobre el caso yugoslavo.

Además de los informes de coyuntura mensuales o quincenales, también escribí un librito para el Grupo Caja Laboral sobre la crisis del petróleo de 1974: *Dossier Petróleo. Negocio y crisis de la economía occidental*, un trabajo que interesó a la editorial *Cuadernos para el Diálo*go. Lo publicaron en la colección Los suplementos (número 60) en el año 1975, después de dejar —de manera forzosa— Caja Laboral. Tuvo su gracia que en la portada apareciera *Zayo* en lugar de Zallo. Fue mi culpa por no haber revisado las galeradas. Desde entonces siempre reviso las galeradas porque siempre hay algo que mejorar.

Allí pude conocer a José Antonio Ardanza, que era entonces el asesor jurídico de José María Ormaetxea, uno de los fundadores del cooperativismo, presidente del Grupo y líder que agrupaba a todo el

cooperativismo desde Caja Laboral a Lagunaro pasando por el Grupo Ularco. Ardanza se me presentó como el marido de Mari Glori Urtiaga, amiga de infancia de mi hermana Marije.

En una ocasión en que me llamó Ormaetxea, me invitó a transcender los análisis de coyuntura y empezar a hacer estadística de economía solo vasca, lo que luego se llamaría en la academia «Economía Regional». Aunque fui reticente, porque aquello era nuevo para mi, él llevaba razón. No hubo tiempo para implementarlo, porque al poco me marchaba a Paris. Solo estuve un año y pico en Caja Laboral. ¡De cuántos itinerarios posibles de vida nos ha privado la militancia, al tiempo que nos ha dado vivir integrados en los problemas de la comunidad!

Paralelamente, mi labor política en Arrasate había sido incorporar a *Sexta* a un grupo muy interesante de trabajadores sindicalistas (FLETA), dirigido por el incombustible Juan Ramón Garai, una magnífica persona que se había quedado al margen del debate de *Mayos* y *Minos*. Allí viví el feliz «Franco ha muerto», en un bar junto a la parroquia.

En total, estuve dos años y medio en el interior. Regresé a Paris donde no llegué a permanecer ni dos meses. Mari Pili y yo nos separamos definitivamente y, a los años, nos divorciamos. Hicimos vidas tan distintas —ella trabajando en Paris exilada y yo en el interior— que ya no nos reconocimos. Volví a entrar. También la organización me lo exigía. En Caja Laboral no me readmitieron por motivos políticos. Eran de la onda PNV y les espantaban los rojos de *Sexta*. Nos veían como infiltrados.

El jefe de personal que *me dio puerta* había sido amigo de infancia y compañero de carrera, y con la democracia llegó a ser un destacado dirigente de PNV y EA; incluso estuvo en el Gobierno. El sectarismo era moneda corriente. No me mostró la solidaridad que le prodigamos cuando fue delegado de curso en Deusto y estuvieron a punto de echarle.

Tras esa etapa y unos meses en paro, alguno de los cuales pasé en Arrasate y la mayor parte en Bilbao, en casa de *ama* —y que aproveché para aprender a conducir—, busqué trabajo. Recurrí a La Comercial, pero no había nada para mí. Seguramente, estaba en la lista negra. No estaba

en la asociación de exalumnos. Un *lobby*. Nunca vi a la institución con buenos ojos. Y ella a mí tampoco. Una oveja negra del pensamiento, aunque sea catedrático. Tampoco participo en la excursión y comida anual de los compañeros de curso, salvo si recalan por Bilbao de ciento en viento. Al fin y al cabo, tengo ahí algunos amigos.

Me presenté en IBM para un puesto anunciado en prensa. Me hicieron una prueba de informática y, con razón, no me contrataron. Era pésimo en programación a pesar de los esfuerzos de José Miguel Rincón. Me va más la dialéctica que el código binario.

A finales de 1975, encontré trabajo en IPES (Instituto para la Promoción de Estudios Sociales) de Donostia. En fase fundacional, era una delegación del Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona, dependiente del obispado progre catalán, e importada a Donostia por el hernaniarra Tomás Goikoetxea (*Flanagan, Morgan*). ¿Cómo consiguió la franquicia? Se me escapa, pero el entusiasmo de Tomás era contagioso y él un seductor. IPES estaba orientado a ofertar clases de economía y ciencias sociales a adultos progresistas sedientos de conocimiento, y que, seguramente, por sus inquietudes y militancia, serían el relevo de las élites, especialmente municipales, para el cambio democrático. Recuerdo como alumnado a socialistas; a gente que luego fue de Euskadiko Ezkerra, entre ellos José Luis Barbería; a abertzales. Y así hasta 1977. Con los años emergió otro IPES en Iruñea, gestionado por *troskos*; y más tarde otro en Bilbao, gestionado por gente de la Izquierda Abertzale.

Flanagan, hijo de una caramelera de Hernani, fue un amigo al que aprecié, un *bertso* suelto, muy imaginativo, entusiasta, agitador y voluntarioso. Y un pésimo empresario y gestor. Nos pagaba irregularmente, como si no tuviera obligación. Tampoco le pagaba a mi amiga y correligionaria, Kontxi —compañera de toda la vida de Rafa Egiguren, también hernaniarra— que regentaba la librería montada por *Flanagan* en Irun. Menos mal que aparecía su hermana Sole para gestionar, primero IPES y, luego, el pequeño restaurante Morgan. Años después se embarcó en una galería multitienda espectacular de pastas

italianas de todo tipo en el Boulevard de Donostia. Obviamente no podía salir bien. También contrató, entre otros, a Iñaki Sarasketa, compañero de escapada de Txabi Etxebarrieta.

Ejercía de hernaniarra total. Me acuerdo que una noche de poteo en 1976 en fiestas de Hernani, al ver que un chaval foráneo que se las daba de «kung fu» zurraba a un chico de Hernani, agarró al susodicho, le puso contra un capó y le dijo: «Tu no le pegas a uno de Hernani ¿Te enteras?».

También había articulado una fracción del EPK-PCE de Hernani, el EKAB, que puso en contacto con ETA (pm). Suya fue la iniciativa del libro *Gaurhuts*, en el que escribió también Eduardo Moreno Bergaretxe, *Pertur*. Y bastante después, la revista de un solo número *1982. Se baila con todos* (mayo de 1982) que redactó en buena parte. También había artículos de economía a cargo de Mikel Gómez Uranga, José Luis Herrero, Antón Borja… con un cuaderno interior sobre «Euskadi marco autónomo de lucha de clases», en el que opinábamos al respecto Tomás —una auto-entrevista—, Carmen Pino y yo, que aporté un artículo, entre original y doctrinario, sobre el tema y la cuestión nacional. Se suponía que esa revista iba a ser el órgano de difusión de un nuevo invento, al final nonato, el IVEM —Instituto Vasco de Estudios Marxistas—.

Eso sí, con Tomás se me despertó la vocación docente, que pude consumar año y medio después, entrando de profe en la EHU. Un favor que le debo a *Flanagan*. Murió en febrero de 2011, siendo concejal de Ezker Batua en Hernani.

Tránsitos

El tránsito de Gernika a Bilbao —con 9 años— me garantizó la estabilidad hasta los 22 años. Pero desde entonces inicié un recorrido hasta 1978 por diferentes lugares: la larga mili en marinería en Ferrol y Mahón, Paris, distintas localidades de Gipuzkoa como liberado clandestino —Lasarte, Hernani, Urnieta— o como legal pero clandestino —Arrasate, Gros y Herrera—. Luego Sopela —en casa de Mertxe Eguren

y Patxo Unzueta—, Indautxu —con *ama*—, Arrasate y Madrid —como liberado entre 1977 y 1978—.

Ya con mi pareja Maite, tanta mudanza se estabilizó en buena parte. Entre 1978 a 1980 residimos en Santutxu —Zabalbide y Santo Rosario—. Sin embargo, una pequeña camarilla de mujeres del partido en Bilbao que no comulgaba con mis ideas le hizo la vida imposible a mi compañera que, además de trabajar, tenía que cuidar de una hija, ser sindicalista e ir a reuniones. No hubo sororidad feminista. Le hicieron un auténtico *bullying* de invenciones y malas intenciones. No todo es bondad en las militancias. Al final, optamos por poner tierra de por medio.

Buscamos paz en la vida rural; nos trasladamos a Mungialdea, donde ya permanecimos durante 40 años, aunque no siempre en el mismo sitio: Meñakabarrena, Mungia, Markaida y Meñaka. Pasado ese tiempo, el destino, al parecer inevitable, nos devolvió a Gernika. Somos ya expertos en traslados, pero la diferencia entre los primeros y los últimos es que lo que vas acumulando en la vida ya no cabe en la maletita de la permanente provisionalidad. Ya no es tan ligero el equipaje y los traslados se convierten en traumas.

Detallando esos 40 años, fue en 1981 cuando Maite, Doltza y yo fuimos a vivir al campo, a un caserío, de alquilados, a Meñakabarrena (Meñaka-Mungialdea), con lo que me situé un poco fuera de los círculos habituales, e iba a la ciudad solo a las reuniones, pues también me dedicaba un poco a la huerta, a los animales —perros, gatos y palomas—, al jardín, a la lectura...

Vivimos durante cuatro décadas en tres entornos rurales.

Primero en Meñakaberrena durante 12 años. La casa alquilada la dejamos porque ya no ofrecía buenas condiciones. Nos trasladamos provisionalmente a un piso de Mungia con la idea de construirnos una bifamiliar en Markaida, un barrio rural de Mungia a 4 kilómetros de Meñaka, en una experiencia colectiva de compra de terreno con amigos y, luego, loteada. Maite diseñó la casa bifamiliar —las dos partes— con mimo, sentido y armonía, y terminó por ser experta en dirigir gremios.

Allí estuvimos casi 5 años. El lugar era como un oasis. Hicimos un laberinto de caminos entre acacias hasta un arroyo en el que prosperaban las plantas acuáticas. Pero el vecindario empezó a parecerse a lo que describió Miguel Sánchez-Ostiz en su magnífica novela *Un infierno en el jardín*, en la que relata las servidumbres de las urbanizaciones de chalets y de los urbanitas ruralizados. Nunca terminas de conocer del todo a la gente. Había que marcharse.

Esta vez con la hermana de Maite, Junkal, encontramos un terreno apropiado en Meñaka-Mesterika, cerca del centro, que implicaba 5.000 metros para cada parte, a cuidar en un lugar paradisíaco a los pies del Sollube y con unos atardeceres de muerte. En el ínterin estuvimos de alquiler en Mungia. Maite ejerció, de nuevo, de «arquitecta», contratista de gremios y restauradora de muebles antiguos o viejos, para lo que tuvo cierta disponibilidad mediante una excedencia temporal en la enseñanza. Junkal vendió su parte, años después. Ahí hemos estado casi 20 años.

En 2019, vuelta a Gernika, donde afloró un cáncer de pulmón —¡maldito tabaco!— que gestiono y combato lo mejor que puedo y al que le he arrancado unos cuantos años de vida.

También viajé bastante a América Latina, como conferenciante en Argentina, Brasil, Ecuador y Uruguay, o como responsable de la Cooperación de la EHU en las relaciones con las universidades públicas centroamericanas de Guatemala, Honduras, Nicaragua y El Salvador.

No me entusiasma viajar, salir de las rutinas, a pesar de que luego disfruto con entusiasmo agradecido de lo nuevo conocido. Tampoco me gusta intervenir en actos públicos. Parece mentira, siendo mi profesión la de *irakasle* y ser parte de mi intervención social dar conferencias o participar en debates de carácter público. Es por imperativo moral y obligación de trasmisión. Cada clase, cada artículo, cada conferencia en el local más pequeño o en el paraninfo más ostentoso, siempre ha sido un reto y un esfuerzo con el mismo mimo perfeccionista. Nunca viví de las rentas ni de la repetición. Lo preparaba siempre todo, por escrito, incluso cuando parecía que improvisaba. Eso me ha permitido ser bastante

prolífico en la escritura. Nunca te acostumbras del todo a esa exposición pública, pues debes controlar ansiedad, nervios, saber y coherencia. Soy más bien tímido, de natural discreto, de los de pasar desapercibido. En el *poteo* me suelto algo más.

Notas:

---

2 Jon fue, en los 90, Consejero de Economía por el PSE-EE.

3 Por cierto, Don Tello Alfonso de Castilla (1337), hijo extra-matrimonial de Alfonso XI de Castilla, hermano de Enrique II, de Trastámara —llamado el «fratricida»— y hermanastro de Pedro I de Castilla, fue fundador de la Villa. Un noble pendenciero, bien emparentado, traidor reincidente y de tamaño más escaso de lo que da a entender la estatua que tiene en Gernika frente al Ayuntamiento. Con todo, es el Fundador.

4 De hecho, tenía una pistolita que le enseñó al cura de la escuela de Belendiz cuando advirtió que no trataba bien a su hijo Manu. A *Caraculo* no le viene el mote de que fuera feo, que no lo era, sino de una ocación en la que, al no poder meter en el garaje sobreocupado de Belendiz un precioso coche Citroen 11 ligero, soltó aquello de «esto no entra ni por la cara ni por el culo». ¡Si lo dijo! *Caraculo* de mote.

5 Segundo Oar Arteta denunció con pelos y señales esos abusos en un artículo de la revista trimestral local, *Aldaba*, en la que escribo regularmente desde hace más de 10 años.

6 R. Zallo (1975) *Dossier Petróleo. Negocio y crisis de la economía occidental*. Madrid. Editorial Cuadernos para el Diálogo (Edicusa).

7 Curiosamente la Imprenta Moderna la fundaron en 1920 en la calle Artekale, Emeterio Madinabeitia —que fue alcalde entre 1923 y 1924— y mi tío Marcelino Zallo —que se casó con Adela Garteiz— siendo pinche Juanito Larrinaga. Quedó reducida a escombros en 1937. Juanito adquirió la marca y puso en marcha un nuevo establecimiento con ese nombre en la calle San Roke nº 4. Cerró en 1994. Ver el Dossier sobre imprentas y librerías de Gernika-Lumo elaborado por Segundo Oar-Arteta y Vicente del Palacio en el *Aldaba* nº 231, apirila-ekaina 2025.

8 Con Agustín siempre tuve buena relación. Le admiré mucho por su obra y compromiso. Dejó de saludarme desde su acercamiento al PSE, tras su paso por el PCE-EPK y Euskadiko Ezkerra. No obstante, le recomendé cuando estuve en el grupo editor de la revista *Telos* de la Fundación de Telefónica, para que se le encargara un serial de cuadros numerados y catalogados para la valiosa colección de Fundesco, y que, en forma de láminas, se encartaban en la elegante y cara revista. La interlocutora fue su compañera Mariluz. No aceptó el formato por el

tamaño de las láminas. En la colección está la flor y nada de la pintura contemporánea española, menos Agustín.

9 De ésta quedó constancia en la época en la imprecisa «*Crónica del País Vasco. ¿fin del estado de excepción?*» firmada por un tal J. Oñate (seudónimo) en una revista clandestina vinculada al PCE editada en París en la cual figuraba como directora Victoria Kent, *Ibérica por la libertad* (volumen 17, N.º 4, 15 de abril de 1969, al módico precio de solidaridad de 40 céntimos y que, obviamente, no se vendía en los kioskos, sino que circulaba de mano en mano como otras publicaciones).

10 La idea de «chopano» o «enchopanamiento» la deformaron los presos políticos al vincularlo a escondite o refugio o piso franco, cuando el argot carcelario de los presos comunes estaba referido al castigo en celdas de aislamiento.

11 https://www.naiz.eus/es/hemeroteca/gara/editions/2023-12-21/hemeroteca_articles/matar-al-presidente-documental-o-ficcion

2. POSICIONES

El «españolismo» de Sexta

La hegemonía de la Izquierda Abertzale en los 80 hacía que la izquierda que no pensara como ella fuera apartada y estigmatizada como «españolista». Aunque fuera vista como una aliada a efectos de algunas luchas, nuestra corriente era vista como ajena, no *abertzale*, cuando siempre nos vimos como «solo vascos», aliados a las izquierdas transformadoras de otras nacionalidades y del Estado Español para una estrategia de cambio que necesariamente era de ámbito estatal en el tardofranquismo. Se pudo comprobar con la débil conciencia democrática fuera de Euskal Herria y Catalunya, que facilitó alumbrar una Transición de bajo perfil. La Izquierda Abertzale tenía, en lo ideológico y emocional, más afinidad con el propio PNV, como dos ramas desavenidas de la familia nacionalista. Y en cambio, el Estado y sus fuerzas de apoyo en los años 80 nos consideraban de la cuerda abertzale radical. Eso es algo que tuvimos que sobrellevar.

De hecho, éramos de izquierda y abertzales programáticos, pero no nacionalistas —es como ERC que se dice solo republicana y no nacionalista—. Habíamos superado el enfoque leninista de *ajenidad* de la lucha nacional respecto a la clase trabajadora, para entendernos como parte de esa lucha nacional. Distinguíamos como antítesis una nación oprimida de una nación opresora. Para nosotros la clase trabajadora sí tenía patria, sobre todo si era negada, y debía liderarla, disputando la hegemonía a la «burguesía nacional» —representada por el PNV—, aliándonos con la Izquierda Abertzale como referente de las clases populares. Tampoco compartíamos la tradición del PCE, que básicamente sostenía que cuanto más grande es un país, mejor para la organización social trabajadora o para el socialismo. Éramos más de «lo pequeño es hermoso» y que, además, es fiscalizable, cercano y autogestionable. Así de claro. Y fue una visión temprana[12].

Y sin embargo, el mundo *abertzale* (Izquierda y PNV) nos consideraban españolistas. ¡Tener que aguantar y, además, durante muchos años! Teníamos otra forma de ser *abertzales*, pero la sectaria Izquierda Abertzale oficial nunca concibió más vasquismo que el suyo y, para más INRI, sentían tener un cordón umbilical, de familia, de sentimiento, con el PNV más que con nosotros, que procedíamos del mismo tronco: de ETA. Siempre nos dolió, pero no dimos el brazo a torcer en nuestros enfoques. También hay que reconocer, por nuestra parte, que situarles simplistamente en el campo de la «pequeña burguesía» era un cómodo exceso sociologista y una apropiación indebida de los intereses de la «clase trabajadora».

Al mismo tiempo, dentro del mundo *abertzale* también había otras reflexiones. Las de LAIA, por ejemplo; y más tarde, la «Nueva Izquierda» —Serrano Izko, Ezkerra...— que se había escindido de Euskadiko Ezkerra en 1983. Nosotros representábamos también una buena apuesta del mundo de la izquierda no nacionalista, vasquista, autodeterminista y abertzale, en un sentido amplio.

Buscábamos la alianza con HB, pero sin perder nuestra identidad. Auzolan también fue eso. Esa mirada de encuentros, de suma, me ha acompañado siempre. Sin embargo, con Herri Batasuna era complicado, porque la posición sobre ETA era sustancial y separadora. Solo cabían unidades de acción y acuerdos puntuales.

Rechazo de la lucha armada desde 1970

El rechazo de la lucha armada, o la apuesta por vías de movilización y pacíficas, fue una decisión colectiva que ya se produjo durante el tardofranquismo. En la VIª asamblea de ETA de 1970. Después de la muerte de Melitón Manzanas y el Proceso de Burgos, ETA-VI, que firmaba ETA a secas, y que era la mayoría en aquel momento, apostó solo por las vías políticas, por la organización de masas, el sindicalismo, la acción colectiva...

No era un problema de conceptos éticos sobre la violencia. Nos parecía

legítima la violencia en condiciones de dictadura o por razones de defensa colectiva frente al tirano, por decirlo así. Era más un problema de utilidad y acumulación de fuerzas. Era más relevante generar sociedad civil, auto organización, tener grupos organizados de gestión social, sindical, en los barrios, concienciar... para lograr la libertad, la soberanía y las conquistas sociales, en lugar de polarizar todas las energías sociales en proteger al grupo armado. Los militantes de ETA no podían intervenir en los movimientos y sus paraguas logísticos, por razones obvias. Nos parecía que era mucho más interesante la línea de construcción de movimientos por la base, generando estructuras para cobijar los intensos procesos de politización de la época, que no las acciones armadas que, desde luego, tenían más impacto, condicionaban más e, incluso, cambiaban puntualmente el tablero político por su «eficacia»: Manzanas, Carrero, Lemoiz o Autovía.

¿Pero, y el precio de una lucha armada continuada que ponía en riesgo también las organizaciones de base o las polarizaba logística y discursivamente? ¿Y qué tipo de acumulación de fuerzas traía si ETA, como vanguardia sustitutiva, «remataba» las luchas populares poniendo cadáveres en la mesa? Y además eran incompatibles. Los ensayos de acompañar las acciones de masas con lucha armada se traducían en dificultades muy grandes. Incluso cuando lograban su objetivo, desacreditaban al movimiento y lo desmovilizaban. Había que elegir una u otra, y parecía que la segunda —para nosotros— era la adecuada. Las bases de HB tardaron años en irrumpir en los movimientos de masas. Su retraso fue significativo.

Ese era un posicionamiento que me parece acertado incluso dentro del propio franquismo. A partir de 1977, o si se quiere de 1981, una vez pasado el Rubicón del golpe de Estado, con más motivo. Pero continuaron las acciones armadas de ETA, aunque carecían a partir de un cierto momento, en mi opinión, ya no solo de utilidad, sino también de legitimidad. Ya no estábamos en una dictadura, aunque lo que se alumbraba era una democracia frágil, vigilada y problemática.

Por su parte, ETA (pm) se disolvió en 1982 tras el acuerdo entre Euskadiko Ezkerra y el Ministro Juan José Rosón (UCD), con una amnistía particular de facto. En tres años fueron excarcelados o regresaron del exilio todos los acusados de pertenecer a ETA (pm). Por su parte, Joseba Azkarraga —entonces diputado en Madrid del PNV y que con la escisión se posicionó con Eusko Alkartasuna, EA—, llevó la iniciativa de negociación con el Gobierno Socialista y con la Audiencia Nacional, mediando el Defensor del Pueblo, para que se aplicara también a ETA VIII Asamblea, que se había descolgado de la oficial ETA (pm). Así se produjo la excarcelación de un centenar de presos vía indulto, y el regreso de más de 200 exiliados.

No se negociaron contenidos. ETA (pm) tampoco lo pretendía, pues su programa era el Estatuto de Autonomía ya vigente. También cabe recordar que al ser político-militar, las acciones relevantes podían llegar a ser conocidas por los «políticos», extendiendo a ellos la responsabilidad de lo que el aparato militar hiciera. Ese es un «matiz» que ha diferenciado siempre la implicación armada de la dirección de EIA-Euskadiko Ezkerra y la de Herri Batasuna, que siempre estuvo extramuros de ETA (m).[13]

Tras el acuerdo de Bandrés y Onaindia con Rosón y la salida para ETA VIII Asamblea, ya no quedó más grupo armado importante que ETA (m), devenida en ETA a secas, aparte del GRAPO —con acciones residuales desde 1985 a 2007— y los Comandos Autónomos Anticapitalistas —ya con acciones esporádicas en esa época, constando la última hacia 1985—.

Durante el franquismo ese posicionamiento estratégico, crítico con la lucha armada, era público, pero no incluía su denuncia por antidemocrática —se estimaba que Izquierda Abertzale y ETA eran del bando de quienes luchaban contra el sistema—, aunque sí formulábamos un rechazo rotundo de muchas acciones, especialmente las más crueles, con víctimas colaterales. Diferenciábamos entre denuncia y crítica. No se trataba de denunciar a quienes tenían otra visión y otra práctica. La crítica fue constante a ese respecto, al entender que en unos casos eran perjudiciales de cara a los objetivos de emancipación nacional y social; y,

en otros, no ayudaba a las estructuras de base. También planteaba problemas morales y de proporcionalidad.

Pero hay que reconocer que la violencia armada —en la figura de ETA —, sí tenía un efecto propagandístico de empoderamiento popular vicario: un «sí se puede». Se respondía al monopolio de la violencia del poder con moneda parecida, solo que, en forma brutal, buscando la notoriedad mediática y el impacto emocional, más que un resultado tangible en lo reivindicativo. Se suponía que acumulaba poder para una hipotética negociación.

En nuestro caso, tras 1977 y en democracia, elevamos el tono crítico con ETA pero no caímos en el antiterrorismo unilateral, porque veíamos la violencia estructural y sistémica propia de una democracia basada en la amnesia y en unos aparatos de Estado intactos y solo remozados: torturas sistemáticas, represión sobre corrientes políticas, impunidad para los suyos. Esa violencia, además, se invisibilizaba, se la justificaba como autodefensa del Estado de Derecho, por considerar que disponer del monopolio de la violencia implicaba un uso explícito e impune, incluida la tortura sistemática o el acoso a las minorías a escala de estado.

Entendíamos que la violencia de Estado no justificaba de ninguna manera la violencia de ETA, pero tampoco le otorgaba al régimen y al Estado la condición de víctima, ni mucho menos. El Estado siempre ha sido el actor dominante y de poder. Su perfil democrático seguía siendo bajo y, cuando se elevaba, era porque se lo imponía una relación de fuerzas favorable al cambio; por eso no se le podía dar una confianza como Estado de Derecho a este Estado concreto. No se lo había ganado, y con la judicatura, policía y ejército que mantuvo, menos.

Modificamos el enfoque crítico según las épocas. Cuando se nos ha achacado a la izquierda radical ser poco beligerantes con las posiciones legitimadoras de la violencia de ETA, habría que distinguir épocas. Durante el franquismo, la izquierda abertzale y las tres ETA —militar, político-militar y *Sexta*—, éramos del bando de quienes estábamos en contra del sistema y las dos primeras con profusión de acciones armadas.

Era una dictadura pura y dura. Ya en la Transición se abrió una democracia con pinzas —golpe de Estado y GAL en los 80—, que se construía de la peor manera y sin depuración ni cultura democrática, al menos hasta finales de los 80 cuando la mayoría de fuerzas, con el pacto de Ajuria Enea, plantearon un camino, aunque apenas se transitara como vía de salida. Pero ya a finales de los 80 cabía confirmar que se trataba de una democracia homologable, con elecciones, libertades, representaciones y reglas, y no un neofranquismo. Los atentados no facilitaban la profundización.

La fuga de Segovia

La implicación o no de ETA VI-LCR en la segunda fuga de Segovia —que estaban organizando los poli-milis y que se consumó el 5 de abril de 1976 con la fuga de 29 presos, principalmente de ETA (pm) y de ETA VI-LCR—, trajo consigo bastantes discusiones tanto en la dirección de LCR-ETA VI de Madrid como en la de Euskal Herria. La posición favorable de los presos fue determinante para dar la venia, aunque se tenía desconfianza —por precedentes— en la logística exterior de los *polimilis* y en el operativo que estaba organizando. Hubiera sido viable el operativo más simple de fuga por Portugal propuesto por *Sexta*, pero los *polimilis* se empeñaron con el Pirineo. Como se sabe, aquello acabó mal —con la muerte de Oriol Solé abatido por la Guardia Civil y la detención de todos los fugados menos cuatro—. Falló, como mínimo, el contacto de pase por la *muga*.

Aparte de la cuestión logística, las discusiones se centraron en si había que correr el riesgo cuando se esperaba pronto una amnistía; o si el hecho mismo de la fuga aceleraría la descomposición del régimen. Personalmente, me incliné por esta segunda posición que, además, se correspondía con el deseo muy mayoritario entre los presos de *Sexta,* que compartían la idea de que fugarse, si es factible, no solo es un derecho, sino casi un deber entre gente presa por una dictadura.

Comisión pro-amnistía

Tuve un papel muy activo en la puesta en marcha de la primera Comisión pro-amnistía de Gipuzkoa en 1976. En Bizkaia se había iniciado ya una comisión y creímos que en Gipuzkoa también se daban condiciones para su puesta en marcha. Para ello contacté con Miguel Castells, con el que tenía una buena relación, y fuimos a convencer a Bandrés, que dio su conformidad. En la gestora también participó Arantza Arruti y figuraba en el listado de apoyos Eduardo Chillida, que confeccionó un maravilloso logotipo. La presentación fue en Arantzazu. En los meses siguientes se produjo la primera amnistía. Con los años, en 1979, la comisión pro amnistía dejó de ser una estructura compartida y pasó a llamarse Gestora pro-amnistía, ya como brazo de HB.

En ocasión de una de las primeras —si no la primera— concentraciones de la Comisión pro-Amnistía, me tocó sostener una pancarta en Martutene. Pretendíamos acercarnos en manifestación hasta la cárcel. Ni pudimos salir del barrio. La Policía Nacional nos machacó. Un porrazo en la sien me dejó tendido y con las gafas rotas. El eibarrés Valentín Gesalaga me cubrió con su cuerpo para evitar que se ensañaran. Valentín, militante comunista del PCE VIII Congreso, de Enrique Lister, era ya una persona mayor y padre de Enrique, hoy amigo mío y que entonces estaba en la cárcel tras haber sido juzgado en el proceso de Burgos (1970), tras la caída de Mogrovejo en Cantrabria (1969), en la que un guardia civil le pegó un tiro.

Influencia

Teníamos influencia en toda Euskal Herria en el ámbito sindical, con mucha gente organizada, movilizaciones, convocatoria de huelga desde las «unidades de acción» —acuerdos puntuales para manifiestos y convocatorias de concentraciones o huelgas— con otras corrientes.

En el tardofranquismo eran unos pocos cientos los que militaban en comandos armados o estaban en su logística. Pero, a la vez, tenían un entorno social *abertzale*, de apoyo explícito o comprensivo muy amplio —incluso popular—, aunque sin mucha presencia en los movimientos

sociales. En cambio, en el ámbito de la sociedad civil organizada y de los movimientos, la posición de la izquierda radical sobre la indeseabilidad de la lucha armada era, creo, mayoritaria. No obstante, a partir de la Transición, las elecciones y las instituciones generaron nuevas percepciones.

No nos sentíamos en soledad, en absoluto. Sentíamos que no éramos hegemónicos, pero teníamos nuestro modo de ver y peso, y lo defendíamos con entereza, aunque dejando en el camino cualquier pretensión de ser «la vanguardia», «el» partido obrero... o cosas semejantes.

Teníamos un arraigo social indudable. Igualmente, estábamos presentes en la lucha anti-represiva. La ofensiva del GAL podía dificultar a ETA, pero forjaba muchos lazos de denuncia y lucha entre gente diversa, al igual que las torturas, los *patadones* en la puerta, las escuchas ilegales…[14] Los mismos lazos internacionales —a través de la IVª Internacional o a través de revistas como *Imprecor*— nos permitían estar muy al día.

En la Transición era habitual reunir fuerzas entre partidos para convocatorias diversas.

Éramos muy partidarios de las «unidades de acción» como forma de acumulación de fuerza y de legitimación. Las fuerzas más frecuentes eran HB, EIA-EE, EMK, LKI, OIC, ORT, PTE, Partido Carlista… A veces, el PC-EPK —Carlos Alonso Zaldivar, un tipo brillante—, que nos miraba por encima del hombro. En alguna rarísima ocasión el PSOE —Txiki Benegas, José Antonio Maturana—. Fue un éxito aquella convocatoria de manifestación —en la que tuvimos algo que ver, con un PSOE que estuvo en la pancarta de «Autodeterminación» en el Aberri Eguna de 1978—. «Autodeterminación en la Constitución. Aberri Eguna 1978. Estatuto de Autonomía Nacional».

Nuestro empeño era casar la bandera roja y la ikurriña así que, en ocasiones, enarbolábamos las dos o un mix de ambas. La izquierda Abertzale nos pitaba cuando lo hacíamos entre 1975 y 1978, tachándonos de españolistas. Lo mismo ocurría cuando defendíamos la

autodeterminación y ellos la rechazaban desde un milagroso salto a la independencia. En las manifestaciones, si nosotros coreábamos «Autodeterminazioa», ellos respondían «Independentzia», como si fueran incompatibles y la primera no fuera el camino, en todo caso, para la otra. No tenían esa noción que, con los años, han asumido. Entonces pensaban que la independencia podría declararse tras un proceso semi-insurreccional o por negociación con un Estado en descomposición. Tardaron en verlo.

Portavoz y pragmático

Me tocó ser portavoz de ETA-VI primero, y de LCR-ETA VI después. Tras el I Congreso de LCR-ETA VI, en agosto de 1976, la organización vasca cambiaría el nombre por el de LKI —Liga Komunista Iraultzailea —, y la estatal pasaría a llamarse de nuevo LCR. A pesar de tratarse de una organización ilegal, yo ya era una persona pública, que aparecía ocasionalmente en medios de comunicación —más en revistas que en prensa diaria—, ya en las postrimerías del franquismo —1975-77—. Arriesgamos conquistar espacios de libertad, a pesar de la ilegalidad. José Mari Mendiluce —luego líder de Greenpeace y de Los Verdes, de ACNUR y eurodiputado— y yo, éramos los dos portavoces públicos en Euskal Herria, y Jaime Pastor en Madrid. Mendiluce murió joven.

Tuve una buena relación con Goio López Irasuegi e Iñaki Maneros, ambos de EIA. Nos veíamos en las Unidades de Acción. Goio me tomó el pelo con ganas a cuenta de un primo político mío de Gernika, José López de Larruzea —a quien siempre aprecié—, que me escribió una carta en *Punto y Hora* defendiendo al PNV y llamándome en público, como cariñosamente lo hacía desde que era niño en privado, como «epetxero». Nunca he sabido qué significa. No viene en el diccionario. Quizás una derivación de la denominación bermeana del conocido pescado de arenales y sin escamas —la julia, la doncella—, el *txilipitxero* y que, pasados los años, pesqué con frecuencia desde la embarcación de mi

amigo José Angel Boyra, además de *cabras* y bonitos y alguna que otra lubina.

También me acuerdo del rebote que agarré en una ocasión, cuando la adusta Izaskun Larreategui, lideresa de HASI, que pertenecía a una familia amiga de Indautxu y era compañera de Txomin Ziluaga, intentó cambiar las reglas, allá por 1977 o 78. En una reunión celebrada en la calle Rodríguez Arias sostuvo que la posición que traía era inamovible, que o lo tomábamos o lo dejábamos.

La cultura de la oposición en la Transición era de colaboración. Ya con la nueva democracia se quiso imponer la cultura del sectarismo y la de trabajar para el propio convento, ya fuera partido o sindicato. De todas formas, los movimientos sociales revitalizaron la práctica colaborativa en los años 80 con las temáticas de Lemoiz, Leitzaran, OTAN, antimilitarismo…

Dentro de LKI mis posiciones eran, dentro de lo que cabe, bastante pragmáticas. Era un poco la derecha de la extrema izquierda, aunque públicamente, como portavoz, tenía que defender, como es normal, las posiciones de la mayoría.

Eso se manifestó en el debate que tuvimos a finales de 1976: si participar o no como miembro de pleno derecho en el organismo de unidad de las izquierdas abertzale y revolucionaria que estaba naciendo: Euskal Erakunde Herritarra[15]. Yo era partidario de entrar como miembro de pleno derecho, a pesar de algunas objeciones al programa del Erakunde, mientras que la mayoría del Ejecutivo entendía que no cabía entrar de pleno derecho, por su vocación interclasista —dejaba la puerta abierta al PNV— y entender que el programa era demasiado tibio y que la única agrupación posible era un Frente Único de izquierda. Al final acudimos solo como observadores.

Como se ve, éramos un poco de ponernos la venda antes de la herida. El PNV nunca entró, y los precedentes de la Platajunta en los que se movieron a escala española, PT, ORT y MC, no podían cundir en Euskal Herria en la época, como se vio con el debate y rechazo de la Constitución

Española tiempo después (1978). Solo con el Estatuto de Gernika (1979) se dio ese proceso de integración en la dinámica de la Reforma por parte de PNV y EIA-Euskadiko Ezkerra, ya sin EMK.

Conquistar la calle

Tras la muerte de Franco la consigna social era conquistar espacios de libertad, aflorar con riesgo en las fábricas —ya con sus líderes—, en la calle, en las universidades, en las actividades culturales, en la prensa... Facilitar no solo el fin del franquismo —ya sin Franco—, sino dar rienda suelta a las relaciones sociales, al deseo, a la palabra, a la captación de nuevos miembros para las organizaciones, aún clandestinas, pero ya conocidas y fichadas. Se abandonaron las caretas de las reuniones. Nos presentábamos en las redacciones informando a los periodistas, ya fuera de *Cambio 16* —que daría lugar a Diario16— o *El País*, nacido en 1976. *Deia* y *Egin* tardarían en nacer un año más.

Se crearon nuevas cuadrillas desde el hilo político haciendo *poteos* liberadores, además de libadores. Por ejemplo, gente de LC y de LKI alternaba junta —incluido Luciano Rincón— por Pozas, en Bilbao. Igual en Donostia. Eran tiempos de especulación sobre lo que iba o debía venir. Los planos morales y de los hechos, y su percepción cabal, se solapaban en un magma de generosidad juvenil.

Laminados tras las elecciones de 1977

Un momento glorioso e impagable para nuestra memoria fue la recepción multitudinaria, empezando en la Plaza de Zabalburu y terminando en Ondarroa, de los presos de la organización amnistiados en abril de 1977: Andoni Arrizabalaga, Josu Ibargutxi, Jon Etxabe, Patxi Jaka, Enrique Gesalaga… en un festival de ikurriñas y banderas rojas, estas últimas mal recibidas en el recorrido por Ondarroa.

Participé activamente en las elecciones de 1977, organizando como agrupación electoral la marca FUT (Frente por la Unidad de los Trabajadores), con la OIC (Organización de Izquierda Comunista), en Gipuzkoa. No estábamos legalizados, a diferencia del PCE, que en la

época hizo suya la rojigualda. El resultado electoral fue pésimo y desmoralizante y la relación con OIC conflictiva, así que, en vez de prepararse una fusión entre LKI y OIC, ésta se acercó al EMK, organización en la que se disolvieron.

A escala estatal, la improvisada UCD de Suárez aprovechó para hacerse valer ante la incertidumbre y la ignorancia democrática colectiva. Pero, sobre todo, siglas clásicas como el PSOE o el PNV encontraron un espacio reconocido para sobresalir, a pesar de que casi no les habíamos visto en la lucha antifranquista durante la última década: desde finales de los 60 hasta 1977, nada menos. Estuvieron *off side*. Pero el poder mediático de preferencias y el valor de la historia los encumbró. En cambio, el gran luchador PCE obtuvo unos malos resultados. No pudo superar la imagen de «cuernos y rabo» fraguada ya en el franquismo. Lo que luego sería HB no se presentó, aunque eso no le pasó factura dos años después en las primeras elecciones al Parlamento Vasco. Euskadiko Ezkerra (EIA y EMK) al menos consiguió una plaza de diputado —Pako Letamendia— y un senador —Juan Mari Bandrés—. La campaña la hizo la militancia de EMK.

Tras las elecciones pasé a la ejecutiva de Madrid de liberado durante un año. Ahí dirigí la revista teórica *Comunismo*, en la que también estaban Luciano Rincón, Julio Aramberri… Viví en Saconia[16] con otros liberados. Allí escribí, entre otros materiales, un folleto, «¿A dónde va el Movimiento Comunista?», refiriéndome a la organización MC-EMK. También era responsable de la organización de Canarias, adonde viajé algunas veces, y pude conocer la Canarias no turística.

Ya viviendo en Bilbao, me presentaron como cabeza de lista por LKI en Bizkaia en las primeras elecciones al Parlamento Vasco de marzo de 1980[17]. Aquello tampoco funcionó: 5.182 votos, la mitad que EMK, 10.949. Los grupos pequeños que habíamos sido muy activos en lo que era organización de huelgas, luchas o unidades de acción en el tardofranquismo no tuvimos respaldo electoral. La primera fuerza fue el PNV con 349.102 votos —Garaikoetxea de cabeza de lista—; la segunda

HB —con Monzón en cabeza de cartel—, 151.362; por delante del PSE, 130.221, y tercera fuerza; EE —liderada por Bandrés y ya sin EMK—, 90.000; UCD 78.095; Alianza Popular, 43.751; y PCE-EPK de Roberto Lertxundi, 36.845 votos y un escaño.

Nos sorprendió nuestra debacle electoral tanto en las elecciones generales de 1977 y 1979, como en las autonómicas de 1980. No conocíamos los resortes sobre los que se forma la opinión pública en democracia. Fue un palo. Vinieron los Pactos de la Moncloa, la Constitución de 1978 y el Estatuto de 1979 con sus límites. Todo muy lejos de la lógica de la ruptura y de la autodeterminación. Todo muy lejos de las metas por las que habíamos luchado, sacrificando nuestra juventud.

Aquello generó un clima de gran desencanto en el Estado español y en menor medida en Euskal Herria, porque la sociedad civil organizada socialmente era muy amplia y, electoralmente, estaba la expresión de la Izquierda Abertzale en sus dos versiones. La frustración del 78 —Pactos de la Moncloa y Constitución— significaba que se orilló no solo a los que habíamos luchado más, sino también las temáticas por las que habíamos luchado. La sensación que nos quedó es que nos habían robado la cartera.

Cabe entender que algunos no aceptamos la Reforma impuesta y que otros, las dos ETA (militar y político-Militar), se dieron razones en esa Transición acogedora de todos los aparatos del franquismo para continuar e incluso intensificar la lucha armada. Resistimos pues unos cuantos años más como sigla, entendiendo que teníamos funciones que hacer; algo que, además, nos lo recordó el año 1981, por ejemplo, con el intento de golpe de estado.

La transición como derrota política

Los años 80 fueron años de definición del modelo de democracia procedente de la Transición.

Mi análisis de la Transición o del régimen es muy crítico respecto a lo que ocurrió entre 1977 y 1982, así como en la década de los GAL. Aquello no era un régimen democrático al uso sino una democracia

formalizada, que acogió todo el aparato de Estado heredado del franquismo —policía, ejercito, judicatura, funcionariado, élites y clase dominante *lampedusiana*—, que instrumentalizaba principios y con una clase política sin educación ni experiencia sobre lo que es democracia, términos democráticos o derechos humanos. ¡Tardó 40 años en exhumar a Franco! Ello contagió incluso al propio partido socialista, convertido en parte del aparato de Estado, que tragó con la amnesia y sabía que eran los suyos quienes mataban con el GAL. Apoyaron, en nombre de la razón de Estado, toda la legislación de excepción, incluida la oleada punitiva de Aznar en la década de los 2000.

Todo eso ha traído una clase política muy hipócrita, con distintas varas de medir, a la conveniencia de la razón de estado, siempre en alternancia, como en la Restauración.

Se ha presentado la Transición y su mítico consenso, como un modelo inteligente para transiciones en otras partes del mundo. La serie de TV de la periodista Victoria Prego hizo una apología de los supuestos protagonistas: Suárez representando a los visionarios del futuro desde el seno del Régimen; el Rey que hace la apuesta constitucional; el PSOE haciendo gala de su visión de futuro y renunciando a un discurso radicalizado; Carrillo asumiendo una responsabilidad histórica; o el nacionalismo catalán abanderando un rol nutritivo, en las figuras de Josep Tarradellas, primero, y de Miquel Roca, después. Esta versión, así como la irrupción en la modernidad a partir de los Gobiernos de Felipe González —entrada en la UE y en la OTAN— han sido *mainstream*.

Sin embargo, en lo político, ahora se comprueba que esa visión tenía muchas vías de agua. La democracia que se implantó estuvo basada en la desmemoria y en la no reparación de los derrotados en la Guerra Civil y, después, sobre la amnesia respecto a los verdugos de 40 años, reconvertidos en demócratas por la magia de la Ley de Amnistía y del modelo de Transición. Se dejó la democratización al relevo generacional y a futuras leyes que nunca llegaron a las raíces. Se instauró una democracia de baja calidad, sin profundización en valores democráticos, más allá de

los formales y de los procesos electorales. El Rey mismo fue parte al principio de la operación de *golpe blando* de Alfonso Armada, aunque luego rebobinara presentándose como el salvador.

Se impusieron así seis reglas. Dos sobre el pasado: amnesia sin depuración —cristalizada en la Ley de Amnistía del 77— y unas Fuerzas Armadas intocables. Y cuatro sobre el futuro: no ruptura constituyente y, en su lugar, una democracia devaluada, aunque homologable para una futura integración en la entonces Comunidad Europea; la monarquía como forma de Estado heredada y superadora del franquismo; el disciplinamiento de las reivindicaciones sociales; y el Estado mononacional con la soberanía del pueblo español sobre una base no federal.

Se basó así en una España impuesta, alejada de los parámetros de la Sociedad del Bienestar —si se exceptúan la Enseñanza y la Sanidad públicas que se generalizaron y con calidad— y como mala madrastra de naciones sin Estado, a las que se les negó la posibilidad de autodeterminación.

La realidad ha puesto en su sitio esos mitos y nos devuelve a dos lugares. Por un lado, una democracia de bajo perfil en la que aflora, cada poco, la corrupción y un escaso y formalista sentido democrático que cabía denominar como partitocracia bipartidista. Por otro lado, una economía demasiado centrada en el turismo y la agroexportación en el caso español.

Aquel relato feliz de la transición no es veraz —hubo muchos muertos — porque los grandes ausentes fueron justo los principales protagonistas de los cambios: las movilizaciones masivas de los años 70 y, especialmente, las militancias de los movimientos organizados —movimientos obreros, movimiento de emancipación nacional en Euskadi, movimientos estudiantiles, el movimiento cívico catalán, o en las postrimerías, los movimientos vecinal, antinuclear y feminista—, así como los partidos de izquierda, como el PCE, la izquierda radical y el nacionalismo radical en sus versiones armada y movilizadora.

El liderazgo en el Estado Español lo tenía el PCE/PSUC, pero con fuerte presencia de la izquierda revolucionaria —PTE, ORT, MC, LCR, OIC, PCE (ml)—. En Euskal Herria la correlación de fuerzas era otra, y había que sumar el liderazgo de la izquierda nacionalista. Por su parte el PCE-EPK ya tuvo una temprana escisión en 1980 cuando Roberto Lertxundi —que había sido de *Sexta*— y otros —Larrinaga, José Mari Garmendia...—, se integraron en Euskadiko Ezkerra.

¿Qué hubiera sido una ruptura? Una memoria con reparación; una depuración institucional; un proceso constituyente *ex novo*, sin los condicionantes que impusieron en la Constitución del 78 tanto el régimen como el ejército; el derecho de autodeterminación de las comunidades que solicitaran ejercerlo; la atención a reivindicaciones sociales que homologaran el bienestar con Europa; un gobierno provisional que guiara el camino; y un sistema democrático de listas abiertas y no partitocrático.

De marzo a setiembre de 1978 —ya antes de la Constitución del 78— se dieron los acuerdos y decretos pre-autonómicos, que se orientaban hacia un modelo no federal, diluyendo las naciones históricas. Se instituyó el «café para todos». El Estado se reservó competencias y su cesión según las relaciones de fuerza de cada momento, manteniendo la figura del Delegado de Gobierno y la unidad de mercado bajo una política económica central.

Con posterioridad, para desactivar la radicalidad social, se formalizó un pacto social: los Pactos de la Moncloa —diciembre 1977— que, planteados para el control de la inflación y la limitación de las reivindicaciones obreras, estableció la contención salarial a cambio de una reforma fiscal y algunas mejoras sociales. Dando prioridad a la viabilidad económica del sistema, derivó en el temprano recorte de lo hasta entonces conseguido y en la desmovilización[18].

Continuaron las dinámicas de lucha en el Estado Español hasta 1980, época en la que por desidia de las principales organizaciones, se apoderó de las gentes de izquierda el famoso «desencanto». En 1981 se rubricó el

Acuerdo Nacional sobre Empleo (ANE), con la firma del gobierno, CEOE, UGT y CCOO.

En Euskal Herria, en cambio, la lucha reivindicativa fuerte abarcó un periodo bastante más largo, tanto en reivindicaciones sociales —que pretendían limitar los efectos de la dura des-industrialización iniciada en la década anterior—, como la confrontación con el régimen político, cuya Constitución no se había aceptado en el referéndum de 1979.

La debilidad del modelo democrático se comprobó con posterioridad con la degradación de los derechos humanos: unos lo subordinaban a la emancipación nacional con continuos atentados mortales que rondaban el centenar anual, y otros al *statu quo*, la represión y la tortura. Se pudo asistir al nacimiento del GAL en los años 80 por encargo de la cúpula del PSOE, al silencio sobre las torturas consentidas por el sistema judicial y, con posterioridad, a la aprobación de la restrictiva ley de partidos, o a las reformas del Código Penal. Se utilizó la política penitenciaria como herramienta política y, con tiempo, se cerraron medios de comunicación.

Un Estado unitario mononacional y regionalizado le dio la excusa a ETA para seguir matando hasta 2011, convirtiéndose, a su vez, en excusa del régimen —PP y PSOE— para negar derechos políticos o exceptuar derechos humanos.

LOAPA

En el terreno estatutario los 80 fueron años de implementación institucional, pero también de recortes sobre hipotéticos desarrollos. Tras el golpe de Estado de 1981, la Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico (LOAPA) pretendía volver a la España unitaria y en perjuicio de la España compuesta, intentando homogeneizarla, en beneficio del estado central. Recurrida ante el Tribunal Constitucional como ley Orgánica y por buena parte de sus artículos, se transformó en Ley 12/1983, de 14 de octubre, del Proceso Autonómico.

Hubo grandes protestas, y en Bilbao, una gran manifestación organizada por el PNV el 23 de julio de 1982, que se cifró entre 70.000 a

200.000 personas. Nos solidarizamos y acudimos a la parte trasera de la misma, con pancarta propia y separados del cortejo central. No tenía nada que ver que no apostáramos en su día por el Estatuto de Gernika. Nos abstuvimos por sus límites. Pero entendimos que cualquier ley que cercenara derechos adquiridos era un paso atrás y debíamos denunciarla. El servicio de orden del PNV nos hostigó todo el tiempo en la manifestación. El propio Arzalluz, que a veces no era muy fino, entendió nuestra presencia como una provocación. Tampoco lo entendió HB. La LOAPA no era problema suyo.

Los movimientos de los años 80 y la izquierda no parlamentaria

Los 80 fueron años en los que la sociedad civil, los ámbitos sindicales, movimiento antinuclear o la campaña anti OTAN desde los primeros años 80 —y que terminaría en el referéndum de 1986— estaban mayoritariamente protagonizados por gente que pensaba más como nosotros —LKI, EMK...— que como HB. La hegemonía *abertzale* era más en el ambiente cultural, en la gran política, en el ambiente político, en la comunidad popular… pero en la sociedad civil organizada y hasta mediados de los 80, estaba muy presente la gente que procedía de la izquierda radical —EMK, LKI...— o del EPK-PCE o de ELA, como en la larga lucha de Euskalduna en donde entró la policía un 20N de 1984. Fui testigo.

La excepción fue el caso de la autovía de Leitzaran en la que, por primera vez, la Izquierda Abertzale fue la dirigente, acompañada de sendos atentados de ETA que, a la postre fueron decisivos. Hubo renegociación parcial del trazado.

Además, tras el peso que en los 70 habían tenido, los movimientos sindical, feminista, vecinal y antinuclear, en los años 80 hubo también una eclosión de los movimientos feminista, ecologista, internacionalista, anti atlantista… en los que estábamos, igualmente, muy presentes. Hay que recordar la lucha contra la central nuclear de Lemoiz hasta 1984, la masificación del feminismo o la lucha por el aborto de finales de los 70, o

la de los antimilitaristas y objetores de conciencia, o al movimiento contra la OTAN…

A pesar de la tendencia unitarista de los movimientos sociales, la Izquierda Abertzale quería estructuras propias y controladas, y desde dentro escindió algunas ya avanzados los años 80 como Eguzki —ecologista— o los Comités internacionalistas. Ello fue paralelo a la pretensión de HASI (Herriko Alderdi Sozialista Iraultzailea) de que, como «partido comunista y revolucionario», quisiera liderar la Izquierda Abertzale, retando el liderazgo de ETA allá por 1987-88, lo que le valió la defenestración a Ziluaga y buena parte de sus cuadros, y la restauración de la función guía de ETA. Esta purga en vísperas de las conversaciones de Argel seguro que influyó en su resultado.

En los movimientos también se defendía una paz negociada con autodeterminación. Esa posición tenía su peso en la vida social. La heredó Elkarri (1992) en un cruce insólito de gente procedente de la Izquierda Abertzale —Jonan Fernandez y Bittor Aierdi—, pero no sujeta a disciplina y que fue por libre; de quienes procedíamos de los movimientos y de la izquierda radical; y, con posterioridad, de EA y el PNV —Ollora, Aguirre, Ariztondo—.

El PNV podía ganar elecciones —hasta que sufrió la escisión de EA— e ir, paso a paso, construyendo la importante agenda de la institucionalización del país y de sus políticas en casi todos los planos; pero la agenda público-mediática la marcaban ETA y la Izquierda Abertzale. Ésta última tenía sendos apoyos colectivos y, además, el GAL asesinaba *abertzales* como Santi Brouard[19] y Xabier Galdeano, lo que generaba una masiva solidaridad social, hasta que ETA hizo el atentado de Hipercor (1987), se firmó el Pacto de Ajuria Enea (1988) y fracasaron las Conversaciones de Argel (1989), que redujeron significativamente el apoyo a ETA, pero no a HB, que tuvo aún un respaldo electoral importante en las elecciones de 1989 al Congreso de los Diputados. Iban a ir a Madrid para hacer política, pero el asesinato del diputado electo Josu

Muguruza acantonó a la corriente plegándose a la estrategia de ETA. Más adelante vuelvo sobre ello.

Lemoiz Gelditu[20]

No es el lugar de relatar la rica historia de la lucha contra la Central Nuclear de Lemoiz que se desarrolló tanto en el tardofranquismo como en democracia[21]. Durante el franquismo era parte de la lucha por la libertad. En democracia, habida cuenta que su construcción la apoyaba el establishment (UCD, PSOE, AP y PNV) y su mayoría parlamentaria en Madrid, se complicó la legitimación del movimiento; pero, igualmente cuestionaba la legitimidad y carácter popular de una democracia recién estrenada que se posicionaba con la gran empresa frente a la opinión pública.

Tras la aprobación de la Constitución y del Estatuto, el movimiento se centró más en los riesgos de las centrales, en la cercanía de la central a zonas urbanas masivas y no evacuables, en los accidentes posibles —en plena confrontación ocurrió el de Harrisburg (EE. UU.)—, en la gestión de los residuos nucleares, la afectación al medio ambiente y la salud, la imposición y la consiguiente petición de referéndum… El argumento de Arzalluz —«sin la central nuclear de Lemoiz comeremos berzas iluminados con velas»— no convenció.

Eran contrarios HB, EE, PCE-EPK, EMK, LKI... Pero, sobre todo, y de forma muy transversal, la mayor parte de la población, que veía amenazante el proyecto de una central nuclear en la costa y cerca de importantes núcleos de población.

La asociación Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear[22] que logró obtener 150.000 firmas oponiéndose al proyecto, convocó la primera marcha legal tras la muerte de Franco —unas 50.000 personas entre Plentzia y Gorliz— y en Bilbao, un año después, con 200.000.

La flor y nata de la intelectualidad y de la cultura apoyó al movimiento. En los Herrikoi Topaketak (Encuentros Populares) de 1980 se dieron cita artistas y artesanos. Las formas de movilización resultaron muy

innovadoras: marchas en columnas ciclistas, sentadas, caravanas de coches, concentración de barcos en defensa de la costa, presencia en fiestas patronales, comidas populares… Una gran politización.

La experiencia de la lucha contra la central de Lemoiz fue un factor de concienciación duradera en temas medioambientales. Mostró la capacidad de la sociedad civil para influir en las decisiones políticas y defender sus derechos; pero también mostró sus límites, ante la negativa a la paralización que exhibieron la mayoría de las instituciones electas por presiones de Iberduero y del capital, en una primera época.

En el interior mismo de la obra se dieron cita multitud de contratas con personal sindicalizado, en un movimiento sindical joven que arrancó importantes reivindicaciones y que no era partidario de la central.

Un déficit en el proceso de lucha fue que no hubo debates públicos en controversia ni en recintos —salvo en alguna localidad—, ni en medios de comunicación. Ni Iberduero se presentaba, ni las instituciones la suplían. Se impuso la sordera institucional.

Se paralizó *de facto* y por desconcierto en 1982, tras el asesinato del ingeniero Ángel Pascual que siguió al de José María Ryan (1981), y que tuvo una gran contestación social[23]. Fue en 1984 cuando Felipe González aprobó la moratoria nuclear, dando curso a su programa electoral[24]. La pérdida estimada se endosó —al tratarse de una decisión política— en las facturas de los consumidores de todo el Estado. Se evaluó en 3.528 millones de euros con cargo a un Fondo creado bastante después, en 2006.

No parece cierta la hipótesis de que seguramente no hubiera podido entrar en funcionamiento al estar saboteada la obra civil por parte de algunos de los más de 5.000 trabajadores —ya fuera por convicción o para prolongar el contrato— que, por turnos y durante 24 horas, trabajaron durante años en su construcción. Al parecer las inspecciones de la ingeniería civil eran constantes y minuciosas, según testimonios.

La mayoría de las manifestaciones las organizaban los Comités Antinucleares. El movimiento se dividió en sus postrimerías entre los que

defendíamos la vía civil y de la movilización, con la consigna de «Lemoiz Gelditu» (¡parad Lemoiz!) —y que creo que éramos mayoría— y quienes no rechazaban el «acompañamiento» de ETA, o incluso lo jaleaban con un «Lemoiz Goma 2» o «Lemoiz Apurtu» (¡destruid Lemoiz!), alegando, para minimizar los atentados contra personas, que el mayor atentado era la «bomba nuclear» sobre suelo vasco. En algunas manifestaciones un grupo significativo coreaba en favor de ETA. No les preocupaba la unidad.

No hubo división orgánica, pero ETA, con sus atentados, fue achicando los apoyos. Las movilizaciones mayores (1976-1980) se dieron previamente a la oleada de atentados sobre personas, edificios, torretas, estaciones...

Influyeron en el éxito del movimiento el miedo nuclear, las narrativas plausibles, las incertidumbres de la Transición y el momento histórico convulso, que abonó el choque entre la usura del sistema institucional y una sociedad civil amplia y activa, que quería más democracia y respuestas con hegemonía del discurso del cambio en profundidad en democracia por la que se había luchado tanto, en especial en Euskal Herria.

En cualquier caso, no es fácil determinar cuál fue la razón final del cierre y, seguramente, sea la conjunción de tres factores.

En primer lugar, la fuerza del movimiento y de la opinión pública contrarias a la puesta en marcha de Lemoiz, que intentó cabalgar el PSOE de Felipe González para arrasar en las elecciones de 1982 incluyendo en el programa una moratoria nuclear para tres proyectos.

En segundo lugar, los atentados de ETA que disuadían al personal de trabajar en la central por el riesgo para sus vidas, aunque ya poco personal iba a necesitarse, puesto que estaban acabados los montajes y la obra civil de uno de los reactores y estaba a punto de recibir la carga de uranio. González, poco dado a amilanarse, tenía para ETA preparada otra estrategia (GAL).

En tercer lugar, razones económicas que disuadieron a la propia Iberduero para continuar con la costosísima central, dado el exceso de

oferta eléctrica en medio de una crisis industrial ya desatada a partir de finales de los 70 y que había cambiado el marco de cuando se inició el programa nuclear. Le traía más a cuenta ser bien indemnizada por decisión política, que continuar con aquel costoso sinvivir, que afectaba a su solvencia y a su reputación, lo que hizo que la moratoria y la compensación fueran, de hecho, un rescate financiero de las eléctricas que se habían embarcado en inversiones imposibles, según Juan Manuel Eguiagaray —*Cuadernos de energía* nº 21: 39—, que como ex ministro tenía motivos para saberlo.

Notas:

---

12 Le recodé a Otegi, en la conversación pública que tuvimos mano a mano en el Ensanche de Bilbao el 12 de febrero de 2020, que HB no tenía la exclusiva del *abertzalismo* de izquierdas.

13 De ahí que, en conversación particular, me molestara pasados los años, que un dirigente *euskadiko* reconvertido y ya en el PSE-EE, fuera ácido en su crítica a HB, acusándola de mirar hacia otro lado respecto a la violencia, cuando él y sus colegas estuvieron implicados en el conocimiento previo de acciones de ETA (pm) en el pasado, algunas de ellas nada ejemplares.

14 José Barrionuevo, ministro del interior, y Rafael Vera, Secretario de Estado para la Seguridad con los Gobiernos de Felipe González, lo han teorizado como necesario en sus entrevistas. Se trataba de sendas apuestas *contra natura* de la gestión socialista que daban alas a la continuidad de la lucha armada y por las que nunca han pedido perdón ni pagado. Al revés, a Barrionuevo le acompañó al entrar en la cárcel la cúpula del PSOE, lo que equivalía a respaldar el terrorismo de Estado.

15 El 28 febrero de 1977 se constituyó «Euskal Erakunde Herritarra» como organismo partidario de la ruptura democrática, la amnistía total, la autodeterminación, la supresión del TOP y la legislación antiterrorista. De hecho, fue una prolongación efímera de la Alternativa KAS. Agrupaba a la Izquierda Abertzale reunida en Koordinadora Abertzale Sozialista, KAS —y que nacida en 1974, resistía como organismo de encuentro abertzale, a pesar de la escisión de ETA (m) y ETA (pm) ocurrida en 1975—, la mayor parte de la izquierda revolucionaria (EMK, PT, ORT), además de EKA (Partido Carlista). LKI no fue miembro de pleno derecho porque no suscribía la totalidad del programa, aunque tenía estatus de observador participante. Como se ve, no estaban PNV, PSOE y PCE-EPK. Allí estuve. La inminencia electoral y las distintas estrategias dentro de KAS dieron al traste con el organismo reunido en abril en Bergara. Mientras EIA optaba por presentarse a

las elecciones, KAS como tal condicionaba la participación a la amnistía y a la previa legalización de todos los partidos. EMK se alió con EIA, bajo la sigla de Euskadiko Ezkerra. PT, ORT, LKI y OIC optaron por la participación, aunque fuera mediante la forma de «agrupación de electores». Frente por la Unidad de los Trabajadores en el caso de LKI y OIC.

16 A veces me encontraba en Saconia con Joaquín Almunia (Koki), que también vivía en la zona y formaba parte del aparato de UGT y del PSOE.

17 Me puse lentillas para dar mejor imagen y dejar las gafas de pasta para siempre.

18 En la misma dirección fue el acuerdo UGT-patronal con el AMI (Acuerdo Marco Interconfederal sobre negociación colectiva) en 1979, que venía a sentenciar que se tenía que ir acabando la «fiesta» reivindicativa, porque la crisis económica ya iniciada en 1974 no permitía otra cosa, se dijo.

19 Era pediatra de mi hija Doltza, tenía bonhomía, sentido común y prestigio, además de ser buen conversador.

20 Además de participar en las movilizaciones colectivas elaboré para los debates el folleto «Crisis energética y alternativa antinuclear en Euskadi» (34 páginas), *Edelki* nº 1 septiembre de 1981.

21 A mediados de los 70 la central de Lemoiz era la única superviviente de las cuatro que se propusieron para Euskal Herria (Lemoiz, Ea-Ispaster, Deba y Tutera). Sus obras comenzaron en 1972 y no pasaron a primera línea de preocupaciones hasta que se pudo conquistar el espacio de la libertad de expresión —tras la muerte de Franco— y la masificación de las expresiones populares.

22 Sus líderes —según Raul López Romo en *Euskadi en duelo. La Central Nuclear de Lemoiz como símbolo de la Transición vasca*, 2012 Fundazioa, página 35— fueron Jose Allende, Juan Tomás Enciondo, Juan Mari Eskubi, Ana López Michelena, Juan Luis Ibarra, Jesús Cueva… La Comisión de Defensa publicó tres obras que recogen cientos de artículos de prensa: «¿Hacia una costa vasca nuclear? (El caso de Lemóniz)»; «Euskadi o Lemóniz»; y «La controversia nuclear: Lemóniz».

23 El primer atentado de ETA fue en diciembre de 1977 al atacar un puesto de la Guardia Civil en las obras de la central. Un miembro del comando —David Álvarez Peña— falleció. También murieron, con posterioridad, otros tres trabajadores por explosión de una bomba que se avisó de forma tardía, hiriendo a otros 14, así como otros 3 miembros de ETA al colocar una bomba. En una manifestación en Tutera (1979), la guardia civil asesinó a Gladys del Estal. Ver Raul López Romo, op. cit.

24 Suspendió las obras de tres centrales nucleares que ya se estaban construyendo: Lemoiz, Sayago (Zamora) y Valdecaballeros (Extremadura).

3. VIVENCIAS

Nueva familia

Residiendo en Madrid como liberado, un 27 de diciembre de 1977, durante una escapada a casa, conocí a la que sería mi compañera hasta hoy, Maite Torrealdai, de Forua. Fue en la despedida de solteros de Petxo Idoiaga y Esther Mondragón, celebrada en la taberna de Menpe, en Mendata. Desde entonces estamos juntos.

Yo solo aporté una chaqueta de pana, una maleta escuálida de ropa y cajas llenas de libros. Todo un ajuar. Maite, en cambio, aportó a la pareja una hija, Doltza Oar-Arteta, procedente de un matrimonio anterior y que, a todos los efectos prácticos y emocionales es mi hija, pues hemos vivido juntos desde que tuvo año y medio —octubre de 1978—. Además, he sido su transportista incondicional, bregado en la espera impaciente. Y como siempre salíamos tarde, desafié las leyes de la velocidad y del arte de correr para llegar siempre a tiempo. Todavía me produce ansiedad.

Doltza hizo ballet y Ciencias Políticas, pero lo suyo era menos estudiar que hacer. Hoy tiene 48 años y desde hace bastantes años se dedica a la parte de organización-producción creativa del exitoso grupo de danza Kukai, tras haber pasado por lo mismo en Hortzmuga Teatroa y, anteriormente, por el gremio de la hostelería, una escuela de vida.

De pequeña venía a veces con nosotros a las manifestaciones. Y allí oía aquello de «Policía asesina». Menos mal que ella entendía que se gritaba «Polisía aseituna», porque nos pararon en un control y empezó a corearlo. A preguntas del guardia civil sobre lo que decía la niña pudimos decirle que le gustaban las «aceitunas» —lo que, en la actualidad, aplicó la Ayuso con la *fruta*—.

Tras conocer a Maite, y queriendo volver a Bizkaia, gané un concurso en la EHU en octubre de 1978 como profesor PNN —contrato administrativo de profesor no numerario— en la Unidad de Ciencias de la Información de Leioa, entonces vinculada a la Universidad Autónoma de

Barcelona. Me avisó Mertxe Eguren, secretaria en la Unidad de Periodismo.

En el ejecutivo intentaron disuadirme y rocé la indisciplina al decir que me volvía a Bizkaia, sí o sí. Uno de los mejores pasos de mi vida. A partir de entonces, con 29 años, inauguré una larga y afortunada etapa en la que el modo de vida ha sido un disfrute entusiasta de trabajo y de vivencias, aunque han reclamado buena parte de mis energías.

En esa vuelta a Euskal Herria, mi familia y la familia de Maite —Juli y Julián, sus *aitas*, y los Muñozguren Torrealdai— nos acogieron con calor.

Citaciones judiciales

En los 80 tuve dos nuevas citaciones judiciales.

Una fue chocante, derivada de fuego amigo. Como portavoz de LKI que era, envié un artículo a la sede en relación al 23-F. Lo leí por teléfono para su publicación. Pero alguien en la redacción lo entendió mal o, a saber, coló su propia posición en artículo firmado por un servidor: «Hay que derrotar al ejército», decía el artículo, cosa que nunca se defendió ni en *Sexta* ni en LKI, porque esa posición nos hubiera llevado, como mínimo, a la lucha armada o a una posición de construcción de un «ejército popular» absolutamente descabellada en suelo europeo y para el marco español en la última etapa de la Transición. Cuando lo leí en *Egin* monté en cólera tanto por la desfachatez de cambiar un texto firmado, como por lo que decía, ya que sabía que tendría consecuencias. Ese mismo día —20 de octubre de 1982— redacté y envié una rectificación a *Egin* —página 4— por la mala transcripción que se había hecho del artículo leído por teléfono en la sede de LKI. Una semana después, un tribunal militar me pedía información sobre si era el autor de dicho escrito, y tras contestar que sí, adjunté la rectificación publicada al día en *Egin* explicando el error. Alegué que allí donde decía «ejército español» debía decir «ejercicio de autodeterminación», con lo que en vez de «derrota del ejército español» debería haberse puesto «derrota del

centralismo desde el ejercicio de la autodeterminación» (sic). Eso me libró. No se inició proceso alguno.

Otra citación —19 de octubre de 1983— fue ante la Audiencia Nacional, Sección 3ª, Sala de lo Penal, para un juicio oral en el sumario 15/82 por el delito de apología de Banda Armada, a pesar de que en ese artículo —de Jose Iriarte «Bikila» y mío— se hacía también una crítica a ETA. Un fiscal con problemas de compresión de textos escritos lo interpretó al revés. Nos acusó de ensalzamiento del terrorismo. Tras alegar esa lectura errónea, el juez, más leído, nos absolvió en la Sentencia 23/1984. No le vendría mal a la judicatura un poquito más de formación política y de cultivo del sentido común, dejando a un lado la justicia patriótica.

El artículo se había motivado por una respuesta al alimón entre «Bikila» y yo a varios artículos en *Egin* de un reducto estalinista y sectario que había en HB: «Takolo» —con un artículo titulado «Troskos y Walesas: no gracias»—, «Athos» y otro firmante que se postulaba como «Ramón Mercader», para mayor escarnio, con otro artículo. La postura por la libertad sindical que defendíamos también para la Polonia de Jaruzelski, nos condenaba a ser agentes de la CIA y servidores del gran capital —ver *Combate* del 12 de febrero de 1982—. La lógica del *campismo* —o con la URSS o con USA— ya se sabe lo que tiene: o con unos o con otros, incluso en la época de los Países No Alineados. No cabía no estar con unos o con otros. Tener posición propia, ser coherente con ella y criticar —no necesariamente por igual— las dos perspectivas, al parecer, te situaba en el campo del enemigo. Era nuestro sino.

Lo mismo le había ocurrido un año antes a mi amigo Carmelo Garitaonandia[25], que habiendo escrito un artículo titulado «ETA, mátalos, pero a todos» (*El País*, 10 de febrero de 1981), fue llevado a juicio por ensalzar el asesinato. El juez —y todas sus señorías que leyeron asombrados ese artículo en las bancadas del Congreso de Diputados de Madrid, tal y como nos lo contaron después— sí entendió el código retórico invertido del artículo. La mañana en que se publicó me encontré

con Carmelo en el autobús y me comentó que lo había escrito con las tripas, harto de tanta muerte.

Abandono de la militancia organizada

Milité organizado en política hasta el año 1985, año en que abandoné LKI. Hace 40 años. Previamente, habíamos pasado por una experiencia de encuentro con una parte de la Izquierda Abertzale que procedía de Euskadiko Ezkerra —Iñaki Mugica Arregi «Ezkerra», Bixente Serrano Izko, Perez Beotegi «Wilson», «Zapa», Mikel Gómez Uranga…—; de LAIA —Urrestarazu...—; y otras procedencias —mi querido Pedro Ibarra…— montando una coalición electoral, Auzolan, que tampoco tuvo fortuna en las elecciones. Tuvo más «éxito» en Navarra (3,46%) que en la Comunidad Autónoma de Euskadi —CAE en adelante— donde conseguimos un 1% de votos.

A raíz de aquello, y tras el desencuentro con la mayoría de la dirección de LKI[26], dejé, tras un intercambio de escritos respetuosos, la acción partidaria organizada. Con todo, aunque hace cuatro décadas que no tengo una militancia política organizada, sí la tengo de influencia en la opinión pública, de acción social en la universidad en cuestiones como el modelo contractual, los planes de estudio, en la lucha por la paz y la autodeterminación… No obstante, los más mayores me siguen identificando con LKI. Obviamente no participé en la fusión de LKI y EMK en 1991 que dio lugar a Zutik.

He de confesar que aquello tuvo su punto de liberación personal. Dejar de ser portavoz significaba representarte solo a ti mismo, ser tú mismo y no de otros. Son cargos que constriñen tu personalidad, aunque alguien debe tomarlos por responsabilidad. Decir lo que hay que decir desde el pensamiento mayoritario es decisivo para una organización, pero nunca es lo que exactamente piensas. Tu comportamiento mismo tiene que ser mesurado, ejemplar, siempre llevas la carga de la representación de tus compañeros y de la observación ajena.

Esa liberación fue, en lo personal, para bien: decir lo que pienso sin

más barreras que la prudencia. Me volví menos adusto, más simpático y natural, sin más corsés que los del común de los mortales, más divertido, bromista y suelto, sin perjuicio de la explicación razonada que nunca me ha abandonado como profesor de almas ajenas y como analista, que ve también la realidad desde su lado jocoso u oscuro, al modo socarrón[27]. Quiere ser, salvando distancias siderales, algo parecido a un mix de humor inglés y humor negro, al estilo de OPS/El Roto, a quien admiro desde siempre.

De amores y modo de vida

Aunque ligué lo normal en la juventud, solo he tenido tres grandes amores en la vida. Mari Pili supuso el despertar. Ocho años. El franquismo, el exilio, la clandestinidad y la separación forzosa, la razón de la ruptura. La segunda fue Olga, estudiante, fue el embeleso. Aquello duró poco. Meses. Supo que la policía preguntaba por ella. Se marchó a Barcelona. Maite, el tercer amor —48 años juntos ya— fue la pasión, la profundidad y el compromiso de vida. Una mujer muy inteligente, gran cuidadora, resolutiva, creativa, ordenada, de gran simpatía y con su visión del mundo. En 1989 —tras 11 años de vida en común— nos casamos con una celebración en La Vasca de Gernika. Sin su ayuda no habría podido hacer ni la mitad de lo que he hecho en la vida.

Vivir en una aldea como Meñakabarrena —adonde nos trasladamos en 1981— te obliga a usar el coche constantemente. Maite también trabajaba en la Enseñanza y necesitábamos dos coches… viejos. Me ocupaba de mover a Doltza para sus actividades extraescolares a Mungia o a Getxo, para que tuviera las mismas oportunidades que otras niñas.

Los de EA propusieron a Maite formar parte, como independiente, de su candidatura a la alcaldía para llevar la concejalía de Cultura en Meñaka. Era allá por 2003. EA había ostentado la alcaldía en la persona de Felipe Elorriaga desde la escisión del PNV. Esa vez ganó por poco Aitor Ugarte. Lo celebramos. A alguien no le gustó. Esa noche, un par de

borrachos dolidos, inutilizaron con cincel la cerradura exterior de entrada a nuestra casa. Sabemos quiénes lo hicieron.

Maite hizo una gran labor municipal como concejala independiente, rescatando costumbres como Santa Ageda, Belén viviente, San Juan, dotando a la biblioteca, exposiciones etnográficas de fotografía, mapa etnográfico del municipio, condiciones para una *herriko taberna* funcional y euskaldun. Unió a las familias para actividades infantiles y populares.

También le tocó oficiar un matrimonio civil. «Lo que ha unido Maite ya no lo separa ni dios», le dije con guasa. Solo duró lo que una tormenta.

En casa yo me he ocupado tradicionalmente de las compras, gestiones, basuras, hacer de pinche, animales, jardines… Renuncié a cocinar, por una simple razón: Maite es una cocinera excelente. La limpieza la hacemos al alimón, pero en desigual dedicación, todo hay que decirlo.

De aficiones, jardines, criaturas y gustos

Desde Meñaka, iba con frecuencia a pasear por los alrededores, con los perros, más a Sollube que a Jata.

Siempre nos habían entusiasmado los «bichos», las criaturas. Había hecho innumerables álbumes de animales en mi infancia y la colección entera de Rodríguez de la Fuente, después. Como los Durrell, tuvimos animales de compañía desde 1981 en Meñakabarrena: perros —Beltza y Txo, al principio—, gatos —Rufo, en particular, un persa negro y golfo, hizo la tesis en mi regazo; Pantxa, Katamari…— y palomas mensajeras en un recinto anexo al caserío alquilado. Se reproducían con facilidad y cuando las soltaba en Gernika o Metxika, sabían volver a casa. Compartía con el palomar una caseta anexa a la vivienda, a unos pocos metros. En la izquierda, mi estudio provisional con estufita, y en la derecha y separado por un pasillo con puerta, el palomar cuya limpieza daba su trabajo.

La primera perra fue Beltza, una cachorra de pastor belga Groenendael, negra, preciosa y lista, que vivió con nosotros en Meñakabarrena desde los primeros 80 y que nos había regalado Jon Intxaustegui. Un mal día un cazador que pasó por nuestro terreno la mató

de un tiro. Perseguí al escopetero por el monte mientras Maite llamaba a la Ertzaintza. No quería pararse para hacer el atestado. Se escapaba y yo detrás, a 5 metros, por prados y bosque. Algún peligro corrí con aquel tipo de gatillo fácil. Al final, cuando llegó al coche ya estaba allí la Ertzaintza. Le llevé a juicio, pero en plan benevolente, ni nombré abogado y renuncié a perjuicios morales. Solo le pedí el coste de un cachorro de la misma raza. Él fue con abogada. La jueza aprobó mi petición. Me enfadó mucho que el susodicho no cumpliera la sentencia. Esta vez sí nombré abogado, Ricardo Amutio, conocido de toda la vida de Gernika. Le pedimos no solo la reposición, sino el coste de todo el tiempo de manutención de la perra fallecida y daños y perjuicios. Y lo conseguimos.

Los perros nos daban la alegría de su compañía y afecto. Fueron en general adorables. Pagamos nuestra ingenuidad de neo-rurales con ellos. Una vez trajimos unos pequeños patitos —había un *errekatxo* cerca— y vimos que los perros, al menos delante nuestro, parecían socializar. Al día siguiente, al volver de hacer un recado en Mungia ya no quedaban más que las patitas, en sentido literal. Txo —híbrido de pastor belga y alemán — se dio una merienda. Un par de años después, en una de sus escapadas por los montes, debió comer veneno destinado a zorros o ratas y murió.

Siempre he preferido perros muy grandes y tranquilos. Tuvimos, sucesivamente, un bello y blanco mastín del Pirineo —Txo bigarrena—, un mastín extremeño hembra —Koska— y, el último, un mastín leonés — de nuevo Txo hirugarrena—, aunque al final, la presencia dominante ha sido la de la raza de pastor catalán, *gos d'atura*, muy parecida al pastor vasco, iniciada por Lur, que vino de Eibar, de las familias de Edu Igartua y de Mitxel García. Mi hija ha tenido hasta hace unos meses un hermoso descendiente de esa saga: Oker. Y ahora tiene a una bisnieta de Lur, Jai, criada en Arrate por el *jatorra* hijo de Edu, Jol. La ha hecho feliz. Son perros cariñosos y listos.

Lur fue la perra de casa por antonomasia, cuando ya vivíamos en Meñaka-Mesterika. Lur y Txo, el mastín de 75 kilos —la *txala* para los vecinos— eran propensos a escaparse al monte, por decirlo finamente. La

perra arrastraba al mastín y ya eran un peligro en las carreteras circundantes hasta Sollube. ¡No pasé apuros ni nada! La finca estaba vallada para ellos, pero eran capaces de agujerear vallas y zarzas, aprovechar un descuido al entrar un coche y sortear los diversos tinglados que monté para evitar fugas —trabajaba más para ellos dos que para el jardín—. Nunca hubo manera. Salían disimulando en busca de libertad; lo que es un decir, pues tenían 4.000 metros cuadrados para solazarse, arroyo incluido, sin necesidad de salida alguna.

Podían tirarse uno o dos días enteros escapados y había que ir a buscarlos por los montes de Meñaka o regresaban de noche. Un mix de montería y golfería. Una vez mataron una cabra. Y hubo que indemnizar. En otra escapada, en la que nos turnábamos Doltza y yo en su busca, en coche o andando por todas partes, volvieron tintados de rojo. Algún vecino los retuvo y los marcó. Aprendí con ellos que el sentimiento de culpa no es exclusivamente humano. Cuando volvían de sus fugas, intentando minimizar la bronca, se autocastigaban recluyéndose compungidos en el recinto donde estaba su caseta.

Para mi suegro el mastín era un *alperriko txakurre* —un perro inútil— por su aspecto indolente. Pero no se acercaba nadie y era bueno como el pan. Un ladrido grave suyo valía por cinco. Si podía, se colaba en el coche. Lo asociaba con ir de excursión a la playa de Bakio.

A Lur —que si no hizo bachillerato, fue porque no quiso— la mató a dentelladas cuando no estábamos en casa un perro de raza peligrosa que se coló en nuestro terreno. Era propiedad de un vecino malencarado y violento, de profesión ertzaina. Para entonces el mastín, Txo, ya no vivía. En ese caso hubiera estado protegida la perra, su amiga del alma. Justo ocurrió en 2018, cuando estábamos con los preparativos para venirnos a vivir a Gernika, con motivo de mi jubilación y de una lesión de espalda que me dificultaba el cuidado de tanto metro cuadrado[28]. El disgusto fue tremendo, la bronca con el susodicho también. Tenía tres perros de raza peligrosa (Stanford). A resultas del incidente quitó dos perros —o los mató o los regaló, a saber— y dejó al matador, para más escarnio, porque

era joven y el preferido de una de sus hijas. La alcaldía tuvo que intervenir con un informe de obligaciones que seguro que nunca cumplió. No le llevamos a juicio para no ahondar en la herida y recrear la situación una y otra vez en el tiempo, y por las circunstancias ya muy estresantes en ese momento de mudanza.

Como actividad al aire libre, me encanta cuidar y reproducir plantas en jardinería. En Mesterika tenía un invernadero de aluminio verde y cristal de tipo inglés en el que pasaba horas, reproduciendo semillas y esquejes, y cuidando tiestos y bandejas. De paso era ejercicio físico y descanso mental. Como había muchos metros en el terreno que circundaba la casa, no había problemas para asentar los plantones, con cierto orden y personalidad para cada jardín. También compraba plantas. Claro que cuidar tanto terreno —de hecho, un parque con jardines—, disponer de arbustos de cierre, cortar la hierba con desbrozadora y cortacésped, hacer las podas de los malditos leylandii —cierran rápido pero te dejan un marrón de alturas y portes de por vida, a diferencia de la thuya, más lenta, bella y manejable—, los barridos de hojas, la poda anual y recolección de manzanos, perales, limones, pomelos, kakis y feijoas, mimar los tiestos grandes distribuidos al modo toscano, reponer plantas… absorbía mis tiempos libres.

Contaba, para hacer txakoli, con una pequeña plantación de uva Hondarribi Zuri y Mune Mahatsa-Folle Blanche, que es más abundante, pero de menos calidad y graduación, con tratamientos a lo largo de todo el verano. Lo hice varios años de manera artesanal en el garaje. Era tan malo que no me atrevía ni a ofrecérselo a los amigos. Maite diseñó una etiqueta artesanal preciosa de «Txakolinzallo» que contrastaba con el contenido, y que Joan Mari Torrealdai, barriendo para casa, propuso denominar «Torre-Zallo». Con el tiempo optamos por entregar los 100 kilos de uva cosechados, o bien a una empresa y que me devolvieran en botellas —Magalarte de Lezama un par de años—, bien en su momento a Josu Amezaga —compañero de departamento de la *uni*, que también era aficionado—, o bien a mi nuevo vecino de Meñaka y carnicero de Bakio,

Patxi Renteria que, con el tiempo, logró tener una plantación seria, bodega y medios. Hubo años en que la cosecha la perdí, por tratamientos insuficientes o por el endiablado tiempo húmedo de verano.

En la pérgola de cepas de uva comestible que teníamos al lado de casa, a veces, había que competir con las avispas asiáticas para la recogida. La avispa común es más agresiva. Las asiáticas son pacíficas si no las molestas. También nos hicieron una bolsa hace pocos años en Gernika. Vino un servicio de Diputación a inundarla con un líquido. Son letales para las abejas de los alrededores. Éstas últimas, una vez quisieron colonizar nuestra vivienda entrando a centenares por la caja de la persiana. Hubo que trabajar para sacarlas.

No llego a experto, pero algo he aprendido de jardines, flores, setas, árboles, arbustos y pájaros, aunque nunca lo suficiente, lo que requiere aun mayor dedicación.

Me gustaba estar con la naturaleza ordenando su belleza, aunque no era el único. También el *satorra* —topo— quiere ordenarla a su manera y había que ingeniárselas para ahuyentarlo. O las visitas del jabalí y del corzo. En los primeros años por Mungialdea se veían por la noche zorros y *katajinetak* cruzando las carreteras, así como profusión de erizos aplastados. No han desarrollado defensas para la amenaza del coche.

No tenía demasiado tiempo para la vida social, porque en el ínterin preparaba las clases, escribía, daba conferencias o asistía a reuniones y congresos. Mi estudio, todo de madera y orientado al oeste y los valles, era mi castillo.

Ya en Gernika, tras pasar más de un año en un piso de la calle 8 de enero, buscando una casa con algo de terreno y desechar vivir fuera del municipio, al final encontramos lo que queríamos. No era barata y sí de calidad. Decidimos que sí. El producto de la venta de la casa de Meñaka se invirtió todo en ella. Como somos gente austera, no tenemos gastos mayores, salvo en buena alimentación, salud y cultura; casi nada en comilonas, caprichos, grandes viajes —salvo algunos imprescindibles ya realizados como Italia, Paris, Inglaterra, Egipto, Canarias...—.

Ahora no tengo tanto terreno ni tanta planta, pero sí espacios distintos de jardín y una combinación de toda clase de plantas, más vivaces que de temporada. Algunas plantas saco de mi propio semillero. Asimismo, dispongo de una «megahuerta» sobre bancal de 10 metros cuadrados —o sea como un parterre— que da, claro está, poco, pero variado, todo *delicatessen*, en forma de acelgas y lechugas varias, aromáticas y puerros en casi todo el año; habas, espinacas, lombarda y *kipule* en invierno-primavera; pimientos de Gernika y tomates *cherrys* —son más reacios a la roña— en verano. Creo que no habrá mejor aprovechamiento hortícola por metro cuadrado en el mundo.

En las salidas al monte practico el reconocimiento de pájaros por sus cantos, además de darles de comer a los abonados que me visitan todos los días. Les pongo semillas diversas, al gusto de cada pico: bolas de sebo con semillas, pipas de girasol, cacahuetes y alpiste con mijo.

Acuden el bello e insaciable carbonero-*kaskabeltz*, en primavera con sus crías; la *txonta*, pinzón de canto siempre igual; el chocante *zozoa*-tordo-mirlo que en primavera es Alfredo Kraus y en el resto de la temporada está en silencio, aunque monta la escandalera cuando huye; el gracioso, preferido y cercano *txantxangorri*— petirrojo; la elegante *errekatxori*-lavandera de cola larga y cimbreante; el *txinbo burubeltz* y *txinbo kaskabeltz* —currucas cabecinegra y capirotada— que cantan bastante bien; el *amilotx*-herrerillo al que le privan los cacahuetes; y la divertida familia de hasta ocho a doce gorriones gamberros que arrasan con todo. Rara vez asoma el *txepetx*-chochín, y nunca el *erreka urretxindorra* —cetia ruiseñor— con su fuerte y cansino canto, aunque vive cerca, al ser endémico en el Corte de la ría.

El otro contacto con la naturaleza han sido los paseos por el monte. Antes de dejar de fumar casi dos paquetes al día (1996), eran paseos un poco de chichinabo, puesto que me cansaba hasta subir una escalera. Cuando dejé de fumar, ya con casi 50 años, comenzó una etapa de oro para mí. A lo largo de muchos miércoles iba con un grupo gernikarra-eibartarra a recorrer montes de la comunidad con desniveles significativos

—la ruta del vino y el pescado, del pastoreo por Araba…—. Más recientes son los paseos mañaneros con los amigos —Agustín, Dioni, Mikel, Petxo y, a veces, Txiki— de entre 6 y 12 kilómetros, dos veces por semana por una Busturialdea que ya me conozco casi al dedillo, con más de 360 rutas que he grabado en Wikiloc y que siempre acaban con un pintxo reparador.

De todos modos, ¡para qué nos vamos a engañar! Soy urbanita por educación y gustos. Por el lado intelectual he cultivado las aficiones a la novela de todo tipo, el ensayo y los libros de arte. No voy a enumerarlos. Siempre serán menos de lo que hubiera querido y podido, pues tengo la manía de entusiasmarme con proyectos nuevos y concretos, que te absorben las energías, con lo que las lecturas aplicadas se vinculan a ellos.

Junto a los tebeos, cómics y libros, dispuse del Espasa reducido de 8 tomos para consultas desde niño, y mi hermana estaba suscrita al *Reader's Digest* antes y al Círculo de Lectores después.

Era muy aficionado al cine de todos los géneros: desde el western a James Bond, desde Saura a Ingmar Bergman, desde clásicos y cine de arte y ensayo a cine de aventuras. Eso me preparó para el actual mundo sincrético de las plataformas. Ya solo voy a la sala oscura —una vez cada dos semanas más o menos— cuando la peli viene con buena crítica. El visionado es distinto, inmersivo.

En Gernika había tres locales: el Lizeo —que todavía sigue, felizmente —, Los Tilos y un tercero, más tardío, la Casa Social —de la Iglesia con dinero popular—. Como mínimo íbamos una vez a la semana. Ya en Bilbao fui un asiduo de casi todos los cines: Actualidades, Olimpia —sesiones dobles y al lado de casa—, Izaro, Trueba, Buenos Aires, Gran Vía, Coliseo, Campos Elíseos, San Vicente —actual Kafe Antzokia—, Consulado, Ideal, Urrutia, Astoria, Multis... y hasta el Vizcaya y el Bilbao, en la calle San Francisco que programaban pelis ya muy viejas —a diferenciar de las clásicas— que les gustaban a los piojos y chinches que dicen que había. Yo no me encontré ninguno. La piqueta o la transformación dieron cuenta de casi todos los cines de Bilbao, cuando los

ingresos por entradas se pusieron a distancia sideral del valor de los solares que ocupaban en lugares céntricos. Me suelo acordar, para asombro de Maite, dónde vi tal o cual peli.

En música, siempre me gustó la clásica, pero nunca tuve formación musical ni instrumental. Algo —poco y mal— toqué con la melódica en la adolescencia, haciendo un buen ridículo cuando era scout, interpretando el *Gernikako arbola* ante unos jubilados generosos en una escapada por la Rioja Alavesa. Tuvimos tocadiscos de forma temprana. Era más de Beatles y Emerson, Lake & Palmer que de Rollings o The Animals. No le hice ascos ni al Dúo Dinámico —incluida su canción *15 años tiene mi amor* que hoy se consideraría medio pedófila—, ni a los Brincos, los Pekenikes o los Mustang; o a Santana; o Paco de Lucía. Ya de joven *flipé* con Pink Floyd, Dire Straits, King Crimson, The Who («Tommy»), Lou Reed, Radio Futura… Siempre me ha gustado la *new age*. Me enseñó el programa de Ramón Trecet, de Radio 3. Trabajaba con esa música o con clásica; o con nuestros ya clásicos: Laboa, Benito, Lete, Imanol —a quien traté un poco—, Ruper, Itoiz, Oskorri, Errobi… En la actualidad me gustan Pello Reparaz, Izaro, Audience... Con el tiempo también me ha gustado el *heavy metal*, sin abusar y no para estudiar; incluso alguna clase de música electrónica. Lo que no soporto es el reguetón ni las voces distorsionadas.

La Suelta

Es la denominación que una eibarresa, convertida en pastora en Belagua (Navarra) nos dio al vernos llegar a un grupito de siete varones con cara alegre a su granja —de Marengo— un día de agosto de 1997 con el aspecto de que nos habían dejado ir de escapada nuestras familias. Hoy es una salida anual al monte de un grupo de amigos, entre 8 y 12, con base en Eibar y Gernika, cada última semana de agosto.

Somos todos varones, salvo una mujer, Karmen. Esta salida tiene su eco en el reencuentro cada año, ya por el Pilar o en Todos los Santos, en un agroturismo que alquilamos entero con cocina incluida en Ultzama —

Auza y Eltxaburu como espacios de uso—. Allí disfrutamos de unas cenas y comidas caseras que son ocasión para tertulias que a veces se encienden y otras acaban con canturriadas que tienen como protagonista a Enrique Gesalaga, cuyo repertorio de rancheras es inmenso, acompañado de performances gestuales. Ahí sí suelen venir nuestras parejas para dar paseos y caminatas por los hayedos de ese valle increíble. Uno de los días reservamos para visionar con deleite el montaje fotográfico y sonoro de Josu Ibargutxi sobre la Suelta realizada ese verano, editando con criterio las fotos y videos de todos. Suele ser divertido y enternecedor.

Las sueltas empezaron con ascensiones durante 3 o 4 días, a veces exigentes, por el Pirineo navarro —Lakartzela, Txamantxoia, Auñamendi, Orhi, Petretxema, Hiru Erregeen Mahaia, Atxerito, Castillo d'Acher, Abodi, Linza, Peñaforca, Otsogorrigañe...— y siempre con base en Izaba. Después, fuimos hollando montes del Pirineo aragonés —Ordesa, Aneto, Aragües, Poset, Midi d'Ossau…— y otros[29].

La camaradería, las cenas hechas por nosotros mismos en casas rurales alquiladas y con derecho a cocina la mayor parte de las veces, han sido impagables, con cantos y anécdotas sobre vivencias militantes y de todo tipo[30].

La edad y la salud han ido rebajando para todo el grupo los metros de altitud de los montes —unos se han achicado y otros se han empinado— y los kilómetros recorribles. Aunque seguimos haciendo salidas, son más fáciles. Las últimas ascensiones se han convertido en subidas. En 2024, Las Tetas de Liérganes y los montes de Ultzama. En 2025, de nuevo Izaba y sus alrededores. Llevamos así 28 años, en los que hemos subido montes de mediana dificultad, aunque vamos alarmantemente a menos, con paseítos a nuestra medida.

La Suelta siempre ha sido mi esperado encuentro anual, que me sacaba del stress por las intensas vidas académica y política. Mi válvula de escape. Rara vez fallé. Una vez hasta renuncié a un viaje académico a Brasilia. Lo primero es lo primero.

Y hay otras cosas en común. Hay una alianza histórica entre Eibar y

Gernika, dos villas con altas militancias antifranquistas, y que colaboraron entre si como villas armeras, para la puesta en marcha de las fábricas en Gernika: Astra y Talleres de Gernika. En efecto, Pedro Unceta y Juan Esperanza, ya con experiencia empresarial armera en Eibar desde 1908, recalaron por Gernika para el nacimiento de ambas empresas allá por 1913. También la primera mano de obra especializada vino de Eibar, los llamados «pistoleros» que, con posterioridad, organizaron la primera huelga en Gernika, a raíz de la cual y de la intransigencia empresarial se volvieron a Eibar.

La lucha antifranquista hizo pasar por Gernika como liberados hacia 1968 a los eibarreses Mario Onaindia y Jon Etxabe; y no pocos *gernikarrak* hemos pasado por cruzar nuestra militancia por Eibar, en donde hicimos amigos para toda la vida. Petxo Idoiaga se casó con una eibarresa.

En mi caso, estando en 1973 reunido en un piso franco en Eibar, se produjo la caída de Elcano, en Bilbao. Entre ellos estaba el estimado y ya fallecido José Ramon Goikoetxea, *Mentxaka*, *Ardotxi,* que escribiría después, ya como periodista, un relato sobre el hecho y sus dilemas. Avisado uno de los compañeros, fue a su casa a recoger ropa para huir. En el ínterin yo me quedé con la criatura de mantas de la pareja a la espera de que alguien se hiciera cargo. La policía les esperaba, pero la pareja pudo escaparse por el sótano. Para mi alivio —me habría convertido en padre adoptivo temporal— mis amigos la recogieron y pude marcharme. Escaparon con su hija —un (buen) final para Nora, remedando un título y gran novela de Anjel Lertxundi— hacia Barcelona donde permanecieron casi tres años.

Otro lazo más con Eibar fue la perra Lur, y ahora, Jai. Saga de perros y saga de dueños.

Relaciones sociales

A pesar del repertorio de familia y amistades he sido de poca vida social. Maite siempre la ha cultivado más.

Con mis hermanos y hermana la relación ha sido esporádica pero buena y cercana. Con Marije siempre he tenido una relación especial. Me cuidó de pequeño. Cuando vivía *ama* nos veíamos más; luego en citas anuales el Día de Todos los Santos. Ahora, conversamos más por teléfono y con frecuencia entre los cuatro, y más esporádicamente con sobrinos y sobrinas[31].

Al principio, los amigos eran también correligionarios. Así fue en Gernika en la adolescencia: cuadrilla y pensamiento colectivo iban juntos. En cambio, de adolescente en Escolapios lo que unía eran las aficiones —escultismo—, el avistamiento a distancia de chicas los fines de semana paseando por el *tontódromo* de Bilbao —La Gran Vía—; el tonteo con las chicas de la Vera Cruz o de las Carmelitas —lo que, por cierto, rompió nuestra cuadrillita del colegio entre los de chicas sí y chicas no—, como ocurre en casi todas las especies con la atávica llamada del cuerpo.

Con la fundación de la Unidad de Ciencias de la Información (1978), hasta que se convirtió en Facultad, mantuve bastantes relaciones personales con profesorado que militaba en CCOO, que eran más de la onda de Izquierda Unida o del entorno de Euskadiko Ezkerra: había que construir el proyecto de Facultad al alimón. Aquello desapareció cuando un grupito —el pequeño «sector crítico de CCOO» de la Uni, Petxo Idoiaga, Patxi Zabalo, Edurne Uria y yo— abandonamos CCOO a causa de la manifiesta incomodidad generada por la gente vinculada al PC-EPK o PSE interna al sindicato. Nos pasamos al Stee-Eilas, que por otra parte era nuestro sitio natural por pensamiento y acción.

En general, las relaciones eran más bien con los que pensaban parecido a ti o no eran demasiado extraños. Por ejemplo, había una comunidad casi *hippy* cerca de donde vivíamos al principio en Meñakabarrena, y con la que tuvimos mucha relación en la década de los 80, especialmente mi compañera Maite. Les dejábamos el coche, se apuntaban a comer —hay algún dramaturgo muy conocido, que era un habitual en la época— y nos regalaban pan que horneaban y vendían. Había tres caseríos con *hippies* artesanos en la zona.

Josefo vino a morir por cáncer a nuestro caserío en aquella década de los 80. Un trauma de impacto para mi compañera Maite, que volvería a vivir con la muerte inesperada y en breve tiempo de sus padres pocos años después. Francis Díez, de Doctor Deseo, fue uno de esos artesanos, y aunque no tuvimos mayor trato con él —iba solo a hacer pan—, Maite guardó durante años y por corazonada su último pan horneado; se lo entregó casi fosilizado 20 años después, porque sí, a través de un amigo común, Koldo González. Le hizo mucha ilusión.

Hemos procurado evitar confundir la amistad y la homogeneidad de pensamiento. Hicimos cuadrilla después, en la década de 2010, con gente de Meñaka, que se diluyó con el tiempo.

De todos modos, mi círculo de amistades del alma ha sido reducido, y se ha tejido en mil batallas: desde críos Inaxio Elguezabal —*Txiki* nire *lehengusua*— y Jose Bixente Idoiaga, *Josetxu,* conocido como *Petxo*; desde la Universidad de Deusto, Mikel de la Fuente; desde los primeros 70, Pedro Ibarra Güell; y desde la EHU, Mikel Gómez Uranga, a quien tuve el honor de acompañar en sus últimos días.

Fueron amigos muy queridos Mariano Ferrer, con el que me unió mucha comunidad de pensamiento y de confianza sobre el futuro del país, fallecido en 2019; y Enrique Bustamante, eterno compañero de iniciativas y pensamiento, en temas de comunicación hasta que falleció en junio de 2021. Fueron despedidas dolorosas. Hice semblanzas de vida e interpretación cualitativa de obra, con la satisfacción de contribuir a hacerles los homenajes que se merecían.

He tenido y tengo buenos amigos entre personas de pensamiento variado y encuentro esporádico[32]. Y hay personas que merecen todo mi aprecio y con las que he tenido *feeling*[33].

Tras el paso por Lakua, conservo la amistad especialmente con Joxean Urdangarin, de gran personalidad, que me orientó por el laberinto de Lakua y me cuidó como un hermano. Con él viajé a Quebec, EE. UU., Turín y Barcelona, rastreando ideas para un museo de la sociedad vasca que a punto estuvo de prosperar. Buena parte de lo que pude hacer en

Gasteiz me lo facilitó Joxean. Iñaki Gómez Sarasola, productor audiovisual, que fue director en el departamento y procedente de IBAIA, completa el trío que nos reunimos de vez en cuando a comer en restaurantes *berezi*s y a charlar. Impagable. Asimismo, tengo comidas anuales con el equipo de Lakua[34], y más espaciados, en cambio, son los ágapes con los que fueron compañeros del Colegio de Escolapios y, como suele ocurrir, de unos te acuerdas mucho y a otros ni los reconoces.

¡De la etapa adolescente de Bilbao tengo un grato recuerdo de mi amigo íntimo Peru Ruiz de Aguirre[35].

Del campo de la comunicación y universitario retengo una buena amistad con unas cuantas personas[36], así como en el mundo euskaltzale y editorial[37].

En Meñakabarrena, en los 80, también nos relacionábamos con algunos vecinos de la aldea en la que vivíamos[38]. Éramos buenos vecinos.

En Bakio residen mi compañero de fatigas de mar, José Angel Boyra[39] y Edu Alonso, que tanto nos ayudó con los muebles y su compañera Lourdes.

Y, en Gernika, son amigos Julio Bareño y Antonino Calzada, de *Kaixao*, como compañeros del *poteo* sabático en Gernika —con centro en Etxarte Kafetegia— que me han puesto al día de las vicisitudes que me perdí de Gernika y de su gente[40]. También les tengo mucho aprecio a Aingeru Jauregizar y a los esforzados abanderados de la revista local *Aldaba* y de Gernikazarra[41].

Especialmente larga es la amistad con Fernando Garate, que es memoria del tardofranquismo y compañero de fatigas en Gernika, además de organizador durante 20 años de las charlas mensuales del *txoko* Bake Leku en el Elai Alai que, en ocasiones, se llenaba. Por allí pasó la flor y nata del pensamiento político vasco, además de ofrecer conferencias sobre temas prácticos. Ayudaba a Fernando a conseguir charlistas a quienes se homenajeaba con una cena en el Txoko con todos los socios, una mención enmarcada —guardo unas cuantas— y unos *oribaltza* para endulzar la sobremesa. El Ayuntamiento fue incapaz de darle continuidad al formato.

Asimismo, en Gernika he redescubierto parientes cuyo trato dificultó la lejanía física[42]. Me veo en verano con la descendencia de mi otro primo[43], el querido y divertido Juan Luis Zallo Garteiz y de Lourdes Olaeta —hija de Segundo Olaeta. Son los Zallo Olaeta, una saga vasco-catalana que tiene a guasa, cuando nos juntamos en Gernika, vacilarme disfrazándose con un mostacho y unas cejas blancas, que se supone que me caracterizan. Dicen que les compran a los chinos el kit «ramónzallo». Es la vena de farándula de los Olaeta[44].

En Gernika somos parte de una cuadrilla de unas 20 personas, que nos citamos los viernes y/o sábados en una terraza para charlar mientras nos comemos un bocata[45]. Una tropa. Los cumpleaños se celebran a tríos o cuartetos donde «los jubilados», en el *Zahar- Etxe*. No dejo de pasar de vez en cuando por la taberna Auzokoa. Son primos segundos. Su *aitite* y Romualdo fueron hermanos.

En Mungia tratamos mucho en su día con la familia Larrabeiti-San Román[46], así como con otras personas[47]. En ocasión de los *sukalki* de San Pedro, en el parque Elordui —con fogata incluida, que había que pelearla a las 6 y 7 de la mañana para repetir sitio y acceso a los leños— nos juntábamos, para la comida popular al aire libre con una buena cuadrilla [48].

En Elizondo, a donde vamos menos de lo que deberíamos, tenemos como centro a las apreciadas familias Garmendia del Eskisaroi, los Belzunegi, así como a Joseba Gaztelumendi y Maite.

Con varias parejas, entre ellas la compuesta por Karmele Alcalde y Mikel Gómez Uranga, compramos, para ir en verano, una vieja casa en Arellano (Navarra) que había sido de los padres de Karmele. La usamos poco y, con los años, se vendió. También de esa época mantenemos la amistad con Jose Elorrieta y Gotzone y con Martin y Dolores.

En el círculo de Pedro Ibarra al que también pertenezco[49], nos reunimos de vez en cuando, para celebrar aniversarios sonados u otras efemérides, en Mendiola —Abadiño, en la falda del Unzillaitz—. Hay una cita ineludible antes de Navidades para hacer artesanalmente lo que

llamamos «gallina» y que es un fiambre, en nuestro caso, con múltiples ingredientes troceados de las tres carnes (ternera, cerdo y pollo), tocinos, pechuga, higadillos, pasas, brandy, pimienta, sal… Y todo ello forrado por una piel de gallina, primero, y por un plástico transparente bien apretado, después. Cada lote pesa un kilo más o menos. Cada familia se lleva, a la demanda, de 1 a 3 piezas. En un gran barreño se hace la mezcla, que hay que ir amasando con paciencia durante bastante más de una hora, tarea que tengo encomendada, por unanimidad, porque para eso fui panadero en la mili. Cada cual, ya en casa, cuece durante horas el fiambre compacto y, después, una vez frío, se consume en lonchas o se congela hasta cuando uno quiera.

Mantengo una buena relación con mucha gente a la que aprecio y me desviviría por ella. Siempre me ha gustado ver más las cosas buenas que las malas de la gente, porque de ese hilo se saca lo mejor de nosotros mismos.

A todos y todas en el corazón.

Soy, y he sido, un hombre bastante feliz, positivo, disciplinado y activo, casi hiperactivo. Confieso que he tenido la fortuna de poder hacer lo que me gustaba y me dictaba la conciencia. No es poco. Tenía algo que contar. Quien ha pagado un alto precio en desatención ha sido mi compañera Maite.

Notas:

---

25 Carmelo había militado conmigo —es un decir, porque él estuvo en la cárcel en el tiempo de mi más intensa militancia— en ETA y en ETA-VI, pero cuando salió con la amnistía del 77 dejó la militancia e hizo una brillante carrera universitaria, hasta ser vicerrector de campus, desde donde, bajo su dirección, se cambió la fisonomía total del campus de Leioa —Parking en altura, nuevas facultades y centros de investigación...—. Un gran trabajador y leal amigo.

26 Yo era partidario de una corriente amplia y abertzale; el resto de la dirección, en cambio, de reconstruir el partido.

27 Abundo al hilo asociativo de las conversaciones en ocurrentes chistes malos, a decir del sufridor Petxo Idoiaga.

28 Una seria lesión de hombro derecho —rotura longitudinal de bíceps— por intentar levantar un tronco de árbol abatido por el viento me avisó de que no podría cuidar tanto terreno cuando me jubilara, lo que precipitó la vuelta a Gernika, a una vida más sosegada de quehaceres. Eso sí, pensando en una morada con algo de jardín, lo que era casi un imposible, pero no lo fue.

29 Picos de Europa —Horcados Rojos, Peña Vieja, Tresviso, base del Urriellu—, Gredos —Pico Almanzor, La Mira—, montes de Palencia —Espigüete, Pico Murcia, Peña Prieta—, de León —Teleno, Sajambre...—, de Burgos —Castrovalnera—, de Rioja —Toloño—, de Asturias —Somiedo—, de Baztan, de Valderejo —Araba—, de Albarracín, de Ezkarai, Moncayo, Picos de Urbión, Cañón del Rio Lobos…

30 De ese grupo *suelto* somos Josu Ibargutxi, Karmen Biain, Enrique Gesalaga, Josemari Beneitez —gran cocinero de *zurrukutuna* de sopa de ajo y *makailu*—, Martín Berasain, José Mari Salegi, Roberto Alonso, Edu Igartua… además de Petxo, Mikel de la Fuente y Pedro Ibarra. Algunos de ellos compañeros de militancias, antes en *Sexta* y hoy en la memorialista *Goldatu*.

31 Ahí están las hijas de Marije y Pepe Álvarez, Noelia y Ana; los hijos de Juan Luis y Bego Goirigolzarri, Iker y Jon; o las hijas de José Mari y Lourdes Andetxaga, Nagore y Josune. Y sus respectivas descendencias. Son como de casa Igotz Retolaza y Nerea Vesga, amigo y amiga de mi hija Doltza.

32 Con Armand Mattelart, me he visto de congreso en congreso; con Txema Montero compartimos, Maite y yo, muchas veladas de interesante conversación, acompañados por Marivi, Antón Boyra y Marijose; con Carmelo Garitaonandia, buena persona donde las haya sobre temas universitarios; con Mariasun Landa he charlado sobre el territorio de las emociones; con Esther Ojembarrena y Pablo Sanjurjo, los de Iparragarre (Meñaka), dos médicos sabios, buenos conversadores y amigos, hablamos de todo; con Ana Jorge (Málaga) he debatido sobre los destinos de las izquierdas; con la galleguista Marga Ledo el problema de las culturas minoritarias en la universidad; con el argentino Guillermo Mastrini —mi discípulo más querido y brillante— de las industrias culturales y las políticas comunicativas; con Paco Sierra, Trini G. Leyva y Alfonso Albornoz sobre el futuro de ULEPICC; con Enric Marin y Joan Manuel Tresserras sobre políticas culturales en culturas minoritarias; con Jose Elorrieta, el soberanismo y el sindicalismo; con Alfonso Dubois la cooperación; con Mikel Ayuso —mi exalumno por antonomasia— sobre casi todo; con Txema García —ex alumno y torbellino de imaginación— sobre lo divino y lo humano; con Aintzane Larrabeiti, la cultura; con María Oianguren, la lucha por la paz y los territorios de vida; con el canario Tony Murphy, la política cultural; con Joseba Zulaika, la antropología y las marcas del pasado; con Jonan Fernández y Bittor Aierdi, los conflictos; con los artistas José Ángel Lasa, Fernando Bernués, Jesús Mari Lazkano, de la cultura y arte; con Jose Allende y Juan Tomas Enziondo, sobre Lemoiz; con Sabin Cuadra y Bego Zabala, de derechos y represión; con Eider Gotxi e Iñigo Elortegui, de Urdaibai... Fueron muy cercanos, Joan Mari Torrealdai —primo de mi compañera—, Joseba

Goñi y el madrileño Chato Galante.

33 Entre ellos, Juan José Ibarretxe, Goio Monreal, Miren Azkarate, Joseba Azkarraga, Daniel Innerarity, Gorka Espiau, Jonan Fernández, Rafa Díez, Arnaldo Otegi, Xabier Aierdi, Imanol Zubero, Manolo González Portilla, Joxerra Bengoetxea, Xabier Oleaga, Jaime Pastor, Jesús Mari Onandia, Xabi Arana…

34 Especialmente la exconsejera Miren Azkarate, una *jefa* maravillosa, acompañada de Gurutz, Edurne, Arantza, Koldo y Lore.

35 También de Aingeru Pujana —hermano de Juanjo, con el que hice de chaval la tontería de ir andando por carretera 29 kilómetros desde Bilbao a Bargondia (Dima) para acabar con unas ampollas antológicas—; o del scout Carlos Biurrun —con el que me pasó lo mismo entre Ezkurra y Elizondo y sus 32 kilómetros.

36 Marian González Abrisketa, Josu Amezaga, Edorta Arana, Mario Zubiaga, Carmen Peñafiel, Patxi Azpillaga, Julio Flor, Amaia Goikoetxea; y una buena relación con José Félix Azurmendi, Sabin Ormazabal, Eli Garmendia…

37 Xabier Oleaga, Jose Mari Sors, Juan Mari Larrarte, Inazio Mujika, Pello Eltzaburu, Julen Lizundia… y la tuve con Jorge Giménez Bech.

38 Los Baraiazarra —Tomás era una bellísima persona, y recientemente moría Luis, el escritor euskaltzale—, los Ugarte, la familia Ateka de Jeuri, los Orbe —especialmente Zorione, que regenta la taberna Eleiz-Ondo—.

39 Así como Ana López. Con ambos mantenemos una larga amistad, casi familiar. Sus hijos, Arturo y Joane, hace tiempo que se fueron del nido.

40 También lo fueron Josemari Etxaniz —que fue cronista amateur de pelota en *El Correo*— y Koti Gandarias, compañero de infancia y juventud.

41 Txato Etchaniz, Segundo Oar-Arteta, Vicente del Palacio, Teo Gandarias, Javi Yarza…

42 Agustín Zallo-Etxebarria —estudiamos juntos en Deusto y siempre hemos tenido una buena relación—, o los hijos de mi primo querido y generoso Markel Zallo Garteiz —Adela y su marido Aitor Arana, Iñigo y Juan Cruz— con quien siempre tuve una relación excelente, y que ayudó mucho en el tardofranquismo. Tan es así que el 15 de mayo de 1975, en pleno Estado de excepción, pusieron una bomba en su comercio «Adela Garteiz» causando grandes destrozos. Es seguro que el Capitán Hidalgo algo tuvo que ver.

43 Fernando, Iñaki, Itziar y Agurtzane.

44 Por fortuna, pude valerme de la experiencia en Lakua para que el legado en trajes, partituras, coreografías y enseres de Ballets Olaeta —Lourdes Olaeta, hija de Segundo, es prima política— no se perdiera y pasara al cuidado de la Diputación, donde Josune Ariztondo facilitó las cosas para la conservación y presentación en sociedad. Agustín Zallo-Etxebarria ayudó en los trámites notariales.

45 Ahí están: Esther y Petxo, Txiki e Itziar, Maite y Mikel, Xabier y Txaro, Eli y Juan, Maricarmen y Torre, las Garde —Maricarmen y Rosa—, Ana y Javi, Isabel y Julen, Maite y yo.

46 Juan Larrabeiti, fue el patriarca. Mariluz, Goio, Aintzane y Koldo González.

47 Ramón Zabala y Ane Larrinaga, Xabier Goirigolzarri, Alberto y Miren, Joxe, Itziar

y Esteban, Goio Larrazabal y Edurne de la Dietética Leizuri.

48 Entre otros, con Jon Torrontegi, *Bizer*, que fue pareja de Marian González Abrisketa, Ramón Zabala —el laureado abogado cocinero—, el divertido y guasón Jose Mari Ziluaga —pareja de *Mini*, «Mi Nieves» decía, y hermano de Txomin—, Bernar Mandaluniz…

49 Nos reunimos Carmen y Pedro, Juan Miguel y Koka, Maite Aurreko, Dolores y Alberto, Itziar y Dubois, José «el Rubio» y Luisa, Mercedes, Mabel, Txikitina, Pilar y, antaño, Javier Viar.

4. UPV-EHU

La Universidad, la UPV-EHU, hoy EHU, ha sido el centro de mi vida, porque le he dedicado muchísimas horas. Muchas más que a la acción política: docencia, mucha investigación y publicación, debates en el claustro o en el consejo de Gobierno, representando al «sector crítico» —básicamente Steilas, LAB e independientes de izquierda—, vicedecanato, gestión del Departamento, Junta de Gobierno de la EHU… En los primeros años de la Unidad de Ciencias de la Información, y luego Facultad, hacíamos piña buena parte del profesorado porque gestionábamos el centro.

En los años que siguieron a 1985, solo escribí artículos sobre la universidad[50] y sobre comunicación —unos cuantos hasta 1991 junto a Petxo Idoiaga[51]—, aunque con alguna excepción[52]. Huérfano de la reflexión colectiva, me costó echarme a la piscina en solitario sobre temas de actualidad política. Solo en 1992 retomé la escritura en solitario de artículos políticos o temas que lo rozaban, como, por ejemplo, el proyecto Guggenheim —una serie de cuatro artículos en 1992, junto a Mario Gaviria, en *El Mundo del País Vasco*—.

En esa época me propusieron presentarme como candidato a Rector por el sector crítico, más para ofrecer otro programa alternativo al candidato ganador que por oportunidades de salir elegido. Lo decliné por dos motivos: primero, porque creía firmemente que un candidato debía dominar el euskera; y segundo, la gestión no es lo mío.

Di clases de Economía y Estructura Económica durante varios años y, por ello, comencé a hacer la tesis doctoral sobre un tema que me interesaba: la evolución doctrinal en Política Económica del diario *El País* desde su fundación, tanto en editoriales como en artículos programáticos. En aquel momento (1981) solo la hemeroteca de la Sociedad Bilbaína, en la calle Navarra de Bilbao, guardaba la colección entera. Y ¡claro! había que ir a consultarla a su biblioteca, de inconfundible estilo inglés, para lo

que había que ir pertrechado de corbata y paciencia. Aún no había elegido director o directora de tesis.

De hecho, llevaba algunos meses de recogida de información, cuando me tocó impartir la nueva asignatura de Empresa Informativa, por aquello de que había estudiado en La Comercial. Se le ocurrió a José Luis Herrero, en el sub-departamento que compartíamos con Sarriko en el edificio Biblioteca de Leioa[53]. Con visos de que iba a ser para muchos años, también pensé que no tenía sentido dedicarle varios años a una tesis sobre Política Económica, cuando debía especializarme en un campo nuevo como la economía micro, aplicada a la información y la comunicación, y me lancé a la aventura de un campo inédito por estos pagos.

La tesis doctoral

Desde 1982 a 1985 avancé bastante en economía aplicada a la comunicación, pero un poco al ralentí. Tenía una militancia intensa y una significativa implicación en los asuntos de la todavía Unidad de Ciencias de la Información de la EHU, que necesitaba consolidarse. Pero, a partir de 1985, mi dedicación —aparte de las clases— ya fue *full time* y con la dirección exigente de mi —a partir de entonces— buen amigo y sabio Enrique Bustamante, que me había presentado Jaime Pastor. Enrique, conocido periodista crítico ya en aquella época, y profesor en la Universidad Complutense, había sido del PTE en Madrid.

Emergió para mí el campo de la «economía de la cultura y de las industrias culturales», de las que forman parte los medios de comunicación[54]. Se trataba de un campo inédito en el Estado Español, no tanto en Francia, Gran Bretaña, Italia y EE. UU., donde tampoco estaba sistematizada. Eran investigadores del campo, Dallas Smythe, Wasko, Murdock, Golding, Schlesinger, Garham, Adorno, Schiller, Mattelart, Flichy, Miège, Salaun, Musso, Guillou, Augros, Attali, Richeri, Cesareo, Manacorda… Asimismo, había autores emblemáticos en el espacio iberoamericano en clave más sociológica o de historia: Vázquez

Montalbán, Martín Serrano, Beneyto, Bustamante, Gubern, Pasquali, Esteinou…

Devoré todo lo habido en francés, castellano, inglés, italiano… pero mi contribución personal fue la relectura de la metodología marxista y de la teoría del valor para aplicarla a la cultura de nuestro tiempo, en lugar de tratarla como un «sector improductivo aunque necesario». Mostré los rasgos de un sector productivo inmaterial y de gran futuro, tanto económico como de *poder blando*. La metodología fue desde lo micro —la teoría del valor aplicada a la cultura y la información para lo que me releí *El Capital* de Marx— para hacer el análisis de los procesos de trabajo y de valorización de cada una de las industrias culturales y, de ahí, inducir lo común a todo el campo cultural-comunicativo, tanto en lo macroeconómico —análisis del sector en su conjunto, con más de 10 ramas y subramas estudiadas[55]— como en lo mesoeconómico —los Grupos de comunicación y culturales como líderes de los procesos de desarrollo industrial-cultural—. Ese fue mi proceso, que comenzó con lo concreto y complejo —la mercancía— para llegar después a la crítica de la economía política de las actividades culturales y comunicativas.

Aunque la tenía bastante avanzada, la tesis requería un empujón y encierros. Le di un arreón entre 1985 y 1987. Uno de los encierros fue en la fría Santillana de Mar, durante 40 días, incluidas las Navidades, en una casa que tenía entonces Pedro Ibarra y que hasta disponía de fantasma propio, al que no tuve el gusto de saludar en la cuarentena. Allí pasé el Rubicón, con la seguridad de acabarla. Se tituló «Fundamentos para una Economía crítica de las industrias culturales. Los procesos de trabajo y de valorización».

Finalizada la tesis doctoral —con 900 páginas— en 1987, se puso en marcha, en los siguientes planes de estudio, la pionera asignatura de «Economía de la comunicación», que también incluía temas de empresa comunicativa. Fue doloroso reducir las 900 páginas a 207 para que lo publicara Akal-Madrid, con un formato original y comprimido en doble columna, que se publicó un año después, en 1988, como *Economía de la*

comunicación y la cultura. Cuatro años después, en 1992, se publicó otra pequeña parte de tesis, pero con un 60% de nuevos materiales: *El mercado de la cultura. Estructura económica y política de la comunicación* (Gakoa-Donostia). También me sirvió para artículos y conferencias sobre comunicación. Con Enrique y yo como coordinadores, en 1988, asimismo, publicamos en Akal el icónico *Las industrias culturales en España. Grupos multimedia y transnacionales. Prensa, Radio, TV, libro, cine, disco, publicidad*.

Estatus académico

No tengo ningún recuerdo especial de mis cambios de estatus académico, excepción hecha de mi tesis doctoral en 1987. Es el acto académico más importante de la vida de un universitario y rinde servicios de por vida, por sus derivaciones investigadoras desde territorio trabajado. Tanto la Titularidad (1989) como la Cátedra (1994), aunque requirieron mucho trabajo —memoria de una materia, una investigación en proceso y un currículum justificado—, no fueron ni complicados ni traumáticos, por la ventaja de presentarme en solitario. Asimismo, ya jubilado, para ser Catedrático Emérito (2019) se supera un concurso de méritos sobre un número limitado de plazas —acompañado de un proyecto de investigación sobre el que cumplí con creces—.

En méritos acumulados, tengo 7 quinquenios y 5 sexenios reconocidos. Un 6º sexenio me lo *birló* un tribunal de Aneca al que gané en juicio, pero no rectificó. Es aquello de «acato pero no cumplo». Soy Socio de Honor e Investigador Homenajeado con *laudatio* por la Asociación Española de Investigación de la Comunicación «por su investigación en comunicación a lo largo de su vida» (Valencia 28 de octubre de 2020). Y antes, por la Unión Latina de Economía Política de la Comunicación y la Cultura (ULEPICC) en 2017.

Gestión universitaria y Barberá

Al principio, el campus de Leioa (1972) pertenecía a la Universidad de Bilbao nacida tardíamente en 1968 y de la que parte de los títulos

dependían de la Universidad de Valladolid. Hubo que esperar a la democracia y a 1980 para constituir la UPV-EHU, como la Universidad Vasca por antonomasia. En 1978, cuando entré de *profe*, me pilló una ya funcionando y la otra, UPV-EHU, en ciernes. Ramón Martín Mateo hizo el rol de Rector para esa transición. Gregorio Monreal, *Goio*, fue el Rector entre 1981-1985 y le tocó asumir todo el proceso constituyente y estatuyente en el que participé, de manera crítica y aportativa, especialmente en los primeros estatutos.

Tenía buena relación con Goio ya desde de la Universidad de Deusto, cuando él era ayudante de Andrés Mañaricúa. Así que, ya en la EHU, nos encontrábamos en el comedor y charlábamos de lo divino y de lo humano. Lo humano tenía que ver con que fue uno de los redactores del Estatuto de Gernika (1979) del que fui crítico; y, ya con Goio como Rector de la EHU (1981-1985), nos tocó defender cosas distintas en el proceso estatuyente, alguna vez frente a frente en el Claustro. Él quería una institucionalización homologable a otras universidades, y nosotros una universidad menos jerarquizada y más popular. Estuve en la Comisión de Estatutos. Siempre conservamos la amistad y una cierta familiaridad, hasta hoy.

En el ínterin facilitamos el tránsito de ser una Unidad de Ciencias de la Información —nacida en 1977, sita en Leioa— pero dependiente de la Universidad Autónoma de Barcelona y, en parte, gestionada por los estudiantes que la trajeron, a convertirnos en una Facultad de Ciencias de la Información, vinculada directamente a la UPV-EHU —2 de octubre de 1981—. En 1988-89, se incluyeron los estudios de Sociología y de Ciencia Política, y pasó a denominarse Facultad de Ciencias Sociales y de la Información —con posterioridad «de la Comunicación»—, y ya en el curso 1995-96, se introdujeron las licenciaturas en Publicidad y Relaciones Públicas y de Comunicación Audiovisual. O sea, cinco grados. Todo ello en el marco de un proceso complicado e intenso del que estamos muy orgullosos los *senior*s.

Fui vicedecano de la Facultad en un decanato de concentración (1987-

1988) siendo el decano el historiador Manuel González Portilla. Previamente, fue decano-comisario Celestino del Arenal. Con posterioridad, fui elegido Director del Departamento de Comunicación Audiovisual de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación, ejerciendo entre 1990 y 1995. Sucedí a Santos Zunzunegi. Nuestras alternancias eran pacíficas entre las distintas sensibilidades, más académicas que ideológicas, que también. Era necesario el *fair play* dentro de un Departamento grande —que necesitaba que todo el profesorado estuviera a gusto, implicado y con su promoción encaminada—. Mis objetivos fueron la puesta en marcha de la Licenciatura de Comunicación Audiovisual —ya no solo como posgrado—, la implantación de salas de edición, un nuevo «plató de TV», la unidad del departamento —otros departamentos se habían fracturado por personalismos, intereses o ideología—, y prestigiar la Facultad dentro y fuera de la Universidad. También entré en la Junta de Gobierno (1991-1995) por el estamento de Directores.

Mi mandato solo coincidió en parte con la etapa del rector Barberá (1986-1991) que, aunque tenía algunos vicerrectores valiosos, hizo mucho daño a la universidad por su personalismo. Sus métodos no eran los mejores. Me acuerdo que me invitó a una comida para decirme, básicamente, que si quería la inversión en plató de televisión tenía que apoyarle en la Junta de Gobierno de la EHU. Le dije que no, y fui uno de los Junteros rebeldes que nos salimos como protesta de una sesión de la Junta. Aquello fue el principio del fin de Barberá. El plató vino después.

Me acuerdo de que en ocasión de la presentación en Sarriko de la candidatura a Rector de José Guimón, el psiquiatra, preparé durante toda una noche una intervención crítica sobre el significado de su candidatura, basada en citas textuales de *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo. El psiquiatra me miró como a un zumbado. Con razón. Creo que me excedí en las analogías.

Era un vivir para la Universidad. En 1994 gané la Cátedra de Comunicación Audiovisual —defensa del curriculum, Memoria de

asignatura, investigación en curso—. También coordiné el libro *Industrias y políticas culturales en España y País Vasco* (1995) que me llevó mucho trabajo, época en la que también entré en el Consejo Editorial (1994-1996) del joven *El Mundo del País Vasco*, y que representaría para mí una vuelta al análisis, artículos y tertulias políticas, tras años de haberlos aparcado y, también la vuelta al compromiso político-social al vincularme a Elkarri. En 1997 publiqué *Euskadi o la segunda transición* en Erein —como compendio de mi visión del país— sin que, por ello, dejara la investigación académica.

La pankarta

Un tema que me hizo sufrir fue el del movimiento por el profesorado propio. Los PNN organizados en la Asamblea de los Profesores Contratados, lo abanderaron con energía desde 1990. Yo ya era Titular de Universidad —funcionario— pero colaboré *full time* con el movimiento, pues siempre creí que la vía laboral podía ser mejor que la funcionarial, que es a escala española y de más alejada gestión. Podían ser compatibles y complementarias según las preferencias de cada cual. Tuvo sus frutos bastantes años después, con la implantación de las figuras de Profesorado Pleno, Agregado o Adjunto. Fue un movimiento potente, huelguístico, creativo, aunque por el momento continuaron los contratos administrativos, que ni eran funcionariales ni laborales, pero con el compromiso de estabilidad, que se cumplió, habiéndose plantado la semilla de una reforma a medio plazo.

La asamblea del movimiento decidió en un momento dado terminar la larga huelga por amplia mayoría. Pero una minoría —9 al principio, luego 7, después 5 y, al final 3— se declaró insumisa con la mayoría y continuó por su cuenta en la idea de forzar solidaridades que revirtieran la situación. Fueron «los de la *pankarta*» que han estado, desde 1992, 30 años en la puerta de universidad, autodespedidos —nunca despedidos— sin poder dar clase por no querer firmar los contratos al uso. Rechazaron sucesivas ofertas de los rectorados para que se incorporaran. Más

oportunidades, imposible, pero querían la rendición de la Universidad a sus demandas, unos imposibles legales y el pago de todos los sueldos que no trabajaron. Su trabajo era la *pankarta*. También hicieron huelgas de hambre, fueron perseguidos y maltratados por seguratas y ertzainas.

Desde la *pankarta* nos espetaban a toda la EHU su coherencia sin fin, desde la épica sacrificial de una dignidad mal entendida, que ningún grupo de trabajadores del mundo podría permitirse —no trabajar para vivir—; y, nosotros, lamentando la pérdida de profesorado valioso por una lucha fanatizada que rompió con la democracia del movimiento.

En los primeros años, intentaron boicotear las clases y el derecho de los alumnos a la enseñanza. Como director de Departamento debía asegurar la enseñanza y que no se colaran en las clases a torpedearlas. Los seguratas debieron contenerles. Hicieron continuos escraches a los profesores que tenían que cubrir asignaturas que ellos habían abandonado, persiguiéndolos por el campus de Leioa. A mí también empezó a acosarme uno de ellos, y el grupo me dedicó un capítulo descalificatorio entero en el fabulado libro-panfleto que escribieron —y también en algún artículo de prensa con seudónimo—. Tuvieron orden de alejamiento de la EHU (1993), que luego se relajó. Vivieron durante años de un fondo de resistencia dotado por profesorado menguante, lo que complementaban, sea con traducciones o con trabajos esporádicos fuera del horario de 9 a 17 horas de puerta que se autoimpusieron. Alguno de ellos disponía de rentas propias.

Obviamente, con más pena que odio, no he vuelto a hablar con ninguno, aunque se les ayudó repetidas veces a la distancia —alguna moción de oferta arranqué personalmente en la Junta de Gobierno en la época de Goiriena— y, especialmente, Petxo Idoiaga fue el mago que, con la connivencia de sucesivos rectores, gestionó una salida digna a la que se acogieron en última instancia solo José Ramon Etxebarria y Jesús Mari Zalakain en los últimos años de su vida universitaria. Fue en la época de Iñaki Goirizelaia. El resto, Enrique López —era de mi Departamento—, José Luis Herrero —antaño un querido y admirado amigo— y Antxon

Azkargorta, ni por esas. A mi parecer, malgastaron su vida universitaria, pero ellos se sintieron parte de un movimiento de emancipación más general y ejemplificador, inspirándose en el voluntarismo nietzscheano de Alain Badiou. Para mayor distorsión, se autoatribuyeron el posterior logro del profesorado laboral.

Evaluaciones y tribunales

Siempre he sido *pureta* para tribunales y promociones. Como se trata de concursos de méritos, sobre todo, el mérito es para mí lo determinante, y escasa la influencia de los sesgos ideológicos.

Tuve un incidente en un tribunal de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid cuya plaza ya tenía «nombre» por parte del Departamento convocante. También le avalaban los sindicatos de la universidad. Se trataba de un *hermanísimo* de un catedrático, pero con currículum deplorable. Te dejaban caer recados sobre las preferencias y sobre lo que es «mejor» para la Universidad. Pero también se presentó otra gente y, en especial, una profesora con un currículum incomparable y que era del Opus a todas luces. De los 5 miembros del Tribunal tres éramos de la periferia —de la Universidad de Santiago, de la Politécnica de Valencia y de la EHU—. Tras alta tensión y presión, no votamos al candidato de la «casa», sino a la candidata externa. A la salida algún profesorado de la *Complu* nos hizo un pasillo de repulsa. Le expliqué a un amigo sindicalista, partícipe en el amago de escrache, que no era un concurso de progresismo sino de méritos académicos y que una mala decisión sería una desgracia para la Universidad durante muchos años.

He asistido, en mis más de 40 años de carrera universitaria, a casi un centenar de tribunales de plazas y de tesis doctorales. Por ejemplo, se enfadaron conmigo catedráticos queridos de Madrid durante una temporada, cuando por conveniencias de juegos de poder e ideología de la Villa y Corte, querían influir en las universidades de todo el Estado en una hipotética carrera por detener la irrupción del Opus en la

Universidad Pública. A veces las razones políticas son cobertura de otras opciones. Quisieron darle una plaza a un zote conocido pero fiel en la Universidad de Sevilla, frente a un candidato que era una eminencia que había sido docente en EE. UU. y que nada tenía que ver con el Opus.

Una cacicada sonada en la EHU fue el tribunal ideológico en forma de Comisión Evaluadora que, montada por el Director de Departamento de Ciencia Política, Francisco Llera, le hurtó en 2002 la plaza de Cátedra a Pako Letamendia, que tenía un currículum simplemente incomparable respecto al de Edurne Uriarte, que lo tenía escaso e irrelevante —con una tesis doctoral sobre «Los Intelectuales vascos» que leí en su momento y no tenía un pase— pero era funcional a la causa antinacionalista. Que fuera objetivo de una tentativa de atentado criminal por parte de ETA en el año 2000 y que Pako Letamendia no fuera de la ideología de Llera, no parecen razones para denegarle a Pako una cátedra en la EHU. Tres miembros del Tribunal —Joaquín Molins, Fernando Reinares y Antonio Elorza, éste último lo más sectario y subjetivo que he conocido en mi vida universitaria— votaron a Uriarte, y dos a Letamendia —Pedro Ibarra y Ferrán Requejo—. La Comisión de Reclamaciones de la EHU —presidida por el ponderado Víctor Urrutia que luego sería senador socialista— se la retiró a Edurne Uriarte, pero un Juzgado le dio la razón a ésta con el argumento formal —no entraba en la sustancia— de que la Comisión de Reclamaciones no tenía competencia para poner en cuestión los criterios de una Comisión Evaluadora. O sea, dejó a Letamendia en indefensión.

Fui uno de los 130 profesores que hicimos un comunicado considerando «correcto» que la Comisión de Reclamaciones retirara la cátedra a Edurne Uriarte, a la vez que criticábamos a los medios de comunicación por sus «fábulas mediáticas sobre una universidad supuestamente chantajeada desde el miedo». A la sazón era Rector Manu Montero.

A mis amigos o correligionarios devenidos estudiantes siempre les exigí lo que a los demás. Incluso suspendí a alguno. También he tenido que echar del despacho a alguna mala estudiante que se insinuaba para

obtener un aprobado inmerecido. Y he tenido que expulsar a estudiantes de exámenes por usar medios ilegales: «chuletas», exámenes cambiados, emisiones en radio frecuencia demasiado alta como para que el profesor no la oyera en su paseo de vigilancia por el pasillo del aula.

Cuando todavía era un recién llegado, año 1978, y confiaba aún en la madurez del alumnado fui objeto de una copiada general. En aquel momento, bastantes periodistas ejercientes buscaban un título, entendido como mero trámite para consolidarse en el medio de comunicación en el que trabajaban. Fue un baño de realidad. Yo pensaba, ¡ingenuo de mi!, que no había que vigilarles e hicieron el examen en una sala escalonada de bancos corridos. El mismo examen para todos y todas. Al leer los ejercicios, encontré numerosos casos de párrafos literalmente iguales —el personal ya no sabe ni copiar con imaginación—.

Me llevó varios días cotejar los 70 exámenes para encontrar correspondencias literales a pares o tríos. A Marlene Merikaetxebarria, por ejemplo, que era la estudiante más brillante, le copiaron cuatro de su fila. Presentada la lista de quienes habían copiado o se habían dejado copiar, les di la opción de que, en lugar de suspender a todos los implicados —un 60%— solo tuviera que repetir examen quien se declarara copiador, y así no perjudicaba al copiado. A pesar de que no di un suspenso general por irregularidad colectiva, de que les di la opción de salvar a los que sí habían estudiado y de ofrecerles otro examen en lugar de dejarles para septiembre, hay quien me espetó, cuando lo expliqué en clase, si eso no era «fascista». Al ser alguien que había sufrido el fascismo de verdad en carne propia, me pareció tan intolerable que me marché de clase. Ahí perdí mi inocencia tanto con los exámenes como con el hecho de que en las aulas hay de todo, además de asumir que has de impartir docencia para un alumnado diverso en percepciones.

No todas las personas que han pasado por tribunales de evaluación han respondido a las expectativas que generaban cuando presentaron sus memorias y proyectos de investigación. El tiempo se encarga de poner al personal en su sitio, una vez superada con éxito la prueba para cambiar de

status académico mediante —en algunos casos— una *performance* epatante solo para el logro de la plaza. No es lo frecuente esa actitud en estos trabajos vocacionales, pero también hay *jetas* cercanos que, una vez conseguida, sea la titularidad, sea la cátedra, se han echado a la bartola y su curriculum ya nunca ha mejorado, sino que solo se ha maquillado. Alguno sí me ha engañado y decepcionado. Un despilfarro para la universidad.

Cooperación universitaria

Siempre me interesó América Latina, en especial desde que presenté la tesina de grado en 1970 sobre «América Latina: subdesarrollo y dependencia», en la Universidad Comercial de Deusto. Un continente de contrastes y grandes cambios, y de esperanza para las izquierdas que hemos seguido los procesos de descolonización, desarrollo endógeno y democratización, así como las distintas revoluciones.

En 1988, en previsión de los fastos de celebración del *encontronazo* de los colonizadores españoles, y también vascos, con las civilizaciones americanas en 1492, se creó y reguló la Comisión «América y los Vascos» para la «Conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América». Así rezaba la preparación de la efeméride, con cinco años de antelación nada menos. Para el Gobierno Vasco se trataba de «recordar las aportaciones que vascos ilustres hicieron a aquella empresa y también para agradecer la solidaridad manifiesta de América con Euskadi a lo largo de la historia, así como para establecer unos estrechos lazos de cooperación con los países americanos». Así lo decía el Decreto 48/1988 del 1 de marzo, siendo José Antonio Ardanza Lehendakari y Joseba Arregi Consejero de Cultura y Turismo.

Presentamos a Joseba Arregi un proyecto universitario de cooperación, vinculado al Vicerrectorado de Relaciones Internaciones, que dirigía el prestigioso filósofo Javier Echeverría, siendo rector Emilio Barberá. Para nuestra sorpresa, Joseba Arregi aceptó, a pesar de que desde su estilo displicente, un servidor no le caía ni medio bien. Seguramente fue porque

el Programa estaba muy dotado y no había tantos proyectos de cooperación sobre el terreno y de intercambio provechoso. Los había más de naturaleza investigadora.

Durante cinco años —1988 a 1993— fui el responsable de ese programa de cooperación universitaria con Centroamérica, dirigido a profesores y alumnos de las universidades públicas de Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Honduras y La Habana, así como de las jesuíticas Universidades de Centro América (UCA) de El Salvador y Nicaragua. Disponíamos de un presupuesto total de nada menos que 70 millones de pesetas que presentamos juntos en el Hotel Ercilla Arregi y yo. La acción consistía en cuatro pilares: cursos intensivos de profesores vascos en esas universidades, aprovechando los veranos europeos que son lectivos en Centroamérica; estancias en la EHU de diez profesores centroamericanos para la realización de cursos de doctorado durante un bienio y el compromiso de realización de una tesis doctoral al acabarlos; la dotación de libros de texto centrales y especializados actuales para las infradotadas y caducadas bibliotecas universitarias centroamericanas; y una eventual impartición de Masters y Doctorados por parte de universidades del Estado Español en las universidades centroamericanas.

Los cursos funcionaron muy bien. 70 profesores seleccionados se desplazaron durante esos años y, en algunos casos, una vez acabado el Programa, continuaron por relaciones interdepartamentales. Igualmente, la dotación a las bibliotecas universitarias, que fue en recurso extraordinario y un salto de 20 o 30 años para sus referencias de conocimiento. Se cumplió con las estancias de los profesores centroamericanos y se hicieron algunas tesis doctorales, menos de las que deseamos.

El primer viaje —agosto y septiembre 1988— fui como representante de la EHU y el apoyo del Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI) —siendo Director General Carmelo Angulo, que se portó magníficamente, y que luego sería embajador de España en Bolivia, Colombia, Argentina y México—, ante las Universidades

Centroamericanas de Honduras, Nicaragua, El Salvador y Guatemala, así como a una reunión con el Consejo Superior Universitario de Centroamérica, sito en Costa Rica, para el inicio de relaciones y la formulación de convenios bilaterales entre EHU y dichas instituciones. Me acompañó el historiador Alejandro Arizcun Cela, que luego desarrollaría su carrera en la Universidad Pública de Navarra.

La primera sorpresa en ese primer viaje fue que se nos avisó tarde de que el avión iba a hacer escala en EE. UU., en lugar de República Dominicana, y no teníamos visado. Menos mal que habíamos ido de mañana a Barajas. Nos trasladamos, con tiempo, de Barajas a Madrid para ver si la Embajada nos hacía un visado de urgencia. Hubo suerte al explicarles el motivo de nuestro viaje. No constábamos en la lista de terroristas. Alejandro había sido del PST y compañero de Yolanda González, asesinada en Madrid por los fachas. Había algún riesgo de que tuvieran trasnochadas las fichas del franquismo, supuestamente destruidas, que sabíamos que aun perduraban. No fue así. Vuelta al aeropuerto para el avión que salía de noche.

La prevención estaba motivada. Había tenido ocasión de comprobarlo años antes, en un control de la Guardia Civil al lado de la Uni. Se le mudó el traje de verde a blanco al teniente, cuando al sacar mi ficha de la *furgona* le dije que le iba a denunciar a él y al Cuerpo por disponer de un fichero que se suponía destruido en la Transición. Lo mismo les ocurrió a Jon Larrinaga y a Mario Onaindia en otros lances.

Al principio improvisábamos el alojamiento. Así, en Guatemala capital nos alojamos en el Hotel Vizcaya que resultó ser infecto. Veías pasear a las cucarachas en procesión. Y tampoco convenía salir de paseo y menos de noche, salvo en taxi, porque estaba situado en zona de asaltantes. También nos sorprendió la cantidad de guardias de seguridad con fusiles de asalto en las puertas de muchos establecimientos durante el día.

Viajé algunos veranos durante 10-15 días a las universidades centroamericanas, incluyendo en dos ocasiones a la Universidad de La Habana, para chequear el desarrollo del programa. Eran viajes intensos de

contactos. Sobre el terreno contratamos a Mertxe Brosa —residente en Managua desde la Revolución Sandinista— para que hiciera las coordinaciones necesarias y poder hacer el seguimiento de la actividad del programa. Como en aquella época eran un lío las transferencias anuales de sus honorarios, se le llevaba el dinero en mano. En una de esas ocasiones yo llevaba el dinero en una faltriquera interna para hacer la entrega, pero tuvimos un amago de asalto en la vieja catedral en ruinas de Managua. Digo tuvimos, porque en ese viaje, vino mi compañera Maite que había sido cooperante en Nicaragua y cuyo billete lo financió nuestra economía familiar —todo hay que decirlo—. Nos salvó el desconcierto de nuestros presuntos y jovencísimos asaltantes por la maniobra de distracción que hicimos para salir del recinto, separados, paralelos, despacio y mirándolos a los ojos con decisión y aire de presunta amenaza.

En otra ocasión el avión en el que viajaba a San Salvador debió desviarse a Managua porque había combates en tierra. Veía las columnas de humo de los morteros en el volcán San Miguel, cercano a la ciudad y que era la vía de entrada de las partidas guerrilleras en la capital. Entraron y salieron en pocos días en aquella ocasión.

Dediqué mucho a ese programa de Cooperación y agotamos todo el presupuesto que gestionaban los propios servicios técnicos de la EHU. Hubo dos gotas, más bien inundaciones, que acumuladas, me llevaron a dejarlo por extenuación y rabia.

La primera gota, fue el fracaso del proyecto de un Hospital Universitario en la Universidad de El Salvador, que hubiera tenido presupuesto específico de Acción Exterior del Gobierno Vasco, hasta llegar a 100 millones de pesetas. Fue una demanda de cuando José Luis Argueta era rector de la UES. Se trataba de construirlo dentro del Campus de San Salvador —un campus devastado por la intervención del Ejercito en 1972— para un servicio sanitario accesible a la ciudadanía menos pudiente, de forma similar a como tenían montado el servicio de odontología universitaria. Tenía dos condiciones: una, que lo aprobara la

diáspora vasca en El Salvador; y dos, que lo ratificara el rectorado de la UES.

Para conseguir la aquiescencia de los empresarios vascos residentes en El Salvador, que simpatizaban con ARENA y nada con Ellacuria, al que tildaban de comunista, hube de viajar allá *ex profeso*, emborracharme una noche con los susodichos, tragarme mis opiniones que estaban en sus antípodas y obtener su aprobación. Lo conseguí, según supe después. La sorpresa fue que siendo, de nuevo rector Fabio Castillo Figueroa (1991-1995) —dejó buen recuerdo reformista en su primer mandato de 1963-1967—, desechó una operación de cooperación gratuita y que hubiera engrandecido a su Universidad, solo por celos. ¡Para que no se pudiera atribuir el mérito el profesorado cercano al Partido Comunista de El Salvador, me explicaron! Un esfuerzo baldío para terminar como víctima de las miserias humanas. Sin embargo, ese rector tiene un monumento en el campus.

La segunda gota, fue que nos encargamos de generar un programa de masters- doctorados a organizar in situ en Centroamérica —no los había allí—, con profesorado cualificado —doctores— de universidades del Estado Español, haciéndose cargo cada país de una especialidad —Economía, Derecho...—. Hubo un par de reuniones en Leioa con representantes de cinco universidades del Estado Español. Se avanzaron índices y temáticas, se empezó con la lista de profesores doctores voluntarios… De organizar la contraparte de toda Centroamérica se iba a encargar una técnica de alto nivel de la confianza de Xabier Gorostiaga de la UCA de Nicaragua, jesuita famoso en Centroamérica y EE. UU. La sorpresa fue que, cesada aquella técnica, no se asignó a nadie para ese cometido, quedando la casilla centroamericana a cero y sin nada hecho. No había nada que hacer si la contraparte beneficiaria no manifestaba sino dejadez.

Mi nula confianza en las contrapartes me llevó a proyectar mi energía en otra dirección. Etapa terminada.

Ellacuria

El primer año, visitamos a Ignacio Ellacuría en la UCA de El Salvador. Sería asesinado por el ejército salvadoreño en noviembre del año siguiente, en 1989. Aunque nuestro compromiso era con las Universidades públicas —la Universidad de El Salvador— vimos margen para la cooperación con la UCA, una universidad privada de la Compañía de Jesús. Nos impresionó por su compromiso con el país y su clarividencia. Aunque Ellacuría no aprobaba toda la estrategia de la guerrilla, tenía claro quién sojuzgaba al país, a la sazón gobernada por ARENA. Para él, el término terrorismo no tenía encaje en la acción guerrillera en El Salvador. El distinguía entre *coches-bomba* —de terrorismo indiscriminado que se practicaba en otros países— y las selectivas *bombas en los coches* que hacía explotar el FMLN, apuntando a objetivos militares concretos en una guerra revolucionaria de liberación. Se refería a la diferencia entre acciones de lucha armada y los actos indiscriminados[56].

Un año después de su asesinato, en ocasión de la visita a la Universidad de Deusto del nuevo rector de la UCA, el Padre Miguel Estrada, me cité con él en las dependencias interiores de Deusto. Estábamos charlando sobre cooperación, cuando se acercó el Padre Santamaria que, al rato, empezó a despotricar del difunto Ellacuria, señalando que había escogido mal su vocación, que su magisterio no era propio de sacerdotes, y que la teología de la liberación era un oxímoron. La modestia y austeridad de Estrada no le permitían decir nada, pero yo sí monté en cólera y le recordé a Santamaría, como ex alumno de la casa, que no había comparación posible entre el testimonio de vida y obra comprometida de Ellacuria con los jesuitas que yo había conocido en Deusto, incluyendo al propio Padre Santamaría, siempre a bien con las élites. Salió espantado, en medio de la sonrisa cómplice del Padre Estrada.

Maledicencias

Ese programa no fue bien recibido por todos los sectores de la EHU. Se apuntaban profesores progresistas y solidarios, mientras que otros

miraban desde la barandilla y nos criticaban como chiringuito de *rojeras* y *abertzales*. Como ejemplo, Jon Juaristi, que todavía estaba en la EHU, y con el que hablaba circunstancialmente cuando coincidíamos en las entradas en clase del Aulario. Comentó en una cena de manera despectiva que se trataba de una agencia de viajes vacacionales. En esa cena participaba un comensal testigo que me lo contó. Escribí a Juaristi en privado explicándole los pormenores del programa y pidiéndole que se disculpara. Dio la callada por respuesta. Ahí se acabó nuestra relación.

La cosa tiene su aquel, porque 17 años antes, yo había sido el responsable del *talde* de ETA al que pertenecía Juaristi. Tengo el recuerdo de una reunión en Areeta (Getxo), un piso junto a la parroquia. En 1977 Juaristi, Pako Letamendia y yo, también escribíamos en la revista de ciencias sociales *El Cárabo*. A partir de entonces hizo un viaje sin retorno por absolutamente todo el arco político. Personalmente respeto los viajes de cada cual —así que nunca le menosprecié por ello— aunque me reservo mi opinión sobre las coherencias. Lo que no soporto es la doblez y las calumnias. Alguna vez se ha referido a mí de forma chulesca en el periódico de su última y definitiva alma: *ABC*.

También lo hizo en *ABC* Carlos Martínez Gorriaran (UPyD) —ex de Iraultza Taldeak, grupo juvenil vinculado a LCR-ETA VI en el tardofranquismo en Donostia— con ese estilo que recuerda el arquetipo del chismoso dejado y sobrado que no contrasta fuentes informativas. Calumnia que algo queda. No hay peor cuña —es vengativa— que la de la propia madera. Algunas de sus perlas se recogen en *Mil coces contra la disidencia* (2003) —autores varios, entre ellos Sabino Ormazabal—. Su título lo dice todo.

Algunos vascos que, por violencia de persecución, se afincaron en Madrid tienen una relación *sisifesca* con su pasado etarra. Reniegan, un día sí y otro también, desde hace décadas, de ese pasado, a través de condenas rotundas y señalando siempre la causa verdadera, que ellos pueden testificar por experiencia: el nacionalismo. Están condenados a que les persiga toda la vida como una sombra de culpa que atribuyen a un

pecado de juventud, como un «pecado original». Lavarla supone la sobreactuación de los entendidos; ser los más fanáticos, simples, distorsionadores de realidades y denunciadores. Tienen la patente en la Corte de vascos «sanos», perseguidos y máximos conocedores del «conflicto vasco», lo que se compadece mal con sus saberes al respecto, sin perjuicio de que tengan obras meritorias en otros campos. Las prebendas de las que han gozado ni las sabemos. Bueno, algunas sí. Una excepción, de honradez a prueba de fuego, siempre ha sido la de Juan Aranzadi.

En otras Universidades

Aparte de Congresos, he tenido ocasión de impartir cursos o conferencias en distintas universidades: en las Universidades Complutense, Autónoma, Carlos III y Rey Juan Carlos de Madrid, en la Autónoma y en la Central de Barcelona, en Salamanca, Málaga, Sevilla, Valencia, Castelló... Tuve especial relación con la universidad de Santiago de Compostela, ejerciendo de profesor visitante —reclamado por Marga Ledo— durante varios años.

En el extranjero, en Milan, Grenoble, La Habana, Quito, San Salvador, Montevideo y más, especialmente, en la provincia de Buenos Aires (Quilmes) durante varios años, propuesto por los profesores Guillermo Mastrini y Martín Becerra.

Enrique Bustamante, maestro y amigo[57]

Enrique Bustamante, fue uno de los investigadores más agudos en sociología y economía política de la comunicación y la cultura. Falleció en su Málaga natal el 20 de junio 2021. Sus trabajos sobre las transformaciones del sector audiovisual en las últimas décadas son referencia obligada para quienes estudian la comunicación contemporánea.

Enrique fue un amigo muy cercano. Tuve la oportunidad de animarle a lo largo de su enfermedad, mantenida con gran discreción y entereza hasta el último momento. Había lealtad, confianza y respeto mutuos. También

habíamos compartido militancia antifranquista. Era exigente, trabajador infatigable, muy al día, con perspectiva a largo plazo, riguroso, brillante, comprometido, incisivo e insobornable, incluso cuando se codeó con las altas esferas.

Nacido en 1949 fue cabal exponente de una generación que protagonizó la transición de la dictadura franquista a espacios de convivencia democráticos, destacando en la defensa del campo específico de los medios públicos. Inauguró caminos y temas de investigación con enorme curiosidad intelectual y apertura a nuevos objetos teóricos y empíricos. Fue además un docente paciente, de atenta escucha, dispuesto al diálogo y a la polémica con vocación genuina por el conocimiento.

El tándem que forjamos en los años 80 duró casi 40 años con pequeñas intermitencias. No necesitábamos más que dos líneas para ponernos de acuerdo. Tal era nuestro grado de confianza y conocimiento mutuo, forjado entre los años 1983 y 1987, con materiales cruzados de páginas semanales en ocasión de mi tesis doctoral, que siendo la primera que dirigía, además de ser un aprendizaje para ambos, debió dejarle tan exhausto que ya no dirigió otra tesis doctoral hasta 13 años después. No es de extrañar. Cada semana en las etapas finales le entregaba 20 páginas que desmenuzábamos y con las que ambos aprendíamos sobre los entresijos del modo de trabajo, producción y valorización de las industrias culturales y medios de comunicación. La introducción con la metodología y las conclusiones del pionero libro de *Las industrias culturales en España* que coordinamos en 1987/1988, no se explican sin ese ejercicio de contrastes previos a lo largo de 5 años. Siendo sociólogo, supo abordar temas económicos con solvencia como en *La TV económica. Financiación, estrategias y mercados* (Gedisa, 1999) y en muchos otros trabajos.

De talante transformador, muy crítico y a veces cáustico, siempre vivió con un espíritu intelectualmente libre y con el doble afán del optimismo de la voluntad y de la responsabilidad sobre lo que afirmaba. A diferencia de los objetos de estudio micro con metodologías encorsetadas en una lógica formal o contable —tan al uso en la actualidad universitaria— se

proponía objetos de estudio amplios, con metodologías estructurales, explicativas y transdisciplinarias, que suponían potentes constructos o matrices interpretativas.

Se dio a conocer con el icónico *Los amos de la información en España* (Akal, 1981) pero, previamente, hizo buen periodismo. Incluso se atrevió en pleno franquismo a viajar a Euskadi y escribir un monográfico de entrevistas sobre cultura vasca para *Cuadernos para el Diálogo*[58].

Sus temas preferentes de trabajo fueron: 1. Su percepción de la cultura vinculada a la comunicación; 2. La importancia de la economía de (y para) las industrias culturales, los media y la cultura; 3. La evolución y calidad del periodismo y las condiciones y rutinas de la profesión periodística; 4. La concentración de los grupos mediáticos como problema; 5. El lugar de los servicios públicos de radiotelevisión; 6. La incidencia de las tecnologías en los usos comunicativos y en la calidad democrática; 7. Los flujos comunicativos en el mundo desde el europeísmo y la cooperación con Iberoamérica; 8. Las políticas culturales y de comunicación.

El para qué y con qué efectos era parte del cuadro de análisis. Desde el rigor y una visión holística, que tomaba en consideración el contexto y las consecuencias de lo que se redacta, entendía la comunicación, sobre todo, como un ámbito de democratización y de igualdad.

Tras Lakua: vuelta a la Universidad en 2010

Aproveché el año sabático (2009), al que tenía derecho por servicios especiales fuera de la Universidad, para ir pergeñando un libro que interrelacionara la experiencia vivida en gestión pública cultural —una rareza entre universitarios— y teorías de la comunicación[59].

Tras el año sabático volví a dar clases. Ciertamente, aunque Ibarretxe hubiera repetido Gobierno —tuvo mayoría holgada pero la ilegalización de cualquier sigla de Izquierda Abertzale trucó los resultados electorales en beneficio de la pinza PSE-EE y PP— habría vuelto a la Universidad. Así lo había manifestado. 7 años son muchos y, justo justo llegué a adaptarme a los cambios que se habían producido en los modos de

gestión del conocimiento y de la docencia universitaria. Me había ido de la universidad con una metodología de clases magistrales con transparencias y trabajos. A la vuelta había que *colgar* clases, lecturas, trabajos y materiales en plataformas de intranet, a las que el alumnado accedía *off line*. Aprendí a tiempo a hacerlo, pero me costó controlar la técnica y asumir el concepto. Yo seguía siendo *analógico*. Cuatro años más en la Administración y no sé si me hubieran alcanzado las neuronas.

Con todo, pude seguir trabajando en el campo de la política cultural sobre el terreno. En 2011 colaboré con Xavier Fina y Kulturalink —Antonio Ramos Murphy— en la elaboración del «Plan Estratégico del Sector Cultural de Canarias». *Y* en 2014-2015, siendo consejero de Cultura Bingen Zupiria, nos encargaron desde el Observatorio Vasco de Cultura-Kulturaren Euskal Behatokia, un estudio que coordiné con un grupo de trabajo —Eneko Lorente**,** Miguel Ángel Casado, Kepa Sojo, Pablo Malo y Josu Amezaga— para realizar un «Análisis de la cadena de valor y propuestas de política cultural. Primer Informe sobre el estado de la cultura vasca» (2015).

En 2016 escribí otro sobre las *Tendencias en comunicación*, visto desde parámetros diferentes: la noosfera —la esfera del conocimiento—, incluyendo la ciberesfera y la mediasfera, la sociosfera —con la diversidad y la comunicación en las naciones sin Estado—, la econosfera —las empresas culturales—, la geosfera —centrada en las políticas de comunicación en América Latina— y la cratosfera —la esfera del poder, de la democracia de la ideología y la comunicación—[60].

También me encontré con la sorpresa de que un profesor, que tenía por amigo y que era más escritor local que profesor o investigador —ni investigaba ni actualizaba sus clases, con lo que el sueldo significaba que la universidad financiaba su modo de vida de escritor *full time* de pocos lectores— me convirtió, mediante seudónimo, en un personaje infame[61] de una de sus novelas. Y ello a pesar de que no entraba en mis códigos aprovechar cargos para forrarme, ostentar poder o favorecer a nadie. En Lakua cobraba parecido a la Universidad. Es más, no daba citas para

personas que promocionaran proyectos, salvo por decisión de la Consejera. Conminado el susodicho a explicarme su animadversión, confesó que lo hizo porque apoyé el «plan Ibarretxe». Más miserable no se puede ser. Le exigí que destruyera la edición o que le llevaría a juicio por calumnias. No lo hizo. Pero no le demandé para no darle publicidad a una mala novela de la que no se enteró más que su círculo más cercano. «¡Endósetalo en tu haber de canalla!», le espeté de forma rebuscada. Me salió así. Asimismo, me dio a entender —y fue mentira— que Andoni Pérez Ayala la había leído y nada había objetado, lo que me llevó a tomar distancia con el bueno de Andoni por no haberme advertido. Encima mentiroso. Preguntado Andoni, años después y en Bermeo, en ocasión del funeral del *aita* de Roberto Uriarte, me confesó que era la primera noticia que tenía.

Otro dolor es que mi ilusión de construir una rama vasca de Economía Política de la Comunicación no se pudo consumar. Había personas, pero no hubo equipo.

Joseba Macías y su legado cubano

Lo conocí en Santutxu (Bilbao) cuando Joseba Macias dirigía la radio libre Iluna Irratia. Con el tiempo, se incorporó a Egin Irratia, de la que fue director, y que sería cerrada, por orden de Baltasar Garzón, al mismo tiempo que el periódico en 1998.

Doctor en Ciencias Políticas y Licenciado en Sociología y en Ciencias de la Información, Joseba fue mi sustituto en la EHU en mi última etapa en el Departamento de Cultura en Lakua. Fue autor de varios documentales, artículos en prensa internacional y del libro *Palestina: símbolos, claves y desafíos*. Joseba —a decir verdad, nadie— hubiera podido imaginar la reciente tragedia genocida en Gaza.

Residió en Cuba largas temporadas, estando vinculado a la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños como coordinador de la Cátedra de Cine Documental, y al posgrado en la Facultad de Sociología de La Habana. Trabajó durante años sobre su tesis

doctoral: *La sociedad civil en la Revolución Cubana (1950-2012).* Una tesis magnífica y novedosa, de *cum laude* más que merecido, y de cuyo tribunal formé parte. Joseba era entusiasta de la Revolución Cubana, pero también crítico y constructivo, puesto que también era partidario del pluralismo y las dinámicas de base. Falleció un año después de defendida su tesis.

Nos pareció una pena, a Víctor Pozas y a mí, que no hubiera una pequeña edición en papel y que no se conociera en Cuba. Facilitó su edición en 2016 el Servicio Editorial de la EHU, de la mano de Teresa Agirreazaldegi, además de alojarlo en su web, donde permanece. A la primera ocasión, llevé personalmente un ejemplar y tres pendrives a la Biblioteca de la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Habana. Ignoro su uso y circulación.

En la semblanza que le hizo Julio Alfonso López en *Naiz* (4 de octubre de2013) decía de Joseba que «fue un ser humano excepcional, honesto, lúcido y batallador por las mejores causas de este planeta, desde Colombia hasta Palestina, pasando por su patria, Euskadi, a la que deja su legado de intelectual comprometido y revolucionario». Aquí también se le ha querido recordar, para que ni a él ni a su obra se las lleve el viento.

EHU: El cambio ahora se llama Joxerra Bengoetxea

No debimos hacerlo tan mal la generación anterior de la EHU cuando el Sociómetro Vasco (nº 55) de 2025 en «Confianza en las instituciones», sitúa a la «Universidad» —todas en general— como la más valorada con 86 puntos sobre 100, 9 puntos más que el Gobierno Vasco, 13 más que Diputaciones, 15 más que el Parlamento Vasco y 17 más que los Ayuntamientos. Esa valoración acredita la necesidad de una apuesta mayor por una institución tan valorada, en la que la Universidad Pública tiene un lugar destacado, necesitada de más recursos para cualificar su investigación —en una época exigente y disruptiva— y su docencia.

Actualmente, la EHU cuenta con más de 45.000 estudiantes y 5.000 profesionales entre docentes, investigadores y personal administrativo. Es la institución de educación superior más importante del País Vasco y ya ha

formado a más de 300.000 graduados y graduadas en todas las áreas del saber. La Universidad del País Vasco se sitúa entre las mejores 200 del mundo en dos especialidades: Química y Nanociencia y Nanotecnología. Además, coloca otras 17 materias en el top-500 del ranking de Sanghai. Esto significa que de las 6 áreas de referencia, la EHU está en 4 de ellas dentro del 50% de mejores universidades del mundo, colocándose dentro del 30% mejor en humanidades y en ciencias naturales. De todas formas, son índices que, por sus protocolos, minusvaloran a las ciencias sociales.

Mi modelo de Universidad se expresa bien en el documento que firmamos algunos universitarios: «UPV-EHU el cambio se llama Joxerra Bengoetxea» y que resultó premonitorio de su victoria electoral que pocos esperaban en las elecciones rectorales del 26 de noviembre de 2024.

Ganar es inhabitual para mí. Lo nuestro, y lo de tantos otros luchadores, es marcar caminos, adelantar futuros, crearlos. Los que siempre hemos sido minoría, en casi todo, nos hemos educado en la grandeza del fracaso. Claro que el tiempo también incuba victorias futuras, eso sí, que protagonizarán otros.

El maestro del fracaso —al decir de Joseba Zulaika— fue Jorge Oteiza, quien sostenía que era la única manera de validar un pensamiento utópico como fermento de cambios. Algunos —cada cual en su medida— nacimos para ser abono de la tierra, y hay que saber llevarlo con alegría y esperanza, porque no te gratifican los hechos, aunque a veces, y cuando ya nadie se acuerda, el tiempo te dé la razón. Los que hemos sido adelantados a lo que la realidad daba de sí, no es que nos equivocáramos de época, sino que prefiguramos el futuro de forma performativa. Te deja la sensación momentánea del fracaso, pero también el regusto de estar en sintonía con las tendencias largas positivas, no necesariamente inevitables, pero sí posibles. Se trata de manejar el retrovisor para otear el porvenir mediante las herramientas del análisis y del compromiso.

En aquel artículo decíamos:

UPV-EHU: El cambio se llama Joxerra Bengoetxea.
Deia, 25-11-2024

A finales de julio pasado abogábamos en prensa por «Un nuevo impulso para la UPV-EHU». Recordábamos que, tras la larga noche del franquismo, la Universidad pública vasca fue un gran logro colectivo ligado a la institucionalización vasca y supuso un motor de transformación general.

Años después estamos ya en un nuevo marco económico, tecnológico, social, medioambiental y político, que plantea nuevas exigencias a la máxima institución de investigación y enseñanza del país. En efecto, la emergencia climática, los cambios geopolíticos, las transformaciones en curso de nuestra estructura económica, la precariedad laboral y social con el resultado de una sociedad dual, los efectos de la digitalización en el mundo laboral, la hipercomunicación, el envejecimiento demográfico, las brechas de género, los nuevos procesos migratorios, la influencia de la aculturación globalizadora en nuestra lengua y cultura así como las reivindicaciones feministas que cuestionan las estructuras y relaciones de poder, además de identificar múltiples violencias machistas, todos estos elementos configuran un escenario de transformaciones profundas que suponen un reto global y pluridisciplinar para una Universidad pública.

Como institución faro al servicio de la ciudadanía, estas tendencias nos interpelan como Universidad, y nos obligan tanto a un ejercicio constante de adaptación y creación innovadora de certidumbres en un marco de incertidumbres, como a anticiparnos ante los fenómenos más disruptivos.

Como Universidad pública, tenemos la obligación de seguir siendo un referente tanto en investigación básica como aplicada —es un tesoro contar con 372 grupos de investigación y 5.974 investigadoras e investigadores— además de continuar con la extensión del conocimiento contrastado, el acceso sin barreras económicas de nuevo alumnado y la cancelación de las brechas de género. Y en consonancia con nuestro lema «eman ta zabal zazu», buscamos una auténtica proyección internacional, sin complejos, a la vez que muestre nuestro capital cultural y sus singularidades.

Estas elecciones rectorales deben ser un punto de inflexión para que la UPV-EHU, aborde decididamente los retos y desafíos presentes, así como los que se avecinan. Un momento histórico para asumir los grandes retos que la época y el país le demandan (por ejemplo, con un plan estratégico de digitalización de la propia UPV-EHU y la revisión de la Ley del Sistema Universitario Vasco). Una ocasión crucial para abordar la situación del profesorado, superando la precariedad contractual y salarial, y creando las condiciones de compromiso y estímulos indispensables para el desarrollo de sus funciones docentes e investigadoras. Un jalón para erradicar la inseguridad y la imposibilidad de planificación de una carrera dentro del estamento administrativo y de servicios. Una oportunidad para instaurar en la UPV-EHU un modelo de gobernanza participativa, democrática e inclusiva del alumnado, con un claustro dinámico y activo.

Para ello, es imprescindible establecer instrumentos de debate y de diálogo internos con los que el personal docente e investigador, el personal administrativo y de servicios y el alumnado, se sientan parte de un proyecto ilusionante y compartido. Esta sería una base sólida para abordar proyectos de investigación científica interdisciplinar, colaborativa y de alto nivel que —desde el innegociable respeto a la libertad de investigación— influyan positivamente en la consolidación del tejido socioeconómico vasco. Al mismo tiempo, hemos de caminar hacia una auténtica autonomía como Universidad pública y nacional que pone en el centro la calidad de su docencia con medios avanzados.

Tras estas elecciones rectorales se deberá seguir profundizando en la euskaldunización tanto en la oferta educativa como en la normalización lingüística del propio ecosistema universitario. Hay que fortalecer las alianzas naturales con las Universidades públicas de Nafarroa y Aquitania. Y, finalmente, se presenta la coyuntura para dar importancia a una internacionalización que proyecte a la UPV-EHU como una auténtica embajadora y eje intelectual de un país y de su cultura.

Esas líneas de intervención de nuestra Universidad pública requieren —más allá de criterios de rentabilidad inmediata— un compromiso económico serio de nuestras Instituciones, conforme a parámetros de largo alcance, para seguir realizando su función, con una búsqueda incesante de eficacia y eficiencia en su desempeño. No se puede seguir con la deriva actual voluntarista, de contraste entre la buena calidad investigadora de la UPV-EHU entre las universidades del mundo y la escasez de recursos para sostenerla. Tiene que ser otro el compromiso.

Desde el convencimiento de la importancia de este nuevo impulso y analizados los programas de las dos candidaturas en las elecciones rectorales de noviembre de 2024, creemos que el profesor Joxerra Bengoetxea Caballero —con su candidatura polivalente y programa— representa la idoneidad, competencia profesional y solvencia necesarias para asumir la condición de Rector, con una propuesta que se ajusta al rol que debe jugar la UPV-EHU para el cambio de marco y con el nuevo impulso acorde con los tiempos».

Ramón Zallo, Miren Onaindia, Kiko Caballero, Mari Luz Esteban, Katixa Agirre, Baleren Bakaikoa, Pedro Ibarra Guell, Arantza Urkaregi, Gurutz Jauregi, Mikel de la Fuente, Juan Hernández Zubizarreta y otros.

Notas:

---

50 «UPV: salir del laberinto», *El Correo* 21-10-90; «Exámenes de verano en la UPV», *El Mundo del País Vasco* 31-7-91; «UPV: el día después», *El Mundo del País Vasco* 8-8-91; «¿Una Universidad Politécnica?», *Egin* 15-10-91; «UPV: cambio de

rumbo», *Egin* 23-11-93.

51 En la sección de «Hoy escribe» de *Egin* publicamos: «Euskara y televisión», 16-11-85; «ETB, un año de crisis», 28-12-85; «Televisión privada», 25-1-86; «La revolución de la información», 6-4-86; «El oscuro experimento de ETB-2», 9-6-86; «El vídeo: un espacio privado», 26-7-86; «Crisis económica y radiotelevisión», 12-8-86; «EITB: programación comercial y control de la información», 23-12-86; «Treinta años de TVE», 1-11-86; «La izquierda y las industrias de la cultura», 28-12-86; «La hora de la televisión privada», 10-4-87; «FM: el modelo comercial avanza», 7-8-87; «La publicidad: una industria transnacional», 13-8-87; «Información, comunicación, euskara», 30-9-87; «La izquierda y los creadores culturales», 15-1-88; «Oficio de periodista», 8-3-88; «Berlusconi», 10-12-88; «ETB, el PSOE y Berlusconi», 8-1-89; «La crisis de la sociedad de bienestar», 8-12-90; «La cultura en la crisis de la sociedad del bienestar», 12-99; «Crisis del servicio público cultural», 5-1-91; «La financiación de la televisión pública», 29-1-91; «La batalla por la opinión pública occidental», 9-2-91; «El espectáculo narcotizante», 16-2-91; «Corresponsales de guerra», 28-2-91.

52 En 1987 escribí en Egin (21-4-87) «Gernika: el choque entre dos culturas», bastante enfadado por la recepción hostil de algunos convecinos conservadores al encuentro con acampada de jóvenes que se dio en Gernika por aquellas fechas. También R. Zallo «La revolución sandinista continua» Egin 7-3-1990.

53 Allí estuvieron también Mikel Gómez y, durante un par de años, Claudio Aranzadi —hermano de Juan— que fue, después, en 1988 Ministro de Industria y Energía, con Felipe González.

54 La tesis fue muy bien acogida por el mundo académico tanto vasco como español, francés y latinoamericano, por lo que recibí bastantes invitaciones a exponer sus contenidos. Pero a veces no sabes donde anida el rencor o la envidia. El caso es que, un periodista de *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, a la sazón profesor, Cesar Coca, escribió una reseña descalificatoria en *El Correo*, basada en prejuicios y mentiras. Fue del grupo de gente que rompió el departamento de Periodismo en dos, poniendo uno de ellos al servicio de los intereses de *El Correo* con su Master propio: un modo de privatización de la Universidad pública con una matrícula cara y un profesorado con plus. Al mismo personaje lo encontraremos en 2003 lanzando —¿manía persecutoria?— una andanada furibunda, injusta y desinformada contra el proceso del Plan Vasco de Cultura que yo dirigía. Lo comento más adelante. Miren Azkarate le dio la réplica.

55 Las estudié una a una, destacando sus rasgos peculiares, clasificándolas por categorías: edición discontinua (edición, disco, cine), edición continua (prensa), emisión continua (radio y televisión) y tecnocultura emergente (video, teletexto, videotexto en la época). A ellas, había que sumar actividades pre-industriales, con sus economías especiales, por su obligada ejecución única y en directo para disfrutarlos (artes visuales y literarias, artes escénicas, aunque algunos espectáculos de masas ya eran semi-industrializados), actividades auxiliares de toda clase de industrias y servicios (diseños) y la publicidad como industria a

caballo de la creación y de la circulación mercantil.

56 Con todo, sus fronteras son difusas y dependen de los objetivos, formas y daños colaterales y cabe que un grupo armado incurra puntualmente en terrorismo indiscriminado o ejerza un terrorismo selectivo.

57 Este sencillo homenaje no es el lugar para destacar los variados contenidos de sus aportaciones a lo largo de 40 años a la academia y al conocimiento de la comunicación. Para un comentario exhaustivo de su obra en sus distintas etapas, ver R. Zallo (2023) «La aportación intelectual de Enrique Bustamante a la Economía Política de la Comunicación: hilos conductores». RAE-IC, *Revista de la Asociación Española de Investigación de la Comunicación*, 10 (19), 417-464, https://doi.org/10.24137/raeic.10.19.18

58 Bustamante E. (1974): *La cultura vasca, hoy.* Madrid: Edicusa.

59 Ramón Zallo (2011) *Estructuras de la comunicación y de la cultura. Política para la era digital*. Con prólogos de Enrique Bustamante y de Germán Rey. Gedisa. Barcelona.

60 Zallo, R. (2016) *Tendencias en comunicación. Cultura digital y poder*. Gedisa Editorial.

61 Todos los detalles me apuntaban, tanto que una reseña en *El Correo* casi me citaba con un «ya sabemos de quien habla». Y el dibujo era de alguien que fue al gobierno a medrar y a favorecer corruptamente, con contratos, a otros profesores.

5. VIOLENCIA Y TERCER ESPACIO

Dada la forma en que se dio la *Transición,* mi tesis es que, en el caso vasco, el Estado suspendió las estrategias de poder blando —consentimiento, hegemonía y civilización— para dar más intensidad a las de poder duro —fuerza, dominación y violencia— por incapacidad de asimilar la demanda general vasca de autodeterminación. El mantenimiento de la lucha armada por parte de ETA, que apostó por la fuerza, la violencia[62] y el terrorismo selectivo, dio argumentos para persistir en una estrategia de Estado de fuerza, dominación y violencia, en permanente estado de excepción territorializado no declarado, a diferencia de la estrategia de Estado fuera del País Vasco, salvando el caso reciente en Catalunya.

La desaparición de ETA ha suspendido la violencia continuada de Estado para aflorar esporádica y estructuralmente —como en el 1 de octubre de 2017 en Catalunya— y como recurso de amenaza. El poder judicial es el arma sistémica en su versión más derechista, incluso por encima de los deseos gubernamentales. Ambas estrategias —hegemonía y dominación— se combinan, en menor o mayor grado según épocas y gobiernos, con mucha más proclividad de la derecha a extenderla, aunque no cabe olvidarse de quién fue el señor X del GAL, cómo se fraguó la dispersión de presos de ETA —ministro Asunción— y quién instauró el *patadón* en la puerta —ministro Corcuera—. En la etapa Sánchez, por razones de oportunidad, han triunfado las búsquedas de consensos y alianzas sobre temas diversos.

Un conflicto duradero y político[63]

El conflicto vasco —en democracia— no es un conflicto identitario, sino político, en el que se entrelazan problemas de identidad, que dependen hoy más de lo que la sociedad y la política vasca hagan que de la acción del Estado. En cambio, la salida política depende de lo que el Estado la permita.

Hay elementos de percepción que hacen de los conflictos violentos sistemas en equilibrio difíciles de transformar.

En el caso vasco, desde unas memorias defensivas, construidas socialmente y transmitidas generacionalmente, donde la simbología y la mitificación son emocionalmente fuertes, los patrones de pensamiento y percepción han estado marcados por la rigidez y la simplificación. Excepción hecha de los organismos de la sociedad civil, las imágenes han sido estereotipadas, esencialistas y especulares, con baja tolerancia a la información contradictoria y falta de capacidad de integración de diferentes visiones, dicen Minguez et al. (2015).

Los elementos perceptivos que han permitido la larga continuidad de la espiral de violencia del conflicto vasco (ETA vs Estado) han influido fuertemente en otras dimensiones del conflicto, en la medida en que se han producido vulneraciones de necesidades humanas básicas, como la seguridad, la identidad colectiva, el reconocimiento, la dignidad, el sentido de justicia, la participación política, la autonomía... La perpetuación de la espiral de violencia ha estado asociada, así, a procesos de exclusión moral y deshumanización del otro, con lo que supone de desenganche moral de los más involucrados en el enfoque violento del conflicto.

El conflicto expresado en violencias, ha conllevado una polarización social, sintiéndose presionada la sociedad vasca a ubicarse en alguno de los polos de esa vertiente del conflicto. Sin embargo, el contacto intergrupal comunitario de una estructura social heterogénea y moderna, con una sociedad civil potente y fuera de las siglas políticas, y la inexistencia de segregación en comunidades culturales o identitarias enfrentadas —a diferencia de Irlanda—, trajo tres consecuencias: a) una capacidad de soportar la tensión sin dejar de construir país con cierta eficacia; b) una baja comunicación social sobre el conflicto, con silencio social y conductas evitativas, para no dañar relaciones familiares y de amistad; c) la Izquierda Abertzale se desarrolló como un espacio social exclusivo, autosuficiente y paralelo, como una micro-sociedad en la

sociedad... hasta que ha dejado de ser funcional, si quería ir más allá de su nicho.

Este conflicto se ha caracterizado por una gran intensidad emocional —odio hacia España, odio hacia el nacionalismo vasco desde el Estado español; y miedo hacia las violencias de ETA y del Estado— acompañando al desarrollo del conflicto. Se le sumaron también emociones de pena y tristeza por el sufrimiento; y de cansancio, hartazgo, aburrimiento, frustración, desesperanza e impotencia, por la prolongación del conflicto.

La violencia cultural y la legitimación de la violencia han sido un aspecto central para la emergencia de la violencia política. Si la construcción sociocultural, la transmisión generacional y los procesos de socialización tuvieron gran importancia en las formas de legitimar la violencia de ETA o del Estado, estos tres factores serán decisivos para deconstruirlas y desactivarlas. Pero, en el fondo, la salida es política.

Ética, eficacia y perjuicio en las violencias

Dejando, provisionalmente, fuera de la ecuación la violencia del estado, paraestatal y parafascista, cabe discutir sobre la conveniencia o no, la utilidad o no de la violencia defensiva —sea violencia urbana o lucha armada— para objetivos emancipatorios; sobre su contribución positiva o negativa a la acumulación de fuerzas y de organización social alternativa; y sobre su proporcionalidad y talla moral, según los actos concretos y grados.

La Izquierda Abertzale tendrá que reflexionar en relación a la violencia, sobre el pasado y según qué etapas, desde distintos parámetros: utilidad, conveniencia, acumulación de fuerzas, alternatividad, proporcionalidad, justicia, legitimidad y ética. Han estado en los debates sociales en el País Vasco sobre el lugar de ETA a lo largo de su historia de 53 años (1958-2011).

En condiciones de dictadura o similar, muchos analistas y partidos pudieron defender su legitimidad, a pesar de no compartir esa estrategia.

Es más, en el imaginario social la violencia tiene, en condiciones de dictadura, además del punto propagandístico, una impresión de empoderamiento terapéutico, respondiendo con la misma moneda a la violencia del Estado dictatorial.

Más debatible fue durante la Transición. Se produjo un arranque de democracia, pero en ella se amnistió y acogió, tal cual, a todos los aparatos de Estado militares, policiales, judiciales y administrativos del franquismo en base a la desmemoria[64].

En cambio, en condiciones de democracia —formal y débil, pero homologable— es y ha sido una estrategia rechazable desde el punto de vista de la legitimidad, la proporcionalidad, la ética y la acumulación de fuerzas.

En este último sentido, y en el caso vasco, el empoderamiento pudo llegar a ser imaginario, porque quien se empoderaba era, sobre todo, la organización armada, y de forma secundaria y subordinada, la Izquierda Abertzale y su base social, hasta el punto de ir la organización armada separándose crecientemente del sentir social, solo partidaria de otros medios de acción.

La lucha armada, incluido el terrorismo selectivo, ha resultado no ser compatible con los procesos de acumulación de fuerzas en una democracia, y tiene derivas autoritarias, ya que una determinada acción decidida por un pequeño grupo armado desactiva todo el trabajo de miles de militantes o de la sociedad civil. Además, el mecanismo de cooptación rápida en una organización armada para sustituir a los comandos detenidos no es el mejor método para tener dirigentes de valía. Ahí las estrategias no tenían que ver con la política, sino más bien con épicas y un conservadurismo de aparato, con la ilusión de una imposible negociación equilibrada. En la fase última de ETA se pudo apreciar, con toda claridad, esa despolitización de su cúpula, con la ruptura del preacuerdo de Loiola, el mejor acuerdo posible en la época.

Habrá que pensar sobre varias cuestiones:

– La utilidad que le ha deparado al país y a la propia Izquierda

Abertzale un ejercicio continuado de la violencia de ETA, no solo contra el Estado sino contra conciudadanos, sin que lograra los principales objetivos —sí ciertamente en los casos de la paralización de Leitzaran y, parcialmente, de Lemoiz— en otra época, bastante lejana: 1992 y 1984.

- En orden a la acumulación de fuerzas, ¿no cabía una lucha solo por otros medios en el país de más movilizaciones por cada mil habitantes en el mundo? El Derecho a Decidir no justificaba violación alguna de los derechos humanos ni la persecución del contrario. Son contradictorios.
- La especialización en la lucha nacional y antirrepresiva, en la que se polarizaban las energías en perjuicio de un programa social en profundidad y alternativo, ¿no diluía el carácter de izquierda de HB? ASK, KAS o HASI no respondían a esa premisa de modo suficiente, mientras LAB se dedicaba a lo laboral. El resto estaba más a otras cosas.
- Su justicia palidece ante el daño sufrido por tanta gente, incluida la propia, y en nombre de un pueblo, cuya inmensa mayoría rechazaba la muerte, con la consiguiente amargura colectiva por la sordera de ETA.
- La legitimidad de una violencia mortal para fines políticos era difícil de aceptar en un contexto no autoritario; y su ejercicio prefiguraba un modelo de sociedad no deseable.
- La reflexión ética está por hacer tanto de la estrategia armada como de las acciones concretas.

Sanfermines de 1978: Germán

En 2019 Sabino Cuadra publicó el libro *¡No os importe matar! Sanfermines 1978: crimen de Estado* en el que narra los acontecimientos de aquellos Sanfermines sangrientos, con Germán Rodríguez asesinado y 150 heridos por bala y por material antidisturbios[65].

Germán fue compañero de comité ejecutivo durante un tiempo. Un

espíritu libre, valiente y precoz que nos asombraba. Su muerte nos consternó y nos congregó en los días siguientes en Iruñea a líderes de las izquierdas de Euskal Herria y de otras partes del Estado —allí vino Jaime Pastor— para pedir responsabilidades sin que aún se hayan depurado: 57 años de espera.

Era la época de las acciones de los «incontrolados» desde los aparatos de Estado, las provocaciones del bunker para forzar una involución y la cobardía de UCD para encarar tanto los hechos como las condiciones para que no se produjeran. Se repetía la masacre de 1976 en Gasteiz —dos años y cuatro meses antes— y con el mismo personaje en el centro: Rodolfo Martín Villa, para quien lo primero es el Estado, sea del régimen que sea. Es quien maniobró para que todos los asesinos salieran impunes.

Sobre la lucha armada en los años 80

En los 80 se multiplicaron los atentados —militares, policías...— buscando una desestabilización que forzara al Gobierno español a negociar sobre contenidos —la alternativa KAS—. Esa estrategia se respondió con el GAL —atentar contra militantes de ETA y otros, especialmente en suelo de Iparralde, para forzar que el Gobierno francés clausurara el «santuario»—.

La continuidad de la lucha armada en los 80 tuvo alguna lógica estratégica continuista —aquí no hablo de moral—, pero sus excesos —la bomba de 1983 en el Banco Vizcaya con dos trabajadores muertos y 10 heridos al no dar tiempo al desalojo; la ejecución de *Yoyes* como amenaza a cualquier disidencia o abandono; y el atentado de Hipercor— achicaron el prestigio de ETA ante un importante sector. Se contravinieron códigos éticos sociales. Algún sector podía aplaudir los atentados a las Fuerzas de Seguridad o a las Fuerzas Armadas; otros podían entenderlo; y muchos otros, en ningún caso. Pero poner en riesgo a la población civil o atentar contra políticos electos, casi nadie.

El atentado de Hipercor fue un hito que rompió moldes en el País Vasco. A pesar de que no fuera un atentado directo, el hecho de que no se

previera que podía haber demora u oídos sordos al desalojo —por desidia o cálculo policial— dejando el resultado en manos de otros, implicaba una dejadez y un desprecio importante por ciertos valores —minimizar daño social— y esto a mucha gente le provocó un vuelco interno muy significativo. En la propia Izquierda Abertzale también fue doloroso. Algún dirigente se marchó en aquel momento —Txema Montero— y otras personas empezaron a tomar distancia. Bastante gente tomó la opción de empezar a manifestarse explícitamente contra ETA.

Personalmente, el atentado de Hipercor me produjo un gran impacto. Entendí que se estaba produciendo en ETA un salto cualitativo y degenerativo con una línea roja sobrepasada. Además, el atentado se produjo después de unas alianzas de izquierdas que había realizado Herri Batasuna en todo el Estado para las elecciones europeas, con coaliciones inclusivas de las izquierdas radicales en Madrid, en Andalucía, con un peso significativo en Catalunya, hasta obtener 360.000 votos por todo el Estado y un éxito notable. Txema Montero, por cierto, tuvo un protagonismo importante mediante gira por todo el Estado. ETA lo arruinó en un instante. Era otra muestra de que la lucha armada no es compatible con los procesos de acumulación de fuerzas, y tiene derivas autoritarias.

El atentado de Hipercor fue el impulso definitivo para aunar y empoderar a todas las otras corrientes —PNV, PSOE, EE, EA, AP, CDS — en la Mesa de Ajuria Enea en 1988. Era el principio del declive de la hegemonía de la Izquierda Abertzale en la agenda política vasca. El *pool* de Ajuria Enea tomó las riendas en un sentido institucionalista y de modelo tradicional democrático, aunque desde el inicio estuvo lastrado por las interpretaciones distintas de lo firmado. En el pacto se incluía, de todos modos, la perspectiva de «paz por presos» que ignoraron el PP y, según etapas, el PSOE. Pero, en todo caso, se condicionaba a la previa decisión de abandono del «terrorismo». En la práctica sólo amparó actuaciones policiales y llamamientos a la movilización social contra ETA, como fórmulas para tratar la violencia política. Ningún avance sobre la

negociación con fondo político. De hecho, fue hostil a las, luego, fracasadas conversaciones de Argel de 1989 y no dijo una palabra sobre los desmanes del GAL de esa misma década.

Tras Hipercor y la Mesa de Ajuria Enea, ETA aceleró los procesos para las conversaciones de Argel, que fue una oportunidad desaprovechada por una y otra parte.

Santi Brouard y Josu Muguruza

Santi Brouard y Josu Muguruza fueron asesinados un 20-N de la década de los 80, aunque en años diferentes —1984 y 1989—, por miembros de la reacción, a causa de sus ideas y de su lugar social en el mapa político. Ambos eran espíritus dialogantes y propositivos, líderes morales y personas reconocidas dentro de su entorno. Ambos pasaron por la experiencia del exilio y buscaban salidas. Su asesinato tuvo un propósito más allá de sus personas. Eran puentes facilitadores con discursos por la paz y la resolución. Romperlos, una táctica para la polarización política, e incluso social.

Se castigó penalmente a sus autores materiales, pero ni la policía ni la Justicia quisieron ir más allá, quedando impunes sus inductores. Ambos crímenes trajeron más confrontación entre el sector social *abertzale* y el Estado y las fuerzas que lo respaldaban incondicionalmente.

Dicho eso, hay muchas diferencias entre los perpetradores y sus motivaciones en cada contexto, así como en los efectos, siendo especialmente más profundos los que se dieron por el caso Muguruza.

A Santi Brouard le asesinó el primer GAL, el más chapucero, como una operación de terrorismo de estado, decidida en la cúpula política del PSOE de la que se podían inducir varios objetivos: hostigar y amedrentar a HB asimilándole a ETA; avisar a ETA de que habría respuesta a sus acciones armadas —coetáneamente los atentados se centraron en Iparralde para forzar la posición del Gobierno francés respecto a los refugiados—; ablandar la posición de la Izquierda Abertzale en una eventual negociación futura que ya empezaba a barruntarse, mediante

contactos discretos... Mientras que desde el Gobierno se pretendía repetir una negociación tipo Rosón —paz por presos—, HB llevaba como condiciones la alternativa KAS[66]. Ambas perspectivas chocaron en las conversaciones de Argel entre enero y marzo de 1989.

La muerte de Brouard, fue tan dolorosa e impactante que no movió a un repliegue de HB, sino al contrario. Pero como le siguieron otros atentados contra ETA, especialmente en Ipar Euskal Herria, sí replanteó todo el esquema operativo y organizativo de ETA al ver dificultados allí sus movimientos.

Con el atentado ya se mostró que para la lógica de Estado —el formal y el profundo— ETA y HB empezaban a ser lo mismo. Con los años, el juez Baltasar Garzón *compró* ese mensaje y fue el encargado de que el Estado formal también pensara así, asumiendo incluso la acusación por «limpieza étnica» provocada por ETA, y preparando la ilegalización de HB y de cuanto tuviera contacto con ella. Fue el sumario 18/98 contra AEK, *Egin*, Zumalabe...

Mientras que el tema de la naturaleza y la identificación de la cúpula del GAL fue cosa de periodistas, con una judicialización limitada a las autorías materiales, el fenómeno estuvo acotado en las sospechas y no alteró el mapa político. Pero cuando empezó a judicializarse y condenarse —años 90, casi una década después de los primeros atentados del GAL—, con pruebas que alcanzaban a la cúpula del aparato de Estado socialista, ya se convirtió en un factor que cerró, junto con la corrupción, la larga etapa de gobierno socialista en la persona de Felipe González (1996). O sea, ni la muerte de Santi ni la existencia del GAL —que «solo» estuvo operativo tres años (1983-1986)— provocaron el maremoto político, sino que fue la comprobación en sede judicial de algunos pocos de sus entresijos, lo que provocó el tsunami una década después.

Ello aceleró un cambio de época con giro a la derecha. El PP de José María Aznar, en mayoría relativa, tomó el relevo y optó por endurecer las leyes y el modelo judicial como autodefensa del Estado, renunciando, eso

sí, al terrorismo explícito de Estado. Bastaba con cambiar y retorcer las leyes.

La elección del 20-N como fecha para el asesinato de Brouard no tuvo así sentido político para un grupo como el GAL, vinculado a los aparatos de Estado dirigidos por el PSOE, obviamente, partido no franquista ni falangista. La elección de esa fecha pudo deberse, bien a una maniobra de despiste de la autoría real —para atribuir el crimen a los entornos de extrema derecha—, o bien a la querencia de uno de los sicarios —Luis Morcillo—, que sí era un ultraderechista conocido en Bilbao y reclutado para el atentado por el policía José Amedo.

En cambio, a Josu Muguruza le asesinó un grupo fascista cuando ya estaba cerrada la estructura GAL. Se ignoran sus derivadas autoriales profundas, pero la presencia de Ricardo Sáenz Ynestrillas —militante facha e hijo de un comandante asesinado por ETA— no deja mucho lugar a dudas. Más allá de la pura venganza, ciertamente pudo haber cálculo político —como en muchas acciones de extrema derecha que están más pensadas por su impacto en onda expansiva— pero, por los relatos de testigos y la reconstrucción, los objetivos principales eran Iñaki Esnaola, Jon Idigoras y Josu Muguruza. No obstante, cabe dudar de que este último fuera muy conocido por los asesinos, a pesar de su importancia en las conversaciones de Argel de seis meses antes, o en la evolución de HB hacia una vuelta a las instituciones de Estado.

Los efectos del atentado del Hotel Alcalá fueron demoledores en el largo plazo. HB se retiró de la apuesta que había hecho por estar presente en el Congreso como uno de los pivotes de su política. Lo había intentado, pero al parecer no podía ser, fue su conclusión.

El asesinato de Muguruza y la retirada del campo de la negociación de HB dio fin también a una época, los 80, en la que la hegemonía en la agenda y en la acción sociopolítica, tanto en la esfera pública como en la acción social, la protagonizaba HB, a pesar de que no ostentaba poder institucional ni tenía funciones de gestión colectiva, más allá de algunos ayuntamientos. Lo cierto es que, aunque no pesaba en la

institucionalización en su conjunto y en la gestión de la crisis económica y de la reconversión, sí lo hacía en la actualidad de la agenda política y en el discurso, tanto por las acciones de ETA como por la capacidad de movilización de HB.

Con esa retirada, el protagonismo de la corriente volvió a pasar a ETA que, poco después, hizo la apuesta de reducir el número de atentados para darles un carácter muy selectivo, priorizando como objetivos a empresarios y a personas representativas y electas del PSOE y PP. ETA retomó esa táctica ya experimentada contra José María Portell —asesinado en 1978 por mediar por encargo de Suarez—. También lo habían retomado antes ETA (pm) —contra miembros de la UCD— y los Comandos Autónomos Anticapitalistas, con el asesinato del dirigente socialista Enrique Casas, que el propio Santi Brouard criticó. La única ETA que quedó desde la desaparición de ETA (pm), tomó como dianas a conocidos periodistas como José Luis López de la Calle —que escribía en *El Mundo del País Vasco* cuando yo estaba en su Consejo— y Gorka Landaburu con el que había tenido una especial relación y con el que me solidaricé personal y públicamente. Además, hubo múltiples intentos frustrados contra otros tantos periodistas —Carmen Gurruchaga, Aurora Intxausti, Pedro Briongos— en la idea de amplificar su impacto, tanto político como social, y generar miedo en parte de la élite.

Visto que los atentados contra los aparatos de Estado los reabsorbía el Estado con celeridad, sin que llegaran a desestabilizarlo y, por otra parte, que no generaban una reacción de las bases sociales *abertzales* a la altura de los retos, la pretensión de ETA fue tensionarlos y dinamizarlos. Ahora la víctima misma, tenida como parte de los «aparatos ideológicos del Estado» que diría Althusser, sería el mensaje.

Una vuelta de tuerca más fue cuando los atentados se dirigieron contra *personas puente* tras el fracaso de Lizarra, con los asesinatos en un solo año, el 2000, de tres socialistas claves: Juan Mari Jauregui, Ernest Lluch y Fernando Buesa. Y a personas próximas al PNV, como el empresario José Maria Korta. Se trataba de polarizar a la propia sociedad y reactivar a la

propia militancia para hacer frente a las movilizaciones por la paz y contra la violencia que se extendían como una mancha de aceite. Tampoco funcionó.

El de Ernest Lluch —21 de noviembre de 2000— me dolió en especial. El mismo día por la mañana habíamos tenido una tertulia mañanera en Radio Euskadi. Avisado ya de noche, lloré. Y, además, como también era *puente*, más pequeño, me sentí amenazado. Empecé a mirar debajo del coche. ¿Qué degeneración se había producido en ETA para que eso pudiera ocurrir?

Contribuciones al «tercer espacio»

A partir de los años 90 volví a escribir de política, tras más de un lustro de silencio y reflexión sobre mi propio pensamiento que siguió al abandono de la militancia organizada. Sentía la obligación de interpretar los hechos que iban pasando. Escribía artículos frecuentemente sobre cada acontecimiento y, de hecho, se publicaban ya fuera en *Egin*, ya fuera en *Deia*, ya fuera en *El Mundo*, alguno en *El Correo* o en *Egunkaria*. Ninguno en *El País* —vetado— a pesar de que les envié algunos artículos bien armados, pre-leidos por algunos colegas universitarios de otro pensamiento. Víctor Pradera y Patxo Unzueta estimaron, al parecer, que no tenía el nivel suficiente o que, quizás, enmendaba la totalidad de la línea de *El País*. A raíz de ello se cortó la relación con Patxo.

En 1997 publiqué *Euskadi o la segunda transición* en Erein. Creo que es mi mejor libro político. Un poco antes lo había hecho Juan Mari Ollora (PNV), que estaba en la misma onda que Gorka Agirre. Con ambos tuve una buena relación. Ya para 1998, vía Elkarri, se había generado una mentalidad mayoritaria en la sociedad para que unos pararan de matar y los otros —el Estado y sus aparatos— de acosar y cercenar libertades democráticas. Probablemente logramos la hegemonía social en esa temática.

Luego publiqué *El país de los vascos. Desde los sucesos de Ermua al segundo Gobierno Ibarretxe* (2001) que propugnaba una reforma

soberanista en dos tiempos. Primero una consulta sobre el derecho a decidir y luego un estatuto soberanista. Es lo que hizo Ibarretxe, solo que al revés, primero el Estatuto Político, y como se bloqueó en Madrid, volvió a la casilla de consulta. Ambas iniciativas las apoyé a tope.

El libro más aportativo, que coordiné y del que escribí varios capítulos, fue *El País Vasco en sus encrucijadas: diagnóstico y propuestas* (2008) con centro en el derecho a decidir, y en el que colaboraron, sobre un guión temático, nada menos que 32 intelectuales: profesores y profesoras de primera línea, economistas, una jueza, periodistas… y que daba réplica académica a la supuesta concentración intelectual alrededor del PSE o del Foro de Ermua. Allí estuvo la flor y nata favorable al derecho de decisión de la época.

Paralelamente participaba en los debates de ETB —«Políticamente incorrecto» con Almudena Cacho y con Estibaliz Ruiz de Azua, después — o en las tertulias de la radio con una misión educativa, de discusión y para mucha audiencia. Estuve al menos dos años yendo a las tertulias de Radio Euskadi —García Larragan era el presentador—. Igualmente participé en Tele Bizkaia con Julio Flor en debates con Rafa Aguirre, Ana Azpiri —que había sido alumna mía y su hermano asesinado en 1988 por ETA— o Andoni Unzalu.

Ya en los años 90, no pocos intelectuales con origen en la izquierda habían cambiado de chaqueta y se apuntaron de manera muy fanática al antiterrorismo arrasador de cualquier rebeldía, como se pudo comprobar con los jaleados cierres, primero de *Egin* (1998) y de *Egunkaria*, cinco años después. La estrategia antiterrorista se saldaba con la restricción general de las libertades y un pensamiento único de «orden público».

Ello daba argumentos en las bases de HB para sostener que como ETA luchaba contra el Poder, valía casi todo, gustara o no. Desde los aledaños de Elkarri, la posición era otra: ni con el Poder ni con ETA. A finales de los 90 esas posiciones críticas con la lucha armada y con el antiterrorismo creo que fueron mayoritarias en el Euskal Herria. Tengo la convicción de que al final la historia nos estaba dando la razón.

El acoso policial no era solo a los militantes de ETA sino también a la gente de HB. Algunos teníamos la actitud de no facilitar procesos de limitación de las libertades democráticas, que era a lo que conducía la estrategia solo represiva y no dialogante ni negociadora del Estado. Y eso hacía que la crítica o la denuncia de ETA la exteriorizáramos con cierta prudencia, para no caer en el saco de quienes eran partidarios de políticas antiterroristas de tierra quemada y de no resolución de «la cuestión nacional». Por tanto, nos inhibía de actitudes que pudieran ser interpretadas en esa dirección, pero sin ahorrarnos la crítica. Prácticamente, detrás de cada atentado importante se pueden encontrar artículos de bastante gente explicando por qué no, por qué aquello no era ni legítimo ni útil, que había que acabar, que había que emprender otra vía... Pero tampoco dejábamos ir de rositas a las operaciones de Estado.

El término tercer campo, «tercer espacio», lo formulé por primera vez en una reunión que tuvimos en un despacho de abogados, de Colón de Larreategui, reunión a la que también asistió José Luis Zubizarreta, el asesor áulico de Ardanza que venía —yo no lo sabía entonces— a cambiar el chip del «pacto de Ajuria Enea» por otro, y que se dio en llamar «el plan Ardanza» (1998). Éste se redactó inmediatamente después de esa reunión, y ofrecía a ETA, a cambio de dejar la violencia, el compromiso de que el Estado asumiría los acuerdos resultantes del diálogo entre todas las fuerzas vascas, incluida Herri Batasuna. En esa reunión expresé que había un ámbito social distinto al del Estado y las instituciones, por un lado, y al de ETA y su entorno, por otro: un tercer campo, que podía ensancharse hasta la hegemonía, a costa de los polos, para forzar un diálogo final. Lo retomó Jonan Fernández.

Algo de ese tercer espacio vivimos, también, con la importante apuesta de ELA y el discurso de José Elorrieta en Gernika en octubre 1997 en el que declaraba que «el Estatuto está muerto». Pako Letamendia y yo le oímos juntos en un Pasileku abarrotado. Estuvieron presentes también algunos dirigentes del PNV. Con estos precedentes pueden entenderse, también, la implicación del PNV en Lizarra tras el fracaso del Plan

Ardanza, las posteriores conferencias de paz, los casi-acuerdos de Loiola o la conferencia de Aiete, bastante más tarde.

Desde el lado de la Izquierda Abertzale me situaban como una persona ajena que defiende las libertades mediante análisis políticos —a pesar de que no le daban la razón a la Izquierda Abertzale oficial— y, al mismo tiempo, era crítico con el Estado, para cuyos defensores a ultranza, yo era una correa de transmisión o simplemente un tonto útil para los designios maléficos *abertzales*. Ese crear un espacio propio, junto con otra mucha gente, que abrió un boquete en el pensamiento social, se vivía al mismo tiempo de forma incómoda y con el orgullo de ir empapando a la sociedad entera. Fue un criterio compartido por ELA, idea que «compró» también el PNV, una parte de la Izquierda Abertzale, toda la izquierda radical, los sindicatos... O sea, que tuvo una gran influencia como modo de encarar la problemática de la violencia y la necesidad de una negociación política, que también venía adjunta. Pero esto significaba que la lucha armada tenía que cesar para abrir vías políticas.

Ser de esa onda no era bien recibido por algunos sectores de HB. Cuando iba a Gernika había quien me llamaba, por lo bajines, «hijo de puta»; y, en una ocasión, mi presencia en una cena en el Arrano fue recibida con cuchicheos desaprobadores. Mi primo Txiki, que sabía lo que es la hospitalidad, los calló.

'El Mundo del País Vasco' y otra prensa

Para intentar influir en la opinión pública estuve presente, algo más tarde de su fundación, en el nuevo periódico *El Mundo del País Vasco* —hacia 1994—. Melchor Miralles me llamó por intermediación de Txema Montero.

Al principio fue un periódico muy progresista, muy por la paz y por la autodeterminación, orientado en su ideario por el periodista gipuzkoarra y de izquierdas Javier Ortiz, a la sazón subdirector de *El Mundo* en Madrid. El Consejo Editorial de *El Mundo del País Vasco* lo llegamos a formar gente como Mariano Ferrer, Iñaki Lasagabaster, Pedro Ibarra,

Idoia Estornés... Gente poco dudosa. Asimismo, participaba el liberal y buena persona Germán Yanke. Muchos editoriales los escribía Mariano, algunos yo. Se llegaron a vender 28.000 ejemplares y una lectura que rondaba los 100.000. Hicimos mucha labor educativa y pacificadora.

Recuerdo que en 1994 presenté a Pedrojota Ramírez como conferenciante en el Aula Magna de Leioa, a rebosar, resaltando las investigaciones de *El Mundo* sobre el GAL y de sus relaciones con la cúpula del PSOE. Traje a colación a los *muckrakers* —literalmente, escarbadores de basura—, a los periodistas norteamericanos de principios del siglo XX que se dedicaron a denunciar la corrupción y los abusos de poder de la época. Un periodismo activista y contracultural que luego se desarrollaría como periodismo de investigación.

Claro que el personaje, Pedrojota Ramírez, ya conocido por su oportunismo, dio después el bandazo y se vendió con armas y bagajes a la derecha más centralista, a José María Aznar, a pesar de que en el ideario del *medio* aparecía la autodeterminación, la paz, el diálogo... Aunque *El Mundo* le daba cancha a la Izquierda Unida de Anguita para criticar al PSOE, le daba autopistas al PP para irse preparando para gobernar. En fin, la desconfianza se tornó en decepción. Pero no fue repentino. Medio año antes, y para nuestro mosqueo, ya habían empezado a redactar desde Madrid más informes y secciones para *El Mundo del País Vasco*. El giro aznarista de Pedrojota nos llevó a marcharnos inmediatamente, en 1996. Mariano se quedó como mero periodista.

No me arrepiento en absoluto. Al contrario, es de las mejores cosas que he hecho en mi vida. Durante ese tiempo influimos mucho en la opinión pública, para bien, y sabíamos que no duraría. Disponer parcialmente de un *media* era como demasiado hermoso para ser cierto.

Una vez abandonado *El Mundo*, escribí sobre todo en Grupo Noticias —*Deia*—, aunque también en *Gara*, *Berria*, *Viento Sur*, *Rebelión*, *Sin Permiso* y, ocasionalmente, en *El Correo*. En 2020 dejé de escribir en *Deia* a raíz de un desencuentro con el editor de opinión, al no facilitarme contestar al segundo artículo maledicente contra mí de Koldo Mediavilla

—escudero de Ortuzar— y a la nueva exigencia de prioridad de publicación en el periódico, como ya lo hacía *El Correo*. Prefiero la libertad. Se perdieron un colaborador asiduo. Todas mis colaboraciones durante años se habían premiado con una mochilita azul clara de monte. Falta de estilo.

Elkarri, Lokarri, Elkarbide, Erabaki

Igualmente fui partidario, y así se lo dije a Bittor Aierdi (Elkarri), de que Elkarri trascendiera de ser un movimiento por la paz a implicarse en presentar una vía política de acomodo basada en una consulta. Elkarri echó mano de los Derechos Históricos de la Disposición Adicional Primera de la Constitución, que proponían Miguel Herrero de Miñón y Ernest Lluch. Esa fue la propuesta IZAN de la segunda mitad de los 90.

Hay un momento en el que, al recrudecerse los atentados, algunos tomamos la decisión de, además de criticar, hacernos presentes en las concentraciones universitarias que silenciosamente convocaba Gesto por la Paz. Lo cual trajo algunas discusiones dentro de lo que era el «sector crítico» de la UPV-EHU, influido por Steilas y LAB.

Había acogido con mucha esperanza el nacimiento de Elkarri en 1992, lo que me situaba lejos de las posiciones de defensa a ultranza —hiciera lo que hiciera— del «Estado de Derecho» que prevalecía en el mundo intelectual universitario público.

Centenares de personas nos movimos en el entorno de Elkarri (1992-2006) y Lokarri (2006-2015). Entre ellos Mariano Ferrer o Garbiñe Biurrun.

Jonan Fernández abandonó Elkarri después de dirigirlo durante 14 años —1992-2006— y se vinculó a Baketik —iniciativa de los franciscanos de Arantzazu— durante 6 años. Tras el alto el fuego definitivo, asumió responsabilidades institucionales con Iñigo Urkullu en el área de paz y convivencia, en una fase post-ETA. En Elkarri había promovido a Paul Ríos que, entendiendo que estábamos en una nueva etapa, cambió la estructura, funciones y denominación. Elkarri por Lokarri, una

continuidad en discontinuidad. Jonan nos animó a Pedro Ibarra, a Mariano Ferrer y a mí, a ayudarle a Paul. Ahí estuvimos, por ejemplo, pergeñando informes periódicos desde un Observatorio por la paz —ahí le echamos una mano Garbiñe Biurrun y yo— que duró poco.

Lokarri, con los años, jugó en el terreno de la mesa por la paz con figuras internacionales que, a la postre, ayudaron a un inédito auto-proceso de paz, ya que no consiguió sentar en la mesa al Gobierno de Mariano Rajoy. A éste le salía más rentable no mover pieza sin que hubiera nada con que forzarle, una vez declarado el alto el fuego definitivo.

Hubo, además, otras agrupaciones afines.

Elkarbide —iniciativa universitaria nacida en 2003— tras distintas actividades, la constituimos en asociación y como corriente de opinión, el 16 de marzo de 2005 con un manifiesto fundacional suscrito por 400 profesores y profesoras de diferentes universidades. Entre sus promotores nos encontrábamos Baleren Bakaikoa, Luis M. Bandrés, Jose Manuel Castells, Iñaki Goirizelaia, Juan Hernández Zubizarreta, Pedro Ibarra, Petxo Idoiaga, Iñaki Lasagabaster, Demetrio Loperena, Jon Gurutz Olaskoaga y yo. Se sumaron poco después Patxi Zabalo, Xabier Ezeizabarrena, Arantza Tapia, Amaia Lizarralde y Mikel Zurbano[67].

De ese entorno fue también el documento explicativo que escribimos para nuestros colegas universitarios de otras universidades europeas: «Peace, Democracy and Decision making in the Basque Country (Report for Foreing University Teachers)» (2008)[68].

Por su parte, Erabaki[69] —otra iniciativa— surgió algo más tarde, en 2008, más penetrada por el PNV y, en la práctica arrope de la estrategia Ibarretxe por el derecho a decidir. Era una plataforma que se presentó en el Hotel Ercilla el 19 de enero de 2008 con el manifiesto «Queremos decidir y vamos a decidir», suscrito por 80 personas y convocando a un acto masivo para el 10 de febrero de 2008 en el Palacio Kursaal de Donostia [70].

Gorka Agirre

El 20 de marzo de 2009 falleció Gorka Agirre, dirigente del PNV. Nacido en Bélgica, país del exilio familiar, era sobrino del lehendakari José Antonio Aguirre y casado con una hija de Luis Mari Retolaza, *Roke*, su suegro, que solía venir de visita a la casa de nuestros vecinos cuando vivíamos en Meñaka, con lo que teníamos ocasión de saludarlos. La conversación de Maite, mi compañera, y *Roke*, ex Consejero de Interior, tuvo su aquel, cuando le sacó a colación que, 30 años antes, fue ella la que, siendo enseñante en lucha, recibió el primer manguerazo de la Ertzaintza en Lakua, en la convocatoria de enseñantes en el recinto y que la dejó para el arrastre durante unos días. *Roke* contó que ordenó la primera intervención contra una manifestación y vio el hecho desde la ventana.

Yo admiraba a Gorka. Hizo grandes esfuerzos por traer la paz y tenía buenas relaciones con HB, además de contactos con ETA. Fue uno de los que apostó por el Acuerdo de Lizarra como modo de acabar con la violencia. Era el responsable de las relaciones exteriores del PNV. Fue muy partidario de la onda Elkarri-Lokarri. Fue maltratado judicialmente por el juez Grande-Marlaska que le acusó de colaboración en las extorsiones de ETA en 2006 y tuvo que pagar una fianza de 12.000 euros para eludir la prisión preventiva, siendo Baltasar Garzón quien sobreseyó el caso, por absurdo, dos años después.

Me acuerdo que, cuando falleció, fui a despedirle a Sabin Etxea, donde estuvo de cuerpo presente el día 23. Hacía pocos meses que la tensión entre Josu Jon Imaz e Ibarretxe se había resuelto con la dimisión del primero. Pero con posterioridad, la plancha de Ortuzar había superado por poco a la de Egibar en las elecciones al EBB del PNV. Gorka y Egibar eran *arzalluzistas* e *ibarretxistas* declarados. Egibar me confesó, allí, de pie, en el hall de Sabin Etxea, que Gorka le había dicho en el lecho de muerte: «Joseba, el partido es lo primero, no rompas el partido». Cumplió su mandato, y hubo de tragar muchos sapos, y ha mantenido el liderazgo del GBB hasta hace poco.

La década de los 90

La Mesa de Ajuria Enea no era operativa y, además, estaba llena de disputas sobre la interpretación de su texto fundacional. A pesar de que se señalaba la posible lógica de negociación de paz por presos —punto 10— y la derogación condicionada de la «legislación especial contra el terrorismo» —punto 11—, prevaleció la lectura puramente antiterrorista. O sea, servía de paraguas discursivo para la ofensiva sobre ETA, el aislamiento y hostigamiento de HB y el veto de cualquier negociación por parte del PSOE y PP. EA es quien más se quejaba de esa unilateralidad.

A principios de los 90, ETA había pasado a una estrategia menos costosa, más concentrada, pero de mayor impacto social y emocional, en la que los *media* tenían un papel involuntario de altavoz y se hurgaba en la psicología social. Personalizó sus asesinatos y atentados en políticos, electos, jueces, empresarios y periodistas, y gestionó el dramatismo de los secuestros. Los asesinatos de políticos electos desde Ordoñez en 1995 a la catarsis con Miguel Ángel Blanco (1997), pasando por el largo y cruel secuestro de Ortega Lara, fueron una catástrofe para la legitimidad social de la Izquierda Abertzale y una situación dura para el PP del País Vasco.

Esos atentados situaron al PP en el mapa vasco, como partido mártir democrático. Hasta entonces la percepción en el País Vasco era de partido de los descendientes de la élite franquista. El PNV había succionado el espacio de derecha y de centro hasta el centro izquierda.

En los años 90, HB perdió el rumbo y electorado, cuando se condenó a si misma —tras la caída de Bidart de 1992— a la función de acompañante de un suicidio anunciado, con la numantina estrategia de confrontación civil, «socialización del sufrimiento», concepto, sin embargo, que no aparece tal cual en la ponencia Oldartzen (1994-95)[71]. Sí aparece en otros escritos y en la estrategia de la época. Se venía a decir que, si a ETA y a la Izquierda Abertzale se les persigue y sufren represión y cárcel, que también lo experimenten los otros, en la idea añadida de que cuando los políticos —y no las Fuerzas de Seguridad— se sientan acosados, encontrarán soluciones o abandonarán por miedo, como en Lemoiz. Fue al revés.

Se acompañaba a la violencia selectiva de ETA con otra violencia social a cargo de militantes duros de alguna de las ramas de KAS. Combatieron el rechazo general a las acciones de ETA mediante confrontación, compitiendo con contramanifestaciones, pancarta propia contra pancarta de Gesto, con la *kale borroka* como extensión y visualización directa del «conflicto», con enfrentamiento social con los del lazo azul y el disciplinamiento interno —incluidas purgas—. Era preferible ser menos, pero fieles, teniendo KAS el rol de comisario político para todo HB[72]. Esto dio lugar a que se alentaran acosos personales, escraches en domicilios, sabotajes a bienes y batzokis, intimidación con señalamientos y amenazas de muerte, agresiones... O sea, una violencia de persecución contra militancia y representaciones de PSOE y PP, no atribuibles en su mayoría a ETA, sino a los aledaños de la Izquierda Abertzale.

Varios miles tuvieron que llevar escolta. Una locura que abonaba la fractura social y, con el tiempo, cultivó la escisión de Aralar comandada por Patxi Zabaleta. Ambas orientaciones —terrorismo selectivo y acoso social intimidatorio— resultaron muy lesivas para esas formaciones políticas hostigadas, contraproducentes para el país y, también, pasaron factura a HB. Les desagregó de amplias capas populares. Hicieron un daño social impagable y vivieron un efecto *boomerang*[73].

La orientación crecientemente autoritaria del Estado y de la legislación, la facilitó ETA en la segunda mitad de la década de los 90, con su nueva táctica selectiva y socialmente impactante y traumática —secuestros y asesinatos de electos, periodistas o jueces—, dejando atrás la táctica de acumulación de atentados. El cambio se correspondía también técnicamente con el hecho de que ya no le era posible moverse con facilidad por Iparralde.

En paralelo, en abril de 1995 se presentó la Alternativa Democrática, que actualizaba la Alternativa KAS y establecía dos niveles de diálogo: uno, entre ETA y el Estado español; y, otro, entre las fuerzas vascas sin límite alguno.

La pretensión de que los atentados selectivos sobre electos obligarían a

los partidos, acobardados, a negociar y que así se lo pediría la población horrorizada e implicada por la «socialización del dolor» resultó fallida. La Izquierda Abertzale navegaba por caminos parecidos, puesto que Euskal Herria «está policial-militarmente ocupada» y «es legítimo que Euskal Herria defienda su soberanía utilizando todas las formas de lucha, tanto la institucional, la de la calle, como la lucha armada», teniendo la expectativa de desestabilizar el actual modelo de Estado español porque «no está consolidado»[74].

Por un lado, buena parte de la población, hasta entonces callada, comenzó a mostrar su rechazo. Gesto lo facilitó con sus actos silenciosos y cívicos. Se minusvaloró que la valentía de mostrarse no es atributo solo de la Izquierda Abertzale, sino del país como tal, también desde otras causas, e incluso, frente a ella. Por otro lado, la extensión de la violencia a las calles como si se tratara de un brazo juvenil de ETA sobre el terreno, tuvo un gran rechazo social.

La respuesta del Estado en ese tiempo fue la condena y primer encarcelamiento de la Mesa Nacional (1997), declarado nulo por el Tribunal Constitucional dos años después.

¿Qué pasó electoralmente entre 1989 y 2001 como reflejo de esas dinámicas? En lo que respecta solo a la Izquierda Abertzale, en las elecciones autonómicas del 1990, HB logró 186.000 votos, descendiendo casi un 7%, porcentaje que ganó el PNV a costa de EE, EA y HB. Cuatro años antes, en 1986, HB había alcanzado casi los 200.000 votos. En esa época ya se había consumado la disolución de Euskadiko Ezkerra en el PSOE-PSE (1993) tras el giro espectacular de Mario Onaindia. En 1994 vuelve a bajar otro 10%, quedando en 166.147 votos. A pesar de ello se aprobó la ponencia Oldartzen en la tesitura numantina de apretar las filas, aunque fueran menos. En cambio, tras Lizarra (1998) y abandonada aquella estrategia, ganó un 34% de votos. Aun siguiendo siempre en la 3ª posición —en esa ocasión por debajo del PP— llegó a 224.000. Y, sin embargo, en 2001, Euskal Herritarrok —liderada por Otegi— no pasó de

143.000, como castigo al naufragio del acuerdo de Lizarra, descendiendo a 4ª fuerza[75].

Plan Ardanza y Acuerdo de Lizarra

Cuando el PNV atisbó que el Pacto de Ajuria Enea era, asimismo, un tapón para las reivindicaciones nacionales y que la acción del Estado se estaba volviendo en contra del nacionalismo en su conjunto, el lehendakari Ardanza ofreció su relectura con el «Plan Ardanza» —marzo de 1998—, que no suscribieron ni PP ni PSOE.

El Plan Ardanza quiso preparar el camino de renovación del pacto de Ajuria Enea, pero sin éxito. Planteaba un nuevo camino para llegar a un «final dialogado», a través de un proceso de negociación de todos los partidos vascos sobre el futuro de Euskadi, sin excluir de antemano la cuestión de la soberanía. Todos los partidos que participaran en el proceso y el Gobierno de España debían asumir de partida los acuerdos finales a los que se llegara. Antes de comenzar la negociación, ETA debía anunciar una tregua «ilimitada» con el compromiso de dejar definitivamente las armas. El representante de ETA en el proceso sería HB. Sin embargo, mientras PNV y EA pensaban que se debía respetar el derecho a la autodeterminación, PSOE y PP consideraban que el límite de la negociación era el marco constitucional.

Es posible que el Plan Ardanza se lo sugirieran al *lehendakari* como vía de despedida, y así no se le identificara para la historia como el *lehendakari* solo del fallido «Pacto de Ajuria Enea». Desde luego, es seguro que Ardanza no hubiera promovido el Acuerdo de Lizarra.

Tras los acontecimientos derivados de Ermua —hostigamiento a los *abertzales* en algunos barrios, intentos de linchamiento… algo así como la contrarréplica a sus escraches— ya solo cupo que el acuerdo de Lizarra (1998) viniera al rescate, para confrontar con lo que desde el PP y PSOE se había pretendido: un *pogrom* antinacionalista y centralista con la excusa del antiterrorismo.

El PNV también lo anotó y se asustó con lo que venía. En efecto, el

asesinato de Miguel Ángel Blanco, cuya ola destapó todos los frascos de las esencias de una causa general furibunda contra todo el nacionalismo vasco, sirvió para que el PP de Jaime Mayor Oreja diera un salto cualitativo en presencia electoral en la CAE. No es que de repente el PNV se radicalizara, sino que vio amenazado todo lo que había construido y auspició también el acuerdo de Lizarra —seis meses después del Plan Ardanza— con un contenido más específico y otros protagonistas, y ya sin Ardanza en el Gobierno. Fue suscrito al alimón entre el nacionalismo histórico y el radical, además de Ezker Batua y la mayoría sindical.

La tregua —que duró casi año y medio y que vino adjunta al Acuerdo de Lizarra— se cerró con el asesinato del teniente coronel Pedro Antonio Blanco —21 de enero de 2000—, reactivándose los asesinatos de concejales y líderes socialistas y del PP; recrudecimiento de la *kale borroka*…

Los primeros 2000 dieron lugar a un enfrentamiento radical entre el Gobierno Aznar y el respaldado y soberanista Gobierno Ibarretxe. Aznar se atrevió a cerrar *Egin* y, cinco años después, *Egunkaria*, aprobar nuevas leyes antiterroristas y encarcelar a la Mesa Nacional de HB, con el respaldo del PSOE de Nicolás Redondo Terreros; y forzó una máxima polarización de los medios de comunicación como instrumentos de acción política.

Esa década podía haber supuesto una laminación del nacionalismo y el soberanismo en su conjunto, pero las iniciativas que tomó el Gobierno Ibarretxe —Estatuto Político y proyecto de Ley de consulta— ejercieron de muro colectivo de contención.

Tras el fracaso social de la estrategia de confrontación y la experiencia unitaria —y final— de Lizarra, la «ponencia Eraikitzen» (2000) vino a querer subsanar toda esa deriva, pero una desconcertante y desnortada ETA se lo impedía. Se abrió un marco refundacional, ya como Euskal Herritarrok, con el liderazgo de Otegi, orientado a la «construcción nacional» y con los objetivos de «la independencia, el socialismo y la consecución de un país euskaldun», con un nuevo modelo político y

organizativo que «agrupara a todos los ciudadanos independentistas y de izquierdas» de Euskadi, Navarra e Ipar Euskal Herria.

Con el acuerdo de Lizarra en 1998 creímos que se abriría una dinámica definitiva de tregua. El disgusto colectivo por la vuelta a los atentados año y medio después, lo compartió la propia Batasuna, aunque en sordina, porque tras un ascenso electoral —o sea, de recuperación de parte de sus bases tradicionales— le devolvía al rol de acompañante de ETA y a ser objeto de la furia del Estado en forma de procesamientos, ilegalizaciones y retrocesos en las urnas.

ETA tenía que haber acabado en el año 77 o en el 89 o en el 98. Probó todos los ensayos imaginables de estrategia, tanto por parte de ETA como de la Izquierda Abertzale oficial, sin lograr otra cosa que mantener apiñada una parte de la base social. No era un buen balance. Y de nuevo el aparato armado se impuso a la sociedad civil, al electorado *abertzale* y a la organización política.

Hay un momento en el que la Izquierda Abertzale es consciente de que está perdiendo estructuralmente apoyo en la sociedad vasca, que su espacio se va estrechando, que el nivel de influencia que puede tener su discurso decrece en la medida que crece el de otros que además marcan la agenda. Se dio cuenta de que por ahí ya no se iba a ningún lado. Tras la ponencia Eraikitzen (2000) vino el tardío pero consciente discurso de Otegi de noviembre de 2004 en Anoeta, apuntando que había que apostar por «paz por presos», la apertura del proceso de autodeterminación y finiquitar la lucha armada.

Pero el grupo armado se dio, de nuevo, sucesivas prórrogas en forma de fugas hacia delante. Las direcciones de ETA de esa época carecieron de visión, pero imponían las situaciones con hechos consumados. No hubo aprendizaje por la parte de ETA a ese respecto. Era un grupo militar que pensaba en términos militares, de victoria y derrota, de vencedores y vencidos, estrategias que no tenían que ver con la política, sino con la ilusión de una negociación equilibrada en una coyuntura mejor, que

nunca llegaba, y que cuando llegaba, no se la reconocía y se ponía listón aún más alto.

La vuelta a la lucha armada tras Lizarra voló los puentes por un lado y, al mismo tiempo, debilitó enormemente a la Izquierda Abertzale, sin legitimidad social, a pesar de que había firmado un acuerdo de legislatura para apoyar el Gobierno de Ibarretxe en 1999, cuando Euskal Herritarrok expresaba su apuesta exclusiva «por las vías políticas».

De nuevo en 2002 Garzón instruyó sobre la «subordinación de Batasuna a ETA» y la financiación de las Herriko Tabernak de la que derivaría la ilegalización de Batasuna.

Tras la caída en saco roto del discurso de Anoeta, el segundo intento lo hizo Otegi a través de los contactos con Egiguren para la tregua en 2006 y el preacuerdo de Loiola con PNV y PSE. Pero ETA arruinó también aquel preacuerdo. El atentado de finales de 2006 en la T4 del aeropuerto de Barajas nos devolvió al punto menos cero de una imposible negociación a futuro. A partir de entonces no solo decayó la idea de «paz por proceso de autodeterminación» sino también la de «paz por presos».

Al año siguiente —octubre de 2007— se detuvo a toda la cúpula de Batasuna en Segura —orden de Garzón desde su silogismo de parvulario del «todo es ETA»—, justo cuando ésta pretendía tomar la dirección de todo el proceso sin ETA. Se abre después el caso Bateragune. Es la detención más estúpida de la historia, puesto que retrasó la paz al menos durante cuatro años.

Ciertamente hasta entonces la Izquierda Abertzale y ETA eran dos cosas distintas, pero el liderazgo —la agenda y situaciones, además del ascendente por origen y sacrificio— lo tenía ETA y pesaban en la corriente, al menos, exigiéndole en los hechos mucho esfuerzo en dinámica anti-represiva. A punto estuvo de terminar con la Izquierda Abertzale a mediados de los 2000, pero la reacción de los Otegi, Rafa Díez y compañía, incluyendo el puñetazo en la mesa con un «hasta aquí hemos llegado» en 2007, llevó a ETA al alto el fuego definitivo en enero de 2011.

Cabe recordar aquí que las tres fases de ese choque entre HB y ETA

fueron el Discurso de Anoeta de Otegi (2004), los preacuerdos de Loiola de 2006, y la «propuesta de autonomía y del derecho a decidir para una paz definitiva» del 8 de febrero de 2007[76]. Estos acelerones en la década no son ajenos a que el *lehendakari* Ibarretxe (PNV) era quien tenía la iniciativa, desplazando el protagonismo de la Izquierda Abertzale.

Loiola

La aplicación del modelo de Otegi —retomado del modelo de negociación de Irlanda— de dos mesas, una entre ETA y Estado (Gobierno) —Oslo— y la otra, política y de futuro, entre partidos, tampoco funcionó en Loiola. Era cuestión de tiempo. En Oslo se iban a discutir más cosas que la paz por presos, y si no funcionaba, lastraría a la otra mesa, la de Loiola, porque ETA tenía voz directa en una, y voz desde la trastienda en la otra.

La propuesta de Loiola era muy interesante. La más avanzada y transversal de nuestra época.

Ni a Josu Jon Imaz ni a Rodolfo Ares se les veía cómodos. Caso de prosperar, sus difíciles mimbres no se hubieran podido implementar sin el concurso de un reticente PSE-EE —el PSN no estaba en ello, ni parte del PSE-EE tampoco—. Habría habido una gran resistencia de las fuerzas vivas del Estado —y de Navarra— lo que hubiera requerido, igualmente, una gran movilización social vasca y una propuesta integral de país para habilitarla. Incluso hoy, sería difícil de implementar porque, si se estuvo a punto de firmar, fue bajo la presión armada que ya no existe —felizmente — entre nosotros. Se requieren otras «legitimaciones» y ritmos.

En Erabaki publicamos el comunicado adjunto una vez que se supieron los contenidos de aquellas reuniones que permanecieron secretas durante un tiempo:

> **Preacuerdo de Loyola**
>
> En otoño de 2006, PSOE, PNV y Batasuna estuvieron cerca del acuerdo que hubiera traído la paz y la normalización política. Estuvieron a punto de lograr un acuerdo incluyente a través del diálogo.

«Las tradiciones políticas que firmamos este acuerdo hemos hecho un esfuerzo sincero para avanzar en el diálogo y un acuerdo para toda la ciudadanía».

Un acuerdo para la convivencia democrática

«Un acuerdo incluyente entre las diferentes sensibilidades políticas del país para sentar la convivencia democrática…».

Bases para el diálogo

Asunción compartida de los principios democráticos.

Respeto y compromiso activo con los derechos humanos.

Respeto y compromiso activo con las reglas de juego democráticas para hacer política.

Bases para el acuerdo

Respeto a la voluntad democrática de la sociedad vasca.

Respeto a la pluralidad política.

Respeto a los principios democráticos.

Respeto a los procedimientos y normas vigentes.

Condiciones para el diálogo resolutivo

«El diálogo que permite alcanzar acuerdos y desarrollarlos se llevará a cabo en ausencia de todo tipo de violencia o coacción».

Un acuerdo para un nuevo marco jurídico. Bases políticas del futuro acuerdo:

1. Reconocimiento de Euskal Herria.

«Aceptamos que existe una realidad conformada por vínculos sociales, lingüísticos, históricos, económicos y culturales llamada **Euskal Herria,** que se constata en los territorios de Araba, Bizkaia, Gipuzkoa y Nafarroa en el Estado español y Lapurdi, Nafarroa Beherea y Zuberoa en el Estado francés».

2. Derecho a decidir.

«Nos comprometemos a defender que las decisiones que sobre su futuro político adopte libre y democráticamente la ciudadanía vasca sean respetadas por las instituciones del Estado».

3. Reconocimiento jurídico del hecho nacional vasco.

«En el futuro ordenamiento jurídico se definirán y garantizarán, de forma acordada, los derechos que pudieran derivarse de la condición nacional del pueblo vasco».

4. Reconocimiento jurídico del euskara como lengua cooficial en los cuatro territorios de la Comunidad Autónoma del País Vasco y de la Comunidad Foral de Navarra.

5. Igualdad de género.

«Nos comprometemos a establecer las medidas jurídicas y normativas que garanticen la igualdad de condiciones y oportunidades a mujeres y hombres en el acceso y ejercicio real de todos los derechos».

6. Creación de un nuevo órgano institucional común para los cuatro territorios de la Comunidad Autónoma del País Vasco y de la Comunidad Foral de Navarra, dotado de capacidad ejecutiva y de propuesta legislativa.

7. Creación de una Eurorregión vasca que englobe a los siete territorios de Euskal Herria.

SÍ AL DERECHO A DECIDIR, SÍ A LA CONSULTA

Si llegaron a ponerse de acuerdo en todos estos puntos… ¿Por qué desperdiciar ese esfuerzo? Que nuestros representantes políticos, sin exclusiones, retomen las negociaciones que se rompieron en Loiola. La solución es posible. Que ETA cese la actividad armada. Que se restituyan los derechos y libertades civiles y políticos. Decidamos.

ERABAKI, Primavera de 2008

Tras es el fracaso del preacuerdo de Loiola se abrió la caja de Pandora para la Izquierda Abertzale hasta la tardía legalización de Sortu (2012) y la salida de la cárcel de Otegi, Díez y otros (2016). Casi 10 años de ostracismo y provisionalidad. En ese momento se debatió socialmente si Otegi debía o no seguir liderando Sortu y Bildu, porque simbolizaba el pasado, aunque —desde su carisma— trajo el futuro[77].

De esta época, rescato un artículo, poco después de Loiola, y que se refiere a un importante documento de la Izquierda Abertzale.

La «Propuesta de Autonomía Política» de la Izquierda Abertzale. Ramón Zallo (*Diario de Noticias*, 24 de febrero de 2007)

El 8 de febrero de 2007 pasado la Comisión Negociadora de la Izquierda Abertzale (IA) hacía pública su Propuesta de autonomía y del derecho a decidir para una paz definitiva. Los comentarios mayoritarios no le han hecho justicia a la importancia del documento que, ciertamente, la tiene para el medio plazo aunque poca para la coyuntura más inmediata.

Cambios de fondo

Ciertamente no es nuevo el discurso de la autonomía en la IA. Al fin y al cabo, a finales de los 70 con ocasión del debate autonómico, ya se contraponían al Estatuto de Gernika propuestas de Estatuto de Autonomía con pasarelas autodeterministas y, en el caso de la IA, diez años después, en 1990, también formuló una propuesta de Estatuto Nacional de Autonomía para Euskadi Sur. Tampoco es nueva la parte relativa al derecho de decisión: un acuerdo multipartito a consultar a la ciudadanía para un nuevo marco de decisión.

Lo nuevo se da en tres aspectos

En primer lugar, se rescata un discurso abandonado. Recordemos que aquel discurso fue sustituido por la consideración de Euskal Herria como un sujeto político único (incluido Iparralde). Desde el informe Bateginez (1999), se propuso la convocatoria de una Asamblea Constituyente de Euskal Herria, preparada por electos de todo tipo (se le quería dar esa función a Udalbiltza) que, aunque procedentes de la institucionalización vigente, generarían una nueva legalidad nacional. Obviamente, era dudoso que fueran a estar ahí los no nacionalistas, y aún más dudoso su grado de representatividad en Navarra y ya no digamos en Iparralde. Un castillo en el aire.

Esa propuesta era radicalmente distinta a la de ahora. Ésta se construye como punto de partida desde el suelo democrático vigente («un acuerdo político que partiendo de la actual realidad política e institucional», y ello aunque se la critique porque «no es consecuencia de la voluntad democrática de la ciudadanía»). Es decir, desde sus mecanismos y, de nuevo, sólo para Euskadi Sur, legitimando parcialmente unas instituciones consolidadas, aunque sea para cambiar el marco.

Esto que es fácilmente aceptable para otras percepciones (partir necesariamente de una legitimidad para construir otra legitimidad distinta) seguro que generará un debate de principios en la IA. Unos dirán que se legitima el estatutismo y la partición. Y otros les contestarán que la deriva es para cambiar el marco y sin renunciar a ningún principio y, se preguntarán, si visto así, no se legitiman más unas instituciones cuando se ha participado en sus elecciones durante 25 años y no solo para hacerse un recuento en las urnas sino también para hacer propuestas, críticas o gestiones.

Segunda novedad. Reconoce la legitimidad de cada espacio institucional entendiendo que Navarra es un espacio propio que ha de decidir por su cuenta para ir o no hacia un proyecto colectivo nacional. Hasta ahora se daba por descontado que, en caso de consulta, el espacio contable era el nacional. Incluso se mencionó en la rueda de prensa la palabra tabú, vasco-navarros, que algunos ya utilizamos ocasionalmente siguiendo la tradición de finales del XIX y del proyecto de Estatuto del 1931.

Tercera novedad. Se puede interpretar que hay un inicio de cambio de metodología estratégica. Parece formularse la propuesta no desde el puro deseo o desde un mundo imaginado, sino desde el principio de realidad, desde la realidad social (hay no

nacionalistas, cómo se ven los navarros) e institucional (hay dos parlamentos, hay dos legitimidades de partida) a cambiar para llevarlas, desde acuerdos y mayorías a conquistar, hacia el deseo.

A destiempo, pero bienvenida

No han sido las mejores fechas para plantear este relativamente nuevo discurso. Lo razonable es que se hubiera puesto el año pasado encima de la Mesa Tripartita (IA, PSE y PNV) y que, precisamente, por los temas de territorialidad y decisión no culminó sus trabajos. El inconveniente de hacerlo público ahora es que no parece posible que pueda entrar en la agenda colectiva al menos antes de las elecciones de mayo (es a lo que están los partidos) y antes de la confirmación de una tregua seria de ETA.

Ciertamente lo que hubiera respondido ahora a la agenda temática hubiera sido una declaración sobre el proceso de paz y no sobre el de normalización. Es verdad que ha habido declaraciones estimulantes («no hay paz con bombas») en la línea de Anoeta («sacar el conflicto de las calles»), pero ese meritorio y apoyable empeño de la dirección de la IA lo contrarrestan los tercos hechos de una bomba y de una *kale borroka* que no cesa.

Otro inconveniente es que se confirma el condicionamiento mutuo entre el proceso de paz y el de normalización. Incluso ahora, cuando se plantea la nueva propuesta como base para un acuerdo suficiente para los temas de territorialidad y decisión, se dice a renglón seguido que «esta propuesta hace la paz», o sea puede llegar a ser para ETA una condición para un cese definitivo. Se siguen sin hacer dos cosas importantes: formular un puro paz por presos y confiar en que los cambios políticos vendrán de las luchas legítimas de una sociedad madura y no tutelada.

Solo es una senda

Desde luego la propuesta es poco precisa. No se incluyen las mediaciones (el cómo) ni el factor tiempo (fases, y desfases entre procesos) y se deja el tema al debate con otros. Respecto al cómo las preguntas son múltiples. ¿Dos mesas para dos espacios? Parece lo lógico. ¿Mismas temáticas? Es dudoso. ¿Qué papel de los dos parlamentos? ¿Qué forma adoptaría el derecho de decisión? ¿Se trataría de una pregunta de modelos de Estado, una pregunta de fondo soberanista, una pregunta metodológica o un proyecto estatutario a consulta?

Respecto al tiempo, hoy Navarra no está para preguntas de las que ya sabemos la respuesta de antemano, mientras no haya un periodo de transición hacia una normalidad relacional con Euskadi para reconstruir los innumerables puentes rotos (por ETA, por el navarrismo conservador y españolista, por el socialismo que se desdijo, por los errores asimilacionistas de todos). Además, se requerirá un Parlamento navarro —¿el próximo?— con una mayoría que dé vía libre a una consulta

sobre alguna pregunta que probablemente tendría que ser más elemental (por ejemplo, sobre unos protocolos y/o sobre un órgano de coordinación) que la deseable.

La IA tiene pendiente profundizar en unas líneas estratégicas válidas para el periodo post ETA, objetivamente abierto desde hace unos cuantos años, y que ETA retrasa una y otra vez. El imaginario de la IA sigue pegado a la rémora armada que le ha impedido durante 30 años (en 1978 se fijó la Alternativa KAS) pensar en criterios, principios y estrategias políticas propias para una democracia (con todas las limitaciones que se quieran). Ahora mismo, y con diferencia, le falta el rodaje para responder simultáneamente a retos políticos y a nuevas franjas sociales porque tiene pendiente, no un ajuste estratégico, sino una auténtica convulsión de ideario, valores, estrategia, metodología, repaso de la historia… Y eso es imposible con ETA y sin haber hecho su particular Suresnes.

Lograr mayorías en una democracia al uso es muy duro. Es un aprendizaje que Batasuna parece haber empezado.

El atentado de Barajas

El atentado de Barajas propició la rebelión definitiva de la Izquierda Abertzale frente a ETA, a la que obligó a declarar un alto el fuego definitivo en 2011, con aquel documento de giro de timón definitivo «Zutik Euskal Herria», ratificado por las bases de la Izquierda Abertzale, en febrero de 2010.

La historia ha demostrado que una vez cesada la lucha armada no se abrieron las vías políticas. Claro que las vías políticas también resultaron imposibles con la lucha armada. Unas veces, por la negativa del Estado, incluso a las propuestas de Ibarretxe, que solo eran una consulta no vinculante y un estatuto a caballo entre federal-confederal; y otras, por repetidos errores de cálculo de ETA, siempre queriendo más. Por su parte, con José Luis Rodríguez Zapatero, el Estado al menos lo intentó, pero en la versión Rajoy ya no se sintió obligado a pactar, a diferencia de Aznar. Asumió la filosofía del «a por ellos». Ello corroboraba que, entonces y después, el problema principal no solo era ETA sino, también, la calidad democrática del Estado mismo.

El reconocimiento institucional vasco de todas las víctimas no se corresponde con la visión mayoritaria de la opinión pública en España,

para la que ETA es solo cosa de criminales que deben pagar y que nunca habría que excarcelar. Tampoco ve lo que hizo el Estado —GAL, las torturas, las leyes de excepción, los juicios de república bananera, la negativa a un nuevo status que era mayoritario en la CAE…—. Miraba y mira para otro lado.

Si hubiera habido acuerdo de paz —¿desde Lizarra? ¿en Loiola?— todo hubiera sido distinto. Se habría aplicado un modelo de paz por presos y abierto una vía política de canalización del conflicto de fondo entre los partidos.

Seguramente estaríamos hablando ahora de *justicia transicional*, como la de Colombia o Sudáfrica, y el reproche moral no hubiese implicado la aplicación penal sobre unas tramas entendidas como colectivas. Desaprovechar aquella oportunidad supuso que sigamos en un esquema de «vencedores y vencidos» y que solo se aplique el escalón más bajo e individualizado de la *justicia restaurativa* —la individualidad sujeta al reconocimiento del daño causado—.

Ahora estamos solo en un esquema de penas a releer penitenciariamente para uno solo de los bandos de victimarios. El otro bando no está en la ecuación. Hizo mutis por el foro, arropado por la Justicia y la inmensa mayoría de opinión pública española. ¿Lecciones de ética?

Víctimas

Estando los presos de ETA reclamando que se les aplique la ley penitenciaria ordinaria, la opinión mediática mayoritaria, alimentada por algunas asociaciones de familiares de víctimas y los *media* dominantes, sigue instalada en la política penitenciaria de excepción, de cuando existía ETA, y que se justificó para derrotar al terrorismo. Ahora que no existe, no tiene otro sentido que la venganza y el impulso derechista.

Todas las víctimas tienen el derecho a reclamar memoria, verdad, reconocimiento, reparación y justicia.

Lo que no tiene derecho ninguna asociación es a intentar imponer su

memoria y verdad. Ni a confundir ese reconocimiento con su propia interpretación de las leyes. Tampoco puede identificar la reparación con su idea de administración de la política penitenciaria que es una tarea pública. Menos aún a creer que su justicia pasa por la conculcación de derechos ajenos, como son los de las personas presas. Y aún mucho menos a intentar aplicar, de propia mano o de forma vicaria, la ley del talión, un concepto ajeno al derecho europeo.

El derecho penal y penitenciario no solo está para hacer justicia a las víctimas sino, también, para preservar los derechos de todas las personas, incluidas las personas presas que también son sujetos de derechos.

No sabemos cómo habrían reaccionado algunas asociaciones de víctimas si se hubiera aplicado el modelo estándar de fin de la violencia, mediante «paz por presos», con excarcelaciones inmediatas, propias de otros contextos espaciales o temporales. Así fue en Irlanda, Sudáfrica o Colombia; pero también por parte del Estado español con la UCD.

La Asociación de Víctimas del Terrorismo y Covite están instaladas en el pensamiento punitivista. Es de una crueldad inusitada, viniendo de víctimas que han sufrido, que no consideren destructivas para las personas unas estancias en prisión de más de 20 y 30 años, cuando dada la naturaleza política de sus condenables delitos, esas personas pueden servir a la comunidad desde una fácil reinserción, que es la finalidad última de la pena, y sin riesgo alguno de reincidencia.

Por sus valores y reivindicaciones se comportan como organizaciones de ultraderecha, recurriendo como chantaje moral a conceptos como «humillación», «revictimización» o «enaltecimiento del terrorismo» cuando de aplicar la Ley General Penitenciaria se trata.

Gesto por la Paz

Hubo un momento en el que quien tomó la iniciativa para protestar ante cada atentado, de ETA sobre todo, y ya en los 90, fue Gesto por la Paz —1986-2012—. Mi relación con Gesto por la Paz en ese tiempo era

escasa, salvo con algún profesor universitario como Imanol Zubero, al que siempre valoré mucho.

Los que pensábamos más en términos de «tercer espacio» no nos metíamos en esas protestas, al principio muy testimoniales, aunque criticábamos públicamente las acciones de ETA. No manifestábamos nuestro modo de pensar en forma de movilización y echábamos, además, a faltar alguna contextualización en las protestas de Gesto y una mirada crítica sobre las violencias estructurales e institucionales y los abusos de poder del Estado.

Luego surgieron como escisiones internas, ¡Basta Ya! y Foro de Ermua, que ya tenían un perfil instrumentalizado directamente por el Estado central en su versión más reaccionaria, como brazo ideológico del propio Estado y como brazo político del Ministerio del Interior. Estas dos organizaciones confundieron, de hecho, la defensa de las libertades con la defensa del Estado, acallando todos los desmanes antidemocráticos.

Gesto por la Paz no era así, tenía un concepto de protesta silenciosa, que era absolutamente legítima; en algunos casos, tenían razón. Era una manera llamativa de hacerlo visible, aunque despolitizaban el origen de las violencias. Las veían solo como un tema de derechos humanos, y no como parte de una confrontación desde un fondo estructural de dominación de clase y centralista poder del Estado. Gesto se atenía solo a conceptos éticos, desposeídos de historia y contexto interpretativo sobre la calidad democrática del régimen y, por tanto, despolitizaba la problemática de la paz como si solamente fuera un hecho de «violencia sí o violencia no».

No incluía en el análisis la negativa del Estado a reconocer el derecho a decidir del pueblo vasco, o minusvaloraba el precio de la estrategia antiterrorista, que recortaba muchos derechos democráticos de la población y criminalizaba a todo lo que se moviera en el amplio espectro de la Izquierda Abertzale o de *euskalgintza*, aunque no tuviera nada que ver con ETA.

Aiete

La hoja de ruta política de Aiete no fue obligatoria para quienes no estuvieron allí —PP, PSOE…— pero se impuso como referencia y guía para todo el proceso de paz.

Aterrizaje en Aiete y vuelta a Loiola.
Ramón Zallo (*Deia*, 19 de octubre de 2011).

La conferencia internacional de Aiete, auspiciada por Lokarri, ha tenido una representación política internacional de lujo y ha sido apoyada especialmente por una valiente izquierda abertzale que asumía por fin el liderazgo de la corriente, un generoso PNV que sacrificaba intereses a corto, y un siempre admirable Eguiguren como político tractor que juega al límite. Ha sido un éxito y una magnífica noticia en el camino de las soluciones como pista de aterrizaje o arrope que es para la próxima renuncia —o bien irreversible o bien definitiva— de ETA a la actividad armada. Felizmente, como hecho consumado que abre vías ya no se podrá obviar la expectativa generada interna e internacionalmente.

Ni el PP ni el Gobierno Zapatero han visto con agrado la Conferencia, pero es probable que este último estuviera más que informado. Se la ha denostado incluso como «payasada» (Salaburu *dixit*) pero se olvida que, aunque ETA se agarre a ella como última tabla, la Conferencia y la negociación virtual que traduce también simbolizan un triple fracaso histórico de una ETA en retirada. Primero, su debilitamiento ante el Estado. Segundo, el fracaso de las estrategias sucesivas de negociar directamente contenidos políticos (alternativa KAS), de suplantar a la mesa política (Lizarra) o de imponer contenidos (Loiola), para ahora aceptar una negociación virtual sin la capacidad de presión de un hipotético retorno. Tercero, el triunfo interno de la izquierda política abertzale sin vuelta de hoja (Anoeta, Zutik Euskal Herria, estatutos de Sortu, triunfo electoral municipal, disolución de Ekin, declaración de presos dando a la izquierda política la primogenitura...) y con poco aspecto de vencida.

Estamos volviendo al espíritu de Loiola que fue el momento más maduro de salida política que jamás hemos tenido y cuyas lecciones no se han superado, aunque su calendario es muy probable que, vista la probable victoria del PP en la próxima cita electoral (10-11-2011) sea bastante más largo que el que allí se previó, entre otras cosas porque el PP ni está ni se le espera.

A diferencia de las desafortunadas y lejanas palabras del lehendakari Patxi López —centrándose solo en el punto primero de la declaración como si no tuviera cinco, y viendo soledad de ETA donde había compañía múltiple para un aterrizaje con cierta dignidad— el documento sintetiza muy bien, dentro de su extrema brevedad, lo que hemos aprendido (muchos) estos años.

Hemos aprendido que hay dos problemas, y no uno, como se empeñan *en Madrid*.

En el extranjero eso lo han entendido a la primera, porque no tienen contaminada la mirada por las obsesiones excluyentes de la política antiterrorista. De poco vale conjurar, con cargo a la persecución de la violencia, las temáticas políticas que se niegan a resolver.

Igualmente se sabe que son temáticas distintas a no mezclar —aunque fondos y «consecuencias» del conflicto tengan relación entre sí— y que tienen interlocutores distintos y también —a diferencia de Loiola— tiempos distintos. Hay que tratarlas separadas, como dos agendas, pero hay que tratarlas ambas. No abordar la agenda de fondo del escenario post ETA podría crear un problema enorme que pondría en jaque al Estado no desde la violencia sino desde una marea democrática y de deslegitimación.

Asimismo, vistos los precedentes de cómo acabaron las esperanzas de Lizarra y de Loiola, la violencia ha de cesar de manera definitiva para abrir las vías sobre las secuelas y sobre el fondo. Ya no hay diálogo ni espacio político con violencia latente porque ETA ha ido quemando todas las metodologías anteriores en busca de una mejor posición negociadora que nunca llegaba. El diálogo, la presión social y las mayorías democráticas aparecen como la vía de futuro.

Por ejemplo, la terminología guerrera de vencedores y vencidos la proponen quienes siempre sostuvieron que no había guerra, y ni siquiera problema, y pasa por encima de que las *batallas* han sido múltiples: del Estado con ETA y viceversa; de la *democracia* española con el encaje vasco incluyendo la deslegitimación de las instituciones vascas electas; de la sociedad vasca y de la mayoría de partidos frente a ETA para que lo deje, al precio de marginar socialmente a la corriente que le apoyaba; de la izquierda abertzale con ETA para que acabe de una vez; de las corrientes mediadoras (el tercer espacio) para hacer un sitio a los ensayos de salida…

Hay estrategias que quieren inútilmente institucionalizar la venganza —el PP, UPyD y algunas asociaciones políticas de víctimas— con un pase de factura para toda la eternidad. Pero se olvidan de que la izquierda abertzale ya ha pagado en años de ostracismo y cárcel de sus dirigentes y que tiene la oportunidad de contribuir a la convivencia; o que los de ETA vienen pagando, generación tras generación, en decenas de años de prisión su brutal estrategia. Esas mismas estrategias han vivido en el autoengaño de que no había independentismo ni problema vasco y ahora se encuentran de bruces con la realidad que ocultaron.

Todo el mundo anda a vueltas con el *relato* rápido, coyuntural, de lo ocurrido para que haya vencedores y vencidos oficiales en un juego de suma cero en lugar de que no haya vencidos en un juego maduro de crecimiento colectivo. Para mí, más importante que el relato mediático dominante va a ser conocer e interpretar lo que ha pasado de verdad y aceptar que habrá relatos distintos que solo con los años —mediante muchos diálogos y ejercicios democráticos que superen las imposiciones—

se reconocerán entre si, se pedirán perdones distintos y hasta prepararán una reconciliación que todavía se adivina lejana.

Mientras tanto, apuntalemos la perspectiva de Aiete, esperemos la declaración de final definitivo de la vía armada y el inicio de múltiples diálogos… y vuelta a medio plazo a los contenidos de Loiola.

Ordenando ideas sobre el contexto y la violencia frente al maniqueísmo

Como resultados más dolorosos se estiman en alrededor de 850 las muertes y 1.800 los heridos causados por los grupos armados, y más de 2.000 personas que han tenido que vivir con escolta. Se estima que alrededor de 100 personas resultaron muertas y 650 heridas por las fuerzas de seguridad del Estado español, además de 80 muertes y 320 personas heridas por parte de grupos parapoliciales (GAL) y por el terrorismo tardofranquista fascista y parapolicial (Batallón Vasco-Español, Triple A). Fueron encarceladas, en muchos casos en condiciones de aislamiento y dispersión, entre 10.000 y 15.000; fueron víctimas cotejadas de malos tratos y torturas —de las que hay pruebas fehacientes y declaradas— 4.113 casos entre 1960 y 2014 en la CAE[78] y, en Navarra, 1.058 casos.[79] Hay muchas más, especialmente en la Dictadura, y que no se inscribieron en los listados recientes por mor del derecho al olvido o de no revivir tragedias personales. En junio de 2025 había en las cárceles vascas 121 personas presas, de las que 68 estaban en segundo grado, 49 en tercer grado y 4 sin clasificar. A añadir tres más en Lannemezan (Francia).

¿Qué relación existe entre contexto político y violencia? ¿Desde qué ángulo hay que encarar el tema para que nos permita abordar ambos extremos —conflicto y violencia— sin que el uno sea la coartada del otro, y viceversa? Esta es una cuestión que ha dividido aguas entre los movimientos sociales y entre los partidos durante décadas.

La tesis mayoritaria en los medios de comunicación abundó en señalar que ETA es el único problema y que el modelo institucional derivado de la Constitución y del Estatuto era aceptable porque fue fruto del consenso, gozaba del apoyo popular y era un punto de encuentro. El

discurso es claro y de una gran simplicidad: no hay problema vasco, el único problema ha sido ETA; disuelta ETA, hay paz. Antes se añadía algo que ya no se dice y que era mentira: tras la paz el Gobierno será generoso.

La función del Gobierno del PP y de las propuestas de Mayor Oreja y Redondo Terreros a principios de la década de 2000, nunca fueron un proceso de paz sino de pacificación. Objetivos: derrotar a ETA, minimizar a la Izquierda Abertzale y debilitar al nacionalismo en su conjunto, para evitar tocar la idea de España.

Hay quienes se quedaron en la superficie de la violencia y no quisieron abordar —hoy aún menos, porque no hay piedra en el zapato— el fondo del problema vasco. Pero, al contrario, también hay quienes —históricamente la izquierda abertzale— por querer tocar solo el fondo, no han querido ver las tempestades de la superficie como han sido las violencias mismas y sus secuelas.

Dadas las oportunidades abiertas, necesitamos un ejercicio de orden mental, dirigido tanto a los que piensan que la violencia política es mero efecto de la opresión política, como a quienes piensan que la violencia ha sido el único o el principal problema y que, para conjurarla para el futuro, hay que mantener viva la memoria de ETA como si existiera.

En primer lugar, la violencia política ha sido un gran problema, un trauma colectivo, un problema en si mismo, el más apremiante y traumático, al que es difícil encontrarle justificaciones morales y de resultados. Va a dejar, durante muchos años, duras secuelas físicas y morales. Es un problema del que hay que hablar y que requiere respuestas y salidas específicas. Los problemas de las víctimas y de las personas presas están en el plano de los derechos humanos, de la ética y de la democracia.

En segundo lugar, ese problema no está suspendido en el aire, sino que descansa en otro problema. Ese otro problema no es el nacionalismo vasco, una ideología como cualquier otra y que ofrece, precisamente, una de las salidas posibles al problema vasco. Ese otro problema es el déficit democrático, la mala calidad de la democracia surgida de una Transición

de apaño. La mala calidad se deriva, entre otras cosas, de que en una sociedad con marcado carácter nacional, se hurtara la posibilidad de decidir sobre dos condiciones previas que legitiman una democracia y hacen que todos la acepten y respeten: el acuerdo sobre el sujeto que ostenta la soberanía y ejerce la democracia, así como sobre el espacio en que se ejercita. De todos modos, en el caso español, esa mala calidad no crea, de ningún modo, una relación de necesidad entre déficit democrático y violencia de respuesta, ni por lo tanto legitima a la lucha armada, pero sí dice dónde está el problema último.

En tercer lugar, esas dos tesis mayoritarias no han sido una buena contribución a las salidas políticas ni a la paz. Nos encerraron en un callejón sin salida durante décadas, con riesgos de confrontaciones sociales en los años 1995 a 1997.

Unos señalaban que no se abordarán los problemas políticos hasta que no se acabe la violencia. Eso no ha servido para disuadir a ETA y, además, ha sido falso. Paralizada la violencia, lo que se teme es al nacionalismo y el problema de Estado que plantea. Esa argumentación ha servido para legitimar la línea dura y antinacionalista de los Gobiernos. Una variante de esa argumentación la sostenían algunos miembros del Foro de Ermua. Al principio planteaban que sólo las instituciones vascas, y no el chantaje de una minoría, estaban legitimadas para tomar decisiones políticas. Tras Lizarra su argumentación cambió. Se olvidaron de la democracia y se centraron en los males inherentes al nacionalismo (vasco).

Otros sostenían la tesis contraria, gemela desde el otro lado del espejo. No se acabará la violencia si no se resuelve el trasfondo político. Esa tesis solo nos ha traído muertes y dolor incesantes, haciendo que el remedio fuera tan malo como la enfermedad.

En cuarto lugar, el problema se suele situar exclusivamente en el plano de la lógica política o en el de la lógica moral. Si se está en la lógica política, se dirá que la reivindicación y la lucha contra la opresión legitiman cualquier forma de lucha, incluso armada. Si se está en la lógica moral se dirá que los derechos humanos son inviolables.

Ambas proposiciones son ciertas, aunque jerárquicamente, la segunda es, para mí, superior. Ambas proposiciones son dos ingredientes imprescindibles para encarar el problema, pero falta un ingrediente decisivo: la lógica social. Constatar los procesos sociales, cómo es la sociedad, cómo siente los problemas y qué relaciones o fracturas hay entre los sectores más amplios de una comunidad. Ahí ya no nos situamos en la óptica del «deber ser», ni de la distribución del poder, sino del destinatario, del sujeto real, tal y como es en su tiempo presente, y que da sentido último a las normas morales y políticas. Y ahí no hay más reglas para dilucidar problemas que aportar más democracia.

Entonces la pregunta ya no es si el origen de nuestras desgracias está en el fondo político irresuelto o en la brutal violencia de respuesta. Planteada así, es la misma vieja pregunta del huevo o la gallina. Quizás la pregunta sea otra: ¿Cómo hacemos para que la gallina siga poniendo huevos, o sea, cómo construimos nuestra sociedad, eso sí, sin amnesias históricas ni morales, y contando con reglas comunes y cuyos resultados —sean los que sean— se acepten?

Para el razonamiento, lo mismo da que unos partan del concepto de sociedad vasca, otros de Euskadi, otros de Euskal Herria, o de todos esos conceptos a la vez. La pregunta es ¿qué hacemos —los que estamos y vivimos juntos, tal y como somos, plurales— para construir política y culturalmente la sociedad y la comunidad de vascos y vascas? La respuesta es más democracia sobre todas las cosas.

En quinto lugar, esta línea de razonamiento es la que sigue la sociedad vasca. No hay que inventar nada. La sociedad vasca, que es muy sabia, siempre entendió que hay varios problemas distintos pero muy relacionados y hoy quiere dos cosas, distintas pero muy relacionadas: a) un proceso de paz físico —ya ocurrido desde 2010— y en los espíritus —aún no ha ocurrido—; y b) articular el llamado ámbito vasco de decisión para tocar el fondo del problema de origen, sin condicionar el uno al otro.

Por lo tanto, que las violencias requieran «respuestas específicas» no quiere decir que no tengan relación, además estrecha, con las respuestas

generales políticas de interés colectivo, ordenando los derechos con una nueva jerarquía *de facto*, que mezcle moral y convivencia. Ahí es donde, para dilucidar entre reinterpretaciones, irrumpe la sociedad. Les dice a los agentes que sus posiciones políticas se legitimarán socialmente y ganarán su respeto, e incluso el respaldo electoral, en la medida que contribuyan en positivo, y de forma activa, al deseable proceso de paz y reconciliación y a la articulación del autogobierno para mejor responder a los retos del presente.

Por último, y como muestra de todo lo anterior, no eran probables avances en lo político si no hubiera habido gestos en el campo de las personas presas. Era requisito previo, señal, baliza para iniciar el resto de procesos. Pero, al mismo tiempo, han sido la presión social y los resultados electorales las que ratificaban las líneas de trabajo favorables al cambio. Esto pudo desprenderse de la experiencia irlandesa, sólo que allí la agenda de presos iba por detrás del desarrollo de los acuerdos políticos, que es lo que aquí no ha ocurrido. Creo que ya hemos entrado en esa fase sin que haya habido —que se sepa— una explícita negociación sobre la cuestión de los presos entre EH Bildu y el Gobierno socialista, pero sí intercambios gestuales que han facilitado la gestión *sanchista*, quien correspondió con el fin de la absurda dispersión y alejamiento de las personas presas, y la aplicación normalizada de los beneficios penitenciarios y el acceso al tercer grado y a la excarcelación en especial.

Una fracasada mesa civil por la paz y condiciones para cruzar relatos

La Asociación Paz con Dignidad en Euskadi, una valiosa ONG con experiencia en gestión de proyectos de cooperación al desarrollo —algunos de ellos vinculados a la participación de la sociedad civil en procesos de paz y que era parte desde 2016 del Foro Social Permanente[80] — me invitó a participar, junto a otras personas, en un proceso de construcción de una «memoria crítica inclusiva», que se inició en diciembre del 2020.

Este proceso calificado de «Relatos que suman a la Paz, hacia una memoria crítica inclusiva», iba a estar compuesto por un grupo de 10-15 personas de la sociedad vasca (Universidad, periodistas, sindicalistas, movimientos sociales y por la paz, ex presos...), garantizando la pluralidad y diversidad de opiniones, con el objetivo de generar un espacio discreto y de confianza desde el que superar la «batalla» del relato.

El proceso se planteaba como herramienta para recuperar el debate social en torno a lo que ha sucedido durante décadas de violencia y que, desde la suma y contraste de relatos, podría ayudar a elaborar un documento de consensos y disensos, y sentar las bases para la construcción de esa «memoria crítica inclusiva». Y para ese fin, el proceso lo facilitaría Conciliation Resources, una organización internacional aliada del Foro Social Permanente.

A lo largo de más de un año, tras unas cuantas reuniones —de profesores y profesoras, miembros de Gesto por la Paz, Gernika Gogoratuz, miembros condenados por pertenencia a ETA...—, con entrevistas grabadas de biografías personales y escritos de intercambio, no se llegó muy lejos, sino solo a certificar lo que se comparte y no se comparte. No se pudo llegar a un diálogo que trascendiera ambos. Los problemas no vinieron de los exmiembros de ETA sino más bien de Gesto, con una versión como la que se critica en el epígrafe dedicado a Gesto en este libro. Las personas que representaban esa sensibilidad no estaban maduras para salir de la exclusividad del enfoque ético.

Los materiales que se generaron carecían de un análisis de las causas tanto del «problema vasco» como de las violencias. Se soslayaba el tema, y puede que deba ser así para una aproximación de menos a más. Pero tampoco así se llegó a buen puerto porque la percepción de las causas condiciona los relatos.

Solo hubo una conversación a varias bandas entre nosotros y como respuesta a un cuestionario, lo que no parece apropiado para futuras escuchas activas en la sociedad. Le antecedió un relato de vidas a una escuchadora con una función vicaria y de selección. Hubiera sido mejor

una libre y ordenada circulación de papeles y encuentros. No se explica cómo se pasa de relatos de vida —experiencias concretas y autointerpretadas— al por qué y el cómo de la experiencia colectiva y poliédrica para un diagnóstico de una sociedad, de un país, en un periodo dado. Una suma de relatos no hace un relato general que, desde luego, requiere definir hilos de interpretación históricos.

El texto final no reflejaba que hayamos avanzado en el conocimiento «de lo que nos ha pasado» ni de la «complejidad de las dinámicas» —no están en el texto final—. Y la «sanación» no parece posible si no se explica lo qué pasó. No percibí que hubiera «relatos en movimiento» —transcender los individuales— ni mucho menos que se llegara a unos relatos generales colectivos y diversos que pudieran cotejarse entre si.

Desde luego, hay un límite respecto al con quién dialogar. Por ejemplo, sería imposible hoy un diálogo con los defensores sistémicos a ultranza de haga lo que haga el Estado, con los beneficiarios del franquismo, con los fascistas, con los perpetradores impunes… Esos no estuvieron, puesto que los negacionistas están en otro cuadro de valores con los que es imposible coincidir. Tengo la impresión de que, por el momento, el propio PSE-EE está en repliegue al respecto si se mira a algunas de las fundaciones afines perfilando memorias de parte.

Para algunos interlocutores —me incluyo— el fondo de todo estaba ausente, y el ojo solo puesto sobre la «violencia política», lo que es un telescopio polarizado que no explica el firmamento: contexto, periodos, el por qué pasó, qué hizo cada agente y sus errores, qué somos hoy, cuales son la divisorias centrales entre los relatos, que diferencias entre violencias... Con ello se despolitiza el análisis de la violencia misma —por qué ocurrió y qué tipo de violencias— y los criterios para analizarlas —legitimidades según periodos, si sirvieron para algo positivo, su justicia general, su proporcionalidad o injusticia concreta…—. Además, la mirada solo ética —no política— tiene el riesgo añadido de penalizar la confrontación de proyectos, anulando los más rebeldes. Los consensos no son buenos siempre. A veces significan renunciar a metas y asumir el

discurso del contrario. Lo normal es el disenso y que no se renuncie a los discursos propios.

Y ello sin perjuicio de poner en valor la mirada ética y la voluntad de convivencia. Pero ambas no bastan: requieren un conocimiento cabal de lo que pasó sin amnesias.

¿De quién hablamos? ¿De una sociedad abstracta aunque con sociedad civil concreta o de una comunidad nacional —pueblo— con pugna de clases y de sus proyectos? ¿O de ambas? Seguramente se trata menos de que la sociedad esté «cansada de ciertos debates» —que también, ya que se avanza poco y nadie le cuenta las pautas para interpretar lo ocurrido— sino que le desaniman la falta de salidas políticas o las crisis prologadas sin soluciones.

Cabía haber ordenado de otro modo «lo que nos une»: 1. finalidad de superación; 2. un contexto duro tanto en el franquismo como en la Transición y con el resultado de una democracia con límites para hacer realidad cualquier proyecto democrático; 3. «un contexto de conflictos y violencias»; 4. una sociedad diversa; 5. una sociedad traumatizada por décadas de violencias con sufrimiento colectivo acumulado y multilateral; 6. unas polarizaciones múltiples; 7. una historia de silencios.

En el «dónde nos hemos encontrado», hubiera añadido el carácter endémico de las violencias estructurales, sistémicas —incluida la violencia de género— e institucionales y penales impunes que, además, alientan violencias sociales en respuesta, sean adecuadas, desmedidas o injustas.

En el «dónde no nos hemos encontrado»: la «identidad» no es un desencuentro. Otra cosa es su percepción. Se supone que no somos partidarios de la supresión de las diferencias, de la diversidad…

«Qué proponemos en torno al relato». Habría subrayado que habrá inevitablemente relatos, en plural. Pero que su valor dependerá de la fidelidad a la historia, sin olvidos ni contradicciones, y que la enriquecerá si se busca contrastarse y encontrarse en algunas ideas referenciadas en los Derechos Humanos y en la respuesta proactiva a los dilemas políticos.

Habría así unos relatos más coherentes y explicativos que otros. Más allá de la diversidad y la legitimidad, no todo es lo mismo en calidad.

El problema no suelen ser los desacuerdos —su racionalidad— sino un problema de Poder y del lugar en que se sitúa cada sector social en la escala del Poder. Las oportunidades de que las fuerzas más institucionalizadas impongan su relato son muy superiores a los relatos nacidos de entrañas sociales o de minorías políticas. No son posiciones iguales. Aquellas se amparan en hechos consumados, leyes, instituciones, *media* y discursos dominantes.

Habría terminado el texto resultante de cierre con la idea de que tenemos la convicción de que la justicia, la equidad, la igualdad, la paz con memoria, la libre construcción de las identidades culturales en base al respeto a la diversidad, la oportunidad de todos los proyectos democráticos, la profundización de la democracia, el bienestar colectivo... son el marco idóneo para facilitar procesos de convivencia y crecimiento humano.

Para nuevos hipotéticos encuentros deberían tenerse en cuenta algunas cosas:

– Un esfuerzo para, una vez descritos los relatos de cada parroquia, sugerir pasarelas de revisión entre relatos.

– La historia de violencias es un cuadro demasiado estrecho si comparamos con la historia colectiva de implantación de derechos y sobre el modelo de construcción del Estado y sus límites respecto a los derechos colectivos. Una historia de las violencias debe situarse ahí, habida cuenta que hay más temas que las violencias: sujetos, actores, poder, valores, reacciones…

– Periodizar desde el franquismo, la frustración y límites de la Transición, caracterizar la democracia posterior…

– Valorar las violencias desde la legitimidad, los resultados, la proporcionalidad, la justicia, los derechos humanos y la ética de situación, implica que no sea solo un tema de derechos humanos,

sino también un producto de confrontación de proyectos, de hegemonías y dominaciones de poderes —y contrapoderes— sobre sectores subalternos.

– Definir qué hechos y conductas vulneraron profundamente derechos básicos a la vida, a la integridad, a la libertad y a la justicia, incluidos los desmanes de Estado y la violencia estructural, sorda y legal del poder en una sociedad desigual.

– Rescatar la diferencia sustancial entre quienes sí pagaron y quienes sistémicamente fueron amparados o salieron impunes.

– Los derechos colectivos no pueden no estar.

– Hubo —al menos— dos conflictos distintos: uno sustancialmente político de hegemonía de carácter generalizado y con efectos sociales relativo al modelo de Estado frente a una comunidad disconforme; y, otro con dinámicas de violencias mutuas por parte de un sector que ejerció la lucha armada de confrontación, y por parte del Estado que incurrió en abusos de poder y no acotó a menudo sus respuestas o provocaciones. Y ambas dinámicas tuvieron dos vertientes: una externa —Estado y nación sin estado— y otra interna —en la sociedad vasca—. Y ambas en relación.

El conflicto de poder de Estado se expresaba en un esquema, por un lado, de Estado vs Comunidad Nacional y, por otro, en Estado autoritario o violento, expreso o difuso —legal—, con imposibilidad de materializar proyectos, por ejemplo, el soberanista. Hubo doble violencia: del Estado y del grupo armado. La ejercida desde el Estado tuvo no solo a ETA en el foco sino también duros efectos sobre un sector social —la Izquierda Abertzale— además de una imposición sobre el resto. Y desde ETA, no solo contra los aparatos de Estado y sus agentes, sino también contra un sector de conciudadanos.

– La práctica democrática nunca divide si se la acepta, ya convenga o no. Es un reflejo de la sociedad real y un modo de llevarlo.

– Se requieren las mismas varas de medir para todo.

– El compromiso con la Historia es antes que con la Memoria, que es la que se fija en el imaginario colectivo.

– Cotejar relatos hacia unas verdades más completas.

– Sería interesante que las representaciones de las grandes corrientes den pasos de esclarecimiento de la Verdad o de sus parcelas, pero es más probable que lo hagan si gentes sin responsabilidad en los aparatos partidarios desbrozan el camino. ¿Comisión de la Verdad o es previa una comisión de clarificación de hechos y puntos de análisis?

– Cabría comenzar por relatos de parte que contuvieran algunas autocríticas concretas y revisar algunos cuadros de análisis a base de lógicas éticas y derechos humanos, significaciones políticas y lógicas sociales de búsqueda de la convivencia.

Literatura y audiovisual de parte

A partir de la revisión de la violencia, alguna literatura y audiovisual, salda cuentas también en el ámbito político.

Cuando se lee —y ve— *Patria* (Fernando Aramburu) y otros textos, al fondo lo que se critica es al propio nacionalismo o se ridiculiza la propia lucha nacional, a pesar de que no hace falta ser nacionalista para defender los derechos del pueblo vasco o su derecho de decisión. A cuenta de la crítica a la violencia, se intenta, nada literariamente, denostar que el país pueda autodeterminarse o definirse.

Lo mismo ha ocurrido con series, como la calumniosa *La línea invisible* dedicada a Txabi Etxebarrieta, que es un panfleto revisionista ajeno a nuestras vivencias, y construido desde parámetros maniqueos del presente para retorcer la historia vivida. O con la serie de *Matar al presidente*, un juego de conjeturas sin fundamento sobre el atentado a Carrero. A los tres documentos —libro y series— les dediqué sendas críticas por sus imposturas[81].

Demokrazia Bai

Demokrazia Bai —Sí a la democracia—, de apariciones ocasionales, es o ha sido un movimiento de excargos políticos que elaboró comunicados de análisis general que eran referente para muchos sectores. Emergió con un manifiesto, «Urgencia democrática», en diciembre de 2018 y realizó análisis de coyuntura, declaraciones... Pretendía influir en las bases y direcciones de Bildu, PNV, Elkarrekin Podemos, sindicatos vascos o el socialismo vasquista, y propiciar marcos de unidad, sea puntual, sea sobre los retos del presente.

En él figuran como promotores dos *lehendakaris*, Carlos Garaikoetxea y Juan José Ibarretxe, junto a excargos de la Izquierda Abertzale y de otras corrientes como el PNV, socialistas o Izquierda Unida o algunos que hemos tenido responsabilidades institucionales. Algunos de sus participantes, sin origen *abertzale*, llamaron al voto a EH Bildu en recientes elecciones.

Desde la pandemia está en *stand by*. Creo que sigue siendo una buena plataforma para orientar en estos tiempos extraños. El espacio que deje libre lo ocuparán otros, con sus mensajes de cal y de arena, como el *Foro Zedarriak*. Un poderoso *lobby* del cual, en la presentación del 6ª informe anual, su presidente Guillermo Dorronsoro abogaba (*Naiz*, 15 de enero de 2025) por debatir sobre la industria de Defensa ante lo que llama «fantástica oportunidad» para Euskadi, así como por la reapertura del debate nuclear, mientras que en el artículo «Ordenar el pesimismo» abogaban por la justicia social (*El Correo*, 26 de abril de 2025). Lo uno no compensa a lo otro en lo sustancial del mensaje.

Nuevo Gogora

Se produjo un traspaso extraño en la Consejería de Justicia y Derechos Humanos entre partidos y que coincide con el inicio del Gobierno Pradales. Se suponía que la nueva competencia de política penitenciaria —un tema sensible— la continuaría el PNV respecto a la anterior legislatura, en la que hubo una muy buena gestión de Ana Agirre y del

juez asesor Jaime Tapia. De partida, la nueva consejera, María Jesús San José (PSE-EE) no anduvo muy lúcida señalando que no existen legislaciones penales excepcionales en el Estado Español.

Dada su matriz de visiones parecidas a las del PP vasco en las temáticas de violencia, cuestión nacional e Izquierda Abertzale, la tradición socialista vasca ha nadado tradicionalmente en relatos simplistas. Eso explica que haya acercado posiciones con ese otro instituto, el que dirige Florencio Domínguez —Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo— con lo que, además, ambos son funcionalmente redundantes.

Las actividades ya iniciadas, con víctimas y estudiantes son sesgadas en su composición —no se ve la sensibilidad de la Izquierda Abertzale ni de Elkarri— y temáticas —ETA, un poquito de terrorismo de Estado, nada de Estado abusivo—. Dicen que se quiere abordar el tema de GAL. ¿Investigaran la trama completa? ¿Pondrán bajo sospecha al Señor X?. ¿Le pedirán cuentas? Y las torturas ¿las recordarán y reclamarán justicia?

Lo de cruzar relatos, huir de los relatos simplistas sobre héroes y villanos, vencedores y vencidos, y el compromiso «con una memoria inclusiva y colaborativa» lo dijo al principio el nuevo director de Gogora —Instituto de la Memoria, la Convivencia y los Derechos Humanos— el socialista Alberto Alonso Martín como uno de sus propósitos públicos, pero ya se le ha olvidado.

Sustituyó en el cargo a Aintzane Ezenarro —que evitaba los choques de proyectos políticos aunque institucionalizaba en exceso la memoria democrática— pero Alonso ya está apostando por el adoctrinamiento para corregir los «desvíos» inherentes al nacionalismo.

Una muestra de su perfil fue la pretensión de contaminar el Memorial 3 de Marzo de Gasteiz —dedicado a los cinco obreros asesinados por la policía— con el hecho de que cuatro personas murieran durante ese mes de 1976 en acciones de ETA. Para un símbolo casi unitario que hay, ya se quería llevar hacia el monotema antiterrorista. Una pésima idea.

Pensado Gogora para aunar sensibilidades de distintas memorias,

Alonso hizo de nuevo un uso político de su cargo, con la publicación de su injusta y sectaria andanada, en la que equiparaba fachas racistas e Izquierda Abertzale mediante analogías traídas por los pelos del interés de parte —*El Correo*, «¿Cómo hemos llegado hasta aquí?», 5 de agosto de 2025—.

Unos días después —*Europa Press,* 13 de agosto de 2025— negaba que Txiki y Otaegi hubieran sido «luchadores por la libertad» porque luchaban contra la dictadura, sí, pero «utilizando las mismas herramientas que utilizó la dictadura, que era la violencia, el terror y el miedo» (...) «Ni Txiki ni Otaegi querían una sociedad democrática después de Franco, querían imponer su propia visión de Euskadi, su propio proyecto como alternativa al franquista». Gaizka Fernández Soldevilla —*El Correo,* 18 de agosto de 2025— le apoyó elevándolos al grado de «asesinos» y dando por buenos —aunque se desmarque— los juicios franquistas e, implícitamente, al dictador que aplicó la sentencia.

Hay un error de partida en ese desmedido revisionismo histórico con los ojos de hoy sobre hechos del pasado. Es como descalificar toda la obra de Marx porque era machista —como la inmensa mayoría de varones—; o renegar del socialismo entendiéndolo como matriz del estalinismo; o autocriticarse por el apoyo al sandinismo en los 70 y 80 porque Ortega nos ha salido rana.

Alonso, de un plumazo, nos ha excluido del campo de democracia a la inmensa mayoría que luchamos contra el franquismo en el tardofranquismo —a los socialistas no se les veía apenas—, por el hecho de ejercer y defender la anti-represión con todos los medios posibles y de tener un proyecto socialista y de ruptura distinto al suyo, como concreción de una democracia por la que lo dimos todo. Y ahora da lecciones, desde un partido que acogió en su seno a otro partido vinculado a una rama de esa misma ETA, a los pm. Más contradicciones no se pueden acumular.

Notas:

62 De hecho, la conocida tesis de ETA del círculo virtuoso *in crescendo* de acción-represión-más militancia y más acción, dejó de ser funcional ya en una democracia normalizada, por desapego social ante esa dinámica traumática y reivindicativamente ineficaz. Paralelamente, también dejó de funcionar la espiral comunicativa de ETA: acción-comunicación amplificada-preocupación social-negociación, en tanto se generaron estrategias de réplica desde las fuentes o desde los propios *media*, con lo que el valor más perjudicado, al final, era la información rigurosa.

63 Seguimos aquí, aunque con una articulación personal del enfoque, la metodología de Minguez Xabier, Alzate Ramon y Sánchez Manuel (2015), «Una aproximación psicosocial al conflicto vasco como sistema dinámico». *Universitas Psychologica* vol.14, no. 2, Bogotá Abril/Junio 2015.

64 El mismo debate se produjo en América Latina en tanto se desarrollaron fenómenos guerrilleros a lo largo de décadas bajo regímenes de democracia endeble con una estructura aristocrática del poder por debajo del iceberg visible de las elecciones.

65 Me ahorro contarlos. Están recogidos en Wikipedia.

66 La alternativa KAS en 1976 fue el programa central de Herri Batasuna y la condición de ETA para abandonar la lucha armada. Contemplaba el establecimiento de libertades democráticas; la amnistía; la mejora de las condiciones de vida de las masas populares; la disolución de los cuerpos represivos; el reconocimiento de la soberanía nacional de Euskadi, con libertad para crear un Estado propio; un Estatuto de Autonomía para los cuatro territorios de Hegoalde; y la constitución de un Gobierno Provisional. Se actualizó en 1978, concretando el tipo de Estatuto de Autonomía exigido y, de nuevo, se modificó en 1995 pasando a denominarse Alternativa Democrática.

67 Se apuntaban cuatro condiciones a cumplir de manera unilateral: la derogación de la Ley de Partidos; el compromiso de ETA de abandonar definitivamente la violencia; la humanización del conflicto, tanto con todas aquellas personas que han sufrido la insoportable violencia de ETA, como con los presos; y un acuerdo entre los partidos para que todos tengan igualdad de oportunidades para defender sus proyectos. https://www.diariovasco.com/prensa/20061213/politica/unos-profesores-universitarios-abogan_20061213.html

68 «*Paz, Democracia y capacidad de decisión en el País Vasco. (Informe para el profesorado de Universidades extranjeras y del Estado Español*)» (mimeografiado).

69 Aparte de las personas firmantes —Txaro Arteaga, Julio Ibarra, Juan María Atutxa, Paul Ríos, Gorka Knörr, Karmelo Sainz de la Maza, Néstor Basterretxea, Toti Martínez de Lezea, Andoni Egaña, Iñaki Perurena, Xabier Euzkitze, Josu Loroño…— como miembros activos nos reuníamos Zelai Nikolas, Xabier Oleaga, Xabier Ezeizabarrena…

70 Afirmaba que «todos los pueblos» tienen derecho a elegir «libremente su futuro»,

lo que puede ayudar a conseguir la paz «basada en un final dialogado de la violencia». La ausencia de conflictos debe estar sustentada en la defensa de los derechos humanos «para todas las personas, sin excepción» y acompañada de la desaparición de «todas las expresiones y manifestaciones de violencia y la reconciliación de la sociedad basada en la consideración de las víctimas de toda violencia». La plataforma abogaba por una consulta basada en el «respeto a las decisiones adoptadas por los ciudadanos», en la «pluralidad de sentimientos de pertenencia y de opciones políticas legítimas» y en la «libertad para defender en igualdad de condiciones cualquier aspiración individual y colectiva, incluida la opción a disponer de un Estado propio». Erabaki reclamaba también la «derogación de la Ley de Partidos» y la «restitución de los derechos civiles y políticos a todos los ciudadanos».

71 Herri Batasuna (1995): *Oldartzen. Concreción práctica de la línea política*. https://www.arovite.com/documentos/1995_HERRI_BATASUNA. En el que se dicen cosas bastante normales de carácter táctico: «Nuestro principal lastre ha sido una práctica política de resistencia y excesivamente orientada de puertas para adentro. Nuestra práctica debía haber sido ofensiva en todos los campos de actuación».(...) «14) Cuando repetimos una y otra vez que debemos pasar de la estrategia de resistencia a la de construcción nacional y social queremos expresar que ya basta de estar a la defensiva y que tenemos que poner desde ahora mismo en pie las bases de nuestro proyecto, no sólo defender nuestras ideas, sino empezar a ponerlas en práctica. (...) 24) La calle debe ser nuestro principal espacio de trabajo, pero la calle entendida como un abanico plural de espacios interrelacionados: las fábricas; el barrio, el portal, el centro de estudios, la tienda, el ambulatorio, la cuadrilla, la familia, la cooperativa, las fiestas... es decir, es el conjunto de marcos donde debemos desarrollar fundamentalmente nuestra acción política, eso sí; desde una perspectiva global y no centrada únicamente en la movilización. En este sentido tenemos que ir abriéndonos de nuestro entorno más cercano a la rica red de relaciones sociales».

72 En «Hausnarketa kritiko batzuk» (*Berria* 6 de marzo de 2025), lo explicaba Ricardo Cruz-López, que fue militante de HB y fue apartado. «KAS hizo mucho más que una labor de liderazgo en el ámbito de la izquierda abertzale (...): la defensa ciega de las acciones más duras y crueles de ETA, el control total de la izquierda abertzale, el informe de Oldartzen y sus consecuencias, la presión que ejerció sobre el colectivo de presos no dejando que los encarcelados buscaran salidas personales, la postura que adoptó contra el movimiento Elkarri... En una palabra, KAS defendió posiciones muy duras a favor de ETA y muchos de los militantes de la izquierda abertzale que estábamos en contra de esas posiciones fuimos tachados de traidores y rechazados». (...) «muchos amigos de entonces me negaron la amistad. (...) igual le pasó a mucha gente de Euskal Herria por haberse mostrado crítica con las posiciones oficiales de la izquierda abertzale de la época, las posiciones de KAS, y se vivieron situaciones muy tristes y dolorosas en muchos pueblos y cuadrillas de Euskal Herria».

73 En la época, tuve un debate público muy tenso al respecto en el pueblo de Leioa con un dirigente de HB al que aprecio.

74 Según recogía Aurora Intxausti en *El País* de 22 de febrero de 1995.

75 Era obvio que tenía que dar un giro dramático. 20 años después, tras esos giros, en las elecciones al Parlamento Vasco de 2024 los votos fueron 341.735, pasando a ser la 2ª fuerza con los mismos escaños que la primera fuerza, PNV, 27. Las lecciones de premios y castigos electorales, según las políticas de la Izquierda Abertzale, saltan a la vista.

76 Hay que entender que este pronunciamiento en esa fecha —posterior al fracaso de Loiola y al atentado de la T-4— fue un empoderamiento de los Otegi y compañeros ante toda la corriente, incluida ETA. En esta «propuesta» se abandonaba la estrategia Bateginez (1999) de convocatoria de una Asamblea Constituyente de Euskal Herria y se apostaba por un acuerdo político que partía «de la actual realidad política e institucional», lo que en otro tiempo se hubiera interpretado como legitimación del estatutismo y la «partición». Se reconocía la legitimidad de cada espacio institucional, siendo Navarra un espacio propio que ha de decidir por su cuenta para ir o no hacia un proyecto colectivo nacional. Hasta entonces se daba por descontado que, en caso de consulta, el espacio contable era el «nacional». En la rueda de prensa se utilizó la palabra tabú «vasco-navarros» que algunos ya utilizábamos ocasionalmente siguiendo la tradición de finales del XIX y del proyecto de Estatuto del 1931. Aunque muy bienvenida, hubiera sido deseable haberla formulado un año antes, en el preacuerdo de Loiola, donde uno de los choques fue el de territorialidad y decisión, y la excusa que tuvo ETA para dinamitarla.

77 Algunos dijimos que sí, que su liderazgo era imprescindible para empastar la corriente, sin perjuicio de la emergencia de una nueva generación de dirigentes. R. Zallo «Los doce trabajos de Otegi», *Naiz* 2 de marzo de 2016.

78 https://www.eitb.eus/es/noticias/politica/detalle/5282222/informe-sobre-torturas-4113-casos-de-tortura-en-CAE-entre-1960-y-2014/

79 https://www.navarra.es/es/-/nota-prensa/el-instituto-vasco-de-criminologia-presenta-a-la-consejera-ollo-el-informe-sobre-la-tortura-desde-1979-hasta-la-actualidad

80 Una agrupación y una dinámica social conformada por 17 entidades de la sociedad civil —algunas con base social amplia y diversa— y 70 personas a título individual, que buscaban impulsar el proceso de paz en Euskadi. Se disolvió en marzo de 2023. En la actualidad su líder, Agustín Hernán, pilota el Observatorio de Derechos Humanos de Euskal Herria que está presentando querellas para recuperar la memoria judicial de víctimas del franquismo.

81 R. Zallo «Patria asesina versus patria colectiva. Sobre la novela *Patria* de Fernando Aramburu», *Viento Sur* 6/03/2017; R. Zallo «*La línea invisible:* determinismo y discurso del poder», Sin Permiso 18/04/2020; R. Zallo «Matar al presidente». ¿Documental o ficción? *Gara-Naiz* 21/12/2023.

6. CULTURA, ECONOMÍA Y COMUNICACIÓN

Consejo de Administración de EITB (1999- 2002)

Durante varios años insistimos al Gobierno Vasco desde la EHU que el Consejo de Administración de EITB debería ser de composición mixta: representación política y de la sociedad civil. Para nuestra sorpresa, Joseba Arregi nos hizo medio caso y propuso ampliar de 15 —la representación parlamentaria— a 19, incluyendo cuatro personas más, a proponer por sindicatos, universidades, asociación de consumidores e instituciones culturales.

Fui miembro del Consejo de Administración de EITB, nombrado por el Parlamento por la parte sindical: ELA —aunque yo era del Steilas—. Por turno me tocó también ser Presidente del Consejo de Administración de EITB entre abril-julio 2000. Ayudamos —Josu Amezaga y yo, en especial— a Ortuzar —Director General de EITB— a elaborar el Plan Estratégico de EITB. Asimismo, redacté el borrador de Ponencia sobre la cláusula de conciencia de los periodistas —Octubre 2000-2002— que no llegó a prosperar. El más crítico con la ponencia fue Rodolfo Ares.

Aprendí lo insensible que puede ser la representación política a los debates. Vienen con el voto puesto. También lo hábil que era Ortuzar en el arte de pasar el punto del orden del día en sus dos modalidades de visto y no visto y de encantador de serpientes.

Asimismo, con los años he detectado que hay una mala educación institucional instalada. Jamás me han invitado de EITB a una conmemoración de la institución o cosa similar, a pesar de haber estado en el Consejo de Administración, trabajado en dos contratos-programa Gobierno-EITB, escribir muchos artículos en favor y por la mejora del servicio público y del periodismo, unos 100 debates en ETB 2 y otros tantos en Radio Euskadi. Una pésima memoria institucional, pero una buena memoria de aparato continuista con sus rejones negros sobre el disidente. Toda una lección de pluralismo.

En el Gobierno Ibarretxe (2002-2009) y el Plan Vasco de Cultura

El movimiento nacionalista vasco nació dentro de las coordenadas del nacionalismo romántico de la segunda mitad del siglo XIX en Europa, de signo conservador, que evolucionaría como partido sistémico hacia posiciones de centro y aconfesionalidad a finales del siglo XX. En su interior siempre convivieron dos sensibilidades, una más radical y directamente independentista, y otra más gradualista y pragmática, partidaria de apurar el autonomismo dentro de España, sin renunciar a la identidad nacional vasca. Incluso el propio independentismo —entendiendo la dificultad del objetivo— ha sido partidario de explorar los avances autonómicos en un proceso de *nation building*.

Siendo posible la convivencia entre ambas sensibilidades en un mismo partido, han chocado entre sí en momentos de giro programático por razones contextuales o de estrategia. Se movía dentro del llamado *péndulo patriótico* por el que históricamente el PNV ha oscilado ocasionalmente también hacia el programa máximo. Como partido de orden de algunas élites, su estrategia habitual ha sido pragmática, de reivindicaciones escalonadas y de gestión desde un poder acotado y dependiente del Estado.

Ibarretxe fue un ejemplo de giro hacia el cambio postestatutario y confederalista. Contó con el apoyo de Xabier Arzalluz, que había abandonado la dirección del EBB en 2004 para dejar paso a Josu Jon Imaz, del ala posibilista y autonomista del partido, y que había ganado por los pelos a Joseba Egibar, candidato apoyado por Arzalluz. La bicefalia tradicional en el PNV por fuerza había de chocar. Ese mismo año, el 30 de diciembre de 2004, Ibarretxe —que contaba con el calor de las bases del partido— consiguió que el Parlamento Vasco aprobara su proyecto de «Estatuto Político de la Comunidad de Euskadi», bautizado por la prensa como «Plan Ibarretxe», por mayoría absoluta —39 votos de 75— y con una parte de voto prestado y gratuito de la Izquierda Abertzale. Sigue siendo un documento legalmente legitimado en Euskal Herria. Un punto de partida, aunque luego zozobrara en el Congreso de los Diputados.

Miren Azkarate —a la sazón, Consejera de Cultura y ex vicerrectora de la EHU— me convenció en 2002 para entrar a trabajar como asesor en cultura y audiovisual en ese Gobierno Ibarretxe, que era un Gobierno de coalición PNV, EA y Ezker Batua, ya iniciado un año antes con una agenda de cambio político.

Personalmente sobre la temática cultural y comunicativa había escrito bastante, incluido un balance de la política cultural vasca aplicada por los Gobiernos Ardanza, con Joseba Arregi como Consejero de Cultura[82].

Azkarate creía en la necesidad de contar con el mundo de las ideas y proyectos. Me tomé mi tiempo para aceptar. No era un Gobierno de izquierdas y formar parte de él chocaba con mis criterios. Tenía claro no estar en la línea ejecutiva y de gestión, pero al mismo tiempo, no estar en el escalafón «te restaría autoridad incluso moral», me comentó Alfonso Unceta, que había sido viceconsejero de Educación. Tras consultar a bastantes amigos —unos que sí, «es de cobardes no intentar poner en práctica tus ideas y recomendaciones», y otros que no, «eso no es un gobierno de izquierdas»— salí del dilema aceptando la función de asesor, con categoría de Viceconsejero, pero sin estar en la cadena de mando. Entré en marzo de 2002. Tenía manos libres para marcharme sin hacer ruido si veía que mi asesoramiento naufragaba. Eso no ocurrió. Estuve arropado por Miren Azkarate durante todos esos años.

En cambio, el EBB del PNV no vio bien el nombramiento y Cultura era un campo que siempre se reservaba el PNV en las coaliciones. Anotó el hecho, pero no dio su asentimiento. Tenía un rejón de desconfianza de partida. Un tipo sospechoso a observar. Eso tampoco era bueno para Miren Azkarate. Con los años se produjo el choque.

Yo pensaba que ese trabajo, al no estar en la línea ejecutiva ni aparecer en el BOPV, no trascendería, pero me equivoqué. Héte aquí que a los pocos días la periodista Isabel C. Martínez lo aireó —*El País*, edición País Vasco, 19 de mayo de 2002— incluida parte de mi biografía política. El pasado lo llevamos pegado para bien y para mal como una lapa.

Fueron años de intenso trabajo. Iba todos los días temprano desde

Meñaka. Tenía la conciencia de que debía aprovechar el tiempo y la oportunidad. Una hora para ir y otra para volver en un coche que te asignaba Eusko Jaurlaritza. Siempre rapidito. Y no volvía hasta tarde. Durante esos años escribí miles de páginas en forma de informes, notas, artículos, libros, proyectos de decretos, borradores de discursos, proyectos de ley, planes estratégicos, contratos-programa, borradores de contestaciones a interpelaciones parlamentarias...

Creo que el mejor consejo que le di a Azkarate fue en ocasión de la presentación a las gentes de la cultura vasca de Google Europa en Bilbao, allá por 2004 o 2005, en una sala del Euskalduna Jauregia, cuando Google era una fundación sin ánimo de lucro. Ofrecía digitalizar la cultura vasca, con lo que las culturas minoritarias podrían codearse con las grandes y ser accesibles en la era de la globalización, superando su minoridad gracias a Google, decían. Una solución técnica a un problema cultural estructural. Demasiado bonito para ser cierto. Le aconsejé que ni hablar. De los derechos de comunicación pública y de reproducción no dijeron nada. De haber aceptado semejante cosa, véte a saber si el Google depredador actual —denunciado por monopolio ilegal en búsquedas y en publicidad — tendría royalties sobre la expresión pública de la cultura vasca.

En Lakua tenía una hora de clase de euskera con una estupenda profesora, Inma Domínguez, tres veces por semana; así durante varios años. Aprendí mucho con ella, aunque soy muy muy torpe para los idiomas. La hipótesis de Martxelo Otamendi es que mis registros en castellano obran en mi contra, al no satisfacerme mi pobreza expresiva en otros idiomas. Así que, oralmente y menos en público, no oso expresarme, a pesar de poder leer con cierta soltura en euskera, francés, catalán y gallego, y con más lentitud en inglés o italiano. Todo por escrito.

Balance de trabajo en el Gobierno

Entré al gobierno con la función de asesor cultural y de comunicación y no —como se dijo— para asesorar a Ibarretxe, quien ya tenía su equipo

—Txus Peña, Gorka Espiau, García Bengoetxea...— con el que tuve magníficas y esporádicas relaciones.

Sí formé parte, en cambio, de un informal y discreto consejo consultor ya en 2002, que se reunió con el *lehendakari* unas pocas veces, y que tomaba la forma de comida con larga sobremesa —y sin copas—, en la que estuvieron, también, Jonan Fernández, Mariano Ferrer, Paco Garmendia, José María Setien, Javier Elzo, Martin Auzmendi y otros que fueron cambiando: Margarita Robles —quién lo diría, vista su ulterior trayectoria—, Erramun Osa, Pedro Miguel Etxenike, Bittor Aierdi…

Ibarretxe —una de las mejores personas que conozco— sacaba los temas, tomaba notas y sintetizaba contenidos, de modo sorprendentemente riguroso, en la siguiente sesión. La imprudencia de uno de los consultores hizo que saltaran a la prensa los encuentros y forzó a suspenderlos.

En lo relativo a mi asesoría en Cultura diría que hay, al menos, dos categorías de asesores: los cobradores por hacer casi nada y los vocacionales. Yo pertenecía a los segundos. No tiene mérito. Tengo capacidad de trabajo porque me gusta lo que hago, lo que me lleva a cierto perfeccionismo, a la curiosidad por aprender y a la actitud de escucha.

Estuve volcado en muy distintas iniciativas: coordinar y pergeñar el Plan Vasco de Cultura[83]; vertebrar la coordinación interinstitucional de las políticas culturales —con reuniones cada mes con Diputaciones y capitales de territorio— para evitar solapamientos y remar en la misma dirección; una primera conferencia internacional de Políticas Culturales (2007).

Pudimos darle un empujón al audiovisual como sector y considerarlo prioritario, pero no tanto como lo que hubiéramos querido. Nos sirvió de guía para dos legislaturas la parte normativa que elaboramos desde el principio —capítulo sexto— en el Libro Blanco del sector audiovisual: renovamos y ampliamos todo el sistema de ayudas; forzamos a que ETB cumpliera el 5%; implantamos una línea de financiación generosa para

proyectos cinematográficos con Hacienda del Gobierno Vasco; dejamos bastante documentación para un tratamiento fiscal generoso para las producciones —tipo canario— a concretar por las Haciendas forales y que se produjo años después; elevamos la exigencia con el audiovisual propio en los contratos-programa con EITB; elaboramos una normativa de la FM cuya aprobación quedó en suspenso en 2009 por cambio de Gobierno; un Proyecto de Ley del Audiovisual que quedó cortocircuitado por el propio PNV; un decreto de TV digital local con la consiguiente adjudicación de licencias por concurso, especialmente importante la de Hamaika TB; dos contratos-programa con EITB concretando compromisos. No conseguimos que las dos asociaciones de productoras se unificaran. En décadas posteriores se recogieron los frutos con un audiovisual vasco pujante.

Quizás de lo que esté más satisfecho es del Plan Vasco de Cultura —dos años de trabajo, con una altísima y modélica participación, desde abajo, de todos los gremios y sectores de la cultura vasca—. Asimismo, fueron importantes la coordinación interinstitucional entre Gobierno, Diputaciones y capitales, los pasos que se dieron para institucionalizar EITB y sus contratos-programa y las políticas de ayuda del audiovisual vasco.

A pesar de todo no se financió en la proporción requerida. Idoia Zenarruzabeitia — vicelehendakari y Consejera de Hacienda— no entendió nunca el envite y, en cambio, Ibarretxe sí, aunque dejaba hacer a cada Consejería. Lo cierto es que hubo un antes y un después en múltiples sectores tras la aprobación del plan, además de que se coordinaron las estrategias culturales institucionales de forma compatible y complementaria.

Claro que cuando se presentó el Plan Vasco de Cultura en la Comisión Parlamentaria salió el PSE-EE —por boca de Isabel Celáa y sin haberlo leído— con el socorrido estigma respecto al Plan como una «obsesión identitaria». Y ello a pesar de haber sido chequeado como texto equilibrado por los profesores Imanol Zubero y Xabier Aierdi y, dentro

del Gobierno, por el ala no nacionalista de Javier Madrazo. Para obsesión identitaria la del grupo socialista, pues debe ser triste estar preguntándose década tras década por su propia identidad.

Pero la mayor andanada de periodismo sectario, taimado y reaccionario le vino al Kulturaren Euskal Plana de los responsables de Cultura de *El Correo*, entre ellos, haciendo de nuevo su aparición, Cesar Coca, y Enrique Portocarrero, cuya diatriba generó una crisis entre Gobierno Vasco y *El Correo*, y que fue contestado cumplidamente en «E la nave va…» por Miren Azkarate.

Plan Vasco de Cultura: 'E la nave va'

Miren Azkarate (*El Correo*, 3 de octubre de 2006)

El pasado 24 de septiembre, con el título de «Una nave a la deriva», *El Correo* [autores: Cesar Coca y Enrique Portocarrero, 24-9-2006] dedicaba tres páginas y un editorial a hacer un discutible balance del plan que gestiona mi Departamento. No tengo por costumbre comentar los artículos de prensa, pero en este caso, ante un artículo feroz e inhabitual, de manifiesta intencionalidad política y evidente contenido ideológico, en el que creo que se llega a poner en cuestión la labor de mis colaboradores y el propio Plan Vasco de la Cultura, no puedo menos que responder, desde el convencimiento de que lo realizado es mucho y satisfactorio. Estamos cumpliendo razonablemente temas y plazos y, en lo pendiente, tiempo hay de culminarlo en lo que queda de legislatura.

El artículo carecía de rigor al basarse, en muy alta medida, en datos parciales o equivocados, con ausencias, medias verdades mezcladas con opiniones y excesos adjetivales hasta la pura descalificación. Daba por buenas, y asumía como propias, opiniones de fuentes no explícitas que, a su vez, en bastantes ocasiones no podían tener la información. Pero lo peor es que no se haya contrastado con la fuente principal, la que tenía toda la información: el Departamento; y que, como se le dijo a uno de los periodistas firmantes, un día después iba a presentar en rueda de prensa el balance del Plan. Tenían prisa y se han equivocado.

El Observatorio Vasco de la Cultura no es un proyecto, sino que está ya en funcionamiento, como recogió días antes gran parte de la Prensa vasca, aunque no *El Correo*. Un logro institucional decisivo y no mencionado —alegando desencuentros institucionales que no se han producido— es que a lo largo de estos dos años se han reunido mensualmente Gobierno, diputaciones, ayuntamientos de capitales y Eudel para coordinar la política cultural, y que se están produciendo concertaciones, sobre temas como artesanía, proyectos, subvenciones

No se dice —y si no lo preguntan, no pueden saberlo— que el Consejo Vasco de la

Cultura se renueva este otoño y que 15 grupos de trabajo se están reuniendo o lo harán en los próximos cuatro meses para acordar medidas sectoriales. Llevamos meses trabajando con las haciendas para un tratamiento fiscal homogéneo, así como para aplicar vías de financiación en ámbitos distintos al audiovisual. Tampoco se comenta que hay diferentes programas en cartera para el nuevo Plan Euskadi en la Sociedad de la Información, en fase de elaboración. No se informa de que ya hay tres programas de ayudas estables anuales sobre danza. Y no cabe decir que la financiación del audiovisual es reducida cuando hay abierta una línea de hasta 15 millones de euros. Sobre bibliotecas no se dice nada del Catálogo Colectivo de las bibliotecas públicas, del carné único de socio para toda la red o de la tarjeta IZENPE; del Boletín del sistema bibliotecario y de la red on line de bibliotecas públicas, así como del desarrollo de la bibliografía vasca en la red y la web donde se aloja la biblioteca digital. El Mapa de Lectura Pública está en fase de contraste con el sector. La digitalización de los patrimonios avanza satisfactoriamente en todas las instituciones (Eresbil, Filmoteca, bibliotecas, archivos). Se obvia que no es posible el Plan de Museos sin la previa Ley de Museos, que inició su trámite de Comisión en el Parlamento, precisamente, el lunes 25. Del mismo modo, la Biblioteca de Euskadi nacerá de la Ley de Bibliotecas, proyecto también en sede parlamentaria. No se menciona que el Archivo Nacional de Euskadi está en fase de habilitación en el edificio Vesga en Bilbao; o que la eventual Escuela de Artes Escénicas está en fase de estudio. No se cita la financiación comprometida en Tabacalera, ni la larga lista de infraestructuras en desarrollo y de las que volvimos a dar cuenta en la rueda de prensa Otros temas son opinables, pudiendo verse medio vacío lo que vemos medio lleno —y que en todo caso sigue llenándose—. La crítica siempre ayuda pero la ridiculización y el sectarismo, no. Creo que el artículo cae en un contradictorio neoliberalismo, criticando y demandando, al mismo tiempo, que la Administración intervenga. Es el caso del famoso y obligatorio 5% de inversión de las televisiones en el cine, hoy objeto de debate sobre el modo de aplicación. También se minimiza o mal recibe al Instituto Vasco Etxepare, cuya importancia para la promoción exterior de la lengua y cultura vasca es evidente. Choca que al Plan o al Departamento se le responsabilice de todos los males, así por ejemplo del número de giras de las orquestas sinfónicas y, por el contrario, no tenga nada que ver con los resultados del Guggenheim Bilbao o con el repunte de la producción audiovisual vasca, como se ha visto en el Zinemaldia, incluida la producción anual, al menos, de un largometraje en euskera. Lo he dicho muchas veces, entendemos la cultura vasca como la cultura de todos y todas. El carácter del Plan y del Consejo Vasco de la Cultura es abierto y plural, e invita a juntar todas las manos. Si los que pueden ayudar a construir la cultura y la política cultural se ponen a descalificar y a destruir, este país no avanzará.

> Ya que nadie sobra desde las posiciones de cada cual y dejando aparte los prejuicios, ¡seamos positivos!

Me queda un sabor agridulce de aquellos siete años, más agrio que dulce.

Hoy seguimos, por desinterés del PNV, sin ley del Audiovisual, ni Consejo del Audiovisual, ni nueva institucionalización audiovisual, sin reforma —ni en profundidad ni en superficie— de EITB y sin normativa de FM, y ya no digamos sobre la comunicación en la era digital. En esto hay que decir que EH Bildu sí se ha puesto las pilas. Presentó un proyecto de ley del Consejo Audiovisual, un plan de reforma de la ley de EITB y enmendó con sentido el proyecto de Ley General de Comunicación Audiovisual en España[84].

Que un país moderno como el nuestro lleve ese retraso me llena de indignación. Se ve que nuestra irrupción en la Ilustración en el siglo XVIII ya se apuntó al lado práctico de la tecnología y la industrialización y, en cambio, hubo un desinterés manifiesto por las humanidades y ciencias sociales que ya perduró para siempre. Y en esas estamos. Revolucionamos la industria, la banca, el comercio, la tecnología, y hasta hemos progresado mucho en gestión política y gobernanza, pero la apuesta por la cultura, la comunicación, las artes, las humanidades, la sociología… o no están, o dependen de la cantidad de turistas que vayan a atraer.

El caso 'Egunkaria'

La respuesta departamental al caso *Egunkaria*, nada más producirse, fue modélica e inmediata en ocasión de la orden judicial de cierre del rotativo y de las detenciones de sus directivos un 20 de febrero de 2003 por parte del Juez instructor de la Audiencia Nacional, Juan del Olmo. Ese mismo día la Consejera, por la noche en su casa de Donostia, nos reunió a miembros del Departamento de Cultura y a *euskaltzale*s conocidos para ver lo que se podía hacer, además de emitir un comunicado de repulsa y de preocupación por la situación de los

detenidos: Joan Mari Torrealdai, Martxelo Otamendi, Xabier Oleaga, Iñaki Uria, Pello Zubiria, Luis Goya, Fermín Lazkano, Txema Auzmendi, Inma Gomila y Xabier Alegria. A los ocho meses hubo más detenciones.

Era el colofón de una campaña antivasca que tenemos registrada con cierto detalle en el libro, con una edición en castellano y otra en euskera, que publicamos años después varios autores —Txema Ramírez de la Piscina, Teresa Agirreazaldegi, Pedro Ibarra y Ramón Zallo—: *Egunkaria: amets baten egia* y *Egunkaria: la verdad de un sueño* (Berria-Ttarttalo, Donostia, 2015).

En el Departamento, además de luchar contra el atropello, nos preocupaba la reapertura del periódico, al entender que era una catástrofe para el mundo *euskaldun*. Los vientos estatales no eran favorables. Se pensó en darle al periódico la cobertura del Gobierno, y mandarle así a Aznar el mensaje de que lo que hiciera con *Egunkaria* podría suponer también un choque institucional directo. *Egunkaria* recibía ayudas públicas de Eusko Jaurlaritza —en convocatoria pública de ayudas— y de Gipuzkoako Foru Aldundia. Me tocó proponer, por orden de Miren Azkarate, a Joxe Mari Sors, que se ampliase el número de accionistas para que fuera más plural, y que entrara Eusko Jaurlaritza con un miembro en el Consejo de Administración, como salvaguarda institucional del proyecto ante las amenazas en ciernes, aunque siendo uno más y sin derecho de veto. Sors consultó con lo que quedaba del aparato de *Egunkaria*, y supongo que también con algún círculo político, y la respuesta fue negativa. Lanzaron el provisional diario *Egunero* y empezaron a pensar en lo que luego sería *Berria*.

Adjunto el documento que elaboré para el debate interno del Departamento a diez días del cierre de *Egunkaria*.

El contexto no podía ser peor. Aznar estaba crecido en su peor versión represora, y tenía todos los boletos para que el candidato Mariano Rajoy triunfara en las elecciones de 2004, en cuyo caso los medios de comunicación *euskaltzales* podían ser cerrados *sine die* acusados de filo-terroristas. Sors y su grupo jugaron con fuego. Sin embargo, vino el

Acontecimiento que desbarató la linealidad de la Historia. Tres días antes de las elecciones, estallaron las inesperadas bombas yihadistas de Atocha —11 de marzo de 2004—[85], y la opinión pública dio un giro dramático de última hora ante la manipulación informativa sobre su autoría, y apartó a quien iba a ser el sucesor de Aznar, en beneficio de José Luis Rodríguez Zapatero (PSOE) que ganó por sorpresa, siendo un alivio también para la cultura vasca.

Durante esos días participé en un debate y publiqué varios artículos[86]. En aquellos días promovimos una campaña de firmas que tuvo gran eco. Recogimos 60 firmas de profesorado universitario y del mundo de la cultura, del periodismo y sociedad civil, de forma selectiva y no exhaustiva, sobre una frase bien breve y contundente: «Egunkariako zuzendariak salatutako torturak sinesgarriak iruditzen zaizkigu. Sí nos merece credibilidad la denuncia por torturas de los directivos de Egunkaria». El listado —aunque con solo tres mujeres, un error nuestro de época— fue impresionante por el peso específico y la diversidad de sensibilidades políticas[87].

EGUNKARIA ¿NUEVO PROYECTO?

Notas de reflexión para el Departamento de Cultura (No publicado)
Ramón Zallo, 3 de marzo de 2003

1. Es necesario un periódico en euskera como un bien colectivo que asegure tanto el derecho a informarse de forma integral y diaria en euskera, como su papel en la normalización lingüística.

No cabe que una intervención política o judicial anule de facto tal derecho.

2. Es necesario que tal proyecto, sea *Egunkaria* u otro nuevo, sea políticamente lo menos vulnerable posible desde el punto de vista informativo y empresarial. El sistema general de industrias culturales vascas está en peligro y es necesario que sus proyectos-bandera estén por encima de toda sospecha. Nos jugamos mucho.

3. En una coyuntura de ilegalizaciones y cierres no es bueno para los proyectos industriales culturales y del euskera que estén vinculados solo a sectores de la izquierda abertzale y no tengan un colchón más plural. Es necesaria una cierta despolitización de los proyectos, dándoles una significación más abierta y neutral. Ello es especialmente relevante en el caso de un diario en euskera.

No cabe hacer una crítica a ningún sector de la izquierda abertzale por haber

tenido iniciativas, cuando quizás haya sido más problemático que otros, por temores diversos, no hayan entrado en ellas o construido otras.

4. Es una época de emergencia en lo cultural e informativo y no nos podemos permitir el lujo de no concentrar fuerzas y esfuerzos puesto que, de continuar esta ofensiva, desmantelan parte de lo laboriosamente construido durante estos años.

No se iría en esa dirección si se partiera de la premisa de que, por el nivel de acoso y alarma social actuales, cualquier proyecto que se levante, incluso no siendo abierto, deberá ser subvencionado sin medida. No sería cierto puesto que ninguna administración se puede permitir que sus subvenciones —que alcanzaban al 25% de los presupuestos de *Egunkaria*— acaben en el tiempo en nada mediante el precintado de empresas o siendo cuestionado el propio sistema de subvenciones.

5. Tampoco sería bueno que proyectos culturales e informativos en los que nos jugamos tanto se subordinaran a la lógica de los partidos. Y ciertamente en este terreno hay que huir de dos tentaciones porque este no es un problema de partidos sino un problema de la comunidad como tal:

a) la tentación de que sea uno de los proyectos políticos centrales del período de la propia izquierda abertzale como sujeto político y como banderín de enganche sobre el colchón social generado alrededor del caso *Egunkaria*.

b) la tentación de un desembarco de control por parte de las instituciones o del PNV.

No se debe caer en ninguna de las dos tentaciones.

6. Se trata de establecer un sistema de garantías que dé confianza a todos los sectores sociales e institucionales que están dispuestos a apoyar ese proyecto, en su justa medida y sin tocar para nada legítimos intereses adquiridos.

7. En lo informativo es perfectamente posible definir unas líneas significativas y operativas de código deontológico y de normas de estilo informativo que respondan al amplio espectro del mundo *euskaltzale*, alrededor de un concepto «euskalgintza», para lo que cabe rescatar muy buena parte de las ideas que estuvieron en el modelo fundacional de *Egunkaria*.

8. Mas que un problema a abordar con prevención es una triple oportunidad:

- Para estabilizar el proyecto desde el punto de vista económico y empresarial, logrando incluso que sus ventas estén más cercanas al nº de lectores potenciales, intentando que alcance y se estabilice alrededor de 25.000 ejemplares.

- Para redirigir el proyecto en dos sentidos de los que adolecía *Egunkaria* y desde una clave garantista del pluralismo: a) pluralizar su cúpula tanto para convertirlo en un periódico de todos —un sector significativo *euskaldun* no hizo suyo *Egunkaria* aunque sí defendía su existencia— como porque su subsistencia además depende en parte de subvenciones públicas; b) asegurar una mayor neutralidad informativa y que termine por ser un medio de todos los *euskaltzales* no solo en lo simbólico sino

también en la línea informativa abierta, de tal modo que incomode al mínimo a los distintos sectores que conforman en lo ideológico el mundo *euskaltzale*. De todos modos, ya es sabido que siempre la información tiene sus sesgos de modo inevitable y legítimo porque no existe la información pura.

- Para hacerlo de un modo natural y desde una dinámica social amplia.

9. Todo esto se puede abordar tanto si se reabre *Egunkaria* como si queda cerrado y es necesario un nuevo proyecto.

   En el primer caso se trataría de asegurar un arrope colectivo —puesto que la instrucción judicial seguiría pero sin medida cautelar— y para que no vuelva a ocurrir.

   En el segundo, porque se trataría de un proyecto *ex novo* y por sus costes.

10. Una posible herramienta sería una Fundación Privada de Iniciativa Pública.

    Este tipo de fundaciones son instituciones sin ánimo de lucro erigidas para la consecución de un fin de interés general, lo cual no impide a la misma obtener ingresos económicos, ni facturar por sus servicios. Simplemente implica la necesidad de reinvertir sus beneficios en la actividad de interés general que la justifica. No se debe confundir esta figura de la fundación, con las llamadas «Fundaciones Públicas» del ámbito municipal que son organismos administrativos autónomos. El órgano de gobierno de la fundación, el Patronato, podría presentar una composición mixta, involucrando en la gestión a representantes de la Administración y del sector privado profesional y empresarial.

    La Administración Pública está capacitada para fundarlas, desde que así lo estableciera expresamente la Ley de Fundaciones en 1994, lo que permite la posibilidad de operar con fondos públicos desde una organización bajo forma jurídico privada o mixta. A su vez esa fundación puede obtener subvenciones, capitales privados y donaciones.

    La fundación constituida por la Administración Pública, dado el mestizaje de su esencia puede ser un instrumento para combinar las virtudes propias del sector público (capacidad financiera y garantía de perdurabilidad) con las del sector privado (su capacidad organizativa y emprendedora, y la captación de capitales privados). La fundación adquiriría su personalidad jurídica una vez haya sido inscrita en el Registro de Fundaciones de Euskadi, y estaría sometida al garante Protectorado de Fundaciones.

    Al estar dotada esta de un régimen fiscal privilegiado (Norma Foral 9/1995 de 5 de diciembre), cabe la captación del ahorro de particulares y empresas que, además de aprovechar las ventajas fiscales de sus donaciones, podrían beneficiarse de otras ventajas que ofrezca la fundación, a poco que promueva actividades culturales originales y atractivas.

    Claro que también cabría alguna modalidad de asociación

11. Razonablemente por la parte pública de la fundación podría ostentar el Patronato de Honor el *lehendakari,* e ir a una fundación mixta en la que estarían Gobierno Vasco, Diputaciones —si hay aportación— y una representación del Parlamento (uno por Grupo y todos bilingües) ostentando una representación del 25 % del número de patronos por un lado y una representación de la estructura actual del Consejo de Administración de Sortzen Egunkaria, por otro lado, que ostentarían el papel de Fundador y que habiendo sido los perjudicados son lo que hoy ostentan el saber hacer.

12. A su vez la Empresa dependiente de la Fundación dispondría de un Consejo de Administración en el que, entre otros y que representarían al capital real comprometido, también habría un miembro permanente perteneciente a la parte pública del Patronato.

Tenía un cuádruple motivo para volcarme. Mis convicciones sobre el derecho de expresión como profesor de comunicación; mis opiniones políticas en relación al euskera; el rol del sistema de información en la construcción nacional; y el parentesco colateral con Joan Mari Torrealdai, puesto que mi compañera Maite Torrealdai era su prima carnal más querida y cercana, lo que hizo que viviéramos muy dramáticamente su detención y ya no digamos las torturas que, supusimos y luego supimos, que le habían infligido.

Hay además un factor personal añadido. En el programa informativo de Manuel A. Rico de RNE de las 11 de la noche del miércoles 26 de febrero de 2003 (ver anexo), Joan Mari —detenido y ya con rumores de tortura— fue objeto de un grave montaje de suplantación de personalidad, en la persona de una prima suya y hermana de mi compañera, Karmele que, aunque vivía en Vigo, estaba pasando —¡casualidad!— una temporada con nosotros. La fuente de contenidos para suplantar su personalidad y arrojar un falso testimonio creíble en la radio y *en prime time* radiofónico, no pudo ser sino el pinchazo sea de nuestro teléfono fijo en Meñaka, sea el de Mari Carmen Torrealdai —hermana de Joan Mari—, sea la grabación de las conversaciones de aquellos días entre Beatriz —compañera de Joan Mari— y Maite —mi compañera—. Y no cabían más autorías posibles que la Guardia Civil, la Policía Nacional o el CNI.

La confección de ese artículo no fue fácil. Nos llegó que una tal Carmen, «prima» de Joan Mari le había acusado de cosas terribles directamente por la radio en el programa de Manuel Rico. Tras desmentirnos Karmele que hubiera hablado en ninguna radio, quisimos recuperar la grabación, cosa que fue fácil pues en l*ehendakaritza* se grababan, por razones obvias, todos los programas de radio y televisión, guardándose un tiempo. Obtuve el permiso, y tras escucharlo varias veces, pude desmontar, con detalle y por escrito su contenido.

Publicamos en *Deia* el 3 de marzo de 2003 un artículo-denuncia, firmado por las hermanas Maite, Junkal y Karmele Torrealdai Enjuto, «Testimonio-denuncia de la familia Torrealdai por suplantación y montaje en RNE (Caso *Egunkaria*)».

También hay que decir que al día siguiente de publicar la denuncia de la familia, Manuel A. Rico se portó de modo inmejorable como periodista. Se hizo eco del tema como primera noticia de la noche, y lamentó que RNE hubiera sido objeto de un fraude por alguien que ya no contestaba al teléfono y desde el que había testimoniado en directo, e invitaba a la familia a explayarse en las ondas, cosa que declinamos aceptar.

Testimonio-denuncia de la familia Torrealdai por suplantación y montaje en RNE (Caso *Egunkaria*)
Deia, 3 de marzo de 2003

En el programa de Manuel A. Rico de RNE de las 11 de la noche del miércoles 26-2-03, del que tenemos una copia grabada, se produjo un hecho insólito con ingredientes de suplantación de personalidad y montaje, con daño para la imagen de, al menos, dos personas y, a todas luces, para lograr una intoxicación informativa. Que sepamos, el modo es una novedad en el panorama de la propaganda política. El hecho incluye el uso de datos obtenidos presuntamente en escuchas ilegales.

Relatamos aquí el fragmento de la conversación de M. A. Rico con una mujer que dice llamarse Carmen y estar en Pontevedra, para aportar su testimonio sobre nuestro primo Joan Mari Torrealdai, escritor detenido y encarcelado en el caso *Egunkaria*.

Tras dejar entrever que es oyente habitual y que trabaja hasta bastante tarde, la tal Carmen dice ser familiar, prima de Joan Mari. Se da la circunstancia que no ha habido ni hay más parientes de Joan Mari en Galicia que Karmele Torrealdai (Carmen en

euskera), quien hace tres meses dejó Vigo para venir al País Vasco, donde trabaja en la restauración y vive con una de sus hermanas.

La familia y la suplantada han comprobado en la grabación que ni la voz ni las expresiones son de Karmele, ni el lugar donde estaba el miércoles era Pontevedra. El acento también era totalmente distinto. Karmele, después de 20 años en Galicia, tiene un punto de acento gallego y, en cambio, "la voz" tenía acento indeterminable.

Incurre en numerosas contradicciones. La primera, el tono de recitado guionizado que cuando se le acaba vuelve a repetir casi por entero. La segunda, el insólito hecho de que alguien llame a una radio para denunciar a un "primo", no es propio de un familiar, y dice poco de la perspicacia del periodista Rico que tiene la responsabilidad de comprobar identidades sin prestar los micrófonos a una presunta operación delictiva.

Tercera contradicción. Para que el montaje funcione se introdujeron elementos de la vida de Karmele y de su familia que no pudieron obtenerse sino mediante pinchazo telefónico reciente. Por ejemplo, la tal Carmen inicia la conversación, con soltura, quejándose del adelanto horario del programa, lo que no le permite ahora escuchar todos los días porque se supone que sale muy tarde del trabajo. En efecto, Karmele regresa tarde debido a su trabajo, pero es imposible que pueda oír la radio atendiendo mesas ni le apasiona RNE, y además, hasta ahora tampoco trabajaba hasta tarde.

Cuarta contradicción. Relata que marchó hace años del País Vasco, que tiene 36 años, cuando Karmele tiene 44.

Quinta contradicción. Dice que «la imagen que tengo de él es de una foto en blanco y negro, vestido con hábitos de… no sé si llamarlo cura, fraile… lo que sea, porque en su día fue… sacerdote, fraile, humm... tal». Torrealdai fue franciscano, y en Forua, donde además había un convento, difícilmente hay nadie que confunda un cura con un franciscano. Una "prima" tan cercana, y se supone que natural de Forua, no podía ignorarlo. De todas maneras, hasta esa parte de la intervención se podía pensar que la tal Carmen podía querer notoriedad hablando por la radio y utilizando datos obtenidos de una hipotética relación con Karmele en Vigo. Pero es ahí donde se empiezan a disparar las alarmas. Lo esencial es que un comentario relativo al recuerdo de los "hábitos", sólo lo había formulado unos días antes y tras la detención de Joan Mari, otra de las primas, Maite, abajo firmante, en conversación telefónica con la hermana de Joan Mari.

Ello y la información sobre Karmele delata dos cosas. Que uno de los dos teléfonos, en personas sin ningún atisbo de acusación delictiva, estaban pinchados y que esa conversación (en euskera) fue traducida para su empleo en una llamada muy interesada a la radio, como luego se verá.

Sexta contradicción de la tal Carmen en RNE: «Luego la otra imagen que tengo de él es que es de un señor que se dedicaba mucho al tema... de lo vasco... muy

entregado, tal. Resulta chocante llamarle “señor” a un primo y que una vasca hable de “lo vasco” como de algo ajeno. Y sigue con una desagradable coladura de antología: «y estos días cuando… tres o cuatro días, me dijo mi madre: ¿Sabes que han detenido a Juan Mari... Tu primo, sí!». Estos son los auténticos milagros de la radio abierta, capaces de rescatar conversaciones... con nuestra madre, fallecida hace siete años.

Séptima contradicción. Después de decir que es y se siente vasca, la mediocre actriz señala. «Nunca me he planteado preguntarle a Juan Mari... Si le tuviera aquí, de cerca, le preguntaría, pero ¡por qué!, ¡cómo has podido llegar a tanto! ¿no?». La supuesta prima asume que lo que ha oído de “su primo” en los medios de comunicación es verdad, sin pedir información a la familia con la que, al parecer, tanta relación mantiene.

Y sigue, con la octava contradicción: «Él ha casado a primos, ha estado en funerales, ha bautizado a familiares... somos una familia muy extensa...». No es extensa, y raramente ofició para la familia (el funeral de su aita y la boda de su hermana), puesto que Joan Mari, aunque sigue siendo un hombre de confianza y muy querido por la Orden franciscana, colgó los hábitos hace muchos años, se casó y tiene dos preciosos hijos.

Última contradicción. La impostora añade la referencia a otra foto «de una visita posterior que le hicimos a donde él trabajaba». Nunca hubo tal visita de Karmele aunque nos encantaría tener esa foto de recuerdo ahora que nos lo han arrebatado. Y ya le traiciona el subconsciente, en el mensaje principal y motivo de este montaje, que no es sino contrarrestar la denuncia por torturas hecha por el director de *Egunkaria*, Martxelo Otamendi. Dice la sustituta con aparente sentimiento: «Lo único que me ha alegrado es que, por lo menos, cuando ha dicho, cuando HA HECHO el reconocimiento…». Ahí cayó en su propia trampa. Solo un funcionario policial puede utilizar la expresión «ha hecho», propia de una práctica profesional ejercida, pero nunca jamás lo haría alguien ajeno. La tal Carmen se da cuenta y rectifica sobre la marcha y dice «y LE han hecho un reconocimiento y… diciendo que no tenía nada y ha firmado un escrito conforme no…». Está interpretando ante la audiencia –verdadero destinatario de todo el montaje– el alivio de un familiar que pese a desacreditarle a su “primo”, se alegra de que no le haya pasado nada, cuando lo plausible es que la alegría no es porque no le hayan torturado –tenemos la convicción moral de que sí como la inmensa mayoría de los vascos– sino de que él no lo haya aún denunciado.

Y eso puede tener una explicación. Ni la presunta funcionaria de la Guardia Civil, de la Policía Nacional o el CNI, o de lo que sea, ni Rico, querrán entender que alguien que ha estado cinco días en comisaría “molido a palos” (según afirmó Martxelo Otamendi a su salida de la cárcel), y no hace en su declaración ante el juez una

denuncia por torturas, podría ser por una de dos cosas: porque está aterrorizado o –como creemos que es el caso de Joan Mari como hombre de grandes valores– está pensando en no transmitirles a sus hijos la carga traumática y los sentimientos de quien ha sido vejado con malos tratos y pretendía ocultarlo.

En esa parte le interrumpe el periodista que no actuó con la imparcialidad que se le supone a la profesión, y se apuntó a la versión oficial: «Otamendía (sic) ha dicho que le han molido a palos, y es que no es cierto... (ahí se da cuenta y añade), al menos, según el testimonio que hemos obtenido en el programa de parte de Instituciones Penitenciarias». Y la Carmen: «Exactamente, exactamente». Y Rico: «No presentaba daños». Y ella con entusiasmo «Exactamente, es lo que digo yo». La interfecta repite varias de las muletillas anteriores y termina de echar basura sobre "su" pariente: «¡Cómo una persona puede evolucionar y llegar hasta ahí!».

Queremos denunciar como familiares reales varias cosas:

-Se trata de un delito de suplantación de personalidad con daño de la imagen tanto del injuriado como de la suplantada, con ausencia de comprobación de la identidad desde la radio que ha sido utilizada para su comisión y, por la presunta naturaleza de los delincuentes, es de improbable castigo. Nos reservamos el derecho de denunciarlo ante los tribunales.

-Esto es un montaje grave, y que por los elementos que concurren, estamos convencidas que solo pueden proceder de un servicio de contrainformación que ha utilizado la llamada de oyentes e información de pinchazos telefónicos ilegales para responder de forma rápida y eficaz a un gran escándalo.

-Creemos que nuestro primo ha sido maltratado y, encima, calumniado en algunos medios de comunicación, hasta llegar al procedimiento rastrero de inventarle un pariente que le denuncia y les da credibilidad a sus presuntos torturadores.

Joan Mari es un persona admirada y admirable, dedicada al ensayo en temas euskaltzales, al análisis del fenómeno de la censura periodística en el franquismo y sobre el euskera, a la catalogación de libros vascos de la que es el máximo exponente vivo y referencia obligada, a la revista Jakin, a lograr que continúe un diario en euskera… Una de las personas más volcadas a la cultura vasca moderna y firme defensor de la paz. Nos sentimos orgullosas de su trayectoria. Que ahora sea víctima de una injusticia y de un abuso de poder que pone en peligro su integridad, nuestra cultura y la libertad de prensa, solo le engrandece y aumenta nuestra admiración y cariño por él.

Firman este testimonio Maite, Junkal y Karmele Torrealdai Enjuto

Cuando ya se iba a celebrar el juicio, años después, la entrada de Patxi Baztarrika en el Departamento como Viceconsejero de Política Lingüística —que, al parecer, tenía cuentas pendientes tanto con la Izquierda

Abertzale como con el aparato de *Egunkaria*— supuso una variación, de hecho, de la línea mantenida hasta entonces. Baztarrika firmó al menos dos artículos, directamente políticos, no a título personal, sino como «Eusko Jaurlaritzako Hizkuntza Politikarako sailburuordea», desmarcándose de los directivos de *Egunkaria* —en libertad provisional— a los que deseaba lo mejor, pero les señalaba por sus supuestos lazos en la línea editorial con la Izquierda Abertzale —en esa época estigmatizada por aquello de que es lo mismo que ETA— o reprochándoles apropiarse de la *euskalgintza* y alinear ésta con la Izquierda Abertzale, o por ser «acrítica con ETA»[88]. O sea, munición pública de un alto cargo que la fiscalía del caso podía utilizar en un momento clave. Los de *Egunkaria* tampoco estuvieron contentos con lo que ellos entendieron como dificultades para obtener documentación sobre las subvenciones recibidas a lo largo de los años. En el otro lado de la balanza, también hay que decir que el nuevo *Berria* recibió más ayudas y más objetivadas que en las épocas anteriores.

Joan Mari me escribía: «Ramon, hona Baztarrikak ematen digun erantzuna. Ikusiko duzunez, honek ez du deus zuzentzen. Arazoa, nonbait, ez da berak zerbait gaizki egin zuenik, baizik eta guk gaizki ulertu dugula, nahita gainera. Borondate txarra gurea da, ez berea. Enfin. Eskuminak Maiteri, eta bioi besarkada bana, Jmt»[89].

Estos hechos hicieron replantearme mi continuidad en Cultura. El propio Joan Mari me convenció de lo contrario y tampoco quiso que publicara un artículo que guardo desmarcándome. Y no lo hice. La crisis hubiera estado servida.

En 2010 una sentencia ejemplar —Javier Gómez Bermúdez, un juez especializado en anti-terrorismo— absolvió a los acusados. Era una denuncia implícita de la injusticia e ilegalidad del cierre, decididas por el Juez Instructor Juan del Olmo en 2003. Una victoria moral, pero sin indemnizaciones por torturas y daños varios por el cierre de un *bien de mérito,* como es un medio de comunicación en una lengua minoritaria.

En junio de 2014 se cerró el caso, en la parte económica sin

indemnizaciones. Al Estado le salió gratis un gran abuso de poder y un daño costosamente reparable a la cultura vasca.

Choques con Andoni Ortuzar

En febrero de 2003, paralelamente al Plan Vasco de Cultura que estaba en fase de debate y de redacción, los Departamentos de Industria —Josu Jon Imaz de titular— y Hacienda del Gobierno Vasco, se embarcaron en la redacción, a instancias de EITB —capitaneado por Ortuzar—, de un «Libro Blanco del Sector audiovisual en Euskadi» con la consultora Bearing Point, que trajo a un experto de Barcelona. Obviamente no se podía soslayar al Departamento de Cultura que era el competente en el tema cultural. El informe se acabó en junio de ese año.

Desde el principio, el Departamento de Cultura reclamó que no se podía hacer un Libro Blanco sin la participación del sector audiovisual privado, a lo que se negó Ortuzar con la aquiescencia de Industria. Se hizo sin el sector, con la promesa de debatirlo *a posteriori* cosa que no ocurrió. Desde el Departamento de Cultura se «compensó» incluyendo el tema en el Plan Vasco de Cultura y abriendo una línea de financiación extra —con Hacienda— para la producción del sector, además de incrementar las subvenciones y sus modalidades.

Visto que no iba a existir un capítulo relativo a las ayudas al sector, Miren Azkarate —como *sailburu* del Departamento de Cultura— se negó a validar el Libro Blanco ni a firmarlo —lo que hubiera sido un escándalo inasumible para el propio Gobierno— si no se incluía un capítulo 6º con el sistema de ayudas al sector, cosa que me tocó redactar y se aprobó. Actué como si fuera el sector —sin el sector— aunque consulté a IBAIA por mi cuenta.

El objetivo de Ortuzar no era el audiovisual en Euskadi sino EITB como Grupo que, en su traslado de Iurreta a Bilbao, quería dar un salto cualitativo de integración vertical y horizontal con dos sociedades nuevas bajo su gestión, dentro de un Irudi Park —un Parque audiovisual— a situar en el edificio Bami que EITB iba a ocupar: la Sociedad de

Producción Audiovisual (SOPROVAL) y la Sociedad de Gestión de Infraestructuras y Servicios Audiovisuales (SOGISA) —ver capítulo 5.5 del Libro Blanco— que le hubiese dado a EITB el monopolio de infraestructuras —a alquilar para las empresas privadas—, producción, gestión de derechos, distribución y emisión del audiovisual vasco. O sea, todo. Y hubiera laminado al sector o lo hubiera convertido en un minisector de amiguetes agradecidos. Si no se hizo no fue por la clarividencia de Idoia Zenarruzabeitia —Vicelehendakari y *sailburu* de Hacienda— sino porque le pareció que ese montaje de nuevas infraestructuras de producción iba a encarecer enormemente el traslado de EITB y que, quizás, era demasiado poder para el ambicioso Ortuzar.

A lo largo de la década Ortuzar bloqueó el cumplimiento de la obligación legal de dedicación del 5% de los ingresos de ETB a las productoras audiovisuales independientes. Un escándalo que, además de ser una orientación contraria al Departamento y al Gobierno —entré al Gobierno precisamente para implementar esa estrategia audiovisual—, retrasó el salto cualitativo del audiovisual vasco durante varios años. Fuego amigo.

Él prefería trabajar solo con sus productoras favoritas. Encargó lecturas reduccionistas de la ley, pero ni informes jurídicos ni sentencias le daban la razón. Cuando simplemente se quedó sin coartadas, se plantó: no asumiría la obligación legal si no se le dotaba *ex novo* por el Gobierno Vasco para ello, a pesar de que la dotación de los años anteriores daba por supuesto que, también, era para cumplir esa obligación legal. Se llevó la perra gorda, mediante administración desleal de dinero público, ejerciendo de poder fáctico, aplicando un «acato pero no cumplo», como ya hizo con el Libro Blanco. Era el estilo de gobernanza de trastienda de Ortuzar.

Lo mismo pasó con los contratos mercantiles a gente de plantilla de EITB durante años, hasta que la justicia impuso orden.

Para él, el audiovisual era solo EITB, y las productoras su industria auxiliar. Por esa vía el audiovisual vasco no hubiera sido lo que es hoy. En

los siguientes presupuestos el Gobierno le aportó financiación suplementaria para que cumpliera con la obligación legal de una santa vez, incluidos los retrasos.

Ortuzar, con el apoyo de Josu Jon Imaz —ya presidente del EBB— también bloqueó el proyecto de ley del consejo del audiovisual de su propio gobierno. Se atrevió incluso a contraprogramar de forma chapucera en una sola noche un proyecto de ley para forzar un Consejo meramente asesor—para escándalo del Departamento que llevaba dos años trabajando en el proyecto—. No quería que EITB fuera fiscalizada. Un estilo deplorable.

También tengo la sospecha —indemostrable, y a Miren Azkarate no le constaba— de que bloqueó, mediante retraso hasta la siguiente legislatura, a través de gente afín, el decreto que estaba preparado de radio FM[90].

Es lo que siempre ha tenido Ortuzar: olfato para jugar a la chica y falta de perspectiva para el juego en su conjunto. Los intereses a corto y las jugadas y maniobras —el poder como guía— le han nublado la capacidad de mirar con perspectiva de futuro. Ha adolecido de una notable miopía estratégica. Ha sido más de no mover y no dejar mover, que de apostar con criterio. Su gestión posterior conservadora del EBB, de mera adaptación a circunstancias, dejó al PNV en caída libre continuada y sin rectificaciones de fondo durante los años anteriores a 2025.

Es cuestión de estilo, pero en las elecciones de renovación de los Buru Batzar territoriales de noviembre de 2024, mientras los candidatos no apoyados por el aparato se quejaban, amargamente y con razón, del favoritismo ejercido por el aparato hacia sus candidatos territoriales, Ortuzar, una vez logrado su objetivo de ceder el testigo de todos los Buru Batzar territoriales a los suyos, acusó públicamente a los no oficiales de haber exhibido los trapos sucios en público. O sea, además de zancadillearlos les acusaba de quejarse por haberse caído. Tampoco quedó bien con Urkullu, con un relevo de puerta trasera. Y la última fue el mal

cálculo en la táctica y la evidencia de la maniobra de autopromoción para perpetuarse en el EBB. Y Aitor Esteban e Itxaso Atutxa se plantaron.

Por cierto, fue alumno mío, pero me confesó que no venía por clase, así que no pude ser yo quien le enseñara esos ardides. Tuvimos buena relación cuando estuve en el Consejo de Administración de EITB en el bienio, aunque ya fui testigo de su estilo de pases toreros y de sonrisa, medio pícara medio socarrona, que francamente no inspiraba confianza.

El 'think tank' Pentsamendu taldea

En 2006 Ibarretxe encargó al ya ex consejero de Transportes y Obras Públicas, Álvaro Amann, la creación y organización de un grupo de debate de ideas multidisciplinar para un «diálogo tranquilo y sosegado sobre los asuntos de afectan a la sociedad y a los ciudadanos en torno al fenómeno denominado localización territorial en el contexto de la Unión Europea y la globalización».

Este grupo[91] se reunió a lo largo de tres años (2006-2008) cada dos meses en lugares como Egino, en una casa de retiro regentada por monjas y que casi se convirtió en sede, pero también en Gasteiz (hotel), Gametxo (Akorda) y Urgoiti (Mungia). Ibarretxe se acercaba cuando podía. Mediante conferencia y largo debate, por ahí pasaron —luego editadas en los 28 libritos bilingües de la serie Hausnarketak— importantes figuras del pensamiento europeo, del estado español, vasco o latinoamericano[92].

Sus sesiones se editaron —bajo la supervisión y relatoría de Daniel Innerarity— con la denominación de Pentsamendu Taldea. Los debates entre nosotros se recogieron en la serie Iritziak —11 cuadernos— sobre temas como: Europa, Imperios, globalización, pluralismo, nuevos espacios políticos, sociedad del conocimiento, geoestrategia, sociedad contemporánea o gobernanza. A su vez, los tres cuadernos de la Serie Governance-Hitzaldiak recogen tres discursos de fondo del lehendakari sobre la «Segunda Gran Transformación», sobre el proceso de paz y una intervención de Juan José Ibarretxe en Donostia el 5 de septiembre de

2005, en ocasión del centenario del *Annus Mirabilis* de Albert Einstein de 1905.

Se generaron materiales que se fueron editando hasta 2009. Es una colección muy interesante, más por la calidad de las aportaciones de los conferenciantes invitados que por los debates que suscitaron entre nosotros. Aprendimos mucho. Unos más que otros. Un lujo para quienes asistimos. En cambio, el propósito y utilidad para el país se me escapan, sea por la composición de los participantes, sea por la insuficiencia de debates para rumiar y aplicar al país todo aquello[93].

Cruce epistolar con Marisol Garmendia

Todavía no termino de entender la salida de tono, en forma de artículo, de Marisol Garmendia —hoy Delegada del Gobierno en el País Vasco— cuando era concejala en el Ayuntamiento de Donostia, respecto a un artículo que escribí en 2012 a favor de Donostia 2016-Capital Cultural Europea. ¿Lo boicoteaba por lo bajines porque el alcalde ya era de EH Bildu y no Odón Elorza que había alumbrado el proyecto con la ayuda de Santi Eraso?

He aquí mi respuesta que es un debate sobre la famosa identidad. La obsesión socialista, siempre en busca de la identidad perdida. Esperemos que la actual Delegada haya mejorado en prudencia y templanza. Sin embargo, tras la irrupción reciente —*El Correo*, 20 de mayo de 2025— en la escena pública con un exceso interpretativo sobre un comentario imprudente realizado por el *lehendakari* Pradales en torno a la «inmigración selectiva», no he podido comprobar la mejora[94].

Donostia 2016 y el sectarismo
Ramón Zallo (*Diario Vasco*, 30 de enero de 2012).

Lo que me temía. Sí parece haber un problema de sectarismo, que dificultará las relaciones ciudadanas y la organización plural del Donostia 2016. ¡Reitero la consigna de 'sectarismo cero'! A esta conclusión llego tras la inapropiada misiva que me ha dedicado la concejala del PSE-EE, Marisol Garmendia (*DV* 19-1-12), como respuesta a mi artículo de apoyo incondicional al proyecto Donostia 2016 (*DV* 16-1-12; también publicado en *El Correo*).

Como vizcaíno que vivió en Donostia en tiempos más difíciles, amo el Donostia que es Donostia, San Sebastián y Donostia-San Sebastián; y, ante el galimatías de Dss2016eu, prefiero el coloquial D-16. No me gustan los debates nominalistas. He querido echar una mano para apoyar el evento, y detesto que me la muerdan desde la intolerancia, y me contesten con una *boutade* diciendo que es un proyecto de toda «la ciudadanía europea» y que no lo habría comprendido, desde mi concepción «arcaizante». ¡Qué aire de superioridad! Una actitud ajena a la hospitalidad donostiarra y contradictoria con las manos abiertas del D-16. No puedo entenderla, salvo que se trate de utilizar el D-16 solo para un marcaje ideológico o para enviarle de paso un recado al alcalde —a quien no conozco— a través de chivo interpuesto: un servidor. Sea cual sea el motivo, refleja que algo va mal, como diría Judt.

La concejala (o el PSE, no lo sé), parece verse a sí misma como la única intérprete solvente del proyecto ganador del concurso de ciudades, con una única lectura posible. En esa actitud se suman dos cosas. Por una parte, no ha aceptado todavía que ganaron las elecciones otros, los Otros, a quienes toca liderar, reinterpretar y concertar. Por otra parte, la vocación europeísta, que comparto, se convierte en contradictoria cuando se identifica a la propia parroquia como el paradigma del europeísmo. Además, hay un ligero problema competencial; cabe acercarse a Europa, pero Europa no es gestionable desde Donostia. ¿Por qué se dice que D-16 es un «territorio cultural, más allá de las limitaciones geopolíticas identitarias»? La identidad no es un defecto de fabricación. La identidad —lo que se es y siente— es un punto de partida en construcción colectiva, además de un vínculo, un orgullo y una responsabilidad. A algunas meninges les cuesta asumir términos socioculturales como identidad, o Euskal Herria o cultura integral (perfectamente compatibles con el europeísmo). Yo lo comprendo. Eso no se impone. Es cuestión de tiempo y de encuentros. Pero no puedo entender que se utilicen como reproche y descalificación del Otro —una mayoría por estos pagos—, dibujando una caricatura en la que ese Otro no puede reconocerse y sí ofenderse.

En su viaje por la retórica, la concejala saca a pasear los viejos demonios simbólicos que comparten socialistas y conservadores (el no a Euskal Herria, por ejemplo). Lo entienden no en clave cultural y prepolítica sino en clave política, identificándolo con los nacionalismos y su «concepción unívoca y exclusivista». Algún día se darán cuenta de que así generan su propio extrañamiento social. Pero la apropiación del cosmopolitismo, confrontándolo a la diversidad, es igualmente «unívoca y exclusivista», y añadiría que pura ideología desde que la doctrina de la Diversidad de la Unesco, sentenciara que la universalidad se construye desde la diversidad y el reconocimiento del otro, o sea desde espacios gestionables y la interrelación. Se trata de construir nuestro espacio, en y con Europa, pero haciendo así nuestra Europa, una Europa con la que identificarse. El discurso *cosmopolitista*

estaba bien para el siglo XVIII y XIX cuando se construyeron los grandes ideales que felizmente perduran, pero obviaron la sociedad diversa, las culturas y los géneros que estaban debajo.

Autogol: la ley Cultural de la CAE desde el PP de Madrid

El Departamento de Cultura del Gobierno Vasco, dirigido por Ibone Begoetxea, ha contratado por 80.000 euros a la firma de consultoría jurídica madrileña, Gabeiras y Asociados —con lazos no solo profesionales con el PP madrileño— la elaboración de la futura ley del sistema cultural vasco. Se encargará nada menos que del informe inicial, el diagnóstico de la situación de la cultura vasca y una propuesta final de proyecto de Ley del Sistema Cultural de la CAE, así como la asistencia en su tramitación (*Gara,* 2 de julio de 2025).

Ignoro qué ha pasado por la cabeza del actual Departamento de Cultura del Gobierno Vasco para que eso haya podido ocurrir, con una ley deseada hace tiempo y tan importante para una cultura minoritaria, ley que va mucho más allá de lo jurídico. Tenía la fácil solución de exigir conocimiento, arraigo e implicación sobre la cultura vasca en el pliego de condiciones del concurso. Y para el caso de que se les hubiera «olvidado» señalarlo, declararlo desierto por falta de confianza en la capacidad de la firma ganadora para responder a la expectativa del encargo, o por desconfianza sobrevenida vistos los lazos políticos de la socia directora de la firma, Patricia Gabeiras. ¡Mira que era fácil!

Ahora tendrán que hacerle todo el trabajo a esa firma ganadora para que no haga una chapuza estándar, ni introduzca un sesgo derechista o tecnocrático, sin base en la cultura de un muy complejo país, nunca entendido por la mentalidad del PP que es muy minoritaria por estos pagos. Al final del camino, y por esas puertas abiertas de par en par, dicha firma se hará con un *know how* sin necesidad de que lo haga la UCO en sus ratos libres.

Ya no se necesitan trols. Se les invita a que se paseen por tu casa. Debe ser la nueva construcción nacional en tiempos de marea derechista.

Notas:

82 Ramón Zallo (Director y coautor) *Industrias y políticas culturales en España y País Vasco*. (428 páginas). Servicio de Publicaciones de la EHU. Diciembre 1995. Leioa.

83 https://www.euskara.euskadi.eus/contenidos/informacion/argitalpenak/es_6092/adjuntos/plan_vasco_cultura_c.pdf

84 Lo sé porque les he ayudado a elaborarlos.

85 Casi 20 años antes, el 12 de abril de1985, se había producido el primer atentando yihadista en el restaurante «El Descanso» a las afueras de Torrejón de Ardoz, en el que murieron 18 personas. Dos años después el atentado de Hipercor elevó el récord de fallecidos a 20.

86 Así, «El cierre de *Egunkaria*» en *Gara*, *Egunero* y *Deia* (21-2-03); «La inconsistencia de tres autos», *Gara* 3-3-03;«La insoportable fragilidad del sumario *Egunkaria*», *Deia*, *Gara*, *Diario de Noticias*, *Diario de Alava* y *Berria* 22-11-04. Un debate en torno a *Egunkaria* en el programa de ETB-2 «Políticamente Incorrecto» el 24-2-03. Ya en ocasión del juicio, una conferencia «El cierre de *Egunkaria*: análisis del sumario desde el punto de vista de la comunicación», en unas Jornadas organizadas por la Dirección de Derechos Humanos del Gobierno Vasco en el Palacio Miramar de Donostia (5-11-2007), o sobre «El papel de *Egunkaria* como agente cultural y las consecuencias de su clausura» junto a Nazario Oleaga, Félix Cañada, Txema Ramírez, Txema Montero e Iñaki Lasagabaster, en el Colegio de Abogados de Bizkaia, el 1-6-2010.

87 Entre ellos: Agirreazkuenaga Joseba, Aierdi Xabier, Ajangiz Rafa, Armentia José Ignacio, Atxaga Bernardo, Azpillaga Patxi, Basterretxea Jose Inazio, Benito del Valle Lanber, Cantero Alberto, Bakaikoa Joseba, Barbero David, Barcena Iñaki, Castaños J. Ramón, Castells, J. Manuel, de la Cuesta José Luis, Dubois Alfonso, Duplá Antonio, Eraso Santi, Etxeberria Hasier, Etxezarreta Miren, Euzkitze Xabier, Fagoaga Josetxo, Fernandez Jonan, Ferrer Mariano, Flor Julio, Fuente Mikel de la, Gai Silvia, Garcia Larragan Pedro, Gimenez Jorge, Goirizelaia Iñaki, Gomez Uranga Mikel, Gonzalez Ander, Hernández Zubizarreta Juan, Ibarra Pedro, Idoiaga Petxo, Isusquiza Natxo, Jauregi Gurutz, Larrazabal Jesús Mª, Lasagabaster iñaki, Lertxundi Anjel, Letamendia Francisco, Longarte José Luis, Martinez Zesar, Montero Txema, Mujika Jesús Mª, Muñagorri Ignacio, Osa Erramun, Perez Iglesias Juan I., Ramirez de la Piscina Txema, Rodriguez Ranz José A., Ruiz Olabuenaga Jose I., Sadaba Javier, Salaburu Pello, Torres Ripa Carmen, Zabalo Patxi, Zallo Ramón y Zubero Imanol.

88 A lo largo de 15 años de informaciones, *Egunkaria* nunca apoyó las tesis de ETA y, en cambio, hubo muchos artículos de opinión, informaciones e informaciones editorializantes críticas con ETA. Como ejemplos, el propio Consejo de Administración de *Egunkaria* publicó, entre 1990-1993, notas desmarcándose públicamente de ETA. El último caso en la época, el artículo en *Berria* de

Martxelo Otamendi en ocasión del asesinato de Isaías Carrasco «El atentado de ETA nos lleva al punto negro de nuestra historia de los últimos años. Para que sea el último».

89 [Traduccion] «Ramón, he aquí la respuesta que nos da Baztarrika. Como ves, esto no corrige nada. El problema, al parecer, no es que él hiciera algo mal, sino que nosotros lo hemos entendido mal, a propósito, además. La mala voluntad es nuestra, no suya. En fin. Recuerdos a Maite, y un abrazo a ambos, Jmt.» (12-3-2008)

90 Se trataba de euskaldunizar con cuotas las FMs, que emitían y emiten en cadena y enmendar su escaso compromiso con la información y cultura local, cuando ese fue el motivo por el que les dieron, en su día, allá por 1983, las licencias como radios locales. Como en 2009 se formó el Gobierno del PSE-EE no se pudo retomar el tema en la siguiente legislatura.

91 Fuimos habituales de esos encuentros ocasionales de fin de semana —viernes y sábado— Alfonso Perez-Agote (profesor), Koldo Saratxaga (empresario), Jesús Mari Lazkano (artista), Joan Mari Torrealdai (editor *euskaltzale*), Txema Montero (abogado), Juan Landa (abogado urbanista), Ramon Mugica (notario), Luis Lezama (cura empresario), Gaspar Martínez Fernández de Larrinoa (teólogo), Mariasun Landa (escritora), Mikel Uribarrena (empresario), Mikel Olaciregui (Zinemaldia) y, desde luego, Alvaro Amann (organizador) y Daniel Innerarity (filósofo, relator y alma discreta de los encuentros). También asistieron ocasionalmente, Cristina Uriarte (profesora), Igor Yebra (bailarin), Bittor Aierdi (Elkarri), Javier Gonzalez de Durana (crítico de arte), Joseba Agirreazkuenaga (profesor), Begoña Llarena (a la sazón directora del aeropuerto de Loiu), Irene Pardo, Xabier Gurrutxaga, Maria Luisa Guibert (empresaria)…

92 Del pensamiento europeo estuvieron presentes y enviaron documento escrito: Alesandro Ferrara, Guy Laforest, Rénaud Déhousse, Monique Canto-Sperber, Thomas Abraham, Julian Nida-Rümelin, Sami Nair, Luigi Bonaparte, Manoel Mª Carrilho, Pierre Rosanvallon, Gianni Vattimo, Francisco Longo y Michael Keating. Del estado español: Josep Maria Colomer, Fernando Vallespin, Javier de Lucas, Xavier Rubert de Ventós, Jose M. Ridao, Montserrat Guibernau, Alfons Cornellá, Eudald Carbonell, Martín Ortega, Ángel Castiñeira y Amelia Valcárcel. De Euskal Herria dieron conferencias Juan Urrutia, Joaquín Almunia y Mario Fernández; y de América Latina, Enrique V. Iglesias. No se editó, por respeto a su trayectoria, la chocante conferencia de Pasqual Maragall que poco después, en 2008, anunció su enfermedad de Alzheimer.

93 Estando ya dando clases, en 2011, vino Álvaro Amman a mi despacho de la EHU a plantearme la articulación de un *think tank* a escala vasco-americana. No lo ví claro. Entendía, además, que me despistaría de mi aterrizaje en la Universidad.

94 https://www.europapress.es/euskadi/noticia-garmendia-critica-postura-pradales-respecto-migracion-acusa-pnv-acercarse-caverna-pp-vox-20250519175719.html

7. ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN BUSTURIALDEA

Los últimos seis años (2019-2025) me he volcado en temas territoriales que afectan a la comarca de Busturialdea. Por un lado, a la economía de Busturialdea; y por otro, a escrutar y analizar por todos los ángulos posibles el proyecto de Guggenheim en Urdaibai que también se planteó en su día (2006-2007) como una panacea económica para el *eskualde* o como la punta del iceberg de la obligada especialización de la comarca —a falta de otras salidas— en turismo. Siempre he defendido que había otras salidas.

Economía y ecología de ida y vuelta

Aunque mi aprendizaje en La Comercial combinaba la macroeconomía y la microeconomía, con acento en esta última, siempre me gustó mucho más la macroeconomía y mis primeros empleos se basaron en ella —Servicio de estudios de Caja Laboral, para hacer análisis de coyuntura económica e industrial; IPES en Donostia; Estructura Económica en la Unidad de Ciencias de la Información...—. También hice incursiones en microeconomía, en economía de empresa, preparando e impartiendo durante varios años la asignatura de «Empresa Informativa». Asimismo, me tocó hacer lo que resultó ser un pesimista análisis de viabilidad, a demanda de Pepe Rei, del medio cooperativo *La Voz de Euskadi* (1983-1985), aplicando los modelos al uso en la asignatura de Empresa. No le gustó al gerente de entonces. Un año y pico después cerraba.

Con posterioridad irrumpí en Economía aplicada, sectorial, sobre la cultura y la comunicación, lo que me obligó a embeberme previamente en ese campo para poder hacer, después, (crítica de la) economía política sobre ella. No era un campo más, sino uno muy particular, por su naturaleza, inmaterialidad, unicidad, propiedad intelectual, combinación de industrialización y de arte con firma, función y efectos sociales a corto —información, consumo cultural— y a largo plazo —la cultura de un país, su creatividad, su estructura y el nivel cultural colectivo, la

renovación permanente de sus identidades—. Así me hice doctor en Ciencias de la Información, amalgamando comunicación, cultura y economía.

Diagnosticado el «estado de la cultura», venía de suyo aprender a apuntar líneas de política cultural y comunicativa que la reorientara, tanto para Euskal Herria como para España, aprovechando la experiencia política y los estudios de Derecho, por lo que abordé el campo normativo desde los años 90, sea por crítica de leyes y decretos, sea por elaboración —según los casos— de planes, e incluso leyes y decretos. Ha sido una combinación en flujo natural en mi caso.

A ello le he dedicado toda mi vida académica hasta que, ya jubilado, y visto el estado de postración económica de mi comarca natal, Busturialdea, y echando de menos un diagnóstico solvente, me puse a la tarea de un análisis macro —y no sectorial— cuyos resultados me dejaron asustado, lanzando la voz de alarma con un título expresivo: *El declive económico de Busturialdea-Urdaibai: dilemas y propuestas* (2021, 288 páginas), al que siguió, en claves solo propositivas, en 2024, *Un desarrollo económico y ecosocial para Busturialdea-Urdaibai. Documento de trabajo para un Plan de Choque y un Plan Estratégico (2024-2035)* de 100 páginas. Los editó Gernika Gogoratuz en cuyo *staff* asesor participo hoy en día. Ahí me reúno cada 15 días con María, Jokin, Berezi, Dubois, Andreas, Sara, Elia…

Por el lado ecológico —aunque solo como amateur y practicante— también he realizado un ida y vuelta. En 1981 escribí el Informe *Crisis energética y alternativa antinuclear en Euskadi* (*Edelki*, informe nº 1*, 33* páginas). Transcurridos 44 años, la reflexión crítica reciente sobre la economía de Busturialdea y sobre el Guggenheim Urdaibai me ha llevado a explorar también sus dimensiones ecológicas para casarla con la económica y la social, lo que se refleja en ser coautor de la *Carta Ecológica de Busturialdea-Urdaibai* —editada por Gernika Gogoratuz en 2025—, un documento para el debate en la sociedad civil y con pretensiones de documento adaptable a más escalas territoriales.

La situación económica de Busturialdea

La comarca de Busturialdea-Urdaibai tiene serios problemas de viabilidad económica. Además de un diagnóstico, necesitaba un plan estratégico y un compromiso.

A ello se puso la sociedad civil que culminó su propuesta en noviembre de 2024. «Un plan económico y ecosocial estratégico para Busturialdea-Urdaibai desde la sociedad civil». Es de autoría colectiva mediante transformaciones propuestas por múltiples agentes sobre el resumen de mi pequeño libro de 2024 antes mencionado[95]. Con posterioridad, e ignorando ambas aportaciones, las instituciones se pusieron a elaborar un plan, aunque con un proyecto que se ha quedado a medio camino.

La comarca tiene problemas estructurales serios: un declive industrial profundo —es la penúltima de las siete comarcas de Bizkaia en PIB *per capita* y empleo—; alto nivel de paro comparativo; una ruptura del equilibrio intersectorial; ausencia de una industria de sustitución de las tradicionales y de nuevos capitales comprometidos; un declive del sector primario —agro y una pesca de bajura en mínimos y en trance de desaparición— y exceso de bosque de eucalipto y pino; con déficits de infraestructuras, comunicaciones, vivienda joven, suelos industriales y agua; un descenso notable de la construcción; un pequeño comercio en rotación y desaparición aceleradas; un estado frágil de la Reserva de la Biosfera de Urdaibai —RBU, en adelante— y del río Oka por efecto de la industrialización anterior —depredadora—; con desequilibrios internos territoriales —renta, transporte y colectores en Margen derecha— y, sobre todo, sociales, especialmente negativos para los colectivos migrantes.

A ello hay que añadir la desidia política, la falta de liderazgo y que no se abogue por otro modelo de futuro que el turismo cultural, natural y de playa, que hasta el presente no ha sido suficientemente remunerador.

Y sin embargo, la comarca tiene altas potencialidades por sus recursos humanos muy cualificados que rinden servicios fuera de la comarca; su tradición intersectorial y polivalente en el sector primario, industrial y comercial; el nivel y la tradición cultural; la belleza natural y el hecho

jurídico de la Reserva; la oportunidad de los nuevos modelos económicos en la era de la descarbonización; el carácter emblemático de la comarca; y la conciencia colectiva, que es partidaria de revertir la situación.

El declive industrial del *eskualde* no se debe a las restricciones derivadas de acoger a una Reserva de la Biosfera —que afecta obviamente a suelos, construcción, actividades económicas y a la acción humana—, sino a que esas restricciones no se han querido convertir en oportunidad, ni a la RBU en un activo. Es culpa de los inversores públicos y privados.

Las instituciones descuidaron los accesos por carretera desde Autzagane y Sollube; no apostaron por atraer empresas a esta zona tan mal comunicada y nada competitiva para arraigar nuevos negocios; y no tenían en mente otra cosa que un futuro turístico, a pesar de que Busturialdea, desde los años 20 del siglo pasado, era una comarca de equilibrio entre los sectores primario, secundario y terciario, con un peso industrial superior porcentualmente a la media de Bizkaia. Las ayudas al emprendizaje, el autoempleo y los viveros de empresas son herramientas de revitalización, pero insuficientes para una comarca en declive.

La política económica de abandono relativo —sí se hicieron circunvalaciones en Gernika y Bermeo— no se palió con los *elkartegi* de Gernika-Lumo y Arratzu. Están semivacíos y, por su concepción, no son elementos tractores para la promoción de actividades económicas robustas. Maier ocupará, seguramente, parte del de Gernika.

Problemas como la escasez de agua, los accesos incómodos, los proyectos aplazados —como, por el momento, el parque industrial comarcal—, la invasión del eucalipto... no fueron ocasionados por la declaración de la Reserva de la Biosfera de Urdaibai (RBU). Es más, ocurren a pesar de esa declaración, y cabe pensar en el desastre general añadido que se habría vivido —tras el desplome del modelo industrial de los años 70— si no se hubiera implantado la RBU con sus inversiones de conservación, al menos, y de coto a la construcción incontrolada.

En cuanto al capital privado, ha habido de tres tipos: uno que ya se marchó en los años 80 y solo conserva terrenos e inmuebles, sin

inversiones productivas —los Sarricolea, por ejemplo— y que en aquellos años sufrieron ataques y amenazas de ETA; otro capital, muy valioso, que se conjuró para no moverse de la comarca —Maier, conserveras, madereras, alguna metalurgia—; y otro capital local que se tuvo que marchar, porque no se puso a su disposición suelo industrial —por dejadez institucional— y se fueron a Boroa, Asúa o a Araba.

El declive de Busturialdea

El concepto de «en declive» es de ciencia económica, y vale, con datos, 100% para Busturialdea. O sea, no es una opinión sino un concepto establecido, hasta el punto de que las propias instituciones, al final, lo han tenido que asumir. Por eso han categorizado la comarca como la sexta Zona de Atención Prioritaria (ZAP), junto a otras cinco también «en declive», que ya tienen programa económico especial. Ciertamente, no es solo eso. Además, tiene su cruz —suelos y acuíferos contaminados y bosques sucios, falta de agua en el estío— y su cara —la calidad del aire es buena, su nivel comunitario estupendo, hay calidad de vida…—.

Cuando algunos denominamos a Urdaibai-Busturialdea, además, como una «zona de sacrificio económico» se quiere expresar que la declaración de RBU en 1984 y su regulación en 1989, sirvió, por un lado, para preservar una amplia zona natural de intervenciones indeseadas; pero, por otro lado, también fue la excusa para descuidarla en inversión pública y en falta de promoción de inversión privada industrial en las zonas habilitadas para ello.

Ese concepto de «zona de sacrificio económico» nació como réplica a la supuesta «zona de sacrificio ecológico» que algunos expertos empezaron a utilizar para referirse a Urdaibai, cosa —para mí— inaplicable porque está protegida —bien o mal— por una Declaración de Reserva, nada menos. Claro que en el interior de la marisma hay una larga herida desde los años 40 del siglo pasado: el astillero. Impresiona la vista aérea de su bolsa de marisma robada. Una zona de sacrificio económico puede ser por exceso de explotación de recursos y personas; o, también, y

es nuestro caso, por abandono, destinada a languidecer, al no generar recursos suficientes para las personas que lo habitan. De ahí el exceso de caravanas mañaneras. Un problema central.

No es la única comarca vasca dejada de la mano de dios durante 40 años, sin dignas infraestructuras de acceso, sin atraer capitales ni nuevos proyectos, dejando caer agricultura e industria, sin suelo industrial… y aventando solo el espejismo turístico. Pero sí es la única con una Reserva de la Biosfera y cuyas inherentes restricciones han servido de coartada para ese abandono. Es un concepto pertinente y no oculta las responsabilidades institucionales. Al revés, las resalta.

Una mirada solo ecológica —sin el revolcón económico que la comarca también necesita frente al deterioro en curso— es un mal planteamiento. No hay que contraponer las miradas económica, social y ecológica, puesto que no hay sostenibilidad que valga sin economía que la soporte ni sociedad que la disfrute. Debemos dirigir las baterías contra las estrategias económicas y ecológicas equivocadas de las instituciones, y responderlas con propuestas en positivo en economía, ecología y sociedad.

Todo ello exige una compensación económica inversora como deuda histórica colectiva.

Si desde la declaración de RBU la comarca ya no era «zona de sacrificio ecológico», antes de eso sí lo fue. La industrialización desde 1920 fue letal para la cuenca. Hoy, y desde la RBU, existen las herramientas legales para preservarla. Sin esas herramientas, la comarca habría sido un reguero continuado de construcciones privadas que hubieran malogrado toda la cuenca, las marismas y el estuario, con intervenciones incompatibles con el espacio natural.

Hoy hay riesgo de que, si prospera el proyecto de Guggenheim Urdaibai en Murueta, tal y como se ha sugerido *ab initio*, vaya a ser también, en una parte, «Zona de sacrificio ecológico».

A pesar de la manera en que, desde un primer momento, se ha venido presentando desde las instituciones, el Guggenheim Urdaibai no es una solución al abandono socioeconómico en que se halla sumida

Busturialdea. De hecho, lo han reconocido al tener que presentar un Plan que, además, ni menciona el museo.

El declive —por abandono institucional y desinterés privado— de Busturialdea-Urdaibai no es canalizable desde un solo proyecto económico, y menos si es de contenido turístico que, en general, tiene pocos efectos multiplicadores por si mismo, y acarrea muchos inconvenientes tanto para el ecosistema —no compensa la ocupación por el equipamiento propuesto de una franja grande de dominio público marítimo terrestre rompiendo su continuidad entre Murueta y Busturia— como para la población, la economía, la vivienda o el bienestar.

El Plan Estratégico de Busturialdea, más infraestructural que integral

El Grupo Motor, formado por Diputación, Gobierno y las 20 alcaldías de la comarca, de las que 10 son del PNV, 7 de EH Bildu y tres independientes, presentó el 18 de julio de2025 el Plan Estratégico Comarcal de Busturialdea-Urdaibai (PEB) aunque pendiente de ajustes con los Ayuntamientos.

De partida, la toma en consideración de las necesidades económico-sociales de Busturialdea y la elaboración del PEB no nació de la iniciativa institucional, sino de la presión social favorable a un cambio de rumbo institucional en lo económico. Con él se ha pretendido también reducir la parte de opinión pública contraria al Guggenheim Urdaibai, ya que no convencía que pudiera ser el motor del desarrollo comarcal. El PEB se ha acelerado como compensación o complemento.

De paso, desmiente la tesis timorata de que había que aceptar el proyecto del Guggenheim tal cual, porque si no, se perdían 100 millones para la comarca —140 del proyecto global menos los 40 de MITECO—… y más valía pájaro en mano.

78 millones necesarios, escasos y mal repartidos en conceptos

Nos felicitamos colectivamente por disponer de un PEB. Es un paso

adelante manifiestamente mejorable, aunque, como veremos, privilegie el carril infraestructural.

Básicamente, el Plan contempla 13 proyectos financiados: un tramo de la carretera Autzagane-Muxika; tramos de Bidegorri entre Muxika-Gernika-Murueta; mejora del transporte público con intermodalidad en Mundaka y un proyecto piloto de transporte a demanda; regeneración de barrios vulnerables y apoyo a empleo local; promoción —escasa— de VPO; refuerzo de FP en Bermeo y Barrutialde; accesos a Polígono de Muxika, quedando pendiente urbanización y distribución; readecuación de INAMA; apoyo a la inversión tecnológica en empresas comarcales, especialmente Maier Technology Center; Bermeoko Portue; cuatro puestas en valor de activos patrimoniales —un sorpresivo museo de inmigración vasca que, al parecer, sustituiría a la necesaria ampliación del Museo de la Paz para el 90 aniversario del Bombardeo y que apoyó Urkullu; la cantera Andrabide de Ereño; Poblado Romano de Forua; y Santimamiñe—, Plaza del mercado de Gernika y una Agencia Comarcal de Desarrollo, sin coste asignado. Todo ello estimado en 78,345 millones. El Gobierno Vasco pondrá 24 millones y Diputación 54,3.

Queda bastante alejado del espíritu, retos detectados y medidas propuestas por la sociedad civil en «Propuesta de plan económico y ecosocial estratégico para Busturialdea-Urdaibai desde la sociedad civil» (Gernika Gogoratuz, noviembre de 2024).

El PEB no cumple las expectativas que prometía. Iba a intervenir sobre 8 retos estratégicos: 1. Calidad de vida; 2. Colectivos vulnerables y regeneración urbana; 3. Empleo de calidad; 4. Proteger el patrimonio y la identidad comarcal; 5. Poner en valor los atractivos comarcales «para dinamizar el turismo»; 6. Impulso a las actividades económicas; 7. Reforzar las infraestructuras para generar un entorno competitivo; 8. Impulsar el desarrollo integral y coordinado con una perspectiva comarcal.

De partida el 4º y el 5º reto son el mismo. Son así 7 los retos

acometidos. No se admitió un 9º reto, cuya ausencia esperemos no haya que lamentar nunca: la inundabilidad.

Aquí asignaremos a cada acción un solo reto, el más directamente implicado, para evitar dobles o cuádruples contabilidades de retos cubiertos. Por ejemplo, a la acción del Puerto de Bermeo se le asignan en el PEB impactos en calidad de vida, empleo y formación, patrimonio, turismo, actividad económica e infraestructura para empresas, lo que, no dejando de ser cierto, esencialmente, se trata de una infraestructura para la economía.

De los 7 retos, las infraestructuras de acceso —carreteras, *bidegorris*, intermodalidad, acceso al polígono de Muxika— se llevan 50,8 millones, y si se suman infraestructuras más directamente económicas —Inama, puerto de Bermeo y plaza de Gernika—, con 9,85 millones más, totalizan 60,65 millones, con lo que solo quedan para el resto de áreas —apoyo a innovación, VPO, hogares vulnerables, empleo, transporte a demanda, patrimonio y FP— 17,5 millones, 22,3%. Es, así, más un plan de infraestructuras —77,7%— que un plan integral.

Recordemos que las infraestructuras, siendo también bienestar, son condiciones necesarias, pero no suficientes para el despegue económico o la atracción de capitales. Se requieren acciones adicionales de promoción. Por ejemplo, la plaza de Gernika no es desarrollo agrícola en sí. Lo será si le acompaña un —no previsto— plan agrícola de Km 0.

El reto 1, «calidad de vida», solo es vinculable al escaso millón de euros para VPO y el transporte a demanda. El reto 2, de regeneración urbana de barrios vulnerables, 2,34 millones. Al reto 3, de empleo, solo le cabe asignar directamente los 0,85 millones de empleo local, e indirectamente, la inversión en FP con 3,4 millones. A los retos 4 y 5, patrimonio y atractivos turísticos, 6,4 millones. Al reto 6, para impulso de actividades económicas, y que tenía que haber sido un pilar de este plan, se queda en solo 2,5 —y porque Maier ha presentado planes de innovación ambiciosos —. El reto 7, de infraestructuras de acceso y para la economía, es el que se lleva la palma.

Visto de otro modo: de los 12 proyectos tractores —sin la Agencia—, 6 son infraestructuras costosas de movilidad y económicas —carreteras, polígono, Inama, portue y Gernikako azoka—; y 6 de otro tipo —empleo, FP, colectivos vulnerables, así como patrimonio y transporte público que, en su mayor parte, son infraestructura— pero de mucha menor cuantía.

Todo el plan es necesario, pero es escaso y desequilibrado. Algunos evaluábamos como necesarios, vistas las iniciativas propuestas en el plan de la sociedad civil, una inversión nueva de alrededor de 300 millones.

Y es que, en infraestructuras, no aparecen la habilitación de suelo industrial para Bermeo y Gernika-Lumo o un Plan Urgente para minimización de la inundabilidad de Busturialdea. En ecosistema, no consta un Plan de Restauración Ecológica de la Cuenca del río Oka y de la red fluvial y de las marismas. En lo social y cultural, no se contemplan programas de empoderamiento de las mujeres, de promoción del euskera, de atención a la inmigración, de trabajo doméstico, de residencias, de plan cultural, de disposición de un centro hospitalario semiintegral comarcal, de ampliación de planes de estudio en los EFP hacia la gestión medioambiental, biodiversidad, TICs... más allá de sus nichos actuales. En economía, no han incorporado la consolidación de los *cluster* sectoriales existentes (U-Bai) y su industria auxiliar, más allá de unos limitados 2,5 millones; la mitad de la carretera Autzagane-Muxika; instalación de un centro tecnológico o de investigación con sinergias innovadoras en campos como medio ambiente, energía, bioeconomía o nuevos materiales —en Muxika o Elkartegi— aparte de Azti; apertura de una línea de empresas en economía verde, o 4.0; un plan rural para el incremento de hasta un 20% de la tierra dedicada a la producción agro-ecológica; industrias creativas.

Ya se sabe que no hay dinero para todo. Pero la asignación del que hay indica las preferencias de quien decide.

Las instituciones han tenido la *muga* mental de evitar agravios con otras Las instituciones han tenido la muga mental de evitar agravios con otras ZAP. Pero el agravio reside en tratar igual a situaciones y necesidades

distintas. Lo que se debería haber buscado es que todas sean más o menos iguales al final del camino, desde medidas distintas, y no un «café para todos». No se ha asumido la tesis de la «deuda histórica» que hay con Busturialdea, por la doble razón de haberse achicado su territorio para intervenciones económicas o constructivas por la declaración de Reserva de la Biosfera de Urdaibai hace 40 años y por el descuido de intervenciones institucionales y privadas en ese mismo tiempo. También se ha obviado que Busturialdea es una comarca de oportunidad como laboratorio natural para una economía descarbonizada en la nueva era abierta.

Por fuerza, ciertos rubros tendrán que tener continuidad en un 2º plan a medio plazo, 2030-2035, siguiendo la estela de las propuestas que quedan a medias en el primero: acabar el tramo de Oka-Muxika; la puesta en marcha del Polígono de Muxika o el *bidegorri* hasta Bermeo. No se entiende bien que tanto ese segundo tramo de Autzagane-Muxika como el polígono no se hayan incluido en el primer Plan. También va de suyo que se requiere un plan comarcal de VPO y habilitar suelo industrial en los dos puntos que están autorizados para disponerlo: la Vega de Gernika y en Bermeo.

Inversiones previas comprometidas

De todos modos, sería injusto valorar solo las inversiones públicas nuevas puesto que, a fin de cuentas, la pregunta también es cuánto se invierte, finalmente, en la comarca. Y a esos 78 millones hay que sumarles las inversiones previas comprometidas o en ejecución en presupuestos ordinarios y fuera de Plan. Ahí las cifras mejoran.

Hay 8 proyectos importantes, algunos también tractores, comprometidos antes del PEB, que se financian por el servicio correspondiente, y que se iban a ejecutar o se están ejecutando, hubiera o no Plan, y cuyo valor es nada menos que de 225,24 millones. Casi triplica al propio plan. Eso sí, todo son infraestructuras.

En efecto: Euskal Trenbide Sarea —desdoblamiento de vías— con 18

millones; URA en saneamiento 24 y suministro de agua 56, hasta alcanzar 80 millones; MITECO del Gobierno Español —restauración medioambiental— con 40 millones; la propia Diputación —arreglos en Sollube— con 66 millones; y otros 21 del Gobierno Vasco —otra parte de Bermeoko Portue, 3 millones; adquisición de Inama, 6 millones; y de suelos en Polígono, 12 millones por parte de Sprilur—. Se creía que entraría una tanda de VPOs locales, pero no ha sido así, por el momento.

Entre ambas partes —ese presupuesto acometido antes del PEB y el nuevo presupuesto comprometido del PEB— totalizan 303,5 millones, que son los que se habrán volcado sobre la comarca a lo largo del quinquenio 2025-2030. Fue un acierto no incluir como proyecto el tema Guggenheim.

Desde luego, es un logro que se acometan de una vez las infraestructuras prometidas y comprometidas a lo largo de los años. Pero ahí hay cosas poco entendibles. En el caso de Autzagane, lo que iba a ser un nuevo trazado por Gorozika, se reduce a un arreglo de curvas de Oka y, además, se deja el tramo hasta Kurtzero para otro lustro. En Sollube, se opta por reducir curvas y un solo túnel. En cambio, aunque solo se acometen dos de los cuatro *bidegorris* previstos, es a un coste altísimo —seguramente por compra de terrenos con una dudosa relación coste/eficiencia— de nada menos que 23,4 millones. ¿Será la «vía verde» para el Guggenheim?

O sea, de la bonita cifra de 303,4 millones, solo 17,5 millones no van a infraestructuras de algún tipo. O sea, el 5,8%. Así difícilmente se puede generar un cambio del modelo económico y social de una comarca al desatenderse de buena parte de los retos autopropuestos.

Si es así ¿por qué se ha hecho un ZAP nada equilibrado, en lugar de haber hecho un plan de infraestructuras? Se alega que buena parte de los proyectos económicos o de promoción no estaban maduros ni consensuados; que deben ser iniciativa o empresarial o de la sociedad civil. Habrá que poner el acento ahí a futuro, ciertamente, pero en el Plan

de la sociedad civil había una larga lista de iniciativas concretas y posibles dando prioridad a la economía, a la sociedad y a lo ecosocial.

Y ¿qué tipo de plan? No cabe una salida para zonas muy deterioradas económicamente, con un plan a medio plazo —y menos si es estándar— sino con un plan a largo plazo, tejido de planes a medio y corto plazo, que ataquen al conjunto de necesidades centrales de una comarca y con un horizonte temporal de 15 a 20 años. El que se ha presentado es en el horizonte 2025-2030, de medio y no de largo plazo, y en unas pocas temáticas y cuantías, que no responden al conjunto de los retos que son de unánime percepción.

Ha habido prisas —por razones políticas— para que en solo un año haya un plan. Se ha echado mano de un procedimiento estándar y de un listado obvio y cómodo de infraestructuras y continentes de interés general —poco que discutir—, obviándose la apuesta del modelo económico de futuro de Busturialdea, así como sus necesidades sociales. De las cuatro patas de una mesa —economía, sociedad, infraestructuras y ecología— las dos primeras cojean.

Los Foros de participación como «cama de Procusto»

En esto de la participación puede haber dos actitudes bien distintas. Una es ¿cómo extraigo lo mejor del saber de todos los agentes comarcales para que salga un buen proyecto? La opuesta es ¿cómo cubro el expediente de la participación, que socialmente me legitimará, mientras driblo a esos agentes que son vistos como adversarios? Nada que ver lo uno con lo otro y, no obstante, es la misma palabra: «participación».

El proceso participativo en el primer Foro de Participación —11/12 de diciembre de 2024— convocado por las instituciones para coadyuvar a la elaboración del PEB fue penoso.

Contó con filtros en cascada: poca receptividad para explicar nuestras ideas —la Consejería de Economía del Gobierno Vasco, del PSE-EE, no nos recibió previamente—; no se asumió como documento de trabajo el Plan económico y eco-social de la sociedad civil, ni que se participara en

el Grupo Motor, a pesar de que Gernika Gogoratuz llevaba 4 años con el tema; alguna ocultación de alguna información estratégica —Diputación regentada por el PNV—; un diagnóstico muy flojo de Bmasi que no se presentó modificado, tras enmendarlo, ni se discutió en el pleno del Foro, y solo se rehízo después; grupos de trabajo sin documento previo temático para la discusión, con lo que los asistentes se vieron forzados a improvisar la enésima carta al Olentzero en forma de mero listado insulso y sin jerarquías de necesidades ya sabidas; grupos de trabajo con exceso de representación funcionarial y de los diversos entes públicos y parapúblicos que, obviamente, tienen una mirada experta condescendiente con las instituciones que les emplean; presentación en pleno de un mero listado, eliminando temas discutidos en los grupos de trabajo, con lo que cabe hablar de censura en algún tema relevante como, por ejemplo, cuando no se aceptó que la inundabilidad debía ser el noveno «reto central» para la comarca —a añadir a los ocho detectados— o no entender la necesidad de sacar de ese Plan las infraestructuras pendientes, para que —si solo hubiera 50 a 100 millones para dicho plan, como se filtró— se ejecutara aparte y de forma prioritaria y no se agotaran en asfalto y cemento.

En el segundo y último Foro —6 de mayo de 2025— ya se aplicó la estrategia de la cama de Procusto[96].

La figura de la cama de Procusto se utiliza para muchas situaciones: no tomar en cuenta o deformar los datos de la realidad para que se adapten a una hipótesis preconcebida; aplicar un modelo estándar válido para todo y justificarlo en aras a la igualdad; una tiranía del modelo; la renuncia a revisar el punto de partida; un fundamentalismo inmune a argumentos y razones…

Ese foro se reunió sin orden del día y sin papeles previos. Como en la anterior ocasión, el ejercicio de los asistentes consistió en improvisar, tras una andanada repentina de 17 proyectos seleccionados por el Grupo Motor y BMasi de oficiante.

La novedad en aquella ocasión fue que Ainara Basurko —Diputada de

Promoción Económica— señaló el tamaño de la cama. Era de la talla 50 —de 50 millones, millón arriba, millón abajo— 24 procedentes del Gobierno Vasco, y un poco más de la parte de Diputación. *El Correo* (3 de diciembre de 2024) había filtrado que serían 100 millones. Al final han resultado ser 78. Era el mismo procedimiento, y parecida cama, que en las otras ZAP ya aplicadas en Araialdea, Debabarrena, Oarsoaldea, Enkarterri, Ezkerraldea y Meatzaldea.

Si en el primer Foro se conminó a los presentes a hacer la primera carta al Olentzero y resultaron más de 100 necesidades, en el segundo ya se presentaron 17 seleccionadas como «proyectos tractores» —buena parte de ellas ya en curso en proyectos y todos necesarios—. No hubo opción a proponer nuevos. Solo se trataba de jerarquizar los 17.

Va a ser importante lo que se haga con una partida que no tiene presupuesto, la Agencia Comarcal de Desarrollo. Es central. La hemos reclamado insistentemente y debería hacerse, asumiendo las funciones de las tres sub-agencias actuales, Ekimenak, Behargintza y Urremendi, y añadiendo nuevas áreas: planificación, proposición, mediación … Pero para que tenga una función motor, como en Sakana o en Lea-Artibai, se requiere perspectiva comarcal integral y liderazgo para lo que habrá que elegir bien a la persona —de fuera o de dentro de la comarca— que tire del carro con perspectiva, proyecto, valentía y sin complacencias institucionales. O sea, de valía técnica y de empuje político autónomo.

Con posterioridad hubo un cambio de actitud, al menos informativa —así lo percibí— al comunicarnos la propia Diputada Basurko cuál iba a ser, con cierto detalle, el Plan definitivo antes de su presentación del 18 de julio de 2025.

Con todo, para el inmediato futuro, cabe corregir el modelo aprobado, encadenando y comprometiendo desde ahora nuevos planes a medio plazo, hasta acometer las medidas necesarias para el despegue de la comarca y su cambio de modelo de desarrollo económico y ecosocial, compatible con una Reserva de la Biosfera. Emplazamos a las instituciones a ello, con un contenido que debería deslizarse hacia temas de tejido

económico deseable y de sociedad de bienestar e integrada, además de completar las infraestructuras. Y todo desde una perspectiva ecológica.

Notas:

---

95 A ambos puede accederse en la página web de Gernika Gogoratuz, además de haberse editado en forma de libro físico.

96 Una figura de la mitología griega, que era posadero y bandido. Ofrecía alojamiento al viajero, invitándole a dormir en una cama de hierro en la que, mientras dormía, ataba a las cuatro esquinas del lecho. Si la víctima era alta le aserraba lo que sobresaliera, y si era de menor tamaño, lo descoyuntaba hasta encajarlo en el catre.

8. GUGGENHEIM URDAIBAI

El caso Guggenheim Urdaibai es muy diferente al de Bilbao

La problemática planteada en la comarca con el Guggenheim es muy distinta a la que se planteó en Bilbao.

En Bilbao, el proyecto de Guggenheim formaba parte de un plan y diseño general de reconversión multifactorial —urbanístico, metro, transporte, nuevas actividades económicas, Zorrotzaurre, ciudad de servicios avanzados, rediseño de la ría...— para una ciudad que entraba en una era posindustrial, en la que el edificio de Gehry iba a ser la guinda para la proyección internacional de la ciudad, incluida la apuesta turística de la hasta entonces ciudad sucia y poco visitada. Fuera el que fuera su impacto, Bilbao, una ciudad media, lo podría reabsorber. Iba en el paquete diseñado por las élites del momento y no tenía impactos ambientales. Al contrario, recuperaba la ría de Bilbao y la calidad del aire y el agua. Ganó consensos institucionales y que el PSE-EE lo apoyara. En aquella época, hubo muchos artículos contrarios, pero no movilizaciones.

En Busturialdea, es muy distinto.

En la etapa de Sukarrieta (2006) —siendo José Luis Bilbao Diputado General—, se presentó como una propuesta económica milagrosa, en solitario, sin encuadre —aunque se relacionó con mejorar los accesos— y en forma de *shock*, de acción externa contundente, no como un proyecto de las élites y sociedad civil locales. Pero el Gobierno Ibarretxe no lo apoyó y el PSE-EE menos.

En la actualidad se han fijado ya como emplazamientos Astilleros de Murueta y Dalia (2020) —con Unai Rementeria, primero, y Elixabete Etxanobe después en la Diputación—. Han dado un empujón al proyecto formulado por Cooper-Robertson con un compromiso de inversión medioambiental y la implicación del Gobierno de España —arrastrando el apoyo del PSE-EE—. Y, dadas las presiones sociales y para que intente ganar en popularidad, han tenido que acompañarlo con el proyecto de

Plan Estratégico antes comentado, que implicará algunas inversiones añadidas en la comarca.

Aparte de la fase de construcción y del impulso a la hostelería, los impactos como deseconomías externas podrían ser intensos, en el modo de vida, el encarecimiento de vivienda y consumos, turistificación… Tanto la Reserva —espacio, aves, agua...— como Gernika, con solo 17.000 habitantes, y un centro pequeño, serían incapaces de absorber nuevos flujos intensos, a añadir a los que ya soporta. El proyecto no se ha ideado en el encuadre de la era posindustrial sino desde la mera intensificación del sector terciario, siguiendo una lógica de los 90 —ya superada— de supuestos efectos económicos inducidos por un gran equipamiento.

Asimismo, el impacto medioambiental, legal y turístico es parte central de la discusión.

A diferencia de Bilbao, las movilizaciones están siendo intensas, con el protagonismo de la asociación Guggenheim Urdaibai Stop que lidera Eider Gotxi.

Primero fue Sukarrieta

Cuando se planteó el primer proyecto Guggenheim Urdaibai —en 2007— para ubicarlo en la Colonia de Kutxabank en Sukarrieta, los dilemas no eran muy distintos a los de ahora que pretenden ubicarlo en Murueta y Gernika.

Cultura, Urdaibai y Guggenheim: planteamiento Ramón Zallo (*Deia*, 15 de abril de 2010).

El debate en torno al desarrollo de Urdaibai —en sus dos versiones de Guggenheim Bilbao Urdaibai (PNV) y de Parador Nacional de Turismo+fábrica de creación (PSE-EE) — creo que está desenfocado. Puede llevarnos a decisiones equivocadas y costosas en un caso, o casi anodinas en el otro, tanto económica como cultural, social y políticamente.

En el informe de Resultados de los estudios preliminares de diciembre 2009 que disponen los partidos, la Diputación es excesivamente aventurada en el tema aunque lo avalen doce informes por encargo para que bendigan una decisión pretomada; y, en cambio, la respuesta del Gobierno López es una improvisación aderezada con un enfoque falso («demasiados museos») de quienes al parecer aún no tienen proyecto

de país ni de su cultura. En este tema han aflorado dos estilos mejorables: gobernar desde cierta prepotencia y desgobernar desde el desenfado.

En el origen del enfoque hay un lobby económico-cultural vinculado al Guggenheim-Bilbao-Nueva York. La pregunta inicial no fue qué hacemos con el Urdaibai, sino dónde colocamos una sucursal del Guggenheim. Desde ahí, el dedo se fue para Urdaibai, presentado en clave turística.

O sea, el tema no ha surgido —¡ojalá hubiera sido así!— porque todos los partidos se peleen, de repente, por desarrollar una comarca, el Urdaibai deprimido, bastante vigilada en lo ecológico y casi abandonada en inversiones económicas y viarias en los últimos 25 años, desde que la Unesco declarara Reserva de la Biosfera al estuario y su comarca (1984).

Por todo ello, se proponen algunas alternativas constructivas, y espero que razonables, en los tres niveles implicados y por orden de prioridad: cultura, Urdaibai y Guggenheim. Empecemos por la comarca.

Ha habido leyes y planes sobre Urdaibai. Así la Ley de Protección y Ordenación de la Reserva de la Biosfera de Urdaibai de 1989; el Plan Rector de Uso y Gestión de la Reserva, aprobado por el Gobierno en 1993; el participativo Programa de Armonización y Desarrollo de las Actividades Socioeconómicas (PADAS) de 1998 y que, de haberse aplicado, hoy se estaría en otra situación; y la Estrategia de Desarrollo Sostenible de 2008-2015. Este último impulsado desde el Departamento de Medio Ambiente (EA) del Gobierno Ibarretxe que intentaba superar el tradicional choque con la Diputación de Bizkaia y que, con una inversión prevista de 553 millones de euros para unas 60 iniciativas, incluía la construcción de tres nuevas carreteras (360 millones) con cargo al Territorio Histórico.

Pero en el último año se han producido dos hechos insólitos. Por un lado, el relevo gubernamental ha conllevado deshacer lo ya aprobado y, ahora, el nuevo Gobierno quiere re-aprobar otro. Por otro lado, allí no aparecía el Guggenheim-Urdaibai propuesto hoy por Diputación y, menos aún, como panacea salvadora del desarrollo comarcal —hasta con plataforma ciudadana— y con tintes de plan alternativo al que se le pide demasiado.

Para su desgracia, la comarca ha vivido una larga historia de desencuentros institucionales que la han semiparalizado en lo concreto: sin vías rápidas, casi sin industrias ni planes industriales, sin soterramiento de tramos de ferrocarril… Un Gobierno gestionado en esa cartera por un partido minoritario hasta 2009; una Diputación reactiva y con su propia idea del desarrollo y unos ayuntamientos desconcertados, han perdido una oportunidad de ejemplarizar ante el mundo la compatibilidad medioambiental y humana de una Reserva.

El aplazamiento año tras año de la decisión clave de iniciar la perforación de los obstáculos naturales de Autzagane y Sollube facilitaba la sostenibilidad de la

comarca, pero también el aislamiento y declive de los dos núcleos de población que concentran el 80% de los 45.000 habitantes de la comarca (Gernika y Bermeo). Autzagane y Sollube —y sus accidentes— siempre han sido disuasorios para la actividad económica o turística. Las vías rápidas se hacían necesarias desde hace 25 años hasta Gernika y Bermeo. En el resto comarcal lo sostenible son las comunicaciones de poco impacto.

El concepto demasiado homogéneo de la sostenibilidad de la comarca, aplicado también a los núcleos grandes; la opción de una parte de los residentes por preservar su calidad de vida; y, sobre todo, la falta de coordinación y de compromisos de inversión económica compatible con la sostenibilidad y la atracción de capital privado… han llevado a la comarca a la situación actual. Parece como si, a la postre, solo se hubieran encarado los horizontes rural y de turismo minoritario y de visita corta.

Hay un problema de enfoque. Para la comarca se ha de preservar el alucinante entorno mientras se aprovechan, además, sus numerosos recursos culturales y turísticos. Y, en cambio, Gernika y Bermeo requieren una apuesta económica de industrialización de nuevo tipo: por ejemplo, industrias no contaminantes, parques tecnológicos atractivos para un capital humano hiper-cualificado, equipamientos culturales de primera. Las nuevas generaciones necesitan un futuro.

Antes del crash financiero, la imaginación y la creatividad eran los valores más pregonados en el mundo, pero la creatividad financiera —un trasunto de la avaricia— fue un espejismo con cataclismo. Por eso, hoy los valores en alza son la racionalidad, seguridad, rigor… Ganan los proyectos necesarios, tasados, fiables, promisorios y solventes.

A eso no se puede contestar en el caso del proyecto de Guggenheim Urdaibai en Sukarrieta con un «puede salir bien». ¡Claro! ¡Y mal! Incluso se puede aceptar con mucha buena voluntad, y aislando otros planos, que en lo estrictamente ambiental no sería impensable un equipamiento respetuoso con el entorno. Depende de tamaños, lugares, formas y anexos. Pero la desconfianza de muchos se basa en la insensibilidad institucional medioambiental en el conjunto vasco e, incluso, en Urdaibai. Algunos políticos conciben la ecología más como un obstáculo a sortear que como un principio de sostenibilidad. Por eso hay que precaverse contra la voraz piqueta que tantas veces ha intentado humanizar el conjunto de Urdaibai. Ahora, a lo peor, el proyecto en debate puede convertirse en un bello caballo de Troya de intereses distintos, incluidos los de quienes tienen terrenos no edificables. Menos mal que, hasta ahora, ahí ha estado el Patronato.

El macroproyecto de Guggenheim en Sukarrieta, tal y como se ha definido, arrastra varios problemas y alguna contradicción insoluble.

Primer problema: No parece razonable demoler la colonia de Pedernales. Aun

siendo una «obra menor de Bastida» tiene no sólo encanto —la torre es un icono— sino que está fijada en la memoria colectiva de miles de vizcaínos que pasaron allí una pequeña parte feliz de su niñez. Destruirla porque estorba a otro proyecto sería una falta de respeto, independientemente de que el Parlamento lo declare Monumento o no. Es un caso parecido al del café Boulevard de Bilbao. En cambio, redefinir su uso (o no) podría ser más entendible.

Segundo problema: Nadie podría aseverar que la interesante propuesta conceptual de intensa relación *slow* (tranquila) entre artistas y visitantes, entre arte, vida y naturaleza, como la que se propone en el informe de diciembre 2009, vaya a poder ser masiva. Más bien lo contrario. Es una experiencia para minorías. Para que fuera masiva se requeriría un edificio singular potente y exitoso por sí mismo e integrado en el paisaje. ¿Hay que tenerlo? ¿Sería exitoso?

El éxito arquitectónico, urbanístico, turístico y de imagen de ciudad que tuvo el efecto Gehry en Bilbao —un antes y un después que abría la arquitectura del siglo XXI — fue sorprendente, incluso para sus promotores, y decisivo. Después fueron decenas las ciudades en el mundo y en el Estado Español que pretendieron emularlo, con arquitecturas de firma, rompedoras y caras: desisto enumerarlas. Los resultados fueron limitados, en algún caso por ver y, otros, desastrosos. Los arrasadores continentes —interesantes para arquitectos/as y constructoras— dejan exhaustas las arcas para los contenidos culturales y, muchas veces, empobrecidos de funciones esos edificios.

Lo firme quien lo firme ya es muy difícil —no imposible— sorprender con un edificio emblemático que exija una visita ineludible. En la era de internet se valoran más los contenidos que los continentes; las funciones, significaciones y utilidades más que el modo de lograrlas. Tras el desarrollo formidable de los medios, vuelve la sencillez en la era del conocimiento. Vuelta a las ideas, a la materia gris, al saber y a las personas. A lo mejor el inmediato futuro no va necesariamente de masificaciones. La obsesión edificatoria disfraza una preocupante falta de ideas y una tentación política: la repetición y la monumentalidad para la posteridad.

En tercer lugar, hay un círculo vicioso en el caso de Sukarrieta/Busturia: su éxito económico sería nuestro fracaso en gestión ambiental. Y, en cambio, su fracaso económico sería nuestro fracaso social.

En efecto, en el discutible estudio de mercado del informe se dice que visitarán la instalación una media de 148.000 personas cada año. Además, esa generosa cifra es sin relación con un edificio de impacto. O sea ¡afortunados de nosotros! nos lo podemos ahorrar ¿no? Pero si esa cifra se cumpliera tendríamos un problema, porque focalizados hacia un punto, y en oleadas de fines de semana, fiestas y vacaciones, la presión sobre Urdaibai —desplazamientos, infraestructuras, hostelería, tiendas, hoteles…— se me antoja insoportable para Sukarrieta/Busturia. Eso sí, se generarían

22 millones de euros de valor añadido, 489 empleos y una recaudación de 9,5 millones para la CAE, dicen. Los comerciantes, felices; y los tranquilos vecinos de Busturia y Sukarrieta, creo que mosqueados. Pero aún hay más. Si a los 148.000 le añadiéramos la barahúnda multiplicada por un exitoso inmueble en plena Reserva, ya tendríamos un gravísimo problema de presión humana.

Si, al contrario, fuera poca gente, los 200 millones a invertir (133 millones más el coste del traslado de la Colonia al municipio de Ea), ¿a quién se le reclaman? ¿Al conocido Andanas? Por si acaso, ya se dice, despreocupadamente, que sólo por construir se generarían 2.000 puestos de trabajo temporales en la CAE. Aunque el consuelo fuera cierto, las preguntas deberían ser otras: ¿Y el impacto de las obras y de construcciones privadas que quedarían ahí? ¿Y el coste de oportunidad? O sea ¿qué otra obra cultural necesaria se pudo hacer ahí o en otra parte, con efectos respetuosos, multiplicadores y seguros, y que ese macroproyecto impidió porque no había dinero para todo?

Ese círculo vicioso es un reflejo de una contradicción profunda entre el interesante modelo conceptual, propuesto por artistas, y la obsesión arquitectural y urbanística, propuesta por políticos. Éstos utilizan aquél para legitimar ésta. Pero, en el fondo, no casan. El propio Departamento de Cultura del Gobierno Ibarretxe no vio bien ese proyecto. En el mejor de los casos se requiere un redimensionamiento radical si fuera para Sukarrieta o, en otro caso, un replanteamiento de ubicación y concepto (Bilbao, Gernika o Bermeo).

Por último, los máximos consensos sociales deberían ser una norma de conducta para las cosas de la política cultural (la cultura colectiva) y del desarrollo comarcal (las cosas de comer). Si nos equivocamos, que nos equivoquemos desde mayorías. ¿Es legítimo que un liderazgo excesivo nos haga asumir un riesgo excesivo? Yo creo que no, aunque a base de presiones logre la «legitimidad aritmética» que hoy, en otro tema bien distinto, tanto denostamos.

Cultura, Urdaibai y Guggenheim: otra propuesta (y II)
Ramón Zallo (*Deia*, 16 de abril de 2010).

En torno al proyecto del Guggenheim Urdaibai, además de las reflexiones apuntadas en el artículo publicado ayer en estas mismas páginas, y junto la planificación y gobernanza, y ya implicando a toda la Comunidad Autónoma, el otro debate a hacer, y el más importante para una decisión cultural, es qué equipamientos culturales nos faltan y son prioritarios como país o nación que somos; y, hecha la prelación, ver si alguno de ellos debería ubicarse en Urdaibai.

Un país que se precie, una nación que se valore, debe tener todas las instituciones culturales centrales y adaptadas a los tiempos que corren. Tenemos muchas que me ahorro enumerar. Y están en proceso de implementación algunas ineludibles: un

Archivo Nacional o de Euskadi que se construye en Bilbao; una Biblioteca digital de Euskadi que se ubicará en Donostia; una institución de representación cultural exterior como el Instituto Etxepare; una Escuela de Artes Escénicas; Tabakalera…

¿Nos falta alguna? Para Euskadi, al menos tres museos importantes ¡Consejera Urgell! Y para Bizkaia un gran centro creativo.

a) No tenemos un Museo Nacional (o de Euskadi) de la Historia y de la sociedad para el que hay un preborrador desde hace cinco años —Euskal Hiria Zentroa—, que tenía dotación (no ejecutada) para 2009 (13 millones) y estaba aprobado en el Consejo Vasco de Cultura de febrero de 2009 porque figuraba en el 2º Plan Vasco de Cultura.

También en la Ponencia de Cultura Vasca y Política Cultural de EAJ-PNV (aprobada en su Asamblea General de 1/2-12-2007) se dice como 6º Eje de actuación en política cultural: «Asimismo, teniendo en cuenta las fuertes inversiones que se han realizado en infraestructura museística, convendría aprovechar este escaparate para acercarlo a la estrategia vasca y promocionar a la valiosa nueva generación de nuestros artistas y las ofertas museísticas y culturales vascas de calidad. No olvidemos que tenemos pendiente un Museo de la Historia y de la Sociedad Vasca con un relato compartido por la mayoría y que fije la memoria colectiva independientemente de las ideologías de cada cual, como ya existen en Catalunya o Quebec». O sea, se sugería vasquizar el Guggenheim —el Guggenheim 2 no se menciona— y, en efecto, sigue «pendiente» (y postergado) el Museo de la Historia.

b) Un Museo de la Industria y de la Innovación que, como espacio de reflexión y comunicación, es lo mínimo que se puede pedir a un país que tiene tanto que agradecer a su sufrida historia industrial y que quiere apostar en la era postindustrial por el I+D+i. Hay un preborrador muy interesante (abaratable, ampliable y mejorable) de la Asociación Vasca de Patrimonio Industrial. La Ría es el lugar idóneo para ello.

c) Un desarrollo cualitativo del magnífico Museo de Bellas Artes de Bilbao, convirtiéndolo en Museo Nacional (o de Euskadi) de Bellas Artes, y que podría así completar colecciones y funciones, ganando en espacio y, sobre todo, en altura, ya que sus vecinos de Iberdrola han subido las cotas… bastante.

d) Dejando aparte los museos, se requiere un centro de producción y de creación cultural de cabecera. Bizkaia como tal necesita un proyecto que concentre artistas, procesos creativos, diálogos interculturales… en un mix de los modelos de Arteleku y Bilboarte, asumiendo funciones del tipo de Montehermoso y Krea de Gasteiz, y recogiendo la experiencia de los espacios creativos albergados en viejas fábricas, típicas en Francia, Quebec o Catalunya. Por su parte, aunque es un proyecto teóricamente nacional, Donostia-Gipuzkoa va construyendo para 2013 un interesante proyecto centrado en la creación audiovisual (Tabakalera) con una apuesta dura de restauración arquitectónica (42,3 millones) que, aunque a pagar a tres, ya se verá si deja o no fondos y funciones para utilizar bien sus 26.000 metros cuadrados.

Esta cuatrilogía la puede entender un nacionalista (la nación y la cultura), uno de izquierdas (la clase y su historia) y, por los dos motivos, un *abertzale* de izquierda. Es posible un acuerdo.

Los equipamientos culturales pueden ser una especialidad comarcal idónea siempre que responda a necesidades culturales reales colectivas. Quienes rechazamos una función instrumental de la cultura para otros fines y la ponemos en el puesto de mando (de lo cultural), defendemos aquellos proyectos culturales útiles por sí mismos y viables y sólo de forma añadida la vinculamos por sinergias a otras finalidades sociales o económicas: desarrollo local, economía regional… Lo que sigue son propuestas combinables.

a) El potente Museo de la Historia y la Sociedad bien podría erigirse en casi cualquier lugar (primero se pensó en Donostia, luego en Zorrotzaurre) pero la villa de Gernika bien comunicada podría ser un lugar idóneo. ¡Estúdiese! Se podría aprovechar el edificio Astra (la cultura desarmada del siglo XXI) y el solar municipal aledaño, en el que también cabrían la EFP y el espacio socio-cultural previstos. Se reforzaría lo que significa Gernika en la memoria vasca: la Casa de Juntas como depósito de la memoria y ese Museo como interpretación renovada de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que queremos ser los que estamos. Sería una bienvenida para el 75 aniversario del Bombardeo (2012) y se le dejaría un hueco al *Gernika* de Picasso ¿no?

Un museo así, bien escenografiado con parte de exposición permanente (historia y aportaciones vascas al mundo; economía y tecnología histórica; historia social e historia cultural y de modos de vida, historia lingüística y sociedad; inmigraciones; la paz) y otra parte temporal, renovable y revisitable (personajes, hábitats, la mujer vasca, medio ambiente, vascos y América, Gaia, Babel...) acogería a todo el sistema escolar vasco (como centro de explicación de ciencias sociales), a toda la ciudadanía vasca con exposiciones temporales fuertes y a los visitantes que quieran conocernos. Absorbería a los dos museos ubicados en Gernika: el Euskal Herria (por repetitivo, en ese caso) y al de la Paz (una de las secciones del nuevo Museo).

b) Bermeo es tierra de marinos y artistas (Ercilla, Ispizua, Barrueta, Ucelay, Basterretxea, Etxebarria...) y bien podría albergar la sede del centro de creación-producción de cabecera provincial. Alguna de las fábricas cerradas de conservas, especialmente alguna con firma, cumple todos los requisitos. Bermeo también es un lugar idóneo para maridar arte y tecnologías, sea en la vía del centro de la innovación de Euskadi en el que participa el americano MIT o en la vía de los Parques Tecnológicos Urbanos de tercera generación (Tecnalia-Labein ha investigado el tema en el marco conceptual de los Territorios Inteligentes que aúnan trama urbana, innovación, calidad de vida, cultura y sostenibilidad).

c) Urdaibai-comarca. Cabe también una apuesta por un proyecto de centro

generador de *land art* (arte y Tierra) —con Guggenheim o no, en Sukarrieta o no— sin edificio emblemático pero sí funcional, y que diera acceso a nuevas significaciones del espacio natural, e incluso a respetuosas transformaciones artísticas del propio paisaje de la Reserva (Ibarrola fue pionero) que sería su soporte. Podría complementar una comarca donde se concentra tanta maravilla natural y que requiere un turismo sostenible.

Pero también hay que retomar el Guggenheim tanto por su gran importancia como porque finalizó su Plan Estratégico en 2008 y hay que renegociar o liquidar el contrato para 2014. (Hay que hacer ese debate, incluso desde el principio. Tengo opinión sobre su origen —quién dijo qué y por qué; en qué nos equivocamos y acertamos algunos— y su desarrollo —con sus muy importantes éxitos y algunos fracasos y servidumbres — pero lo dejo para otro momento porque no es el tema aún).

A pesar de su desgaste, no hay que abandonar la marca Guggenheim. Tal y como ha resultado es un activo mejorable en claves de reapropiación social y de desarrollo.

En el plano de la reapropiación, hay que redefinir el contrato a fondo —asumir la capacidad de decisión sobre la obra comprada, a comprar y a mover—, la programación —con sinergias más equilibradas y propias— y una nueva forma y, quizás, equipo de gestión, menos dependiente o implicado en el engranaje neoyorquino.

En el plano del desarrollo, es razonable, complementar el Museo con una sucursal distinta sin arquitectura excepcional pero con programaciones muy especiales y que podría tener varias ubicaciones alternativas. La visita a veces se queda corta en clara desproporción entre el impacto emocional arquitectónico y la experiencia expositiva. O bien el propio Bilbao, si la apuesta fuera de exposiciones especiales, procesos creativos en cultura urbana, *tech art*, *net art*, instalaciones, *performances*… prolongando así las estancias de visitantes (en Zorrotzaurre hay lugares indicados). O bien en Gernika o Bermeo en los edificios mejorables mencionados si no acogieran los proyectos antedichos. O, incluso, en el propio Sukarrieta redimensionando radicalmente el proyecto para artistas en residencia, exposiciones y procesos creativos, por ejemplo, centrados en intervenciones *land art*, pero con una inversión infraestructural pequeña. Para ganar espacio, también cabría, por ejemplo, aprovechar de otro modo la gigantesca sala Fish sacando a la ciudad parte de las ocho magníficas esculturas torsionadas de acero oxidado de Serra (no parece que se puedan robar y cabe protegerlas del vandalismo).

Nuestro país —heredero de una Ilustración polarizadamente material y práctica, poco intelectual y de un industrialismo sólido— aún no ha apostado por lo inmaterial, lo mudable, lo cualitativo, el valor añadido inmaterial, el capital humano individual y colectivo o la innovación social. Ni en los presupuestos asignados a Cultura en las

Administraciones. En algunos temas no terminamos de entender nuestro tiempo. Seguimos anclados en la era industrial y analógica.

Así como en economía industrial y postindustrial sí valoramos el I+D+i como puerta de futuro, en cultura no valoramos el saber, el genio y la preparación como bases de nuestra cultura y de nuestra economía de futuro. Se privilegian continentes sobre contenidos, difusión de contenidos sobre producción, y producción sobre creación. No creemos en la creatividad cultural y en promover las condiciones para generarla. En la crisis aún la sacrificamos más. En el fondo no creemos en nosotros mismos: la materia gris, los flujos… que son los valores añadidos de nuestro tiempo. Somos más artesanos que artífices de nuestro futuro. ¡Lástima!

En suma, con los 200 millones se podrían hacer todos los proyectos (dos/tres en Urdabai y dos/tres en Bilbao). Un equipo plural podría tener una propuesta global en menos de un año. Confío en que estas ideas sirvan para el reencuentro de partidos y de opinión pública y alimenten un debate constructivo sin argumentos personalizados.

Pero terció José Alberto Pradera, exdiputado general de Bizkaia y gernikarra como yo, aunque de otra quinta, con «Reflexión sobre Guggenheim y Urdaibai» (*Deia*, 5 de mayo de 2010). Le respondí:

Urdaibai bai: Biosfera, cultura y desarrollo
Ramón Zallo (*Deia*, 12 de mayo de 2010).

Se ha producido lo que quería evitar con mis dos artículos (*Deia*, 15/16-4-10): un debate personalizado. En el artículo que me ha dedicado José Alberto Pradera (*Deia*, 5-5-10) hay juicios de valor personalizados: «afirmaciones que no se ajustan a la realidad», «subjetivismo apriorista» y «exigiremos veracidad en lo que describe», dice.

Me tengo por una persona seria, que se equivoca a veces, como todo el mundo, pero que jamás incurre conscientemente en falsedades. Reitero las dos afirmaciones que hacía: «El propio Departamento de Cultura del Gobierno Ibarretxe no vio bien ese proyecto así» y en la ponencia cultural de la Asamblea General del PNV del 2007 «el Guggenheim 2 no se menciona». Es lo único que decía y con motivos para saberlo.

Y a partir de ahí no me quería meter, por prudencia, en las coherencias del PNV o de las instituciones que regenta. Pero las pide Pradera. Pues bien. No aparece el Guggenheim Urdaibai en ninguno de los dos (interinstitucionales) Planes Vasco de Cultura (2004-2008; y 2009-2010). Ciertamente, sí aparece el proyecto en el programa electoral del PNV para las elecciones de marzo de 2009 (en el que, en cambio, no aparece el Museo de la Historia que sí se defiende en la Asamblea General del 2007) pero no aparece el Guggenheim Urdaibai en el interesante *Think Gaur*, simultáneo al programa electoral, y que contiene los ejes estratégicos decisivos para diez años. (Al

respecto, sólo se habla de un *Plan de Captación de Instituciones Culturales Internacionales, siguiendo el modelo Guggenheim* y se estaba quizás pensando en el Hermitage u otros).

Tampoco figura —contradiciendo a Pradera— en el Acuerdo entre Gobierno y Diputaciones *Para la aceleración económica y el empleo* de 20-6-2008. Ciertamente, en la parte de compromisos de inversión de la Diputación vizcaína, ésta comprometía 115 millones de euros en *Nuevas infraestructuras culturales. Ampliación de equipamientos ya existentes* para 2008-2012, pero no se decía, al menos públicamente, en qué (¿una agenda oculta?), cuando en todos, todos, los otros rubros se declaraba destino. Tampoco aparecía como compromiso del Gobierno Ibarretxe: aparecían otros. No soy yo el que se tiene que aclarar.

Lo relevante es clarificar el debate de fondo. En primer lugar, no puede ser que, por un hipotético efecto tractor, las decisiones que afecten a las infraestructuras culturales deban ser «independientemente de las necesidades del país en materia de infraestructura cultural» (sic). O nos sobra el dinero para que cada institución haga lo que le dé la gana; o nos sobra nación porque esto es un reino de taifas; o hemos perdido el norte de las necesidades de construir país desde la cultura y el desarrollo abierto de la identidad.

En segundo lugar, si se aplicara la recomendación de que el gasto cultural sin retorno económico es «para épocas de bonanza económica. Vamos, de ricos» (sic), para ahora ya no nos quedaría ni euskera ni patrimonio ni una sociedad educada. El modelo liberal hubiera acabado con nosotros como pueblo y como sociedad. Hay mucho gasto e inversión cultural a la que no hay que exigirle retorno económico y, en cambio, otras decisiones culturales deben tener, además, efectos económicos positivos (¿Cómo lo voy a olvidar si me dedico a la economía de la cultura y la comunicación en la EHU desde hace 32 años?).

En tercer lugar, hay diferencia sobre el lugar que debe ocupar el desarrollo medioambiental dentro de este desarrollo socioeconómico concreto. Aquél no es un obstáculo para éste, sino, al contrario, una oportunidad para hacer algo distinto, eficiente, rentable y modélico. No verlo así se traduce en ver el entorno como problema y en la erosión permanente de un patrimonio natural que se nos ha encargado.

Por último, hay una coincidencia en defender «el desarrollo integral del Territorio de la Reserva de la Biosfera» y en reindustrializar, supongo que Gernika y Bermeo (y Lekeitio y Ondarroa). Un punto para la esperanza.

Pero ahí dentro está la diferencia de verdad, la de los hechos. Pradera dice que el proyecto de Guggenheim Urdaibai ya «vendrá acompañado de medidas complementarias» sin decir cuáles, dónde, cómo y cuánto, y que debían haberle arropado, si de desarrollo hablamos. Si hubiera venido todo en un paquete, el debate

sería otro. De hecho, la Diputación se ha desentendido hasta hoy de un plan integral de inversiones multifuncionales (industriales, rurales, infraestructurales y medioambientales) a las que invitaba el *Programa de Armonización y Desarrollo de las Actividades Socioeconómicas* (repito, socioeconómicas) ya desde 1998. Y, ahora, a los doce años, las iniciativas fuertes que conocemos son dos: por fin, la bienvenida apuesta viaria y el Guggenheim Urdaibai. Este último es un sólo proyecto con tintes de panacea, caro y muy arriesgado (puede salir bien o mal). De él dice Pradera que es «el elemento nucleador de arranque». El arranque de qué, si no hay, por el momento, ningún plan general comprometido mientras podemos llorar todos juntos, por ejemplo, viendo las ruinas industriales de *La Vega* guerniquesa.

Un tema así es diferenciador y polarizador de parroquias, pero arriesga ser artificioso si, en alguno de esos momentos en que se necesiten mutuamente los votos del PSE o del PNV para sacar algo adelante (¿presupuestos, planes?), pasa a ser la moneda de cambio entre políticos. O sea, ¡mejor hacemos todos menos ruido!

Generar desde un partido o institución una «iniciativa ciudadana» a favor del proyecto Guggenheim Urdaibai, cuando hasta ahora era al revés —las iniciativas ciudadanas influían en la política— es legítimo pero arriesgado. Pueden surgir otras iniciativas ciudadanas de sentido contrario —ya ha surgido Urdaibaietz— incluso movimientos sociales, y podría producirse una fractura social comarcal, cuando sólo tendría que haber un choque inter-partidario. ¡Por favor, tengamos todos cuidado! El tema solo tendría que ser una divergencia, pero a saldar en una vía democrática, debatida y constructiva, con centro en la ciudadanía participativa y en las mayorías.

Cada cual puede responsabilizar a quien quiera del actual estado de declive de la comarca. Pradera, que fue diputado general de Bizkaia (1987-1995), está en su derecho a echar balones fuera responsabilizando a otros (EA o a los ecologistas), pero no es fácil de creer cuando la capacidad de decisión y financiera en lo económico e industrial, siempre ha estado en manos de la Diputación y de las Juntas Generales. Asimismo es legítimo, pero choca, haber sido (y ser) poder y, al mismo tiempo, estar en primera línea de una plataforma que está ahí como resultado de lo que varias generaciones de ese poder no hicieron. Ofrece un mensaje contradictorio como para hacer creíble el «esta vez sí y así».

El debate no debería ser Guggenheim Urdaibai sí o no, hasta el extremo de plantearlo como un ejercicio de lealtades, un conmigo o contra mí. Es un grave error. Y también —y no lo digo por un Pradera que tiende la mano— mirar como enemigos incluso a los que tenemos la posición abierta del «quizás», y que condicionamos ese proyecto a que se ubique en las necesidades culturales del país y de sus prioridades y a que se enmarque en un plan integral (medioambiental y económico) comarcal de verdad. Para ser justos hay que decir que nuevos viales y Guggenheim significan un laudable salto institucional en pro de la comarca, pero que se empiece por un

experimento, incierto, sin consenso y sin más proyectos, no es muy de recibo. Un fracaso minaría la moral colectiva durante años.

El Guggenheim Urdaibai de la segunda etapa: una crítica[97]

No se trata de un proyecto estratégico cultural en términos de país. Ni siquiera es un proyecto preferentemente cultural. Es un proyecto de capital público privatizado, orientada al turismo como supuesta vocación comarcal y con tintes de ocurrencia y de compromiso entre élites, que adopta la forma de imposición. Lo tiene todo para que no nos posicionemos a favor: modelo económico equivocado para la comarca; expectativa infundada sin contraste; impacto ambiental nada menos que en una Reserva; y autoritarismo en la gobernanza.

Por de pronto, absorbe una gran inversión pública que podía haber ido a la creatividad, a nuestra creación y a promoverla, en lugar de dar preferencia a edificios y equipamientos. Esa apuesta significa dar de lado a nuestra cultura poliédrica vasca. En lugar de especializarnos en cultura propia —porque nadie más lo va a hacer para defenderla en un mundo global— invertimos en un proyecto ajeno del que esperamos réditos colaterales. Francamente, parece una apuesta a lo saudí o qatarí, solo que a nosotros no nos sobra dinero como a ellos. El mundo global no justifica estas ínfulas a caballo entre el *bilbainismo*, el *aldeanismo* y el furtivismo. Al contrario, hay que generar contra-tendencias para que lo pequeño —nosotros— no sea engullido, y crezca en intercambios, visibilidad, prestigio y cualificación.

Por su planteamiento y ubicación, hace chocar la cultura con la naturaleza. «Priorizar la cultura sobre la conservación de la naturaleza supone, en este contexto, un retroceso en la protección de la biodiversidad y la integridad de los ecosistemas. Algo que debería hacer revisar con sumo detalle posibles alternativas a este proyecto, incluyendo su eventual cancelación» (Morant J., Durá C. J. y Valladares F.)[98].

En la actualidad, en caso de construirse el Guggenheim Urdaibai en Murueta, llevaría aparejado dos impactos: uno bueno y otro malo sobre una Zona Núcleo.

El bueno es que —ya se construya o no el museo en Astilleros— ha traído el consenso colectivo de una necesaria recuperación de 20 hectáreas anexas a Punta Murueta con la consiguiente inversión comprometida, a cargo del Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico (MITECO). No obstante, se tenía que haber hecho hace años, sin necesidad de que venga pegado a un proyecto como el Guggenheim. O sea, que no es mérito suyo, aunque da la oportunidad tras la larga desidia.

El malo es que, en lugar de recuperar como marisma la zona ocupada hoy por el astillero entre la vía férrea y la Ría, se reutilizaría para un edificio museístico, rompiendo la continuidad de la marisma y del dominio público marítimo terrestre y afectando a muchos metros cuadrados. En concreto ocuparía «el 25% de los 42.384 m2 de suelos industriales que se descontaminarán», o sea más de una hectárea, a la que hay que sumar las hectáreas de servicio. Se comprometería esa zona vulnerando la ley de la RBU, además de afectar a las especies que pueblan los carrizales.

No es lícito, en ningún caso, afectar a sus zonas núcleo —estuario, costa, encinares cantábricos y yacimientos arqueológicos— que acogen los ecosistemas singulares y más frágiles de Urdaibai —aves, visón europeo... — y tienen carácter prioritario, siendo calificadas en el Plan Rector de Uso y Gestión (PRUG) como Áreas de Especial Protección. Es la única Reserva de la Biosfera de la CAE. La mayor parte del territorio está, así, sujeta a restricciones urbanísticas derivadas del cuidado de una Reserva, a cargo de instituciones y de la ciudadanía de toda la cuenca en beneficio del planeta y Euskal Herria.

Además, se están barajando tres alternativas de acceso para el turista eco-cultural y todas malas. Aparte del tren con nuevo apeadero en Murueta, se le invita a una «experiencia natural inmersiva» para llegar al museo desde Gernika a Murueta, a lo largo de casi 7 kilómetros: ¿A pie, en bici, patinete, vehículo eléctrico?

Una hurtaría al uso vecinal el acceso a lo largo de 6 kilómetros, desde

Gernika por el Corte de la Ría, para dejarlo en manos del mercado turístico con reapropiación mercantil del paseo local, lo que supondría la expulsión del numeroso vecindario paseante en sus 4,5 hermosos kilómetros pegados a la ría —expolio— y hollando, en el tramo final, la zona con palafitos de gran altura —con el consiguiente impacto visual— cuando siempre han tenido la alternativa de horadar puntualmente la *muna* de Punta Murueta para asegurar el flujo de mareas. Parece descartado.

La otra alternativa, es anchar el paseo de los Tilos y un segundo carril peatonal al lado de la carretera hasta los viveros de Murueta. Ambos tienen dos inconvenientes: expulsaría de Los Tilos a los vecinos paseantes, y no parece que una caminata junto a una carretera de intenso tráfico a lo largo de 6 kilómetros sea una experiencia de inmersión en la naturaleza.

La tercera alternativa es un itinerario verde nuevo, por Forua a Astilleros, por el interior de la zona alta en relación a la marisma, comprando terrenos… lo que puede resultar carísimo.

Las necesidades culturales

Desde el lado cultural, la propuesta responde a una necesidad —legítima— de la Fundación Guggenheim Bilbao, pero no a una necesidad de país. Como país necesitamos invertir en creación, educación y producción cultural —o sea, en recursos humanos y en industria cultural y audiovisual— hasta configurar un sector económico creativo potente, que arrope una especialización vasca en arte y contenidos culturales. Un país de población pequeña y cultura propia en riesgo —zarandeada por vientos transnacionales y dependiente de las culturas *mainstream* de Estado— debe tener un sector cultural de primerísima para recrear su propia cultura e intercambiar con otras en un mundo abierto. Lo hemos entendido para el I+D+I, pero no para la cultura y, sin embargo, es el eslabón más frágil del conocimiento de nuestra comunidad.

Estoy lejos de las posiciones que, por un purismo mal entendido y un concepto elitista de la cultura, no quieren cruzar economía y cultura. Si no

producimos cultural de masas para el país, nos la servirán otros. Necesitamos producir —además de cultura de élite y experimental— sobre todo, en cultura popular e industria cultural y *mediática,* conforme a pautas de calidad que nos caractericen, como en unos años han hecho los países nórdicos. Y, además, debemos hacerlo en todo: música, edición, audiovisual, publicidad, diseños…

Por el lado de las necesidades de equipamientos culturales de país, el Guggenheim no es un candidato prioritario. En cambio, el necesario Museo de la Paz que se proyectaba para Gernika —como continuidad y sustitución del Museo del Bombardeo— podía haberse planteado en Dalia, dentro de un Museo de la Sociedad y la Cultura Vasca, utilísimo como espacio de reflexión sobre nuestra historia cultural y societaria y para el conjunto del sistema educativo, especialmente. Los museos etnográficos no cubren esa dimensión. Tal parece que ese proyecto de Museo de la Paz ha caído —sin cotejar ni informar— sustituido por otro relativo a la Diáspora, en las Clarisas de Gernika.

Lo cierto es que la Fundación Guggenheim no es Mr. Marshall. Solo trae marca y no sabemos qué más, porque no hay proyecto artístico. Guggenheim Nueva York, es sabido, no tiene experiencia en *land art* y es de museística urbana. Seguimos hablando del entorno y del continente, sin saber nada de los contenidos, del proyecto artístico. Una confianza ciega. Se llevaría *royalties* y encargos por exposiciones, curadurías, gestiones… aprovechando, tanto el «capital natural», a restaurar con financiación de MITECO y que la comarca pondría a disposición del Guggenheim Bilbao, como el capital financiero que sería vasco y público —Gobierno y Diputación—. O sea, extraería rentas de nuestro capital natural y público. Sus valedores, las instituciones, quieren hacerlo sin tener derecho a ello y sin saber la contraprestación. Es el milagro de lo público-privado que no tiene otro sentido que la privatización de lo público.

Para no engañarnos, la iniciativa no es del Guggenheim Nueva York, lo que indica que no quieren «colonizarnos». La iniciativa es vasca, del

Guggenheim Bilbao que es una Fundación privada vasca, sin ánimo de lucro y de capital público, propiedad al 50% de Diputación y de Gobierno Vasco. En el Patronato se sientan Gobierno Vasco, Diputación, Ayuntamiento de Bilbao, Metro e EITB; y, por parte privada, la Solomon Guggenheim de Nueva York y 22 grandes entidades privadas. Dentro de él han influido sobremanera los Azua y Juan Ignacio Vidarte, que son o eran, miembros tanto del Guggenheim Bilbao como del Guggenheim New York. Es más, Guggenheim New York se lo está pensando. Sí quiere un *royalty* por la franquicia y encargos expositivos, pero no al precio de que el proyecto sea muy conflictivo, y menos cuando espera inaugurar este año el museo de Abu Dhabi, con Gehry como firma arquitectónica.

¿Hacia un cuádruple expolio?

Hay una cuestión previa de criterio. La receta no es hacer compatibles desarrollo y sostenibilidad, como nos dicen, sino no hacer nada insostenible para nuestro desarrollo, que es cosa distinta. Lo primero es un slogan, normalmente hipócrita, lo segundo es un compromiso con la naturaleza y un modo de encarar la economía. Es el principio de precaución que explicamos en el último capítulo. No iniciar algo que se pueda escapar letalmente de las manos.

Hay riesgo máximo de que un bien ambiental y comunitario, un *bien eco-comunitario*, como es Urdaibai —en la zona de Astillero y sus accesos desde Gernika, en especial— se vea desposeída, afectando a la naturaleza como tal, a su protección y a la comunidad que la ha cuidado. Se puede producir así un cuádruple expolio.

a) Por *reapropiación privado-pública,* entregada por las instituciones a una Fundación vasca (Fundación Guggenheim Bilbao) sí, pero «capturada» por una transnacional (Fundación Guggenheim New York), afectando a la Reserva —zona Astillero y humedales en especial— y alterando la naturaleza de su protección, solo excepcionable por utilidad pública de primer orden. Es increíble que la pregunta institucional principal sea cómo sortear sus (nuestras) propias leyes que, tenidas como

protectoras, ahora las ven como obstáculos para la acción privada-pública, a demanda de intereses ajenos, tanto al medio ambiente como al país.

b) Por *mercantilización de una parte de la RBU.* Una parte se entregaría al *mercado turístico de masas* —eco-turismo cultural— que, hasta ahora, tenía vetado el acceso al corazón de la marisma, salvo como visitante no-turista —no-mercado—. No se ha aprendido de la experiencia de San Juan de Gaztelugatxe.

c) Por el *riesgo de exención a Astilleros de Murueta de la obligación de restaurar los 100 metros de costa utilizadas en concesión* que, a la hora de devolver territorio, deberían revertirse restaurados y a sus expensas. Lo que sí podría abonar la Diputación —si sigue con el proyecto— es la parte privada del linde del tren y más allá.

d) Por *gobernanza autoritaria*.

Por un lado, rompe el principio de no regresión ambiental —o principio «stand-still»— aceptado internacionalmente en Derecho Medioambiental y ratificado por la Sala de lo Contencioso Administrativo del Tribunal Supremo (Sentencia del 10 de julio de 2012), que establece que las normas ambientales no deben revisarse, si implican un retroceso en los niveles de protección alcanzados previamente, por lo que no cabe relajar las medidas de protección ambiental que estén en vigor. Con ello, se limita la capacidad de las autoridades para reducir o afectar negativamente la protección ambiental ya alcanzada, salvo que esté plenamente justificado por razones de interés público.

Por otro, puentea —con hechos consumados y sin consulta— a la comunidad que la ha guardado, con orgullo y sacrificio. No quieren contrastarlo con la gente local, lo remiten a las Juntas Generales de Bizkaia. El derecho de consulta, aunque no llegue a ser un derecho de decisión, le asiste al más afectado.

De tener sentido una iniciativa semejante, la tendría en una zona urbana, no en una zona del núcleo de la Reserva, puesto que esa intervención sería un cambio de *status* del concepto de Reserva. Sería un *thermidor* —cambio reaccionario— para la RBU, acometido por las

instituciones encargadas de cuidarla y mejorarla, rompiendo un eslabón central de la cadena de custodia que tiene encomendada.

No están pensando en la mejora del estuario ni en el *Buen Vivir* de sus cuidadores, nosotros, sino en ella —la fundación— y en él —turismo masivo foráneo—, a falta de una apuesta estratégica polivalente para la comarca.

Un cambio de paradigma... mercantil

Asistimos así a un cambio de paradigma respecto a una Reserva de la Biosfera: se pasa de un enfoque protector de la naturaleza como bien colectivo —consagrado por Ley— a un enfoque liberal de mercantilización de la naturaleza, con la excusa del arte, y protagonizado por los responsables de cuidarla que, de mal administrar pasan a depredar. Y todo ello abonando la presencia masiva de turismo en la Reserva, mediante mercantilización en usufructo del ecosistema, amplificando la masificación turística estacional de Laida, Laga y Mundaka.

Se le trata a la Naturaleza protegida como un *Capital* del que obtener rendimientos —similar a lo que denunciaba Arturo Villavicencio para el caso de Ecuador[99]— como un fondo de recursos a explotar mediante el turismo, con —en nuestro caso— previsibles efectos materiales y físicos —accesos por la marisma, intervención sobre 100 metros no devueltos a marisma...— que cambiarán el panorama de una parte de la Reserva de la Biosfera.

Una Reserva de la Biosfera no es un fondo de reserva de recursos económicos a dinamizar, sino una *Reserva Natural* a cuidar. Es otra cosa. Y más siendo de propiedad público-comunitaria y con restricciones tasadas por ley, normativa internacional y sucesivos Planes Rectores de Uso y Gestión (PRUG).

Es una pésima idea neoliberal que se quiera construir el primer museo de arte en el mundo en una Reserva de la Biosfera. Muestra una falta de sensibilidad preocupante de nuestras autoridades, como lo ha sido abatir

la parte noble del edificio de Dalia, que diseñó el arquitecto Luis Mª de Gana. Muestra una cultura no conservacionista, de *nuevos ricos*, en un país de gran amor por las tradiciones… que no molesten.

Es un intercambio desigual. Una promesa a cambio del patrimonio natural —que pasa al mercado—, de nuestra dignidad de cuidadores y de la ley. Esa intervención mercantilista no iría en beneficio del ecosistema, sino que lo pone en riesgo.

También ha despertado al capital inmobiliario especulativo local. Hay que recordar que cuando se quiso hacer la salvajada de desecar la marisma y construir un macropuerto deportivo en los años 70, capitales privados conocidos se hincharon a comprar terrenos por doquier, que quedaron casi baldíos de uso y renta, al renunciarse al proyecto. Pero, ahora, se pueden activar y, de hecho, ya hay quien está comprando amplios terrenos alrededor de Dalia.

Limpiezas que venían obligadas

Ciertamente, la necesaria intervención sanadora con 40 millones de euros del MITECO, procedentes de los fondos Next Generation de la Unión Europea, acompaña a ese proyecto para legitimarlo, cosa que se tenía que haber producido ya hace años en un estuario que ha estado en el mayor de los descuidos, eso sí, con una arquitectura jurídica potente, más prohibitiva que correctora, que ahora, encima, se relee con ojos de dinero.

Pero no se podrá decir que el Guggenheim Urdaibai trae debajo del brazo el rescate de una ruina industrial (Dalia) y de un enclave de astillero en marisma (Murueta). El dinero público desatendió el estuario, praderas, acuíferos, bosques, plantas exóticas… hasta que una confluencia astral de intereses —«yo, Gobierno de España, quiero que me apruebes mis presupuestos estatales»; y «yo, Diputación y Gobierno Vasco, quiero el proyecto Guggenheim Urdaibai para *el business con* mis amigos USA»— han determinado la doble decisión de PNV y PSOE de limpieza y de construcción edificatoria sobre un diseño disparatado. Una decisión de oportunismo mutuo.

La única acción de interés en todo esto, y será bienvenida, son las limpiezas, que no es una derivada del Guggenheim, sino una acción obligada y postergada. Estaban en cartera mucho antes del proyecto. Había que haberlas ejecutado por imperativo legal y, si no se ha hecho hasta ahora es por irresponsabilidad, al preferirse invertir en otras cosas. Es un mal argumento decir que el Guggenheim Urdaibai trae recuperaciones bajo el brazo puesto que la Fundación, como tal, no pone nada; son nuestras instituciones las pagadoras y lo podían haber hecho antes o ahora. Hay una notable desfachatez en que lo argumenten quienes lo tenían que haber hecho, *motu proprio*, desde 1989.

Es al revés, son esos trabajos necesarios de recuperación los que parecen traer de polizón al Guggenheim Urdaibai. Es una limpieza a costa de poner patrimonio natural en el mercado y rendirse a la apuesta turística.

Si se hace todo, seguro que quedará muy bello y reluciente, pero francamente mejor que no se haga el Guggenheim Urdaibai: trae poco en economía e impulso cultural, y mucho de peligro para el estuario, con la carga añadida y antisocial del turismo masivo.

Lo razonable era un Plan estratégico y ecosocial a fondo para revitalizar la comarca y recuperar el estuario y, para ese viaje, Guggenheim Urdaibai no es un proyecto tractor, sino captador de fondos —más útil en otros destinos más estratégicos para Busturialdea— y depredador del capital natural comunitario.

¿Y qué va ser del proyecto?

Nadie lo sabe. Se ha metido en un buen laberinto. Primero fueron, las grandes movilizaciones. Luego, su conversión en una cuestión de Euskal Herria y no solo comarcal. Y, por último, la irrupción de mastodontes internacionales del ecologismo. En efecto, ya se han implicado frente al proyecto —con un arsenal de argumentos normativos medioambientales — instituciones solventes con capacidad de influencia, resistencia y judicialización. GreenPeace, para empezar, lo considera uno de sus temas

estrella. Puede convertir la trayectoria del proyecto en un calvario, si intervienen instancias judiciales europeas o internacionales. ¿Pudiera ocurrir la retirada de calificaciones ZEC, ZEPA, RAMSAR o Reserva de la Biosfera, por denuncia internacional, porque ya no se cumplirían los requisitos por esa intervención? Es un escenario inquietante.

Asimismo, van llegando advertencias desde muchos lares: «La expansión del Guggenheim en Urdaibai entra en contradicción directa con compromisos internacionales asumidos por España en materia de conservación. Entre estos compromisos destacan las Directivas europeas de Aves y Hábitats, los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS 14 y 15), la Estrategia de Biodiversidad 2030 y el nuevo Reglamento Europeo de Restauración de la Naturaleza. Además, vulnera principios fundamentales del derecho ambiental europeo, como el de precaución y el de no regresión normativa en materia de conservación y protección de la naturaleza». (Morant J., et al. op. cit.)..

La desastrosa gobernanza del proyecto Guggenheim Urdaibai

La gobernanza de una organización —en este caso de organizaciones públicas como Diputación y Gobierno— se remite a los sistemas y procesos relacionados con la dirección general, control y responsabilidad (*accountability*), sea sistémica, sea para una temática en particular.

Para un proyecto concreto implicaría a: a) la toma de la decisión; b) la formulación y aprobación de la estrategia concreta —en coherencia con sus misiones y con las leyes—, además de la definición de los programas y las políticas para implementarla; c) el chequeo de la legitimidad, comunicación interactiva, participación y responsabilidad general desde estándares de ética, transparencia y rendición de cuentas; d) la supervisión y monitoreo del desarrollo y ejecución, en claves de eficiencia; e) la optimización del impacto y la relevancia social; f) un buen uso de los fondos.

Si repasamos los tres primeros ítems, que son ya operativos, se puede chequear cómo se ha gestionado hasta ahora el proyecto de Guggenheim

Urdaibai. El diagnóstico es que peor no se pueden hacer las cosas. No solo la gestión comunicativa sino el modo decisional y la (in)definición en el planteamiento y desarrollo del proyecto han sido temerarios, y no hay visos de que se mejore, si no hay autocrítica y propósito de desandar lo mal andado, porque cada vez se acumulan más contradicciones.

Todo al revés de una gobernanza al uso y que conecta con un modo de gestión que ya no se sostiene y con fuerte anclaje en la trayectoria del PNV.

Primero la decisión se tomó sin tener un diseño cultural para un proyecto que se decía cultural. Lo corrobora que los encargos de estudios fueron solo a consultoras de arquitectura —Cooper-Robertson y Ajuriaguerratres—, y ninguna a alguna consultoría cultural.

Segundo, primero se decide y luego se escucha, cuando lo normal sería al revés. El encargo institucional a Agirre Lehendakari Center (ALC)[100] para abrir un «proceso de escucha» a lo largo de 2025 era sin compromiso de mandato sobre sus resultados, aunque serían tenidos en cuenta. De todos modos, la «decisión final» de mantener tal cual, o revisar emplazamientos, accesos y conceptos, o desechar el proyecto Guggenheim Urdaibai, depende menos de la «escucha activa» —que también—, como de la constatación de las tendencias de opinión pública y de la capacidad y masividad reivindicativa del movimiento.

Una decisión sin diagnósticos previos

Se supone que antes siquiera de formular y, ya no digamos, de tomar la decisión —en 2008 para Sukarrieta, y retomada en 2021 para Astillero y Dalia— sobre un tema tan relevante y costoso, había que haber hecho dos diagnósticos previos que no se hicieron.

Por un lado, sobre las necesidades en equipamientos culturales de un país con una cultura minoritaria y en construcción. Algunos sí hicimos ese diagnóstico y nos daba que eran prioritarios un Museo de la Historia y de la Sociedad; un Museo de la Industria y de la Innovación; convertir el Museo de Bellas Artes de Bilbao en Museo Nacional de Bellas Artes; y —

junto a Tabakalera en Gipuzkoa—, un centro de producción y de creación cultural de cabecera en Bizkaia. Y, aparte, y en un segundo nivel, también era razonable un Guggenheim 2 por los problemas de espacio expositivo, siendo lo más asequible un espacio diferenciado en Zorrotzaurre.

Por otro lado, y si se estaba pensando en Busturialdea, se requería otro diagnóstico, sobre la economía de Busturialdea, para pensar sobre su eventual encaje o no. No se hizo hasta 2021 por parte universitaria (el firmante), y en enero de 2025 —después de haberse decidido el Guggenheim Urdaibai— por parte de una consultora (BMasi). Y de ninguno de los dos se deduce que ese sería un proyecto tractor para la comarca.

Que no haya diagnósticos previos se ha cubierto con un modelo económico implícito u oculto: la apuesta turística para cubrir el casi vacío de 40 años. Como justificación para apostar por los servicios y el turismo en la presentación del proyecto de Diputación (*El Correo*, 6-5-22) se decía que «las dos últimas décadas han revelado una escasa tendencia a la implantación de nuevas actividades económicas en Busturialdea». El comentario se compadece mal con que fue la propia Diputación quien aplazó los accesos por Sollube y Autzagane y la disposición de suelo industrial en las cabeceras o de un parque en Muxika, disuadiendo así a la implantación de empresas.

Como se ve, el Guggenheim Urdaibai va por otro carril, el del empeño sin consulta popular —no sea que salga que no—, ni codecisión, ni mediación, ni proceso de deliberación, para resolver colectivamente lo que, por un mal planteamiento, ha devenido en conflicto.

El modelo decisional que se sigue entonces, no es por razones de interés público sino por demanda de parte: el Guggenheim Bilbao. No lo pidió el Guggenheim New York —que aún no se sabe si está convencida — sino el de Bilbao.

Además, los propios responsables de las instituciones públicas han disentido en el proceso. Urkullu quería una moratoria que Pradales no concedió. La parte socialista del Gobierno se vio atrapado por el acuerdo

entre Teresa Rivera y Aitor Esteban para la implicación del Gobierno de España en la regeneración de las marismas, a cambio de un apoyo a los Presupuestos Generales del Estado. También chocaron Gobierno y Diputación, a cuenta del palafito colgante en Punta Murueta. Mala imagen.

No es verdad que el tema esté en *stand by*, ni en compás de espera, como pidió el *lehendakari* Urkullu, sino que siguen los trámites previstos, para despejar los obstáculos a su implementación: «la hoja de ruta se mantiene invariable y las instituciones siguen adelante con las labores medioambientales y administrativas previas» señalaba *El Correo* (14 de febrero de 2025), al dar cuenta de la rueda de prensa institucional presentando la tarea de ALC.

Una ruta estratégica desconocida

La única hoja de ruta estratégica que se conoce es el pésimo informe Cooper-Robertson de ocurrencias urbanísticas sin contraste, y que es menos una estrategia que un esbozo de justificación global de un proyecto. Llama la atención cómo las instituciones se pudieron echar a la piscina sin más respaldo. El hecho de que no haya proyecto artístico ni arquitectónico es el colmo de la improvisación cuando se irían a invertir 100 millones en continentes —saldrían a concurso, pero tampoco constan las condiciones mínimas en los pliegos— y no saber nada de los contenidos, que se quedan sin perfil ni presupuestos.

La cosa no ha mejorado. Un amago de desarrollo es el contenido en la página web de la Fundación de Bilbao, en el que se ha sofisticado el lenguaje y las intenciones pero no pasa de ahí, con afirmaciones sin base: «la naturaleza como modelo para el museo de futuro», en lugar de intentar justificar la poca pertinencia de un museo en otro Museo (natural) y a su costa; la nebulosa idea de que «integraría producción artística, ecología y tecnología, conectividad social e investigación»; la alegría de afirmar que el nuevo museo «puede impulsar la diversificación del tejido económico fomentando la creación de nuevos sectores, servicios

de mayor valor añadido y la generación de empleos en ámbitos conectados con el arte, la educación, la ciencia y la cultura, el turismo sostenible, la gastronomía, el comercio, la ecología y el ocio, contribuyendo, en definitiva, a la visibilización de Urdaibai a nivel internacional y a la atracción de inversiones a la comarca». Nada menos. Se han venido arriba. Magia. Sin invertir en centros tecnológicos, nuevas industrias punteras, en I+D+I…

En un alarde de antojo institucional, el llamado eufemísticamente, «plan de compatibilización» es, más bien, un plan de retorcimiento para esquivar, en lugar de acatar, el sistema de protección de las leyes de la Reserva y de Costas. Es poco respeto por nosotros mismos. No es de recibo que «el guardián» de la Reserva pida que se exceptúe la zona del Astillero de la aplicación de la Ley de Costas, reduciendo la servidumbre de protección de 100 metros a 20, en un tramo de casi un kilómetro, lo que está recurrido por varias asociaciones —¡a saber con qué judicatura se topan, si garantista o pasota!—.

En la misma senda de eliminar «obstáculos legales» han ido la modificación del Plan Territorial Parcial de Busturialdea y Markina; o que se revise el PGOU de Murueta para recalificar suelo como equipamental; o la licitación —luego suspendida— de la senda en palafito en Punta Murueta; o que se fuerce la renuncia a competencias municipales de tres localidades —Gernika, Forua y Murueta—; o se apueste por la crisis municipal permanente en Gernika —o sea a costa del bienestar local— con tal de que EH Bildu — contrario al Guggenheim Urdaibai— no acceda a la alcaldía; o el derribo del edificio de Luis de Gana en Dalia; o estar a verlas venir con las resoluciones judiciales pendientes; o las conversaciones con la casa matriz; o la prospección de nuevos accesos verdes al lado de la carretera de Forua a los viveros de Murueta. Añadamos todas las actuaciones que han estado fuera del foco público y que ignoramos.

La legitimidad y participación

La legitimidad y la participación han brillado por su ausencia. Todo va sobre el carril de los hechos consumados.

Lo que cuadraba es que se hubiera abierto un Foro, paralelo, para debatir sobre el proyecto. Como con el Plan Económico, aunque esté haya sido más formal que real. Y si no hubiera acuerdo, lo normal sería una consulta. Pues tampoco. Solo un compromiso tardío de escucha que parece más un proceso de mero oído, con riesgo de oídos sordos, ya que no hay compromiso institucional con los resultados de la escucha y con aspecto, al principio, de *by pass* para desactivar el ciclo de protestas.

Siendo partidario de participar en esa escucha para que no haya dudas sobre el sentir social mayoritario, puede que, al final, ALC escuche, pero no es seguro que lo hagan las instituciones, demasiado obcecadas en sacar adelante el proyecto sí o sí. A día de hoy esta incertidumbre se está despejando hacia alguna revisión seria del proyecto, tras el sorprendente primer informe (julio 2025) de Agirre Lehendakaria Center.

El modelo de comunicación mismo no ha sido a través de ruedas de prensa abiertas a preguntas, sino mediante publirreportajes en exclusiva con *El Correo* y filtraciones interesadas sin cuento de novedades. Transparencia cero.

Una derivada de cómo se está gestionando el tema es que, si continúa el conflicto y no hay acuerdo social, también puede tener un coste reputacional inasumible para la Fundación de Nueva York.

Quienes no sean partidarios del proyecto, carecen de motivos para abandonar el debate público o dejar de movilizarse y empoderarse desde abajo. Y con más razón, para asegurar que les «escuchen», de verdad. Hay que reactivar el camino de la movilización.

Cambio de mentalidad en Busturialdea

El 11 de julio del 2025 publicaba un artículo en *Naiz*.

Cambio de Mentalidad en Busturialdea-Urdaibai
Ramón Zallo

Parece que vivimos en un presente continuo y sin mayores cambios, pero

imperceptiblemente el tiempo y abruptamente los acontecimientos y circunstancias, nos cambian.

Hace 5 años, la bella comarca de Busturialdea vivía plácidamente su lenta agonía. Había una funcionalidad tácita entre: el abandono institucional en infraestructuras e iniciativas económicas —Sollube, segundo tramo de Autzagane, Bermioko Portue, Polígono—, con la excusa de la Reserva de la Biosfera de Urdaibai (RBU) y asumido socialmente con resignación; una percepción social sobre la alta calidad del medio natural —un shangri-la en un rincón de Bizkaia— y el arraigo local, aunque hubiera que desplazarse para ir a trabajar; un ecologismo meritorio y minoritario, satisfecho de haber logrado la declaración de la RBU, aunque el Plan de Armonización de Desarrollo de Actividades Socioeconómicas de Desarrollo (PADAS) se quedara a medio camino; y una crítica sorda de dueños de terrenos y otros sobre las exigencias y restricciones del Patronato por aplicación de la Ley de Protección y Ordenación de la RBU de 1989.

A día de hoy las cosas han cambiado y mucho. Hay un cambio de mentalidad en un amplio espectro. Y tanto el proyecto de Plan Económico Comarcal de Busturialdea (PECB) como el proyecto del Guggenheim Urdaibai (GGU) no van a tener más remedio que tenerlo en cuenta, aunque hasta ahora no lo haya hecho. El anuncio de impactos posibles del GGU, la experiencia de la Covid, la socialización de preocupaciones… tienen bastante que ver con ello.

En primer lugar, el **ecologismo**, no como teoría sino como actitud, se ha generalizado como reacción a que se pretenda tocar una zona núcleo de la RBU, se altere el dominio público marítimo terrestre en el terreno de los astilleros y sus accesos, para una actividad económico-cultural de uso masivo y mercantilización de un espacio natural y comunitario de modo completamente distinto al respetuoso uso comunitario y vecinal. Este valor lo comparten tanto quienes se oponen radicalmente al GGU, como quienes piensan en ello como una oportunidad a no perder. La inmensa mayoría ve la RBU como un activo y no como un hándicap.

En segundo lugar, se ha disparado la preocupación general por el **futuro económico** de la comarca, temática que ha ganado un lugar central, cuando se ha percibido que no se le ofrecía más destino que el turístico y que no se generan recursos para dar aplicación laboral a las altas capacitaciones de la nueva gente joven de la comarca, que tendría que repetir el destino de caravanas mañaneras de sus padres como una maldición. Hay conciencia de deuda histórica —no atendida— con la comarca.

En tercer lugar, el **turismo** ha perdido muchos enteros en la opinión pública tras constatarse las saturaciones destructivas de Barcelona, Donostia o Gaztelugatxe, su impacto en la artificialización de los modos de vida locales, el encarecimiento de la vivienda y del coste vida, por efecto de una actividad que fundamentalmente

beneficiaría al gremio hostelero —implicando lamentables condiciones de trabajo—, empresas de consumo y propietarios de viviendas turísticas. Sobrepasado un umbral, de maná posible ha pasado a ser una amenaza para una comarca pequeña.

En cuarto lugar, se ha revalorizado simultáneamente la conciencia de **pertenencia** a Busturialdea y a Urdaibai, ambos como territorios de identidad, el primero con acento humano y el segundo con acento natural. Hoy hay una actitud social defensiva si se amaga con tocar a cualquiera de ellas.

En quinto lugar, con esta actitud sensible las personas se interesan por lo que hacen las instituciones —incluso cambian de voto— y se fijan en las **gobernanzas,** que desean democráticas y participativas. Los modos de gestión del proyecto del GGU han sido absurdos. Pretendiendo evitar el debate que hubo en Bilbao se han ido al extremo contrario, la clandestinidad, con apariciones como las de Banksy, pero no en murales, sino en *El Correo*.

En sexto lugar, se va abriendo paso un debate sobre la diferenciación **entre lo público, lo común y lo privado,** ante la preocupación de que los intereses privados capturen y colonicen espacios e instituciones públicas.

Por último, todo lo anterior no solo es parte de la opinión pública de Busturialdea, sino que la gente ha recurrido a la **movilización masiva** para mostrarlo, cosa que no ocurrió con el Guggenheim Bilbao. Es significativo.

Es seguro que todo lo dicho aflorará en el «proceso de escucha» en curso, incluso entre quienes no tengan opinión formada por alegar falta de información, o puedan verle alguna ventaja al proyecto GGU, o estén radicalmente en contra. Es pensamiento compartido que envía señales fuertes.

En este marco, que augura, si no se reconducen las cosas, choques traumáticos, especialmente con el tema de la RBU, se vuelve plausible la búsqueda de alguna salida digna y aceptable para todos, tanto con el GGU —ya defendí que cabría ceñirlo solo a Gernika-Dalia y sobre arte vasco, por ejemplo— como con el PECB que se va a aprobar, que debería ir acompañado de un compromiso de encadenarlo con otros dos PECB en un horizonte a largo plazo, hasta cubrir las mínimas necesidades tractoras a 10/15 años vista, para dar un vuelco a la hoy agónica economía y bienestar de la comarca, en claves intersectoriales, descarbonizadas, innovadoras y de infraestructuras mínimas.

¿Oído cocina?

El «proceso de escucha» de Agirre Lehendakaria Center

El «Informe preliminar del proceso de escucha Busturialdea-Urdaibai», hecho público el 23 de julio de 2025, dio cuenta de los resultados en narrativas que arrojaron las primeras 500 entrevistas entre personas de

referencia en la comarca sobre la posible ampliación del Guggenheim Bilbao Museoa.

La profesionalidad e independencia de criterio de la Fundación ha desmentido a quienes la pensaban como una consultora más, que diría lo que quiere oír quien le paga, lo que conllevaba no acudir a esas sesiones de emisión de opinión. Al contrario, participar en el proceso de escucha ha servido para reflejar la opinión colectiva inequívocamente. Ha mostrado también la utilidad de la metodología de las narrativas que, aunque no cuantifica opiniones, sí cualifica y segmenta estados de opinión

El informe es taxativo y no deja muchas dudas al concluir que hay que «repensar la localización, dimensión y naturaleza de las posibles ubicaciones del museo». De todos modos, es provisional y se completará con nuevas entrevistas y otro informe, definitivo, a final de 2025, tras otras 500 entrevistas.

RESUMEN DEL INFORME PRELIMINAR DE ESCUCHA

Agirre Lehendakaria Center

«Los 5 patrones narrativos identificados coinciden en que no ha existido la suficiente información sobre el proyecto y que es necesario replantear la forma en la que se abordan este tipo de iniciativas»(...) «Se plantea la necesidad de incorporar una mirada de gobernanza colaborativa en la que las instituciones dialoguen con los agentes sociales, las empresas y los centros de conocimiento durante todo el proceso, no sólo al principio o al final».

«Hoy en día, encontramos opiniones a favor y en contra de la ampliación del museo, pero por encima de narrativas diferentes existen patrones comunes y los argumentos que se utilizan para construir estas narrativas son similares: (1) es necesario combinar una protección especial del entorno (por su carácter de reserva natural) con el desarrollo socio-económico de la zona, (2) debemos apostar por un modelo de turismo que tenga en cuenta los impactos negativos que genera, especialmente en la calidad del empleo, el impacto directo en la subida de los precios de la vivienda y en la saturación de los sistemas de transporte. Existe un gran consenso sobre esta cuestión y hasta la fecha, es muy destacable que no hayamos recogido ninguna narrativa «negacionista» sobre el cambio climático o que se posicione fuera del marco de valores asociado al desarrollo humano sostenible».

«La mayoría de patrones identificados comparten que el debate de fondo está relacionado con el modelo de desarrollo de la comarca. Busturialdea reúne las

condiciones necesarias para proyectarse al mundo como un laboratorio de innovación y experimentación avanzada que sea capaz de combinar desarrollo social, económico y protección medioambiental».

«Si hace una década atraer visitantes a una comarca en desarrollo era interpretado positivamente, en la actualidad existe una visión mucho más crítica sobre los impactos reales que genera [el turismo]. Lo que antes era sinónimo de prosperidad, hoy genera dudas y resistencias por su impacto directo en vivienda, movilidad, servicios y cohesión social».

«La posible ubicación del museo es una cuestión central. El proceso de escucha ha permitido constatar que no hay una oposición frontal a la posibilidad de desarrollar nuevas infraestructuras culturales. Sin embargo, la ubicación en Murueta genera rechazo de manera transversal en diferentes perfiles y se ha convertido en un punto de fricción simbólica, cargado de valores ambientales, históricos y emocionales para la comunidad. Repensar la localización, dimensión y naturaleza de las posibles ubicaciones del museo permitiría reiniciar el debate».

«Murueta no es solo un lugar físico: es un espacio simbólico cargado de significados colectivos. (...) Las 945 hectáreas del humedal combinan orgullo territorial, memoria histórica, sensación de agravio por el abandono institucional y narrativas de protección del humedal. No es solo un entorno natural, ahora es también un símbolo identitario y político».

«Las narrativas más especializadas en las industrias culturales demandan mayor claridad y definición del proyecto museístico. Consideran que se ha presentado el continente, pero se ha hablado poco del contenido y de la pertinencia de una nueva infraestructura de estas características».

¿Una alternativa para el consenso?

Mi propuesta en positivo[101] es que, de hacerse —y mejor que no se haga porque se podría hacer otra cosa más útil en términos de país como un Museo de la Historia y de la Sociedad Vasca— un nuevo Guggenheim en Busturialdea, se debería habilitar un solo emplazamiento, el de Dalia-Gernika, para construir un pequeño museo Guggenheim 2, y dejar en paz a Murueta y el estuario, tras restaurarlos.

No obstante, no tendría sentido en Dalia, en zona urbana, un museo sobre arte y naturaleza. Esos museos necesitan paisaje, como el Louisiana en Dinamarca, el Instituto Inhotim en Brasil, el Hakone en Japón o el Middelheim en Amberes. Y más si quisiera tener trazas de *land-art* o

pretendiera interacciones con el público visitante. El propósito de arte y naturaleza no encaja con un museo de cuadros, instalaciones y esculturas.

En concreto, podría ser razonable dedicarlo al arte vasco contemporáneo, o mejor, a artistas vascos/as contemporáneos/as, muy a tono con lo que simboliza Gernika por partida triple: cultura vasca, libertades y paz.

Ya se dispone —en propiedad vasca— en los fondos del Museo Guggenheim de Bilbao, gracias al segundo contrato —más abierto que el primero— con la Fundación de Nueva York, de una buena colección propia —Chillida, Oteiza, Basterretxea, Iglesias, Lazkano, Badiola, Manu Arregui, Ibon Aranberri, Esther Ferrer, Iñaki Garmendia, Prudencio Irazabal, Pello Irazu, Koldobika Jauregi, Abigail Lazkoz, Maider Lopez, Erlea Maneros, Aitor Ortiz, Asier Mendizabal, Juan Luis Moraza, Itziar Okariz, Juan Pérez Agirregoikoa, Javier Pérez, Sergio Prego, Ixone Sadaba, Xabier Salaburu, Darío Urzay— que cabría mostrar toda o en parte, en exposición permanente, complementada con exposiciones itinerantes temáticas de nuevo arte vasco de la máxima calidad, logrando un impulso a nuestro arte del presente como contribución de la marca Guggenheim al mismo.

Dado el emplazamiento en Gernika, ciudad de la paz, podría complementarse con exposiciones temporales internacionales relativas a la paz —guerra, conflicto...—.

En agradecimiento a que la Fundación Guggenheim Bilbao —o sea las instituciones— haya ido comprando obra de los artistas de la *cuadra* neoyorkina del museo —más que obra europea al principio— y haya mostrado —valorizándolos y pagando por las exposiciones— reiteradamente obra de los fondos de Guggenheim Nueva York ¿no sería razonable que se exigiera a la Fundación un empujón promocional a la internacionalización de obra vasca, solo de primerísima calidad, aprovechando la colección propia y realimentando su fondo y la creación de un museo local dedicado a ella? Es una decisión que le toca solo a Guggenheim Bilbao, o sea, a nuestras instituciones.

Esta opción nos evitaría todo este impacto medioambiental y un drama socio-político, pasando a debate público solo ventajas y desventajas, riesgos y oportunidades del proyecto, ahorrándonos, incluso, hasta ese otro debate, el de la «colonización cultural», porque la Fundación Guggenheim sí estaría, en este caso, contribuyendo a poner en el mapa nuestra creación. No habría conflicto. Habría un Guggenheim sí, pero sin afectar a la Reserva de la Biosfera, y sobre una temática necesaria y compartida como el arte propio. Dados los contenidos, no tendría deseconomías externas, al no atraer un turismo masivo.

¿Obtendría la venia de Guggenheim Nueva York? Como asesoraría para garantizar la calidad de la colección y de las exposiciones, a tono con el prestigio de la institución, no tendría por qué oponerse, habida cuenta que sus rentas estarían aseguradas. Asimismo, se granjearía la simpatía del Pueblo Vasco, un puntazo reputacional.

El Guggenheim de Gehry puso Bilbao en el mapa universal, cierto, pero como retorno —eso no se suele mencionar— la Fundación Nueva York renovó su prestigio en el mundo gracias a Bilbao, obteniendo rentas durante todo ese periodo que han nutrido, y quizás, salvado a la institución. Bilbao tiene más visitantes y rentas varias que Nueva York. Todos ganando.

Recordemos también que Gernika es un valor universal gracias a Picasso, el Árbol y la Casa de Juntas. Está en el mapa de los imaginarios del mundo. Es la Fundación la que se beneficiaría de un mix simbólico añadido, al que tendría que adaptarse y revalorizar. Es más, el proyecto de Guggenheim en Gernika —además de Murueta— se eligió por el mestizaje simbólico resultante, con algún riesgo de difuminación de la simbología histórica, si la temática era genérica —arte/naturaleza—, riesgo que se evitaría si la contribución fuera al arte vasco contemporáneo directamente.

Hay quien ha asociado el Guggenheim Urdaibai con la ocasión de traer el *Guernica* de Picasso. Está mal que lo diga un gernikarra, pero si viniera a Gernika sería una bendición política y una catástrofe turística, porque

más de un millón de personas podrían querer pasar por una villa de 17.000 sin capacidad de acogida. Si fuera en permanencia, mal, aunque sería dosificable en el tiempo por cupos de reserva, pero si fuera temporal, peor, porque sería un tsunami. Una copia de calidad puede cumplir la finalidad de mejor manera que el mural de azulejos actual.

En suma ¿por qué no poner a los/as artistas vascos/as contemporáneos/as, en el mapamundi artístico? Lo local dialogando con lo universal, y lo local en lo global, en esta era de reconocimiento de la diversidad. Creo que tiene sentido.

Notas:

---

97 Para un análisis de caso como el proyecto Guggenheim Urdaibai en un entorno natural, los referentes teóricos que habría que combinar —en mi opinión— serían la «teoría de la desposesión» de David Harvey —tanto natural como incluyendo el impacto cultural en una cultura minoritaria—; la teoría del extractivismo natural —Eduardo Gudynas y otros— con generación de una economía de enclave —«cercado» de una parte de la marisma, al que se sumaría un turismo de pago—; la teoría de los servicios ecosistémicos de las infraestructuras verdes —Unesco, Miren Onaindia—; la teoría de los bienes públicos en sus distintas versiones, como la asignación más eficiente de Richard Musgrave, o las fallas de mercado sobre bienes no excluyentes y no rivales en Paul Samuelson, o las aportaciones de Tiebout u Oates, o las de Andrés Bello sobre bienes puros de propiedad pública y usufructo general; o la teoría de los bienes comunes —Elinor Olstron— con instituciones sociales y prácticas comunales para el largo plazo.

98 Morant Joan, Durá Carlos J. y Valladares Fernando «El efecto de Guggenheim en Urdaibai ¿Puede la cultura justificar la destrucción de la naturaleza?» 23 de mayo de 2025. https://theconversation.com/el-efecto-guggenheim-en-urdaibai-puede-la-cultura-justificar-la-destruccion-de-la-naturaleza-257135?utm_medium=article_native_share&utm_source=theconversation.com

99 Villavicencio Arturo (2021), «Neoliberalizando la naturaleza. El capitalismo y la crisis ecológica». Siglo XXI.

100 Esta consultora, experta en innovación social y con una metodología de narrativas a contraste, recibió el encargo institucional de abrir un proceso de escucha sobre el polémico proyecto de Guggenheim Urdaibai. Fundada por el lehendakari Juan José Ibarretxe y con el impulso proyectivo de Gorka Espiau, «ha celebrado en 2023 su décimo aniversario. Creado en 2013 por la Universidad del País Vasco (UPV/EHU) en colaboración con AC4-Columbia University de Nueva

York, el objetivo principal del centro ha sido profundizar en la transformación socioeconómica experimentada por la sociedad vasca en las últimas décadas como una respuesta colectiva, democrática y local a situaciones de gran complejidad». Así reza en su página web.

101 En *Naiz*, 6 de marzo de 2025, publiqué un articulo: «¿Y un Guggenheim sobre arte vasco contemporáneo en Dalia-Gernika?» https://www.naiz.eus/es/iritzia/articulos/y-un-guggenheim-sobre-arte-vasco-contemporaneo-en-dalia-gernika

9. PASEO POR MI PENSAMIENTO

Suelen decir que, en el último instante de la vida, toda ella pasa por nuestros ojos. No es seguro que sea así y mejor no esperar para comprobarlo. Conviene hacerlo antes, con cierto detenimiento y menor presión y emoción, como en este caso.

Repasando posiciones sostenidas públicamente en artículos y libros, raramente alguien las acompaña de los soportes ideológicos que les dan sentido. No se estila y sería aburrido. Cada cual opina, se supone, desde su filosofía, catecismo o librillo, y punto. No obstante, es común que gente de igual o parecida ideología disienta en muchos temas, o que gentes con formas de pensar distintas pueden pensar parecido sobre un tema. No hay hilo directo entre una cosmovisión y una conclusión o una verdad: en el intermedio están el caso concreto, los agentes, las estructuras, las circunstancias, las mediaciones y las narrativas. Pero es bueno pararse, alguna vez, a hacer esa reflexión sobre nuestros anclajes y fondo de armario.

Una tradición de escritor de manifiestos y de «negro»

He tenido bastante mano en mi vida para redactar, corregir y acordar manifiestos «unitarios», o sea de alianzas determinadas políticas o sociales, así como para panfletos. Quizás la época de portavoz me enseñó la diferencia entre un texto propio y otro compartido, en el que se expresa un mínimo común suficiente como para que otros estampen su firma. Significa que te pones en la piel del otro para que el texto se acomode a su modo de pensar.

Serán bastante más del centenar los textos colectivos —o sea debatidos — que habré redactado o formalizado a lo largo de mi vida en temas de los más variados: periodísticos, universitarios, sindicales y, especialmente, políticos. Y en distintos formatos como manifiestos, cartas, panfletos, artículos sesudos, ponencias... Lo más chocante, a demanda de unos amigos, fue dar forma a la reclamación, acompañada de firmas, para el

mantenimiento de la longitud del Frontón de Mungia de pala corta, frente al proyecto del Ayuntamiento de achicarlo.

Una anécdota curiosa es que también, una vez, hice de «negro» (escritor oculto) del PNV. Fue en 2007. A través de un alto cargo del Gobierno, se me propuso la redacción anónima del borrador de la ponencia de cultura para la Vª Asamblea del PNV, nada menos, que se iba a celebrar el 1 y 2 de diciembre. No tenían especialistas. Personalmente, no tenía ninguna obligación, pero me dije que si puedo influir en el corazón del PNV no debía dejar pasar la oportunidad. Escribí lo que yo pensaba sobre política cultural adaptado a un agente institucional como el partido que lo demandaba. Ponerse en su cerebro desde el tuyo, como un intérprete. Mi sorpresa fue que el escrito se convirtió, tal cual, en «Ponencia de cultura y política cultural» aprobada en esa Asamblea, sin más cambio que una introducción que escribió algún *burukide gipuzkoarra* y que chocaba con una parte de la ponencia. Allá cada cual con sus coherencias y no dice mucho de la importancia que el PNV daba a la política cultural, pues no le dio una vuelta como era de esperar.

Por cierto, para que no se notara mi —bastante inconfundible— mano en el texto principal se recurrió al truco de traducir al euskera mi propuesta de ponencia escrita en castellano, y volver a retraducir esa versión al castellano. Me pareció brillante el recurso. Tengo el honor de esa influencia formal que seguramente no se tradujo en políticas de facto. Quizás, algo sí.

En cambio, sí desapareció mi primera colaboración en negro con EH Bildu, años después, en 2016. Empezó con un pésimo pie. Luego ya hubo otras y por mejor camino. Me encargaron —como ya lo había hecho el PNV diez años antes— una ponencia sobre política cultural para su Asamblea de 2017. Escribí un trabajo-ponencia titulado «Cultura, comunicación e internet» —47 páginas— que me consumió un mes tan bello como julio. Quien me lo encargó —un asesor cercano a Otegi— se fue de largas vacaciones y no transmitió ni el contacto ni el encargo. ¡Vaya fuste! Por ello, los organizadores de la Asamblea —ignorantes del encargo

previo— encomendaron una ponencia de urgencia una semana antes del congreso a una conocida escritora para salir del paso, y no tuvo tiempo de incorporar mis aportaciones al saber del hecho y pasarle mis trastos. Nunca me pidieron perdón por lo que me hizo el susodicho. Como soy bastante buena persona he seguido colaborando en trabajos similares sin que haya habido más problemas. Siempre me quedará el mosqueo por el hecho y por la mala educación.

No sé si ese trato tan poco interesado en las ponencias de cultura y política cultural reflejan algún defecto congénito a las dos fuerzas del nacionalismo, al parecer más ancladas en la dimensión identitaria —como una marca que sí miman al menos discursivamente— que en su importancia como fundamento comunitario. Con los años, al menos, EH Bildu aprendió a valorar ese campo, aunque no ha generado especialistas propios, que yo sepa. En este plano he colaborado en documentos sobre la proposición de ley de un Consejo Vasco del Audiovisual o en el dictamen sobre la visión de EITB —con Jasone Agirre y Josu Estarrona —, o sobre las enmiendas a la Ley General de Comunicación Audiovisual (Madrid) con Mertxe Aizpurua. Ha sido un placer trabajar con ambas y con Josu.

Asimismo estuve en la comisión que ayudó a EH Bildu a desarrollar la Ponencia de Autogobierno —«Propuesta de bases para la actualización del autogobierno de Euskadi»— especialmente en lo relativo al preámbulo —lo que menos gustó a Jaime Ignacio del Burgo, visto su contrainforme— y en derechos culturales y comunicativos.

Igualmente, me apunté a apoyar a Sare desde el principio de su conformación en 2014. Entiendo que normalizar la situación de los presos y presas conforme a la legislación ordinaria, y no a la legislación excepcional aprobada en los años de violencia, es una obligación moral y un derecho que les asiste a las personas presas —hayan hecho lo que hayan hecho— y es un enfoque que mira a la convivencia y al futuro.

He ayudado —haciendo de *staff* sin estar en la estructura— a Joseba Azkarraga en el proceso de elaboración de textos, convocatorias, ruedas

de prensa y manifiestos, además de acompañarle, junto a Iñaki Lasagabaster, en unas cuantas ocasiones a las reuniones con el Departamento de Justicia de Gobierno Vasco de anteriores legislaturas. Siempre he entendido que la última palabra de los textos la tenía él y su grupo decisorio, porque son quienes asumen la responsabilidad. En algunas ocasiones, el documento final publicado ha sido bien distinto al propuesto inicialmente. En otras, casi tal cual. Las diferencias de enfoque no han pasado nunca del estadio del matiz. Ahí sigo.

Reivindicaciones sociales y por el euskera

Me he especializado más en reivindicaciones políticas que en sociales o sociolingüísticas. De todas formas, aunque aquí apenas me haya referido a ellas, sigo el movimiento general de las izquierdas en lo relativo a empleo, salarios, pensiones, vivienda, sanidad y enseñanza públicas, fiscalidad... De hecho, fui sindicalista en Steilas y he tenido la oportunidad de apuntar, de forma aplicada a Busturialdea, una propuesta de plan socioeconómico que abunda en propuestas sociales y ecosociales[102].

Igualmente, pertenezco a Euskal Herriko Pentsiodunen Mugimendua-Movimiento de Pensionistas de Euskal Herria, desde su fundación, con lo que significa de concentraciones, y durante varios años, todos los lunes en la plaza del Ayuntamiento de Gernika, al sol o a la lluvia y, ahora, una vez al mes. Es un movimiento de solidaridad y arrope mutuo entre quienes cobramos pensiones dignas y quienes no llegan a final de mes, especialmente viudas y mujeres en general.

Es un movimiento sabio, de la edad tardía, inexplicable sin la experiencia reivindicativa de lo que fue la izquierda joven en la lucha contra el franquismo. Es así un movimiento experimentado y con recursos reivindicativos, paciencia y sentido de continuidad. Ha sido un éxito la recogida de 145.142 firmas para una Iniciativa Legislativa Popular en el Parlamento Vasco de cara a equiparar la pensión mínima con el salario mínimo. ¡A ver si las instituciones están a la altura!

Paralelamente, los sindicatos ELA y LAB han registrado otra ILP en la

que reivindican que el salario mínimo se fije en la CAE, habida cuenta que no son iguales ni los salarios ni el coste de la vida en las distintas comunidades. Debe ser parte del ámbito vasco de decisión.

El marco general es doble. Por un lado, se sigue produciendo la pérdida de poder adquisitivo del salario más frecuente, puesto que desde el 2016 hasta el 2022 había crecido solo un 6%, situándose en 17.892 euros, mientras que los precios entre esos años habían aumentado un 19,5%. Y por otra, se abre el abanico de diferencias entre salarios, puesto que un 70% de total de asalariados de la CAE está por debajo de los 30.000 euros —y de ellos, un 22% del total declararon ingresos menores a 12.000 euros y 49% entre esos 12.000 y los 30.000 euros—. En cambio, entre las rentas salariales más altas, un 23% del total cobra entre 31.000 y 60.000 euros de ingresos, un 3,3% entre 60.000 y 90.000 y un 1,9% más de 90.000.

Es muy importante, en aras a la igualdad y a la solidaridad de clase, que las pensiones mínimas y medias y los salarios mínimos y medios suban a un ritmo superior al de las franjas mejor remuneradas.

Por la parte del euskera, al margen de los apoyos a la *euskalgintza*, analíticamente me puse a chequear en 2018 la situación de las lenguas minoritarias en Europa, España y Euskal Herria, en el informe anual de la Fundación Alternativas «Informe del estado de la Cultura en España 2018», en el que pretendía dar a conocer en instancias centrales la ausencia de políticas proactivas de la Administración central y de la Justicia al respecto, así como los retos sociolingüísticos de las comunidades con lengua propia[103].

Entre confederalismo e independencia: soberanía

Hasta donde alcanza mi memoria siempre he sido partidario de un modelo de Estado confederal, o sea, de una confederación de Estados, desde la soberanía de cada cual y la compartición de algunas competencias. Lo he razonado como connatural a un discurso soberanista y en términos de acumulación de fuerzas y de viabilidad más probable que

la pura independencia. Así lo expresaba en *Euskadi o la Segunda Transición* (1997, páginas 151-159). De todas formas, no soy reacio —al contrario— a una independencia vasca, tanto por si misma o porque resulte de una estación final de una confederación.

La reclamación de la independencia es doctrinal y propagandísticamente motivadora y movilizadora, y es más que razonable y necesaria, vistas las actitudes del Estado y de la opinión pública española.

Pero como horizonte que propicie, por un lado, la aceptación del Estado de una consulta referendaria, en forma de derecho a decidir y, por otra parte, que pase por el cedazo democrático mayoritario de esa consulta, la propuesta de pura independencia tiene, para esta época concreta, sus desventajas respecto a un modelo confederal, o un mixto de un modelo federal y confederal, y más en el marco de una Unión Europea —UE en adelante— que es de Estados y no de naciones, nos guste o no.

Ahí pugnan y se complementan mi alma de jurista —que debe cribar el deseo, la aspiración, y cree saber lo que el Derecho positivo, incluso muy estirado, puede dar de si— y mi alma de político —que cree saber hasta dónde puede dar de sí la política movilizadora y cada partido—. A su vez, los partidos filtran los proyectos, primero por su ideología pero, después, por lo que estiman que será la mayoría parlamentaria. Ésta, a su vez, se auto-reserva ya que anticipa cual puede ser la interpretación judicial —si hubiera recurso— de los órganos máximos de la judicatura (Tribunal Supremo y Tribunal Constitucional), que todos sabemos que no son exquisitos ni imaginativos, sino el último baluarte del nacionalismo español. Todo eso achica los máximos reivindicativos.

En cambio, la idea de soberanía señala quién decide —aunque puede tener tantos obstáculos como los que tiene pedir la independencia— sabiendo de los límites probables sobre lo que se decide.

Mi filosofía

Revisando mi biografía particular de ideas desde la atalaya del tiempo,

mi filosofía —tras pasar el Rubicón religioso de la adolescencia— siempre ha sido de base materialista, desde un trasfondo no doctrinario pero con finalidad *espiritualista*: una *vida buena* para toda la colectividad. La gente y no el sistema —sea cual sea— es lo principal. Tengo una formación clásica de los pioneros del socialismo, incluidos los anarquistas. Me leí, por ejemplo, *El Capital* entero, con citas, para hacer mi tesis doctoral sobre la teoría del valor trabajo aplicada a la creación cultural, artística, comunicativa e inmaterial.

Sin embargo, nunca me he ahorrado el análisis concreto, pero tampoco la pátina final subjetiva. Forman parte de mi ADN la fidelidad al dato, a lo real interpretado, y cierto sincretismo al beber también de otras influencias: el humanismo clásico, la ética de situación, el efecto previsible del análisis en las personas concretas —una pequeña herencia del personalismo cristiano de Enmanuel Mounier—, el ecologismo, el patriotismo de nación dependiente, el internacionalismo, la psicología social, la teoría crítica —todos los autores de la Escuela de Frankfurt y especialmente Walter Benjamin—, la comunicación como poder, mediación y recepción subjetiva… Leer también a los contrarios forma parte del ejercicio, y da herramientas para el propio pensamiento y para deshabilitar al que rechazas. Me parece un error doctrinario aplicar tal cual la letra de los clásicos a la realidad actual. Es no respetarles. Ellos fueron hijos o hijas de su tiempo, y nosotros y nosotras del nuestro, con sus nuevos marcos.

Sobre un fondo de principios que creo sólidos, analíticamente, mi marxismo nunca fue talmúdico, sino muy occidental y abierto, cruzado, tamizado por mi vinculación al territorio, con los anclajes del cotejo con lo real vivido, aunque no fuera la única realidad. De ese marxismo heredé no solo una metodología —siempre en reconstrucción y sin verdades absolutas— sino también una cosmovisión de la experiencia histórica, como conflicto permanente, como lucha desigual por el poder, y no solo entre clases, sino también entre naciones, culturas, géneros… y siempre

con la tensión entre la realidad y el fin deseado, con una fundamentación económica relevante, pero no necesariamente determinante.

Me ha inspirado —y también ha sido parte del resultado analítico— una idea de transformación social hacia una sociedad más igualitaria en riquezas y en géneros, con una apuesta siempre por las clases y franjas subalternas, desde los derechos humanos y sociales, concibiéndolos como esenciales, por encima de cualquier proyecto e ideología, y desde una ética situacional, alejada de las tablas de la ley. Uno ha podido equivocarse en temas concretos, o poner acentos inadecuados, o caer en modas sin contraste suficiente. En lo que no me he equivocado —o eso creo— es en el lado desde donde pensaba, en la trinchera social y nacional de la que me reclamaba, con cabezona fidelidad.

Soy partidario de la propiedad pública, de la propiedad cooperativa y de los «comunes». Son más que necesarias y son compatibles con unos mínimos dignos de propiedad privada personal y de iniciativas privadas de pequeña y mediana empresa, con topes a la acumulación.

Un materialismo aplicativo y renovado a cada análisis de caso. Lo concreto es lo complejo, y necesariamente interseccional en sus herramientas y determinaciones. Si el caso choca con la teoría, peor para la teoría. Se necesitará otra, más explicativa, más reutilizable para casos parecidos. Soy más de ese materialismo histórico que del «materialismo dialéctico» que sacraliza el método y, habitualmente, se utilizó para encorsetar la filosofía materialista en un viaje sectario y esclerotizado al «pensamiento correcto», propio del Manual de Ciencias de la URSS, o del manual de Georges Politzer, o del estructuralismo *althusseriano* o de Marta Harnecker. Ahora está en boga entre alguna vanguardia emergente joven del país pensar de forma doctrinaria y *adanista*, desde herramientas sin actualizar, incluido el menosprecio de un siglo de historia de luchas, experiencias y teorías de izquierda, a excepción de algunos escasos y epigonales referentes. Una pena.

El marxismo clásico no nos desvelaba gran cosa sobre la cultura, aunque Engels tuvo páginas inspiradas[104]. Tuvieron que venir Gordon

Childe y la Teoría Crítica *frankfurtiana* para fundamentarla, Gramsci para dualizarla en torno a las antinomias entre hegemonía y consensos y poner en valor la batalla cultural por las mentes como anticipación de los cambios. Y Pierre Bourdieu para sistematizarla. El «hombre nuevo» debía empezar antes, y no solo en las vanguardias, sino con un cierto grado de masividad, para que fueran posibles los cambios en profundidad y una buena dirección de ruta, y para conjurar las trampas del camino. El estalinismo lo entendió como un adoctrinamiento represivo. No es solo un producto de la educación, sino parte del aprendizaje sobre el terreno, en las respuestas prácticas a las situaciones y en comunidad.

Igualmente, la Economía Política de la Comunicación y la Cultura —en la que me encuadro y que ayudé a fundamentar en los análisis de comunicación— matiza y complejiza la Teoría Crítica, y da respuesta a la comunicación de masas y a la cultura digital y de las redes. Asimismo, la Comunicación por el Cambio Social. Aquella entiende el trasfondo económico reproductivo de esa sección del capital trasnacional que hoy capitanean los magnates oportunistas de las plataformas tecnológicas, monopolistas de un protocolo y extractivistas. Hoy aplican un disfuncional peaje a todo el sistema, desde sus plataformas haciendo un *clinc* en la caja registradora por cada transacción en el mundo —sea por publicidad, base de datos o por herramienta usada—. Así se han apropiado de los liderazgos de capitalización en el mundo. Es un capital parasitario de la riqueza y del I+D+i. Un capital ultra-monopolista de nicho y, sin embargo, se cimbrea como un junco ante los caprichos de Trump, a cambio de verse protegidos y desregulados en EE. UU. y en el mundo. Ciertamente, es Trump quien está a su servicio, pero a su manera. Que se lo pregunten a Musk.

Lo mismo con la política. El marxismo tiene una teoría del cambio, pero no tiene una teoría del Estado, aunque sí ensayos para conformarla —Poulantzas, Miliband, Offe, Bobbio…—. Más recientemente es interesante la aproximación de Bob Jessop a la idea de Estado como una relación social, y no como una Polis o como un aparato. Admiré mucho a

Daniel Bensaid por su empeño en la transmisión del legado filosófico y experiencial de la izquierda, su «mesianismo activo» y su militancia. En cambio, aunque asumo parte de la tesis del capitalismo cognitivo veo debilidades en las tesis de los «autónomos» de Toni Negri, Michael Hardt [105], Franco («Bifo») Berardi, Andrea Fumagalli, así como en otros enfoques de carácter populista de izquierda, como Laclau y Mouffe. No obstante, todo lo experimental lo miro con atención.

No vale de mucho decir que, con el comunismo, como sociedad sin clases, no habrá Estado y será el «fin del reino de la necesidad y el ingreso en el reino de la libertad». No pasa de ser una deducción mental y una quimera teleológica que nadie podrá comprobar, pues no conoceremos ese final, y asimismo es inimaginable que todos los problemas sociales se resuelvan o que no haya choques de deseos y de poder en el futuro. También cuenta en la Historia el lado oscuro, irracional, destructivo, del deseo sin límites del alma humana, y que escapa a las grandes tendencias, a la racionalidad o a las epopeyas solidarias. El actual ascenso del neofascismo no responde solo a una crisis sistémica.

Que no nos pase como a Francis Fukuyama y su «final de la Historia» (1992) tras la caída del Muro de Berlín. La historia ha continuado, con rasgos de barbarie y autodestrucción. Necesitamos nuevos encuadres para prever o desvelar los nuevos acontecimientos bajo el marco de las nuevas formas del capitalismo y del Poder, dejando un margen para lo imprevisible que también traen el deseo y el azar.

El socialismo mismo, o es democrático y de vida digna, o no es sino el dominio de una burocracia, una nueva casta, una subclase y una compartición de la pobreza. Un socialismo solo puede aspirar a un digno nivel de vida y una vida buena en una cierta horquilla de igualdad, y necesita para responder a su sociedad reconocer su diversidad, la variedad partidaria y los límites de la naturaleza. En otro caso, el monopolio de un partido y de la fuerza la ahormarán, en lugar de estar a su servicio, rumbo a algo parecido a una dictadura. El socialismo a construir no es necesariamente de un solo partido —los *bolcheviques* necesitaban el

contrapunto de los *mencheviques* para no degenerar— teniendo cabida en ese socialismo también partidos que respeten críticamente la nueva legalidad.

Tampoco el cambio sistémico tiene una sola interpretación. No parece que la desaparición del aborrecido capitalismo —lo diferencio del mercado— se producirá por disfuncionalidad con el desarrollo de las fuerzas productivas. Tiende más a la barbarie. Es más probable que desaparezca el mundo por colapso ecológico o atómico —bajo la égida de líderes sicópatas del tipo Trump— que nos lleve a todos por delante, incluido el sistema, y vuelta a empezar, en ese caso de los supervivientes, si los hay.

Todos los dilemas y alternativas teóricas que nos consumieron tanta energía y debate militante, siempre previas al acontecimiento inherente —la revolución—, al acontecimiento disruptivo externo (Alain Badiou) o al proceso de resolución como partero de la salida al conflicto, eran anticipaciones para leer el futuro, pero fueron sobrepasadas por la rueda de la historia concreta. Comúnmente como decepción.

Así nuestros debates respondían a dilemas como: socialismo o barbarie; reforma o revolución, o reformas con revolución; revolución por etapas democrática y, luego, socialista o, simplemente permanente; con o sin «programa de transición» de mezcla de reivindicaciones elementales y cualitativas que sostenía Trotsky, siempre brillante y otras veces, visionario; revolución en un solo país o internacional; violencia o no…

En relación a la cuestión del partido de vanguardia siempre he sido más cercano a Rosa Luxemburgo —el movimiento lo primero—, que a Pannekoek —consejista—, y a Lenin —el partido lo primero—. O sea, para mí, primero es el movimiento, luego su organización democrática y, solo en último lugar y de forma no dirigente, pero imprescindible, el partido; aunque mejor que sean «los partidos». Y en la cuestión nacional, más austromarxista —Otto Bauer, Karl Renner— que luxemburguista o leninista, que tenían una noción instrumental del problema.

Pero el proceso real se impone y hay que orientarlo y gestionarlo. O, al

revés, no se puede imponer en la lucha, porque la fuerza social no es la suficiente para dar el salto —mayo del 68, Transición española, 15 M—. Ni es inevitable y hasta es improbable. Es más efectivo jugar desde las bazas de la realidad concreta y no del porvenir, ni lanzando «el catecismo» del deber ser sobre la gente desde el púlpito. El cambio por la igualdad y la comunidad vendrá *in crescendo* si se tiene claro el norte, y suele estar pegado a la tierra de las conciencias colectivas conocidas y no a las vanguardias iluminadas cuando están despegadas. En mi caso, ese ejercicio lo aprendí con el columnismo político mediante un *feed back* con el lectorado.

Los cambios mismos vinieron allí donde el capitalismo no era maduro y la clase obrera no hegemónica, aunque esos hechos estructurales sí agrietaron su construcción democrática y facilitaron la degeneración de los procesos, deviniendo en dictaduras o Estados autoritarios —URSS, China, Vietnam, Corea del Norte— poco defendibles como regímenes, aunque contuvieran retazos de esperanza, y en los que había que propiciar una revolución política para restaurar los fundamentos del socialismo democrático, que es más profundo, en todos los sentidos, que una democracia al uso. Cuba, siempre lo he considerado un caso especial, aunque necesitado también de una revolución política. Al final, en esos países se reproduce más una apropiación de discurso que una plasmación del mundo propuesto por Marx. El régimen de Nicolás Maduro es bastante menos defendible que el del primer Chávez. Y ya un caso de impostura absoluta es el de Daniel Ortega.

Fue relevante la experiencia yugoslava, especialmente su modelo económico —descentralización cooperativa— y el mosaico territorial de la era de Tito; o el socialismo revindicado por Dubcek en Checoslovaquia; o la propuesta de Allende... Nunca me sedujo el eurocomunismo de los PCs europeos.

Lo mismo ocurrió con la economía. Marx puso los fundamentos —la crítica de la economía política, su teoría del valor trabajo y su concepción del capital— pero no la mayoría de las respuestas a cada nuevo fenómeno

de cambio del capitalismo, que ya va por su enésima fase de transformación. Pensemos en la economía neomarxista de los 1970 y 1980 de la *Monthly Review*; o en los análisis del capitalismo monopolista de Maurice Dobb, Paul Baran o Paul Sweezy; o en las teorías de subconsumo de Oskar Lange; o el imaginativo André Gorz; o en la interesante teoría de la Regulación social —Michel Aglietta, Robert Boyer, Alain Lipietz— aplicada al capitalismo industrial del siglo XX; o en la teoría de la Dependencia —que apliqué cuando era joven a América Latina— que daba cuenta de los intercambios desiguales entre Norte y Sur, y de sus impactos internos en el Sur en la segunda mitad del XX.

A Ernest Mandel le traté solo un poco. Le presenté en un mitin en su vertiente de analista y dirigente político de la IVª Internacional. A mí me maravillaba en especial el Mandel economista, de las ondas largas y del «late capitalism», que me influyó significativamente —y aún— para los análisis de las transformaciones del capitalismo.

No es posible prescindir de estas tradiciones para entender nuestro tiempo.

En el otro lado de mi educación, en el Derecho, también hay muchos recodos. Más allá del derecho positivo legitimado por un Parlamento, el Derecho no se salva del juicio de su fundamentación social, o clasista o igualadora. La doctrina alternativa del Derecho de los años 70 —coetánea a un ascenso social reivindicativo de cambios sistémicos— permitía interpretar las normas siempre en beneficio del débil. Yendo a la actualidad, en los procesos de paz de sociedades de gran conflicto, como la vasca, cabía haber ido más allá de la *justicia restauradora* que se viene aplicando, para apostar por una *justicia transicional* que cicatrice heridas y genere convivencia. Pero para eso hacía falta una mejor relación social de fuerzas.

Siempre estuve enfrente de las derechas conservadoras, dictatoriales o formalmente democráticas. Puedo aceptar, amar y defender las tradiciones, a condición de que no lleven dentro el bicho de la desigualdad y de los roles de poder. Pero tampoco me gustan las

izquierdas en posesión de la verdad que venden ilusiones, ni las que utilizan sus valores para hacer políticas sin cambio social.

La maldad o la perversión de valores anida en los rincones del alma humana, sea de derechas o de izquierdas. He conocido gente de izquierda mala como la tiña y gente de derecha excelente. No es que dé igual la ideología y que todo dependa del individuo. No es eso. Los valores de partida entre una y otra —cambio-status quo; igualdad- jerarquía inevitable; participación-liderazgos fuertes; en común-propiedad privada…— son radicalmente distintos y sus fundamentaciones sociales no tienen comparación posible. Pero eso lo gestionan talantes, aprendizajes, bondades… personales, y eso no viene con el libro de instrucciones de la ideología, hay que cultivarlo.

El 'campismo'

He procurado huir del c*ampismo*. No es cómodo pensar más allá de la lógica binaria estrecha de amigo-enemigo. Y parece horroroso llegar a aquello tan arrasador de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». Puede ser el mayor crimen mental que se pueda cometer, porque implica una doble equivocación: de bando y de enemigo.

En nombre del antiimperialismo no se puede abrazar a los regímenes teocráticos (Irán), o a los dictadores sanguinarios (al-Assad), o justificar una invasión (Ucrania o lo que hizo Serbia con sus vecinos), o justificar los crímenes *rojos* (China), o no criticar los errores (Cuba). Es tener los valores cambiados y no entender que, a veces, hay que estar enfrente de unos y de otros, aunque no desde la misma manera. No todo es elegir entre dos bandos.

Las responsabilidades provocativas de la OTAN y de EE. UU. —y de la UE por asentir y acompañar— sobre la nueva Rusia, buscando reducir su *hinterland* de influencia con actos hostiles a lo largo del tiempo, no elimina la responsabilidad sustancial rusa con el acto final de invadir y masacrar un Estado independiente como Ucrania.

En nombre de la democracia tampoco se puede bombardear Oriente

medio o arrasar la Libia de Gadafi —con el resultado conocido de una guerra civil permanente y un estado inviable—, invadir Irak y matar a Hussein, para crear un destrozo irreparable sobre 400.000 cadáveres invisibles. No se requieren cirujanos de hierro. Algunos eran Estados viables y con reglas que, aunque no eran liberal-democráticas, se acercaban en parte a las pautas de «estados decentes» que categorizaba John Rawls o, al menos, respetables y sujetos de relaciones internacionales. Los intereses —la alianza entre Israel, la Arabia del petróleo, EE. UU. y el *pilatismo* europeo— cambiaron criminalmente el mapa del mundo, siendo la UE el chico de los recados que, además, se achanta, ante el *gallo negro*: Trump.

Cabe presionar, criticar, ayudar a unos y no a otros, pero en general, deben arreglarlo los propios países concernidos. Por ejemplo, Israel es un Estado genocida de crímenes continuados de lesa humanidad. ¿La UE debe bombardearlo? No, pero ¿por qué no aislarlo? No se conoce país más destructivo en el mundo de la posguerra que EE. UU. ¿Lo atacamos? ¿Y al sátrapa de Putin?... Motivos no faltan, pero todo empeoraría.

Posición ante hitos históricos

Nuestro imaginario de izquierdas bebe de hitos transmitidos que nos marcaron: la revolución rusa de 1917 y su defensa, hasta que el estalinismo lo hizo degenerar ya en los años 20, en un socialismo bárbaro de purgas y deportaciones. En la década siguiente, el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) tampoco ayudó en la Guerra Civil española en la medida en que lo hicieron los nazis y fascistas con el bando rebelde. En lo que sí se aplicó el PCUS y el Komintern fue en fortalecer a un fiel PCE y a erradicar al POUM y a los anarquistas.

En la Primera Guerra Mundial, habría avalado que la izquierda no ayudara a cada burguesía europea a entrar en aquella guerra imperialista que dejó asolada Europa. En la Guerra Civil española, y a diferencia de Trotsky, e incluso de las reservas del POUM, yo hubiera sido partidario de participar directamente en el Frente Popular, aunque participaran

partidos «burgueses» o, si hubiera habido caso, en el Gobierno de coalición y de guerra de José Antonio Agirre. En mi concepción, el frente único de izquierda debe ser releído en circunstancias extremas.

A diferencia de los PCs occidentales —que luego fueron «eurocomunistas» arrepentidos— hubiera apoyado la insurrección nacional y democrática de Hungría de 1956 y hubiera condenado la invasión del país por las tropas de la URSS. Ante todo, la libertad.

El enfoque de socialismo democrático y antiestalinista parte de la conciencia de que la «revolución» no se impone, se vincula a procesos de cambio reales, a conciencias diferentes de un sector significativo y a intereses en la acción. Esta concepción se puso a prueba con el caso del sindicato *Solidarnosc* (Polonia) en 1982. Algunos apoyamos públicamente, a principios de los 80, que la Polonia de Jaruzelski legalizara al sindicato católico, por el simple hecho de que sindicarse es un derecho de la clase trabajadora, aunque su mayoría le diera la confianza a una corriente que no era de izquierda. Es tu problema revertir esa confianza y ganártela. Es lo mismo que defender el voto femenino de los años 30 o el de los menores de 16 años ahora. Ir contra un derecho no prepara el futuro. Mientras buena parte de la izquierda, incluido el PCE, defendía el mantenimiento de «Solidarnosc» en la ilegalidad por ser «quintacolumnista de la reacción», algunos defendimos su legalización, a pesar de ser un sindicato católico y no de izquierdas. Entendíamos la premisa democrática como una condición de legitimación y de educación de clase. La identificación entre partido, Estado y socialismo era ajena a nuestra cultura izquierdista.

Toda la izquierda fue muy solidaria con Nicaragua. El final conocido —la derrota— fue desoladora. Con un Daniel Ortega que hoy es su reverso; y encima en nombre de un sandinismo que se repartió privilegios en la famosa Piñata cuando perdieron las elecciones. De aquello, no saqué la conclusión de que no había que haber hecho elecciones, sino de cómo haberlas hecho para ganar y no despilfarrar una Revolución.

La generosidad de las revoluciones puede disolverse como azucarillo en

escaso tiempo, si no son pensadas, también, desde la post-revolución. El Salvador de Bukele —un populista que ha instaurado un estado policial, de crueldad inusitada desde su «eficacia» exterminadora de las *maras* y de los derechos humanos, cada vez más de ultraderecha y, alineado con Trump— representa el fracaso del FMLN que, con gran sacrificio, había ejercido una guerrilla prolongada y que llegó a gobernar en los dos quinquenios anteriores a Bukele.

La UE en su laberinto

Tras matanzas internas seculares —especialmente arrasadoras las producidas en las dos guerras mundiales— y explotaciones coloniales de medio mundo hasta mediados del siglo XX, Europa llegó a la convicción de que, en las guerras internas, nadie gana. Las guerras no refuerzan la seguridad ni resuelven conflictos, los agravan.

Otra cosa es que, a veces, haya que defenderse. Los padres de la nueva Europa se conjuraron para hacer imposibles los conflictos intra-europeos que degeneraran en guerras, y que era más sensato cooperar y entrelazar sus economías, más allá del esto es mío y eso tuyo. Generar intereses compartidos para poner en común mercados, libre circulación, algunas políticas comunes, autoridades supranacionales —algunas electas—, moneda única, directivas de armonización, reglas de gasto, iniciativas conjuntas. La parte mayoritaria de Europa, la Unión Europea (UE), cuenta con 27 socios sobre 47 países de Europa, entre ellos Rusia. Le ha ido bien en la era industrial y en la globalización.

No obstante, no le está yendo bien a la UE en la era posindustrial y del rol motor de las tecnologías y plataformas, ni de los complejos militar-industriales, ni del rearme de los bloques —EE. UU., China y Rusia—. El proceso y ritmo de integración interna le ha pillado con el pie cambiado, sin los deberes hechos. La historia camina más aprisa que los ritmos de institucionalización. Ya no es potencia industrial, salvo en sectores tradicionales como el automóvil, química… No lidera ningún eje tecnológico del mundo, ni una red social, ni cuenta con empresas líderes

al respecto, carece de sistema conjunto de seguridad y de mando único. Sólo dispone de seguridades nacionales caras e ineficientes. Y no es un actor principal ni pesa en las relaciones internacionales. Europa sigue básica y centralmente siendo una suma de Estados Nación, que se resisten a una política federada en lo industrial-económico-financiero, en seguridad —27 fuerzas armadas y una dependencia atlantista liderada por EE. UU. a la hora de la verdad—. Las derechas que ya mandan en casi toda la UE, carecen de visión y son más nacionales que europeístas. Y la extrema derecha empuja aún más en esa dirección ultranacionalista de gran nación, aunque en este juego ya no haya grandes naciones.

Mas allá de unos valores y unas normas e instituciones políticas compartidas, la UE no es un actor político global que condicione al resto. Ocurre al revés. Y sus actuaciones —por ejemplo, con su miedo a Israel y a EE. UU. o con sus políticas de inmigración y de fronteras— se contradicen con lo que dice de si misma. Aun sostiene compromisos para erradicar el cambio climático, pero tiene muchas presiones para dilatar los plazos. Cada vez actúa más por pánico, como pollo sin cabeza. Se ha visto con lo absurdo del rearme nacional multiplicado que orienta mal la dirección de salida del laberinto. 800.000 millones de euros de gasto militar de los estados —no de la UE como tal— en cuatro años es un absurdo descomunal, fruto del pánico, con abrazo incluido de una peligrosa política de disuasión en lugar de liderar una política de distensión-mundo. Esa financiación se podría orientar hacia investigación tecnológica, empresas estratégicas conjuntas, más UE, seguridad básica… Y, sin embargo, la UE se inspira en las hipótesis del miedo y del rearme.

Tenía mejor posición en la era del capitalismo global neoliberal. Pero con la reorganización del mundo por intereses de bloques geoestratégicos, es la geopolítica la que viene a marcar el paso a la economía, aunque sea para servirla.

Trump lo simboliza con su ruptura de alianzas con la UE y con el proteccionismo arancelario, lo que nos encamina a que, también, se busque la coherencia entre espacios económicos de control y espacios de

poder bélico. En efecto, antes de ahora, ambos iban por caminos distintos, aunque no opuestos. Se podía estar en el bloque atlantista y, sin embargo, siguiendo las reglas de la Organización Mundial de Comercio, formar parte de una economía mundo sin barreras mayores y en cualquier preferencia. Ahora la globalización se ahorma a los propósitos de los imperios político-militares, sin dejar por eso de comerciar con el resto, pero ya no en las mismas condiciones. Se trata de una globalización compartimentada, acotada o territorializada. La UE tendría que valorar si no debe romper las reglas y establecer alguna alianza económica ventajosa con China.

La UE se conforma solo con acumular regulaciones. La UE es más un sistema jurídico que un proyecto para el siglo XXI. Ha vivido del petróleo ruso y de las fáciles ventas a EE. UU. Que ambas cosas ya no sean posibles no le ha llevado a una estrategia de recambio, mientras ascienden internamente los gobiernos de derecha y de extrema derecha, proclives al seguidismo sea de EE. UU., sea de Rusia, en un momento en que se necesita otra UE, otra Europa.

No solo ya no hay proyecto claro, sino que al no tenerlo, crece la fuerza de las derechas y ultraderechas no europeístas, con soluciones mágicas de nacionalismo de viejo Estado nación. Como ya lo hizo Gran Bretaña.

Vistos los juegos geoestratégicos de los imperios —EE. UU., Rusia, China y UE— con capacidad de reventar las costuras a cualquier país del mundo, el aislamiento no es una opción. Que los países europeos fundaran la UE parecía inevitable, aunque algunos no lo viéramos. Construirla desde parámetros basados en los derechos humanos y en la ejemplaridad moral —distintos a un cuarto imperio armado— es lo que le daba ventajas y un lugar en un mundo polarizado, y motor principal de lucha de las fuerzas progresistas de toda la UE. Pero eso significa cambiar la actual deriva derechista y emuladora de la UE respecto a EE. UU., pero también enfrentarse al capital retrógrado europeo que sigue mirando por lo suyo —especialmente el alemán— y casi nada por Europa.

En lo relativo a Seguridad y Defensa habría de basarse en una

estrategia solo defensiva, y no de rearme, que es un keynesianismo militar para sangrar Presupuestos y PIB. Bastaría una Seguridad que haga inviables las invasiones externas, tal y como defendía Petra Kelly a finales de los años 80.

Esa apuesta cegata tiene a la UE perdida en su laberinto. Se durmió tras la crisis de 2008. Sacrificó su sur desde una visión xenófoba y meramente financiera, imponiendo la austeridad del contable, pero sin un proyecto industrial ni tecnológico ni de futuro. Ahora cree haber encontrado el hilo de Ariadna en el lado fácil: invertir en armamento para un mercado cautivo como son los presupuestos públicos. Eso no es futuro.

El camino sería apostar, como defiende Janis Varoufakis, por las inversiones en tecnologías y sus aplicaciones en todos los ámbitos —en las que lleva un retraso enorme respecto a China o EE. UU.—; vincular sus políticas financieras —para lo que tiene una moneda común— mediante el Banco Central Europeo acompañando el cambio de modelo a través del Banco Europeo de Inversiones; focalizar las inversiones aplicadas en la escala europea por encima de los gobiernos; o cambiar de alianzas geopolíticas hacia China... Y todo ello bañado en una construcción política democrática, federal, de valores y con *feed back* con los territorios.

La falta de intervención de la UE contra la masacre genocida de Gaza simboliza su sumisión a los poderes fácticos de Estados gamberros y genocidas, sin reglas internacionales, como Israel, y haciendo EE. UU. de mamporrero de cobertura. La apuesta por el armamentismo y el rearme de Europa es una caída en la lógica *securitaria* de EE. UU. y una oportunidad para su complejo militar industrial, en el que también militan las plataformas tecnológicas. La UE en lugar de mirar a la luna de una Europa de valores y de una senda económica propia, se ha quedado mirando el dedo de Trump.

Derechas y ultraderechas propugnan un proteccionismo y un nacionalismo de gran nación, de menos Europa, de menos Estado del Bienestar, de más desigualdad —homofobias, machismo, xenofobia—, de

regímenes *iliberales* —de menos derechos y más batallas culturales—, de ciudadanías de primera y de segunda, de represión y de salvadores con liderazgos tóxicos.

Con esos mimbres es difícil pensar en que pueda darse un paso adelante en la UE para afrontar los retos de un cambio de era. Se requiere un cambio de 180º, condicionado a transformar primero el mapa político de fuerzas en dirección progresista en los países centrales.

La posverdad y las realidades alternativas[106]

Los procesos degenerativos de la información se retroalimentan de la decepción ciudadana —por las promesas incumplidas de la sociedad del bienestar— y de la tentación de dejarse arrastrar por liderazgos salvadores, que desconectan la esfera pública de los hechos y resultados, para vincularla a relatos subjetivizados por intereses ocultos y emociones. Todo ello hace estragos en la comunicación social objetivable, que es sustituida por puras narrativas, expresas u ocultas.

La omnipresencia de Internet se ha traducido en un inmenso ruido, en el que ejercen de guía y clave interpretativa dominante los *media* de obediencia derechista, que cuestionan el periodismo profesional, sin que la información ciudadana y activista —muy interesante aunque sin contrastes— alcance a ser muro de contención, ni mucho menos.

El nuevo modelo mediático se caracteriza por: una globalización hiper-concentrada en pocas plataformas que se dirigen a fragmentos poblacionales a escala mundo, a los que influye y compacta por segmentos de gustos. Y, paradójicamente, también por una horizontalización social del mapa de comunicaciones con redes sociales y microliderazgos, con sus cuadros interpretativos, a veces paranoides, como pudimos comprobar con la pandemia o con el éxito del discurso de Trump.

Con todo, Internet quebró el monopolio del pensamiento previsible, que estaba gestionado solo por medios de comunicación controlados por las elites nacionales o estatales, siempre fieles al sistema económico, pero

distribuidos políticamente en facciones competitivas e interesadas respecto al sistema político.

La red tiene de bueno que crea lenguajes y narrativas con discursos distintos a los formalizados, y multiplica la generación y circulación de información. Wikipedia misma es un tesoro del saber al alcance de multitudes. Pero tiene de malo, muy malo, que —a falta de reglas— hay de todo en la selva, y cada vez va a peor, por la gestión de los algoritmos ideologizados o banalizados, haciendo muy difícil separar hechos de inventos, información de opinión, verdad de mentira. Tampoco favorece la visibilidad del pensamiento descriptivo y analítico que apela a la razón y la comprensión, puesto que es desplazado por valoraciones prescriptivas y autoritarias para una sociedad empobrecida, estresada, vigilada, controlada, desconcertada, temerosa, cansada, tribalmente globalizada y emocionalmente quebradiza y manejable.

Lo que ocurre en el mundo de la información no es culpa de la red. La red es apta instrumentalmente a las iniciativas populares legislativas —siempre que sea fiable la autentificación—, a la transparencia y rendición de cuentas, al descubrimiento de intereses… Pero ni una de esas querencias deseables pueden prosperar sin la iniciativa social, sin un modelo institucional que las contemple y una educación intensiva acorde.

También surgen medios *on line* baratos y eficaces, así como *podcast*s con sus fieles, que ganan terreno y, de paso, espolean a los grandes *media* a un periodismo más vivo. Pero ahí la partida la han ganado, por el momento, los *micromedia* más ferozmente ultraderechistas.

La posverdad, como media verdad, emoción adornada o pura mentira es tan vieja como el mundo. Y sugiere que la verdad o los datos interesan menos que las creencias, los sentimientos, los líderes o los *trending topics*.

Ciertamente la verdad o la realidad son tan inalcanzables que, a lo más, nos acercamos a ella con construcciones de representación más o menos fidedignas en descripción, coherencia y sentido. Las ciencias nos ayudan a ello. No cabe asombrarse por la pregunta sobre la verdad. El tema está en el fundamento mismo de la filosofía. ¿Es posible conocer la realidad?

Platón —con la metáfora de las sombras— chocaba con la sistemática aristotélica; Nietzsche con sus neuras se enfrentó a la Ilustración racionalista; el romanticismo añadió una dimensión vital al pensamiento racionalista moderno. Ya hemos aceptado que la inteligencia emocional es parte constitutiva de nuestra percepción, de nuestra comunicación, de los mensajes y de los relatos, pero también de las manipulaciones, mentiras y discursos planos, destinados a gratificar las mentes.

Se trata de una era de incertidumbres imprevisibles e incalculables, que van mucho más allá de la era de los riesgos previsibles y calculables, y en la que determinados desarrollos tecnológicos pueden acabar con la especie humana si no se aplica el principio de precaución, absteniéndose de iniciar algo que no se esté seguro de que se puede apagar luego (Albino Prada 2020: 32)[107].

Se trata de una era de oscuridad en la que no hay verdades, reglas, ni diálogos. Solo «hechos alternativos» para elegir, desde intereses y proyectos, más o menos visionarios, con quiebra de principios de solidaridad o de justicia. El colmo al respecto es el de los superlíderes ungidos que dan una patada al tablero y, desde su verdad, mienten en datos, amenazan, tapan y señalan al enemigo interior y exterior. No tienen reglas, no rinden cuentas y no dialogan.

La posverdad está hoy más presente porque vivimos una época de incertidumbres e inseguridades, dada la crisis de valores, instituciones, formas de vida y pilares sociales. Una época propicia a dos reacciones opuestas: nuevos discursos racionales de cambio regenerativo o revolucionario, lamentablemente minoritarios; y discursos insolventes, hoy dominantes, sea de partidos escorados a la derecha, sea de líderes destructivos.

El concepto de posverdad encaja con los escenarios «post» que vivimos. Lo «post» nos dice lo que algo ya no es; y no lo que es o hacia dónde vamos. Y, desde luego, no vamos a mejor. La idea de progreso está en crisis. Tampoco descartamos la pesadilla o la barbarie. Están más cerca,

aunque también dependan de nuestro esfuerzo colectivo por gestionar el presente.

La posverdad como vocablo se corresponde bien con el capitalismo posindustrial —el capitalismo de plataformas con predominio financiero y en su versión de sociedad de conocimiento desigual—; con la sociedad del *posbienestar* convertida en sociedad de malestar; y con la posmodernidad, que se caracteriza por un pensamiento fluido, impresionable, subjetivizado y narcisista que, sin embargo, desvela esferas antes inadvertidas.

En el vigente adelgazamiento discursivo, han tenido un papel relevante las tendencias actuales en la información digital. Si en los años 90 y 2000 la información digital significaba frescura, diversificación de la opinión, ruptura del oligopolio mediático, destape de lo oculto… el actual vuelco de las derechas y ultraderechas sobre el «periodismo» digital —con un sinfín de marcas siguiendo el modelo contaminante de Steve Bannon— se ha traducido en la quiebra de aquellas misiones para convertirse en su contrario: desinformación y odio.

Hay desinformaciones muy interesadas, con objetivos concretos, como en la DANA de Valencia[108]. Se centra en públicos muy segmentados y en comunidades parroquianas y excluyentes, a las que se suministran creencias reforzadas, municiones no comprobadas de «verdades como puños» y sin la oportunidad de diálogos ni contrastes.

El vaciado discursivo de la comunicación tiene historia, a pesar de que muchos periodistas han combatido la comunicación arrogante, excluyente y sin argumentos para intentar acercarse a la verdad de lo que estaba ocurriendo, apuntando a las causas, más allá de lo que los políticos querían justificar o criticar.

Ahora lo *natural*, lo constitutivo del discurso es el vacío de argumentos y de procesos causales. En un escenario así resulta muy difícil introducir un debate con verdad, o sea, desentrañando realidades. El análisis crítico tiene dificultades para abrirse paso entre lectores, oyentes y televidentes, masajeados por los vectores actuales de la información. Ese vaciado casi

estructural en la mayoría de los medios españoles no deja de hacer mella también en los *media* de Euskal Herria.

Cuando Josep Lluis Gómez Mompart[109] hablaba de «periodismo reposado», de periodismo de la complejidad y de la responsabilidad sobre un bien público, de periodismo con credibilidad y de calidad, venía a señalar que, si se descuentan la publicidad, los servicios, las curiosidades, los entretenimientos, las bobadas, los rumores, los textos sin datos, novedades o fuentes identificadas, las falsas noticias, las «realidades alternativas», los relatos muy sesgados, el amarillismo de invenciones y demagogia... apenas queda un 20% de buen periodismo.

Con todo, todavía no hemos llegado a un punto de abandono de ciertas reglas colectivas —ejercicio democrático del poder, correspondencia suficiente entre discurso y decisiones, valor social de la transparencia, afeado de la corrupción— so pena de fracturas sociales y vuelcos electorales. No se da por buena la manipulación de la contabilidad misma del campo electoral democrático. La autentificación del voto universal, directo, igual, secreto y libre, la fiabilidad, la verificación, la neutralidad, son reglas colectivas exigibles y valoradas, aunque los hackers y trols al servicio de potencias o intereses, buscan sortearlas y sesgar a la opinión pública.

Aún hay esperanza. La lucha por los valores democráticos es condición previa para que se expresen en la red. En Euskal Herria disponemos de una ciudadanía activa, menos propensa a la manipulación que en otras partes, a pesar de nuestras banderías y fallas de articulación de unos discursos mínimos compartidos sobre la historia reciente. Esa reflexión colectiva con una memoria mínimamente integradora y con centro en los derechos humanos y reglas democráticas, nos haría más fuertes para resistir lo que se nos ha venido encima en el campo informativo.

Achicar el campo de la posverdad requiere, por un lado, ensanchar el campo del saber, de la educación, del debate y de la maduración de la opinión pública; y, por otro, poner el sistema de comunicación y su

calidad en el corazón de la gestión de las sociedades posindustrialesya instaladas, ntexto ¿Loy lizantesas que comercian .

Plataformas tecnológicas y neofascismo

Lo dijo el biólogo Edward O. Wilson[110]: «El verdadero problema de la humanidad es el siguiente: tenemos emociones del paleolítico, instituciones medievales y tecnología propia de un dios. Y eso es terriblemente peligroso». ¡Vaya si lo es! Desde la década pasada se han multiplicado las señales de alarma por una pésima combinación de esos tres elementos y con un resultado de era oscura: una plutocracia que gestiona tecnologías, redes y flujos; un puñado de mega-ricos y una infinidad de pobres; una huella ecológica suicida; la emergencia de un neofascismo político[111]; y unas sociedades desconcertadas y frágiles.

Hay que afinar la concepción sobre la tecnología y alejarse del solucionismo tecnológico. Puede ser una pesadilla. Lo es ya en varios campos de experimentación. Sirve de poco el discurso sobre si la tecnología es buena o mala o si depende de su desarrollo o uso. No es eso. El algoritmo no es solo una ecuación; junto a la inmensa red de infraestructuras y servicios —muchos de ellos muy útiles y otros muy peligrosos— es una propiedad privada con rentas de monopolio y poder. Y hay derivas tecnológicas que pueden se letales para la especie.

Es indiscutible la distancia sideral de la tecnología respecto a las otras instancias. Era el momento de poner las instituciones —medievales— a la altura del desarrollo tecnológico y social, dando un salto en la regulación y en la cooperación internacional en todos los campos, para cuadrar economía, política y sociedad, y mejorar las democracias y el planeta, ya que hay herramientas y saber para ello. Pues bien, se ha desviado.

Estados Unidos, con el MAGA de Trump, ha escogido ir en la dirección cavernaria, desarmando regulaciones vigentes, cuestionando instituciones y relaciones multilaterales y rechazando compromisos sobre el cambio climático. En el paquete viene el vaciamiento progresivo de las democracias en suelo propio y ajeno, con el apoyo de los Señores de la

mega-comunicación que ya no distinguen entre negocio propio, economía nacional y Estado. Salvando las distancias, si Stefan Zweig[112] pudo decir que el nazismo suponía un retroceso moral de un milenio en la evolución humana, el neoliberalismo en su variante autoritaria —y localmente con expresiones genocidas como en Palestina— ha supuesto un retroceso ético, institucional y social de una generación entera.

Por el momento, lo que está ya en marcha en el mundo, no son tanto regímenes neofascistas, de ultraderecha, como dirigentes neofascistas gobernando, o a punto de hacerlo, además de regímenes genocidas como Israel. Están en riesgo las libertades y la comunicación. Su enfoque económico es ultranacionalista, no colaborativo y neoliberal, minando, al mismo tiempo, el libre comercio mediante restricciones unilaterales en el caso de EE. UU., lo que tiene un efecto réplica, y una deriva recesiva cuando no depresiva.

Desde luego, las emociones paleolíticas están disparadas por el miedo y las incertidumbres, cultivadas por el desconcierto de las *fakes* y del ruido, y narcotizadas con la dosis cotidiana de entretenimiento. El cambio de discurso dominante en las redes sociales facilita la emergencia de líderes con soluciones drásticas de nudo gordiano a problemas complejos, y a costa de la libertad colectiva, la socialidad entre grupos humanos, la diversidad de culturas diferenciadas y la racionalidad. La verdad apenas sobrevive bajo montañas de mentiras, lo que hace imposible el diálogo social.

Y ¿de dónde viene esta marea? Hay un caldo de cultivo social propenso al magma de desinformación y al ascenso neofascista. Ese caldo de cultivo son los sentimientos de agravio, abandono y desconfianza de las clases populares respecto a las instituciones democráticas; el desconcierto ante el caos; las incertidumbres de la vida cotidiana y la precariedad; el individualismo narcisista, con pérdida del lugar social de instituciones antaño educadoras como los sindicatos, partidos, *media*, organizaciones sociales; y cotizan a la baja los valores humanistas y la asunción de responsabilidad, y al alza las soluciones simples y drásticas y los atajos.

De todas formas, paradójicamente, ante el abismo, siempre nos quedará algo tan paleolítico y sano como el instinto de supervivencia del *buen salvaje* para reiniciar otro camino.

Sería aventurado establecer una explicación única de causas y consecuencias sobre todos estos ítems comprometidos. Pero sí se advierten fuertes correlaciones en las que el campo expandido de la información y la comunicación está en el centro, no como causa, pero sí como gran vector de los cambios.

Hoy, la razón profunda de la comunicación se sepulta con los discursos descalificadores, *ad hominen,* insensibilizados —ante limpiezas étnicas, por ejemplo— y de odio. Se espolean las emociones. La comunicación abierta, horizontal y plural al servicio de la ciudadanía, que parecía dar el protagonismo a los usuarios —dueños de la tecnología y del *make yourself* — ha terminado por convertirse en una dictadura del dato y del control social, en un gigantesco Panóptico gestionado por el algoritmo, que no es un *alien* sino una herramienta de poder de una tecno-oligarquía que se queda con nuestros datos, metadatos y contextos, construyendo una tela de araña de la dominación, con dueños de nombres y apellidos conocidos. *1984* y *Un mundo feliz*, juntos.

Por eso ya no basta reclamar la privacidad y la descarga libre, sino confrontar con los modos de organización de los sistemas tecno-comunicativos y su lógica de poder.

El desorden comunicativo se produce en un marco general de hegemonía transnacional de las plataformas tecnológicas para el ocio y los consumos que, en cambio, en lo relativo a información, dependen de los grandes medios de comunicación, agencias y *lobbies* organizados, que siguen siendo las fuentes profesionales. A ese respecto las plataformas —sin responsabilidad social— y sus redes son, en parte, antenas repetitivas de los *media* clásicos, que no ven suficientemente recompensada su función.

Las plataformas tecnológicas han saltado ya hacia todos los ámbitos de la economía y de la vida de forma omnipresente —*streaming*, TV, correo,

paquetería, vivienda, turismo, vehículos, satélites, redes sociales, software, infraestructuras...—. Su vocación es tan expansiva que es el líder económico mundial en capitalización y atracción de inversores, por vía directa o conglomeral, dando nombre al «capitalismo de plataforma». Absorbe, además, toda la I+D emergente al comprar —para dosificarla— cada nueva empresa innovadora. Estos nuevos tecno-oligarcas han irrumpido, además con ventaja, en los contratos bélicos de un mundo que se rearma.

Esa sección del capital, el tecnológico-comunicativo —merced a su ventaja en una tecnología transversal y universal— ha decidido quedarse con casi todo, poniendo a su servicio, economías, sectores, poderes, mercados y hogares. Un peligro público total. En su insaciabilidad, también acompañan a los liderazgos políticos tóxicos —EE. UU., Italia, Argentina, Hungría, Rusia, India...— buscando desarticular regulaciones en todo el mundo y capturando sustanciosos contratos.

Se han envalentonado. De pedir disculpas por hacer adicta a la infancia y comprometerse a moderar contenidos, ahora se declaran en rebeldía, bajo la sombra de Trump, exigiendo que no haya reglas en la selva, ni multas por deformar las mentes de nuestra adolescencia. Probablemente, un gran error, y lo pagarán cuando venga el ciclo de vuelta, que vendrá, y se les exija desmonopolizarse.

A diferencia del fascismo clásico, ahora, desde algunas élites, se pregona el «menos Estado», la desregulación creciente y el mercado de oligopolio como asignador de recursos. Se propugnan democracias de carcasa, la desarticulación de la institucionalidad internacional y se promueve el ascenso de populismos de extrema derecha con soluciones autoritarias y de disciplina social. La cabeza de turco del Norte Global la han encontrado en el eslabón más débil: la inmigración del Sur Global.

A medio plazo, en medio de una sociedad amedrentada y una naturaleza agónica, esta conjura de los necios —líderes mesiánicos, oligarcas tecnológicos desatados y neofascistas en ascenso— nos ha puesto —en un marco capitalista en revisión— rumbo a la barbarie. Seguramente

y si reaccionamos, fracasará, aunque el dolor no nos lo quita nadie. Tampoco creo que el resto del capital soporte mucho tiempo ese vórtice acaparador.

Esta es una batalla de muchos frentes: la desmonopolización y regulación digitales, el multilateralismo, más democracia, los conflictos de clase, un mundo en paz, los pueblos libres, una naturaleza a restaurar, la educación digital, el feminismo, la batalla cultural, economías sostenibles, la diversidad social y cultural, el bienestar para las mayorías, etc. Y no cabe otra salida que estar en todos.

Notas:

---

102 Ver R. Zallo (2024), *Un desarrollo económico y ecosocial para Busturialdea-Urdaibai. Documento de trabajo para un Plan de Choque y un Plan Estratégico (2024- 2035)*. Gernika: Gernika Gogoratuz.

103 R. Zallo (2018) «Centralidad cultural de las lenguas minoritarias: políticas sociolingüísticas para la diversidad» en «Informe sobre el estado de la cultura en España 2018. España y el espacio cultural iberoamericano». https://fundacionalternativas.org/wp Abundo en el tema el próximo libro.

104 Friedrich Engels (1973), *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado. Madrid: Alianza editorial.*

105 Coincidí con Michael Hardt en el Tribunal de una magnífica tesis doctoral de Ángel Luis Lara Rodríguez (20-9-2013*), Realidades de la ficción, bioproducción y trabajo cognitivo en la fábrica televisiva: la escritura de series de televisión en España: cualidades y condiciones de los trabajos y los trabajadores*, defendida en la Universidad Complutense de Madrid (2013). Angel Luis fue miembro del equipo de guionistas de *Hospital Central* y en la actualidad es profesor de Estudios Culturales en la State University of New York.

106 Algunas ideas se han retomado del epílogo, «Mariano Ferrer for ever» de Pedro Ibarra y Ramon Zallo en el libro de homenaje a Mariano Ferrer, coordinado por Elixabete Garmendia Lasa. *Mariano Ferrer, el periodismo reflexivo. Kazetaria eta konpromisoa*. Donostia. Erein (2023).

107 Ver Albino Prada (2020) *Caminos de incertidumbre. Tecnologías y sociedad*. Madrid, Catarata.

108 Como se ilustra en el libro de Dafne Calvo, Germán Llorca-Abad y Lorena Cano-Oron (2025) *Bulos y barro: Cómo la DANA ejemplifica el problema de los desórdenes informativos.* Madrid, Catarata

109 Josep Lluís Gómez Mompart «Periodismo reposado para civilizar la información

en la sociedad del conocimiento» en Carmen Peñafiel y Guillermo Gurrutxaga (eds.) *Nuevos modelos y paradigmas de la información. Desafíos y oportunidades en el periodismo*. Dykinson S.L., Madrid 2021, pg. 55 y ss.

110 Edward O. Wilson (2012) *La conquista social de la Tierra*. Madrid, Debate.

111 Ver Miguel Urbán (2024) *Trumpismos. Neoliberales y autoritarios*. Barcelona, Verso.

112 Stefan Zweig (2004), *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona, Acantilado.

BIBLIOGRAFÍA PROPIA CITADA

(1975) *Dossier Petróleo. Negocio y crisis de la economía occidental*. Madrid. Edicusa

(1981) «Crisis energética y alternativa antinuclear en Euskadi» (1981). *Edelki*. Informe nº 1 (33 páginas).

(1987) *Fundamentos para una Economía crítica de las industrias culturales. Los procesos de trabajo y de valorización*. Tesis Doctoral. Leioa. EHU

(1988) *Economía de la comunicación y la cultura*. Madrid. Akal.

(1991) *El mercado de la cultura. Estructura económica y política de la comunicación*. Donostia. Gakoa.

(1995) (direc.) *Industrias y políticas culturales en España y País Vasco*. Leioa. EHU.

(1997) *Euskadi o la segunda transición*. Donostia. Erein.

(2001) *El país de los vascos. Desde los sucesos de Ermua al segundo Gobierno Ibarretxe*. Madrid. Fundamentos.

(2006) *El Pueblo vasco hoy. Cultura, historia y sociedad en la era de la diversidad y del conocimiento*. Irun. Alberdania.

(2008) (coord.) *El País Vasco en sus encrucijadas: diagnóstico y propuestas*. Donostia. Ttarttalo.

(2011) *Estructuras de la comunicación y de la cultura. Política para la era digital*. Barcelona. Gedisa.

(2015) Zallo R., Lorente E., Casado M. A., Sojo K., Malo P. y Amezaga J.: *Análisis de la cadena de valor y propuestas de política cultural. Primer Informe sobre el estado de la cultura vasca*. Gasteiz. Servicio Editorial del Gobierno Vasco.

(2016) *Tendencias en comunicación. Cultura digital y poder*. Barcelona. Gedisa.

(2018) *«Deshaciendo tópicos sobre cultura e historia vascas». Hermes* nº 58. Bilbao. Fundación Sabino Arana. Marzo de 2018.

(2018) «Los costes de la dependencia en políticas culturales, sociolingüísticas y comunicativas» en Goirizelaia I. y Zelaia M

(coords.), *¿Tiene coste para el País Vasco su dependencia de España? Algunas claves de la relación entre el País Vasco y España».* Donostia. Dikynson.

(2018) Zallo R. y García T.: *Miradas en torno al procés. Del tablero catalán a la encrucijada vasca.* Donostia. Txertoa.

(2021) *El declive económico de Busturialdea-Urdaibai: dilemas y propuestas*. Gernika. Gernika Gogoratuz.

(2023) «La aportación intelectual de Enrique Bustamante a la Economía Política de la Comunicación: hilos conductores» RAEIC, 10 (19), 417-464, https://doi.org/10.24137/raeic.10.19.18

(2024) *Un desarrollo económico y ecosocial para Busturialdea-Urdaibai. Documento de trabajo para un Plan de Choque y un Plan Estratégico (2024- 2035)*. Gernika. Gernika Gogoratuz.

Este libro se terminó de imprimir
el día 8 del mes de septiembre de dos mil veinticinco,fecha en la que Hondarribia celebra su Alarde. El tiempo recordará que toda exclusión acaba siendo un error,
y que la justicia siempre encuentra su lugar.